

AULLANDO
en los
BOSQUES

En busca del lobo gris

REIDAR MÜLLER

Lumen

Aullando en los bosques

En busca del lobo gris

Reidar Müller

Traducción del noruego de
Lotte Katrine Tollefsen

Lumen

narrativa





Hágase el bosque

«Esta excursión será diferente a todas las demás», pienso un gélido día de invierno mientras Oslo desaparece a mi espalda con sus edificios, su asfalto y los gases de los tubos de escape. En menos de diez minutos el bosque sale a mi encuentro, oscuro y compacto, nada que ver ya con las parcelas de un verde luminoso como las que se ven al recorrer Europa en coche, un paisaje de terrenos cultivados.

Se podría continuar conduciendo a través del bosque durante casi seis mil kilómetros en dirección este. Si observamos una imagen tomada vía satélite, la taiga, ese enorme cinturón verde de bosque de coníferas que se extiende desde Noruega hasta el océano Pacífico, de oeste a este, parece una bufanda verde que rodea el planeta.

No existe un ecosistema continuo, o bioma, mayor en toda la tierra firme. Mucha gente da por descontados los bosques, pero sin ellos la vida en la Tierra no sería la misma. No solo albergan millones de especies, sino que también son un gigantesco regulador de la temperatura: enfrían el globo terráqueo, ajustan la humedad impidiendo así la sequía y absorben los gases de efecto invernadero. Reducen las inundaciones y mantienen compacto el terreno. Sin bosques, la Tierra sería desconocida, un planeta irreconocible formado por desiertos, sabanas, praderas, campos de cultivo y tundra.

Como un amplio y sinuoso sendero, la carretera E18 atraviesa una

vegetación densa pero cada vez más fragmentada a medida que me acerco a Ski, donde acaba siendo sustituida por los campos de cultivo, las urbanizaciones, las industrias y las granjas. Solo pequeños bosques de abetos y abedules despuntan aquí y allá en un paisaje de campos de labranza y prados nevados. Una gran superficie de árboles talados, tocones y ramas apiladas parece mirarme con sufrimiento, recordándome todas las veces que los hombres nos hemos servido de la madera para procurarnos cobijo y para calentarnos, además de usarla para hacer embarcaciones, herramientas y papel. La madera fue un requisito para la civilización, como señaló el filósofo romano Lucrecio hace dos mil años, y los términos griego y romano para referirse a ella eran, respectivamente, *hyle* y *materia*, ambos sinónimos de «elemento químico».[1] Después de muchos miles de años de civilización los humanos aún no hemos sido capaces de producir un material de construcción tan fuerte, flexible y resistente a la intemperie como la madera de los árboles.

Siguiendo hacia el este, paso por Hobøl y Askim. Los bosques de abetos se asemejan a largas naves verdes sobre un mar de terrenos cultivados y pastos vestidos de blanco. Solo un bosque frondoso y algún que otro abeto protegido por un barranco han quedado fuera del alcance de la maquinaria forestal. Nada más pasar Mysen me desvío de la carretera principal hacia mi destino, el bosque de Svarverud y la granja de Mats, mi amigo desde la adolescencia. Tras recorrer un trecho por un camino de gravilla lleno de baches, por una estrecha cuña de pastos, pantanos y lagos, aparece por fin la blanca casa principal de la granja de Svarverud y un bosque que parece infinito copa el horizonte.

Seamos conscientes o no de ello, todos nos relacionamos de algún modo con los bosques. Pero ¿cuál es el significado que le damos al bosque en realidad?

¿Es quizá algo que se limita a estar allí, casi como un elemento decorativo? ¿Una mancha verde que dejamos atrás mientras vamos de excursión al campo? ¿Un lugar donde hallamos silencio y calma, donde respiramos su aroma inconfundible y vemos la luz del sol inundar las copas de los árboles? ¿O es el bosque el escenario de caza, de excursiones de pesca y de la recolección de bayas en otoño? La mayoría asentirá ante alguna de estas preguntas. Pero insisto en que vale la pena saber más y preguntarse si conocemos de verdad el bosque, el intrincado recorrido que lo ha llevado a convertirse en un ecosistema de vital importancia para aves, reptiles, mamíferos, insectos y anfibios. Y en cómo hemos sabido los humanos darle forma e interpretarlo.

Justamente ese era el tipo de pregunta que había empezado a plantearme. A pesar de haber pasado mi infancia junto al bosque de Krokskogen en Bærum, me di cuenta de que nunca me había cuestionado por qué existen los colores otoñales. No sabía identificar a los animales a partir de las huellas que dejaban en la nieve ni apenas era capaz de distinguir un tipo de árbol de otro. Además, a pesar de que soy geólogo, la historia profunda de los bosques siempre me había parecido oscura y lejana. El bosque que se extiende a lo largo del camino rural de Østfold ¿siempre había sido como es ahora o había cambiado? En cierto modo me sentía como un noruego que no supiera quién era Harald Cabellera Hermosa (el primer rey vikingo), que en 1814 fue el año de la aprobación de la actual Constitución o que la invasión del ejército alemán se produjo el 9 de abril de 1940. El bosque parecía un escenario del que no entendía gran cosa, encarnaba un misterio de celulosa y lignina que debía investigar.

La necesidad de ir al bosque y explorarlo, que me ha llevado a dejar el trabajo este día de invierno para llegar a la zona de Østfold, no surgió de manera repentina, sino que nació poco a poco en mí. Durante la escritura de

mi libro anterior ya atravesé zonas pantanosas, estudié gráficos de niveles de polen y me interesé fugazmente por la historia de los bosques tras la era glaciaria. Después, el verano pasado, mi hija y yo realizamos nuestro propio proyecto arbóreo. Ella me acompañó con desgana, pero al ver a su padre cada vez más interesado por los bosques, no le quedó alternativa. Recogimos hojas, las secamos entre las páginas de varios libros e hicimos un pequeño herbario. El objetivo era conseguir el mayor número posible de especies de árboles. Por fin aprendí a reconocer el sauce y el aliso y a diferenciar entre el olmo y el fresno. Y cuando me di cuenta de que el extraño árbol que había junto a nuestra cabaña de vacaciones era un tilo, pude compartir con mi hija mi recién adquirido conocimiento acerca de que los nombres propios Linneo (en noruego, Linnea) y el del bulevar Unter den Linden de Berlín provienen todos de este árbol. A finales de verano, durante una excursión por la montaña en la yerma isla de Svalbard, encontré hojas fosilizadas, fragmentos de madera petrificada y carbón, restos de bosques desaparecidos hace largo tiempo, y me quedé contemplándolos con veneración y lleno de curiosidad. Uno de ellos, un trozo de madera petrificada de ciento cincuenta millones de años de antigüedad, casi parecía sacado de la leñera que tengo en el cobertizo de mi casa. Cuando lo levanté para contemplarlo, ocre y con los anillos de crecimiento claramente dibujados, fue como si el tiempo que me separaba de aquel objeto se diluyera. Pero no tenía ni idea de qué clase de historia me estaba contando.

A pesar de que llevo mucho tiempo sintiéndome fascinado por los bosques, solo hace un par de semanas que decidí explorarlos de manera sistemática y entregada. Dado que no soy un experto, empecé a documentarme en materias comunes como la botánica y la zoología. Muy pronto, sin embargo, me di cuenta de la inabarcable amplitud del tema al que me había lanzado, tema al que corría el riesgo de acercarme de forma superficial y fragmentaria, así que

decidí llamar a Mats, biólogo e investigador, y propietario de terrenos boscosos; no conozco a nadie que sepa más del bosque, pues además vive inmerso en él. Le propuse que organizáramos una miniexpedición a tierras vírgenes de su propiedad. He estado en Svarverud incontables veces, de fiesta, recolectando bayas y setas, dejando que los niños se familiarizaran con los animales de la granja o, sencillamente, pasearan por el bosque. Cuando Mats peroraba sobre los bosques en torno a su propiedad (sobre su uso, las especies arbóreas, los urogallos o el número de alces de la manada), nunca lo escuchaba como era debido. Pero este viaje será diferente, porque ahora exploraremos el bosque juntos.

En cuanto giro hacia la explanada que hay frente a la granja y aparco el coche, veo que Mats sale equipado con un anorak de Gore-Tex azul, pantalones verdes de excursionista y altas botas de caza de piel. Se ha dejado barba desde la última vez que lo vi. Lleva el pelo corto, y hace tiempo que no puede presumir de aquella melena suya espesa y rizada. La explanada está enmarcada por la magnífica casa blanca de estilo modernista, un gallinero de un extraño amarillo desgastado y un hórreo rojo de troncos de madera encastrados. Un tupido seto de abetos protege la explanada del viento del oeste. Habitualmente esto es un hervidero de vida animal, con gansos, gatos, perros, gallinas, cerdos y cabras, pero hoy se mantienen al reparo del frío intenso.

La propiedad ha pertenecido a la familia de Mats durante seis generaciones. Fue su bisabuelo, Christian Andersen Haneborg, también conocido como «el Guarda», quien la compró en 1858. Una breve publicación sobre la finca dice: «Fue una gran suerte para la granja y el señorío haber pasado a ser propiedad de esta familia de fortuna y prestigio».

En aquellos tiempos ser propietario de un bosque era algo distinto. Los bosques entonces procuraban casi la mitad de los ingresos por exportación de nuestro país, y una pequeña comunidad estaba vinculada aquí, a los bosques de Svarverud. Ahora la explotación del bosque apenas produce suficiente para pagar los intereses de la deuda, y el propio Mats, que es uno de los mayores propietarios forestales de Indre Østfold, tiene que redondear sus ingresos con un sueldo.

La excursión por el bosque concertada con Mats había estado a punto de malograrse varias veces. Al principio no daba con él, y después de llamarle en un par de ocasiones sin obtener respuesta le envié un SMS: «¿Podrías llamarme?». «Estoy recortando pezuñas. Te llamo en cuanto acabe», fue su lacónica respuesta. Cuando conseguí comunicar con él, a la mañana siguiente, hablamos de todo un poco, y de bosques, antes de que me autoinvitara a visitarle. Pero la noche antes de mi partida apareció un SMS en mi móvil. «Una de las cabras ha tenido cabritillos. Están fuera a veinte bajo cero. No sé cómo lo tendré mañana.» «Podrían morir congelados —añadió—, y hemos demolido el establo.» «¡Vaya por Dios!», respondí decepcionado. «Hablamos a las 8», me escribió en otro SMS, parco, como siempre. Por suerte, las cosas se arreglaron. Mats, a falta de cuadra, había colocado a las cabras y los cabritillos en una de las zonas de acceso a la amplia vivienda.

Después de tanto trajín con las cabras, Mats está impaciente por salir al bosque, y atravesamos juntos el jardín hacia el lago de Nøavann, que limita con la granja al sur. Los árboles proyectan sus sombras alargadas sobre la superficie helada. Leves estratos de nubes flotan por el cielo mientras el sol refulge sobre la nieve que recubre el terreno helado.

Mats ha sentido fascinación por el bosque desde que tiene uso de razón. De niño era capaz de levantarse a las cinco de la mañana y caminar hacia el bosque de Einåsen, en Rykkinn. Se movía en silencio para poder acercarse

mucho a los animales. A veces tenía suerte y sorprendía a un alce o un urogallo. Al hacerse mayor, empezó a participar en la observación del cortejo del urogallo y con solo dieciséis años ya había cazado su primer alce. Fue por esa época cuando lo conocí. Íbamos al mismo instituto y recuerdo una de nuestras primeras incursiones en Svarverud. La abuela de Mats vivía allí la mayor parte del año, y para nosotros aquello era un refugio. Separados algunos kilómetros del vecino más cercano, bebíamos, hacíamos fiestas y debatíamos, y creo que apenas nos asomábamos al bosque. Cuando llegó el momento de ir a la universidad, la elección fue fácil para Mats: sería biólogo. Su especialidad eran las aves rapaces y los lugares donde nidificaban durante la primavera. Las atrapaba, machos y hembras, con una red, y pasó innumerables semanas de trabajo de campo en el bosque de Finnskogen (zona boscosa limítrofe con Suecia que toma su nombre de la presencia de finlandeses). Durante un par de años compartimos piso con otros estudiantes en Oslo. Los fines de semana, mientras otros colegas y yo nos quedábamos en la ciudad para ir a fiestas y a jugar al fútbol en el parque, Mats solía marcharse al bosque. A menudo hacía interminables incursiones en busca de aves en el bosque de Svarverud con el famoso ornitólogo Fauvle-Per, o por las tierras agrestes de Hedmark con compañeros de la Escuela de Ingeniería Agrónoma de Ås. El bosque y sus criaturas eran y siguen siendo su verdadera pasión. Veinte años atrás, cuando se hizo cargo de la propiedad familiar y se mudó a la linde del bosque, se convirtió en algo más serio. Desde entonces, junto con su esposa Hanne Margrete, tuvo que ocuparse de la granja, unas cuantas cabañas y veinte mil hectáreas de bosque.

Tras adentrarnos en Nøavann descubrimos las pequeñas y afiladas huellas de un zorro que ha atravesado el hielo en la oscuridad de la noche. El zorro parece haber deambulado de un lado a otro del lago, y seguimos sus huellas. Es frecuente que merodee cerca de la granja, y mientras seguimos sus huellas

por pura curiosidad, Mats me cuenta que trabaja para la SNO (la agencia estatal noruega para la observación de la naturaleza), como observador de grandes depredadores. En invierno es un trabajo especialmente laborioso, más que por la presencia de los zorros, por la de los lobos y, a veces, por la de los lince. En cierto modo, su tarea consiste en ser los ojos y las orejas del ente en las zonas interiores de Østfold.

—La verdad es que últimamente registramos el paso de lobos —prosigue Mats—. Encontramos carcasas de animales, perros devorados.

Me cuenta que además hace poco tuvo lugar un suceso desconcertante en el bosque de Svarverud, y me muestra en su móvil una serie de fotografías de dos criaturas delgadas, semejantes a perros, imágenes que fueron tomadas por una cámara exterior de seguimiento de la caza. Los ojos brillan en la oscuridad, encendidos por el flash de la cámara. Los animales tienen una cabeza compacta, como la de un pastor alemán, un cuerpo estrecho y alto con una cola peluda que cuelga. Es algo excepcional avistarlos, sin duda se trata de dos lobos. Y eso no es todo: Mats me enseña la imagen de un lince fotografiado a no mucha distancia de los lobos que baja a la carrera por una ladera, otro animal que rara vez se vislumbra.^[2] Lince y lobos, dos depredadores que a muchos les gustaría ver exterminados de la naturaleza noruega, estuvieron merodeando hace poco por el bosque de Svarverud.

Más tarde, durante la jornada, Mats deberá rastrear huellas de lobo para comprobar si han llegado hasta sus bosques, me dice, y me propone que lo acompañe. En realidad, nunca he sentido especial entusiasmo por los animales, y cuando Mats peroraba sobre urogallos, alces, corzos, lince y azores, yo me limitaba a asentir con la cabeza fingiendo interés. Cuando me invitaba a participar en la observación del cortejo del urogallo, siempre decía que no, gracias. A mí se me escapaba por completo qué gracia podía tener madrugar para permanecer durante horas apostado en silencio a fin de ver

unas aves que chasquean y despliegan el plumaje. Al final dejó de invitarme. Pero los lobos..., esas sí que eran criaturas especiales. La mayoría de los habitantes de por aquí se han cruzado alguna vez con un alce, un zorro o una hembra de urogallo, pero muy pocos han visto u oído a un lobo. Además, en torno al lobo se crea debate y está presente en leyendas, religiones, canciones tradicionales y cuentos. A pesar de que nunca me he interesado por este animal, pienso: «¿Por qué no? Esto no me lo pierdo». Y le contesto que sí.

Pensando en que el número de lobos va en aumento, se me escapa que estaría muy bien ver uno, pero el sensato de Mats se apresura a apaciguar mis ánimos:

—Tendríamos que tener muchísima suerte para dar con un lobo. El que ocupó el puesto de observador antes que yo no vio ni oyó ninguno en diez años de servicio —me explica, y añade que encontrar un lobo no es algo que pueda planificarse, ni aquí ni en las zonas que cuentan con más ejemplares del país, lo que sería como buscar la famosa aguja en el pajar—. Para empezar, en Noruega hay pocos, considerando la extensión del país —dice—. Por otra parte, los sentidos del lobo están más desarrollados que los nuestros. Como si su cuerpo estuviera recubierto de una enorme nariz, su olfato es cien veces más fino que el nuestro. Y su oído es especialmente agudo: si se dan las circunstancias adecuadas, un lobo es capaz de oír un aullido a once kilómetros de distancia. Es muy difícil tropezarse con un lobo sin que él haya detectado antes tu presencia.

Paupérrimos pinos se perfilan hacia el sur llenando el horizonte. El bosque de Svarverud forma parte de una gigantesca área boscosa que se extiende hasta Halden, rodeada por zonas rurales a lo largo del río Glomma al este y por el sistema fluvial de Halden al oeste. Los numerosos montículos pelados y la

tierra poco fértil han dado al lugar el nombre de Fjella. («montaña»). Después de la última era glacial, cuando el nivel del mar era ciento setenta metros más alto, Fjella era una isla y los pueblos agrícolas de alrededor eran el mar: donde lodos, limo y arena se depositaron, hoy es una fértil tierra de cultivo.

Partiendo del lago Nøavann, Mats y yo nos adentramos a zancadas en el bosque. Los árboles dormitan y los brotes de las hojas se ven entre marrones y rojizos, grises y negros, a la espera de la primavera. Un denso sotobosque ha brotado junto al sendero, mientras que algunos pinos y abetos dispersos apuntan al cielo invernal. Ante este espectáculo algunos harían un poético homenaje al bosque; sin embargo, Mats parece más interesado en hablarme de los tipos de árbol para la tala, los metros cúbicos de troncos, la productividad de la tierra, la despoblación forestal y la reforestación.

—Estos árboles jóvenes son del tipo uno —me explica— y este es el aspecto que tienen pasados un par de años. En lo alto de la escala están los del tipo cinco, el viejo bosque maduro, listo para talar. Lo que más abunda son los árboles del tipo tres, ejemplares aún no formados del todo y poco rentables.

El bosque sería más antiguo si los antepasados de Mats no hubieran talado tanto. Porque si uno es propietario forestal, debe pensar a cien años vista.

Aunque el bosque de Mats no es especialmente viejo, hay un árbol que destaca entre los demás: el majestuoso abeto Nøagrana. Frente a los treinta metros de altura del abeto, parecemos minúsculos. El tronco es robusto, con una circunferencia de no menos de tres metros. La corteza es marrón y escamosa. Las raíces se extienden por el terreno como trompas de elefante. Las ramas, manchadas de líquenes de barba y rama, se erizan y alargan y casi parecen pequeños árboles vencidos que brotan a lo largo del tronco. Mats siente curiosidad por saber la edad del abeto gigantesco, por eso he traído un taladro de dendrocronología de la marca Mora, que adquirí cuando empecé a

explorar los bosques en serio. Mediante la extracción de un pequeño fragmento del centro del tronco puedo establecer la edad de los árboles. A primera vista, el abeto Nøagrana me parece viejo, viejo de verdad. Acabo de leer acerca de un abeto de quinientos treinta y siete años de antigüedad en Trillemarka, en Buskerud, hasta ahora el más viejo de Noruega, y el Nøagrana se me antoja igual de monumental. Introducimos vuelta a vuelta el taladro en el árbol. Después de haber penetrado algo más de la mitad del tronco sacamos el taladro con sumo cuidado y extraemos un fragmento de duramen, donde descansa el corazón del árbol con sus anillos.

Nos ponemos a contar los anillos: uno, dos, tres. Y resulta que ese árbol gigantesco no tendrá más de ciento veinte años; se ha ensanchado casi un centímetro al año. Los anillos cuentan la historia de un árbol: si son anchos, como los del Nøagrana, es que ha crecido deprisa, porque ha tenido buen acceso al agua, a nutrientes y a luz. Cada anillo está compuesto por una madera ancha, llamada de la primavera, y otra estrecha y oscura de madera tardía. Los anillos son un corte que atraviesa los canales de transporte del árbol (llamados albura o xilema), por los que circula el agua desde las raíces hasta las hojas. En su exterior, entre la corteza y la madera, está el floema, por el que el árbol transporta la glucosa que se ha formado con el proceso de fotosíntesis en la copa. Es decir, un tejido que sube el agua y otro que transporta la savia. El más importante es el cambium. Si coges una rama fresca de un árbol y haces una incisión, verás el cambium como una membrana verde bajo la corteza. Es esa membrana la que produce los anillos y posibilita el crecimiento del árbol.

A pesar de que el abeto que tenemos delante ha vivido más años que cualquier persona que habite hoy nuestro planeta (estaba allí cuando se disolvió la unión con Suecia, en 1905, y durante las dos guerras mundiales), tratándose de un árbol no es especialmente viejo. En 1963, el estudiante

estadounidense de primer año Donald Rusk Currey introdujo el taladro en un pino longevo (*Pinus longaeva*), también llamado el pino de Matusalén, en las montañas de Nevada. Estos pinos resistentes y retorcidos pueden llegar a ser sumamente viejos. Muchos de ellos parecen muertos y resecos, pero un par de ramas con agujas verdes muestran que siguen vivos. Cuando Currey aplicó el taladro, se le quedó atascado. Como nosotros mismos acabamos de comprobar, puede resultar complicado sacarlo. El final del cuento es que obtuvo permiso para talar el pino y poder extraerlo. Después contaron los anillos del árbol con mucho cuidado y, espantado, Currey descubrió que acababa de derribar el árbol más viejo del mundo, de al menos cuatro mil ochocientos cuarenta y cuatro años. El pino fue bautizado más tarde con el nombre de Prometeo, que en la mitología griega robó el fuego a los dioses y se lo entregó a la humanidad. Currey llegó a ser un prestigioso catedrático de la Universidad de Utah, pero, para su desesperación, allá adonde fuera era conocido por haber talado el árbol más viejo del mundo. Bien es verdad que con posterioridad se han encontrado árboles de mucha más edad, y el más antiguo del mundo tiene unos cinco mil años, otra pinácea, un árbol que ya contaba quinientos años cuando se terminó de construir la pirámide de Keops. Su localización es secreta.

En Noruega no hay ejemplares tan viejos, pero algunos de ellos brotaban cuando mataron a Olav el Santo en la batalla de Stiklestad, como por ejemplo la encina Mollestadeika en Agder, que podría tener cerca de mil años. Cierto que estas viejas encinas con frecuencia están huecas por dentro y por ello resultan difíciles de datar. En la zona de Trysil talaron un enebro y después se estimó que tendría mil ocho años de antigüedad. Hasta la fecha es el árbol más antiguo documentado en Noruega. Los anillos estaban tan juntos que hizo falta un microscopio para distinguirlos.

—Los que vemos alrededor son los triunfadores —filosofó Mats al pie del

enorme abeto—, muchas generaciones de supervivientes que han sido capaces de transmitir sus genes. Imagínate el largo y complejo camino que han recorrido cada árbol y cada especie animal. Algunas especies han sucumbido, otras se han adaptado y han sobrevivido.

Puesto que tanto Mats como yo hemos estudiado ciencias naturales, para nosotros un paseo por el bosque no significa solo disfrutar de la naturaleza, contemplar el juego de colores en los abedules mordidos por la helada y la belleza de un pino viejo y retorcido, sino también aprehender y analizar la naturaleza. Mientras Mats puede disertar sobre una serie de huellas de animales, pastar de los árboles o la evolución, a veces yo, como geólogo, profiero un monólogo sobre los antecedentes de la vida.

Antes de ir a Svarverud había repasado un par de libros sobre la historia evolutiva de las plantas y le resumo a Mats uno de los acontecimientos más importantes de la historia de la vida: si hubiéramos podido caminar sobre la superficie terrestre hace quinientos millones de años, nos habría llamado la atención lo baldía y desierta que parecería. Habría altas montañas de rocas grises, interminables estepas sin vida donde el viento levantaría grandes cantidades de arena y limo, y riachuelos que se abrirían paso hacia el mar. Las bacterias dominaban la tierra, como llevaban haciendo cerca de tres mil millones de años. Solo podríamos ver la vida con un microscopio. Lo que ocurrió después, despacio, con el paso de millones de años, comenzó a pequeña escala. La vida vegetal ascendió por la tierra en busca de aire, una mucosidad de algas verdosas cubrió playas y acantilados a lo largo de la costa. La conquista de la tierra había empezado, condición indispensable para nosotros y para toda la vida que conocemos hoy en la superficie, una revolución en la historia de la vida terrestre. Nada de lo que vemos en torno a nosotros en el bosque de Svarverud existiría sin esos primeros y valientes pasos de las algas hacia la superficie.

Al pie del abeto Nøagrana el suelo está casi pelado. Un techo de ramas que salen como un halo del tronco ha impedido que la nieve se pose sobre el terreno. Vemos que un musgo verde oscuro, el *Pleurozium schreberi*, se entrelaza por el tronco. La historia de la vida que encontramos en el bosque es antiquísima, y precisamente los musgos nos lo recuerdan. A su manera son un testimonio de la primera vida en la superficie. A partir de una alfombra de algas se desarrollaron los musgos hace más de cuatrocientos setenta millones de años.[3] Dotados con una fina capa de cera, que impedía que se secaran, las plantas conquistaron la superficie, que en esa época podría tener un aspecto similar al que presenta hoy la península de Reykjanes en Islandia, yerma, sin árboles, pero cubierta de musgos de un metro de grosor. Todo está relacionado y, cuando estas primeras plantas conquistaron la tierra, alteraron, según algunas teorías, todo el equilibrio climático. Los musgos vistieron las tierras hasta entonces desnudas, lo que aceleró la corrosión de las superficies rocosas, una reacción química que extrajo enormes cantidades de dióxido de carbono de la atmósfera. Con menos dióxido de carbono en el aire, la tierra fue enfriándose poco a poco, y con el tiempo provocaría una glaciación hace cuatrocientos sesenta millones de años, el final del Ordovícico.

Aunque la mayoría de la gente cree que el musgo no es más que musgo, existen en el mundo unas veinte mil especies. En Noruega podemos observar más de mil cien. En realidad, los musgos son bastante chulos (incluso hay una asociación, El Club del Musgo), y después de aprender a reconocer un par de especies, de repente la alfombra verde del bosque adquiere distintos nombres: musgo de pelo (el más grande), el *sphagnum* palustre (de ese hay mucho), los musgos dicranales (sí, tienen forma de hoz), el musgo estrella (con forma estrellada), el musgo del pino y el *Ptilium crista-castrensis* (que recuerda a una pluma). Puede que mi favorito sea el *Hycolonium splendens*, el musgo escalonado, que cada año forma un nuevo escalón y si contamos el

número de estos, podemos saber su edad. El musgo escalonado también fue llamado «musgo casero», porque se usaba para aislar las viviendas mucho antes de que nuestro país se viera invadido por el sistema de aislamiento de la lana de vidrio.

Dado que no tienen tallos rígidos, los musgos precisan un ambiente húmedo y por eso se los conoce como las plantas anfibias. Si se secan del todo, entran en un período de hibernación, pero con un poco de agua recuperan el verde. Un tipo de musgo que llevaba cuarenta años seco volvió a «la vida» tras ser humedecido. A su manera, el musgo representa un estadio intermedio entre las algas y los helechos. El tejido vascular que sostiene a los helechos no se halla en los musgos, lo que los condena a vivir en el terreno del bosque.

—¿No será que con frecuencia lo más simple es lo mejor? Y si es así, ¿para qué cambiar? —me preguntó Mats.

Porque los musgos han cambiado poco en los últimos cien millones de años. Piensa en ello la próxima vez que intentes acabar con el musgo que crece en tu césped: los aguerridos ancestros de los musgos fueron los primeros en conquistar la superficie terrestre, y hace falta algo más que un poco de cal y herbicida para deshacerse de ellos. Al principio solo estaban los musgos, pero si hacemos transcurrir el tiempo hacia delante, veremos que todo se habrá transformado: el movimiento de las placas tectónicas continentales modificará el aspecto de la Tierra, lo que permitirá el desarrollo de nuevas especies.

Después de que plantas similares al musgo se expandieran por hondonadas y cuencas húmedas, empezó una lenta revolución en la superficie terrestre, sin la cual el planeta tendría un aspecto muy diferente, pues no habría bosques ni árboles. Hace cuatrocientos veinte millones de años las plantas empezaron a desarrollar tallos. De pequeñas e insignificantes, poco a poco

fueron creciendo hacia arriba, con la inestimable ayuda de otro de los grandes inventos de la evolución: un tejido vascular compuesto, entre otras cosas, de celulosa y lignina, en cierto modo el armazón y el cemento de las plantas, respectivamente. El tejido vascular les proporcionó la fuerza necesaria para crecer en altura y transportar el agua de manera más eficiente. Las plantas que carecían de ese tejido, como los musgos, se vieron relegadas para siempre al húmedo suelo del bosque.

Una de las pioneras y, en varios sentidos, precursora de muchas de las plantas terrestres, fueron las *Cooksonia*, una familia ya extinguida. Era un triste tallo de hasta seis centímetros de largo carente de hojas y raíces. Formaban grupos dispersos y este «bosque» no excedía en altura al libro que tienes entre las manos. Pero, de todas formas, lo que iba a ocurrir era impresionante: en el transcurso de unas cuantas decenas de millones de años, en un período también llamado «explosión devónica», se desarrolló una variedad de especies de estas primeras pequeñas plantas. Desarrollaron raíces, hojas e incluso estoma, los pequeños orificios ovalados de las hojas en que los gases y el agua se intercambian durante el proceso de la fotosíntesis. En un tiempo relativamente breve, desde un punto de vista geológico, crearon un ecosistema fundamental para la posterior evolución de la vida sobre la superficie terrestre.[4]

—Los troncos de los árboles son monumentos verticales a una competencia inútil —le digo a Mats citando al biólogo británico Richard Dawkins. Inmerso en el bosque de Svarverud, no soy capaz de dejar a un lado la historia de la evolución. Los árboles, dice el biólogo, son un ejemplo de lo poco inteligente que puede ser la evolución: ¿para qué desarrollar un «prado de zancos» a fin de recoger la luz del sol cuando se habría recogido de forma más sencilla a ras de suelo?

—Mucha gente sin conocimientos de biología cree que la naturaleza está

perfectamente adaptada, pero no es así —me comenta Mats mientras nos disponemos a cruzar el bosque para volver a la granja. La naturaleza que vemos a nuestro alrededor hoy en día solo es una de las muchas posibles, creada por una infinita cantidad de casualidades en miles de millones de años de evolución—. Esta es solo una de las muchas maneras de conseguir suficiente energía solar, agua y sustancias nutritivas —dice.

En cualquier caso, la competencia por hacerse más alto y acceder a más luz solar desencadenó la carrera que elevó la fotosíntesis hacia el cielo. Poco a poco los bosques empezaron a cubrir el globo, y hoy el ejemplo más extremo es el bosque de secuoyas o árboles Redwood, que llegan a cien metros de altura en California. El más alto de todos es el llamado Hyperion, que lleva el nombre de un titán griego. Es el organismo vivo más alto, con ciento quince metros de altura. Una estructura impresionante hecha a base de dióxido de carbono, agua y energía solar que ha recorrido ciento cincuenta millones de kilómetros a través del espacio.

Es paradójico que lo que nos proporciona información sobre el frágil origen de los bosques sean las yermas laderas sin árboles de las montañas de las islas Svalbard. En el interior del fiordo Isfjord, junto a la ciudad minera abandonada Pyramiden, algunos investigadores británicos hicieron un hallazgo singular. Desenterraron las raíces y los troncos fosilizados de *Lycopodiophytas*, una especie que se ha extinguido. No resultaba sorprendente que hallaran restos de carbón: toneladas de carbón tropical han salido por barco del archipiélago, pero los investigadores dataron de nuevo los estratos que estudiaron: trescientos ochenta millones de años, es decir, del Devónico. Los británicos afirman, lo que resulta bastante llamativo, que los restos fosilizados de bosque tropical del Ártico son los restos boscosos más antiguos del planeta, solo superados por los restos de trescientos ochenta y cinco millones de años de antigüedad de los llamados árboles Gilboa,

descubiertos en el estado de Nueva York. Estas primeras licofitas de lo que hoy es Svalbard no pasaban de los cinco metros de altura, pero constituían ya un punto de partida.

La tierra, en su día tan yerma, fue cubriéndose de bosques, dominados por la especie prehistórica *Archaeopteris*, también llamada «el primer árbol de verdad».[5] Llegaban a medir hasta diez metros de altura y tenían un tronco grueso, leñoso, ramificado, algo similar a los árboles actuales. La palabra *ptero* significa «ala» en latín y hace referencia a las enormes hojas con forma de alas similares a los helechos. Se han hallado fósiles en la montaña Miseryfjell en la isla de Bjørnøya, entre otros lugares. Antes de que los científicos supieran que las placas continentales se movían, y que las islas árticas como Bjørnøya se hallaban más al sur, creyeron que esos fósiles arbóreos pertenecían a un ecosistema polar. Más tarde comprendieron el fascinante hecho de que el bosque *Archaeopteris* de la isla había crecido cerca del ecuador hace más o menos unos trescientos sesenta millones de años.

Pasear por esos primeros bosques debió de ser una experiencia singular. El silencio era casi absoluto, no había ni abejas que zumbaran ni aves que trinaran. Pero en el terreno, bajo lo que caía de los árboles y la alfombra de pequeños brotes, se arrastraban pequeños reptiles. La vida que llenaría aquellos primeros bosques había empezado poco a poco, mucho después de que se manifestara de manera explosiva en el mar. Ocurrió a la vez que la colonización de la tierra por las plantas. Porque sin ellas, ¿de qué iban a vivir los animales?

Este hito en la historia de la tierra, donde la vida pasó del mar a la superficie terrestre, presenta todavía zonas oscuras. Los fósiles hallados son escasos y parece que alguien hubiera arrancado varios capítulos del libro de historia de nuestro planeta.[6] Hasta ahora, los fósiles más antiguos de

animales terrestres tienen solo cuatrocientos veinte millones de años de antigüedad, como el del milpiés *Pneumodesmus newman*, un hallazgo sensacional hecho en Escocia por un conductor de autobús y paleontólogo aficionado en 2004.[7] El milpiés fue considerado durante mucho tiempo el fósil más antiguo de un «auténtico» animal terrestre. Junto con otros artrópodos, como los colémbolos, las arañas y los escorpiones, esos animales dominaron la superficie y, con el tiempo, los primeros bosques.

Lo que resultaría más importante para nosotros, los seres humanos, y nuestros parientes vertebrados en tierra sucedió en las ciénagas de los bosques devónicos hace trescientos setenta y cinco millones de años. Fue entonces cuando se desarrollaron las primeras formas de transición entre los peces y los anfibios, como el *Tiktaalik roseae*, y después la enorme bestia parecida a una salamandra *Ichtyostega*. [8] Tenía un cuello flexible, primitivas patas con dedos y su cabeza recordaba a la de un cocodrilo. No parece casual que los primeros animales vertebrados empezaran a conquistar la tierra a la vez que se formaban los primeros bosques. El bosque proporcionaba refugio y alimento, entonces igual que ahora, y fue un elemento imprescindible para nuestros lejanos ancestros y el posterior desarrollo de la vida en la superficie. «The clearest way into the universe is through a forest wilderness» («La vida más clara en el universo es aquella que atraviesa un bosque salvaje»), escribe el autor y activista estadounidense-escocés John Muir. Quizá desde lo más profundo del bosque sea desde donde podamos trazar las grandes líneas maestras de nuestra historia, hacia el universo infinito o, retrocediendo, a nuestra prehistoria geológica, cuando reinaron los primeros bosques.

Mats y yo salimos a la pista forestal y volvemos a zancadas a la granja. Mats está impaciente y camina tres pasos por delante de mí, como suele hacer cuando tiene prisa. Antes de que salgamos en busca de huellas de lobo tiene

que atender a las cabras, darles de comer y comprobar que las cabritillas estén siendo amamantadas.

Un invierno de lobos

El bosque de Svarverud ondea sobre un antiguo lecho de roca. Alguna que otra laguna helada rompe la uniformidad del bosque de coníferas, ya sea Nøavann, Steinsvann o Lauvann. El fino estrato de nieve reciente que cubre los campos como un velo blanco es perfecto para seguir las huellas de los lobos. Mats y yo nos subimos a un viejo Toyota Hiace y nos adentramos en el bosque. La pista forestal está flanqueada por pinos esbeltos y erguidos en formación. Por lo visto, en nuestro país hay más pinos que habitantes tiene China, en total mil seiscientos millones de árboles.

Mientras avanzamos, empiezo a hacerme cargo de la extensión y dimensiones del bosque en nuestro país: de estar completamente extinguido tras la última glaciación, ha pasado a cubrir más de un tercio de la superficie total. No menos de once mil millones de árboles forman los bosques de Noruega, dos mil por cada ciudadano. Mientras que los pinos cubren los páramos yermos, los abetos se apiñan junto a cuencas y hondonadas hacia el campo de Svarderud, y a nadie debe sorprenderle: en este país hay tres mil trescientos millones de abetos. Y no olvidemos el abedul pubescente. A pesar de que en Svarverud los abedules estén oprimidos por las coníferas y solo se hallen diseminados entre imponentes pinos y abetos, el abedul es el árbol más numeroso en nuestro país, casi cinco mil millones de ejemplares.[1] No es difícil de creer, cuando vemos los abedules que cubren las laderas de los

valles hacia los riscos. Hay pocas maderas que soporten tan bien el frío como el abedul, que consigue germinar aunque las temperaturas máximas no pasen de los ocho grados en verano.[2] Son este tipo de árboles los que constituyen los bosques aquí en el norte; los restantes tipos de árbol, como el aliso gris, el serbal, el sauce, el álamo, el roble, el fresno, el tilo, el olmo, etcétera, son minoritarios en las tierras vírgenes.

Al principio creí que seguiríamos el rastro a pie, nos sumergiríamos en la quietud del bosque, hablaríamos más de los árboles, de su historia, nos entretendríamos ante cada huella de animal que viéramos sobre la nieve. Pero Mats no tiene tiempo de ir a pie. Este tipo de recorridos en busca de huellas suele hacerse en coche a fin de cubrir la mayor extensión posible de terreno. Mientras nos adentramos en el bosque Mats me habla de los lobos, me cuenta que se adaptan a casi cualquier circunstancia. Habitan en las montañas, en la tundra, en el bosque y en el desierto. Pueden soportar un calor abrasador y un frío helador. Si va en busca de alimento o pareja, un lobo puede emprender viaje por tierra o por el agua, y es capaz de recorrer cerca de cien kilómetros en un día, trotando con calma o bien corriendo a casi sesenta kilómetros por hora. Resulta que en este bosque ha fotografiado recientemente a dos lobos.

Mats me informa de que todo empezó hace siete años, cuando encontré cinco carcasas de alce a medio devorar, una prueba sangrienta de que el lobo había merodeado por el bosque de Svarverud por primera vez desde hacía casi un siglo y medio. Desde entonces la población de lobos en Noruega se ha incrementado y ya pasa de los cien ejemplares. El regreso de los lobos, me explica el biólogo, no es un fenómeno solo escandinavo. Después de haber sido casi eliminado, regresa también en el resto de Europa, donde hay ahora doce mil ejemplares, sin contar los países en los que abundan, como Rusia, Bielorrusia y Ucrania. Incluso en países mucho más pequeños que Noruega, la población de lobos llega a varios cientos de ejemplares. Aun en naciones

muy pobladas que casi no tienen zonas vírgenes, como Dinamarca, Alemania, Bélgica y Holanda, el lobo ha regresado. En total, habrá unos trescientos mil lobos en el mundo, un depredador capaz de sobrevivir casi en cualquier parte.

[3]

Mats reduce la velocidad de vez en cuando, abre la puerta y echa una ojeada a las huellas, pero enseguida concluye que son de zorro, corzo o alce, las que más abundan. Y allí donde yo, literalmente, no veo el bosque debido a tanto árbol, él es capaz de interpretar complicados rastros de los animales que lo habitan. Lo que para mí es un caos de huellas en la nieve, casi como signos de un alfabeto desconocido, Mats logra leerlo: puede tratarse de un urogallo que ha arrastrado las alas en su juego de seducción, o de una ardilla en rápida carrera por el suelo de un abeto a otro.

De pronto Mats detiene el coche. Nos bajamos y saca la cinta métrica. Un par de pisadas sospechosas se desvían del camino y van a parar a la nieve acumulada en la cuneta. Probablemente se trate de un perro, concluye el biólogo enseguida mientras el olor a diésel impregna el aire helado; la longitud de las pisadas es demasiado corta y las huellas son demasiado pequeñas para tratarse de un lobo.[4] Aprendo que también se diferencian por otras características: un lobo camina con decisión, mientras que un perro da más vueltas. Además, los lobos dejan huellas más profundas en la nieve. De hecho, los de mayor tamaño pueden pesar igual que un hombre adulto.[5]

Nos subimos al coche, seguimos nuestra ruta y, al poco, Mats vuelve a detenerse. Nos bajamos. Otro perro. Así prosigue nuestro viaje: subimos al coche, paramos, bajamos. Un zorro. De vuelta al coche. Conducimos durante cinco minutos. Vuelta a bajar del coche. Un perro. Subimos al coche. Así transcurren las jornadas de quienes siguen el rastro de los lobos. A veces basta con abrir la puerta del vehículo y pasar despacio junto a las pisadas para descartar que sean de un lobo.

A pesar de que de momento no hayamos dado con su rastro, el bosque está lleno de huellas de otros animales. Hacia el final de un pantano escasamente poblado por un par de pinos de poca altura, un castor ha hecho una presa. Quitamos una chaqueta roja de GoreTex que Mats ha colgado de un palo: es un espantacastores. Mats no me dice si ha funcionado o no. Pero sí me cuenta que el castor europeo, apreciado por su carne, su pelaje y el castóreo, casi se extinguió en el oeste europeo a finales del siglo XIX. En Escandinavia solo quedaba una pequeña población en Agder. A principios del siglo XX fueron capturados ochenta ejemplares y liberados en diecinueve localidades de Suecia, y de ellos descende la colonia de castores suecos. Con el tiempo algunos ejemplares volvieron a Østlandet y se quedaron, entre otros lugares, en el bosque de Svarverud.

—Es un ejemplo muy representativo del efecto «cuello de botella» — señala Mats— y significa que la variedad genética de los castores quedó seriamente reducida. Solo en Noruega hay ya varias decenas de miles de castores en los bosques, donde dejan su rastro en forma de troncos de árboles roídos, en las presas de los ríos y corrientes y en los árboles muertos abandonados en el agua.[6]

En un calvero diversas huellas cruzan el camino. Las puntas de las pezuñas han dejado pequeñas y pulcras pisadas que se pierden entre abedules inclinados y abetos pequeños. Sugiero que se trata de zorros.

—Los zorros no tienen pezuñas —me informa Mats, algo desanimado—. Son corzos. A pesar de que el corzo es el cérvido que más abunda hoy en Noruega, no se adentró en el país hasta principios del siglo XX. Llevaba cinco mil años casi ausente de nuestra naturaleza.[7] Este invierno ha sido duro para los corzos. Están mal equipados para la abundante nieve de los inviernos escandinavos.

En lo más profundo del bosque pasamos junto a una cuenca en la que

crecen muy juntos los abetos, donde está situada la cámara de caza. Aunque el bosque parezca carecer de vida durante el día, en la oscuridad de la noche lo atraviesan diferentes especies de animales. Mats me enseña varias imágenes tomadas con la cámara. En una, un jabalí pasa a la carrera: se trata de otro recién llegado a la fauna noruega tras cinco mil años de ausencia. En aquel tiempo los jabalíes, junto con los corzos, fueron expulsados por un clima más frío y la caza humana. Poco a poco han vuelto a establecerse en Escandinavia tras haberse fugado de criaderos en cautividad en Suecia durante los años setenta. En el lado noruego de la frontera están proscritos y se los puede cazar libremente, mientras que en el lado sueco el Parlamento (¡!) los ha reconocido como parte de la fauna nacional.

Otra foto muestra a un lince en pleno salto cuando bajaba por una ladera. Si coges un gato doméstico pelirrojo, lo multiplicas por dos y medio y le quitas el rabo, casi tendrás un lince. Mats, en calidad de responsable de la SNO para los depredadores, en algunas ocasiones ha seguido las huellas de linces en el bosque. Me informa de que el lince es el único felino salvaje que existe en Noruega, pero es extremadamente infrecuente ver uno, aunque haya algo más de trescientos ejemplares. Suele vivir en terrenos inaccesibles, en el llamado «territorio de linces». Mientras que la mayoría de la gente odiaba a los osos y los lobos, el lince no era considerado solo una alimaña, sino también como un recurso: en el siglo XVII la piel del lince valía diez o doce veces más que la del oso, y el rey tenía prioridad a la hora de comprar el hermoso pelaje.

Al igual que los lobos y los osos, a principios del siglo XX los linces casi se habían extinguido en los bosques noruegos. Solo cuando fueron declarados especie protegida, en 1973, su número se incrementó de verdad. Ahora solamente nos falta que el oso vuelva a merodear por los bosques. La última vez que un oso tuvo su territorio en estos bosques fue a mediados del siglo

XIX, y acabó abatido a tiros en 1859. En el resto de Escandinavia la población de osos se incrementa deprisa y hoy está compuesta por unos tres mil individuos, de los que la gran mayoría se encuentran en Suecia.[8]

La vuelta de los depredadores forma parte de un plan: queremos tener de nuevo una naturaleza virgen, original, y se habla de *rewilding*, «renaturalización». Puede que se trate solo de una quimera; no existe el territorio virgen, porque incluso en lo más profundo del bosque hay huellas de los incendios provocados por los *skogfinner*, una histórica población de migrantes finlandeses que se establecieron en los bosques suecos y noruegos en los siglos XVI y XVII, o de cazadores que han talado algún que otro árbol. Sin embargo, lo intacto, un mantra para el movimiento ecologista noruego, se halla en contradicción con la merma creciente de la naturaleza noruega, ya sea a causa de los postes de alta tensión, las pistas forestales, la tala rasa, las zonas residenciales, los terrenos destinados a plantaciones de abetos para fabricar las *hytter*, las típicas casitas de madera que abundan en el norte de Europa, o las autopistas de cuatro carriles. Permitir la presencia de grandes depredadores en la naturaleza es otro intento de acercarse al origen, a un bosque que ya existía antes de que los humanos se enriquecieran explotándolo en serio.

Mientras recorremos despacio el bosque de Svarverud en busca de huellas de lobos decimos en voz alta los distintos nombres por los que se lo conoce en noruego: *skrubb*, *varg*, *gråtass*, *den grå* («el gris»), *troll*, *skyggen* («la sombra»), *den unevnelige* («el innombrable») y *gråbein* («patas grises»). En la antigüedad se utilizaba el último término porque se consideraba arriesgado mencionar a los animales peligrosos por su verdadero nombre. *Varg* proviene del noruego antiguo *vargr*, que en tiempos paganos se aplicaba a bandidos y proscritos. También en Svarverud se asociaba a los proscritos con el odiado lobo, como en el caso del salteador Ole Andreassen, que vivió a mediados del

siglo XIX y era conocido como el Lobo de Piedra. Salía de su escondite, con frecuencia una gran roca, sorprendía a sus víctimas y escondía el botín de sus expediciones en el que hoy se llama Tjuvgodsdalen, el «valle de los objetos robados», que recorre el bosque de Svarverud hacia el sur.

Después de haber inspeccionado gran parte de la red de pistas forestales en vano, llegamos a una cuesta empinada por donde no han pasado las máquinas quitanieves. Ascende serpenteante por una colina. A pesar de mi insistencia para que sigamos nuestro camino a pie, Mats acelera a fin de subir la cuesta. Lo logramos durante un trecho, pero después las ruedas pierden agarre, derrapan y el coche se detiene en pleno ascenso. Luego empieza a deslizarse despacio hacia abajo. Los dos lados son escarpados y Mats maldice bastante asustado. El coche se desliza cada vez más cerca del borde de la carretera mientras él mueve el volante frenético para enderezar el curso del Toyota. Justo cuando estamos a punto de salirnos del camino, el coche se detiene. Nos hallamos lejos de la gente, en las profundidades del bosque, hace un frío gélido y el coche se ha quedado atascado en la nieve. Como Mats ha olvidado traer una pala, nos ponemos a quitar la nieve con los pies, luego con un par de esquís. Al final, sudados y cansados, casi hemos conseguido limpiar la pista. Ahora Mats intenta conducir de nuevo hacia la carretera. El motor ruge. Huele a quemado. No lo consigue al primer intento, ni al segundo. Frustrados, quitamos más nieve y yo me pongo detrás para empujar. Mats suelta el embrague despacio y pisa el acelerador con delicadeza. Por fin, al tercer intento, el coche se desliza otra vez hacia la carretera. Derrapa de lado a lado, pero se agarra cuesta arriba. Ante nosotros el camino está completamente cubierto de nieve y no tenemos más opción que seguir a pie. Mats aparca y nos abrimos paso por el bosque con la nieve hasta las rodillas, mientras oteamos en busca de huellas.

—Aquí el bosque es monótono —comento mientras vadeamos el camino.

Se repite el mismo tipo de árbol, hay pocos miradores y los lagos y los pantanos son idénticos.

—Eso es lo que te parece a ti —responde Mats enseguida, y se explaya sobre su experiencia del bosque y sus muchos matices, que puede ser escuchar el canto de un pájaro, comprobar que por aquí haya pasado un alce, o estudiar las huellas de un urogallo—. Y luego están todos los recuerdos —prosigue.

«Ahí» una vez estuvo observando el cortejo de los urogallos, y en otra ocasión cazó un alce. Está todo el tiempo interpretando y valorando, pensando en la gestión del bosque: ahí tiene que despejar el bosque, en otro lugar debería abrir una pista forestal, y «ese» bosque está listo para ser talado.

—¡Huellas de liebres! —exclama, interrumpiéndose.

En los últimos tiempos han aumentado, me comenta. Una vez hirió a una de un disparo. Su lamento agónico retumbó por el bosque. Recordaba al llanto de un niño pequeño. Una experiencia desagradable, me cuenta Mats, el curtido cazador. La liebre solo calló cuando la desnucó. Cuando cuenta historias así, puede parecer un hombre duro e insensible, pero enseguida se apresura a recalcar que en realidad no le gusta quitar la vida a los animales, y que a veces eso le persigue en sueños.

Al móvil de Mats llega un SMS.

—Estoy hasta las narices de las cabras —exclama, y con razón.

No solo han ocupado la entrada de su casa. El verano pasado todo el rebaño huyó al bosque durante una tormenta, algo que contaron con detalle en el periódico local y en la televisión pública NRK, y varias veces se les han infectado las pezuñas. Ahora resulta que una cabra ha parido otros dos cabritillos en la helada invernal, me explica Mats, y debe volver enseguida. Regresamos al coche, y durante el acelerado regreso a la granja me preguntó: ¿cuál es realmente la idea que tenemos de un auténtico hombre del bosque?

Lo imaginamos tranquilo, reflexivo y que se toma su tiempo para hacer las cosas. Mats es justo lo contrario, y cuando voy a verlo, siempre tengo la impresión de que no le vienen bien las visitas. Por eso no había resultado sencillo encontrar un día en que pudiéramos ir juntos al bosque, porque constantemente tiene algo que hacer: entregar la carne de alce, hablar con un trabajador forestal, arreglar el tractor o llevar a los niños a Mysen. Las cosas no han mejorado desde que tiene animales domésticos en la granja. Las ovejas paren, hay que pasear a los perros, matar gallinas, conseguir forraje concentrado para los cerdos y, ahora, criar cabritillos.

—Te vería más a menudo si fuera una cabra —bromeo mareado y con náuseas debido al olor a gasóleo.

Tras un acelerado trayecto por el bosque, por fin llegamos. Mats para el coche junto a la granja. Ante nosotros, en el establo de las cabras, hay dos cabritillas recién nacidas, mientras que una nacida muerta está sobre la nieve. Resulta extraño. Suena a tópico, pero es cierto: aquí, en el campo, la gente tiene la vida y la muerte mucho más cerca. A pesar de que Mats pasó la infancia en una zona residencial de las afueras de Bærum y tuviera poca experiencia en esta materia, el sacrificio de cabritos, cerdos, gallinas y gallos se ha ido convirtiendo en una parte natural de su existencia.

—Si tienes animales en la granja, te alegras mucho de verlos nacer —me explica en voz baja—, pero también te ves obligado a interrumpir el ciclo de su vida algunas veces.

Cierra el otro acceso a la casa, busca pienso y heno, mientras yo llevo a los dos cabritillos calientes recién nacidos bajo el brazo. Sus pequeños corazones laten de forma desbocada. Mats tira de la madre, una enorme cabra de raza bóer con collar de perro. Algo es algo: dos cabritillos, aunque nada de lobos.

Un par de días después de mi excursión a Svarverud un anticiclón se estabiliza sobre Oslo. A lo largo de los oteros y las laderas de las colinas que rodean la ciudad, formados en las profundidades de enormes volcanes hace apenas trescientos millones de años, puedo contemplar el bosque de coníferas cubiertas de nieve. Siento la necesidad imperiosa de ir al bosque, pero, en lugar de adentrarme esquiando en Nordmarka, la sierra norte de Oslo, como suelo hacer, se me ocurre ir en busca de huellas de lobos. Así que me dirijo hacia Østmarka, la sierra este, donde vive una manada. Desde el aparcamiento de Bysetermåsan camino sin rumbo, pero rebotante de optimismo, a lo largo y ancho de senderos y pistas de esquí de fondo, oteando en busca de huellas. Al igual que más abajo, en Svarverud, abundan las de perros, pero de momento no hay ni rastro de los lobos. Adentrándome un poco en el manto blanco del bosque, veo huellas de un alce y un corzo que han atravesado el sendero; me doy cuenta de que buscar rastros enriquece mi paseo por el bosque, pues relatan una historia sobre la vida en su interior, una vida que suele transcurrir oculta a nuestra vista, la de los seres humanos.

En una hondonada descubro una planta de hojas perennes, de no más de diez o quince centímetros de altura, casi ahogada entre la nieve mientras intenta abrirse camino hacia la luz. Las hojas están dobladas hacia abajo y los brotes, rígidos como crines. Largos esquejes se extienden por el terreno del bosque, y de cada uno de ellos nacen nuevos brotes. En realidad, se parece un poco al musgo. La he visto antes en muchas de mis excursiones por el campo y la campiña, pero hasta ahora no me había llamado la atención. Hoy la veo de otra manera, y busco en Google el nombre de esa planta extraña. Después de un par de búsquedas en que doy con unas cuantas variedades de musgos, concluyo que se trata de un *Lycopodium clavatum*, un resistente pie de cuervo, un vegetal que se ha usado desde la Antigüedad para fabricar estropajos y esterillas, y que las chicas se ceñían a la cintura para protegerse

de embrujos y embarazos. Curiosamente, su nombre latino es *Lycopodium annotinum*, pie de lobo, y así lo llaman en Dinamarca.

No es que se trate de una planta rara, pero este descubrimiento me causa cierto sentimiento trascendente aquí, en plena sierra de Østmarka. Hace más de trescientos millones de años, en el Carbonífero, las plantas de pie de cuervo dominaban la tierra. Junto con los extintos equisetos como las *Calamites*, formaban grandes bosques de lipododendron y sigillarias de más de treinta metros de altura. Las hojas eran largas y estrechas y crecían como un arbusto de las copas de los árboles. El tronco se componía sobre todo de corteza, más que de madera. El musgo tenía un dibujo en forma de diamante, lo que hizo que sus fósiles fueran tomados, erróneamente, por restos petrificados de la piel de cocodrilos y serpientes gigantes. Cuanto nos ha quedado de las *Lycopodium annotinum* son estas plantas que se arrastran, pequeñas y duras como el resistente pie de cuervo. Así de severa se ha mostrado la evolución con esta familia, porque mientras los enormes árboles morían a causa de un clima más seco en el Pérmico, los pies de cuervo, más pequeños, sobrevivieron adaptándose a la vida a lo largo de divisorias húmedas.[9]

Es difícil exagerar la importancia de los primeros grandes bosques. Hace menos de cuatrocientos millones de años, y a lo largo del Carbonífero, contribuyeron a la drástica disminución de los niveles de dióxido de carbono en el aire, mientras que los de oxígeno ascendieron del 4 al 35 por ciento, el nivel más alto que se haya dado nunca en la historia de la Tierra. El planeta sería inhabitable para nosotros, los seres humanos, sin estos bosques. Pero ¿de qué manera el fenómeno de los bosques cambió la atmósfera misma?

En pocas palabras: cuando un árbol cae y se descompone, tanto el oxígeno como el dióxido de carbono aumentan. Por el contrario, si el árbol no se pudre, sino que por ejemplo cae en un pantano o lodazal donde escasea el

oxígeno, y termina por conservarse como parte de un sedimento geológico, elimina el carbono de la atmósfera.[10] De los bosques del Carbonífero quedaron ingentes cantidades de ramas, hojas y troncos apilados en gruesas capas que luego acabaron enterrados bajo kilómetros de sedimentos y se transformaron en carbón. Esas capas forman hoy en día los grandes cinturones de carbón de América del Norte y Europa, incluidas las islas Svalbard, que constituyeron, literalmente, la base de la revolución industrial.

Además, con el tiempo, los árboles desarrollaron raíces cada vez más grandes para conseguir sujeción, agua y nutrientes suficientes, lo que aceleró la erosión mecánica y química de la roca que, por decirlo de una manera sencilla, contribuyó a que descendieran los niveles de dióxido de carbono en la atmósfera.[11] Ello tuvo grandes consecuencias para el clima del planeta y contribuyó a que en la Tierra se produjera una nueva glaciación hacia el final del Carbonífero.

Los altos niveles de oxígeno de hace más de trescientos millones de años tuvieron algunas consecuencias singulares. Por el suelo reptaba el milpiés *Arthropleura* de más de dos metros de largo, el invertebrado terrestre conocido más grande de cuantos hayan existido nunca. Entre *Calamites* y pies de cuervo volaba la gigantesca libélula *Meganeura*, cuyas alas poseían una envergadura de más de setenta centímetros. Un mayor nivel de oxígeno en la atmósfera trajo consigo un aumento de la saturación del aire y permitió que insectos alados más grandes pudieran mantener la estabilidad, de la misma manera que es más fácil flotar en el agua salada que en la dulce. Además, sin entrar en demasiados detalles, los insectos respiraban más eficientemente en la atmósfera rica en oxígeno, lo que contribuyó a su gigantismo.

En lo profundo de los bosques también se deslizaban a gran velocidad nuestros ancestros similares a lagartijas, como los *Hylonomus*, el primer

reptil del que tenemos noticia que estuviera adaptado en exclusiva a la vida en la superficie terrestre. Se ha encontrado un número especialmente elevado de fósiles de *Hylonomus* en Joggins, en Nueva Escocia (Canadá), donde se han conservado en los troncos huecos de árboles fosilizados. La razón es que grandes árboles de pie de cuervo, con el centro del tronco hueco, acababan volcados en los pantanos, y los tocones se llenaron de agua, funcionando así como pequeñas trampas en que los reptiles se ahogaban.

Tras caminar por la sierra este, Østmarka, acabo en Vangen, el área de descanso para excursionistas, donde me cuentan que hay lobos por toda la sierra y que a principios de invierno llegaron hasta el local. Pero Østmarka es grande, ya se sabe, y los lobos podrían estar en cualquier parte. De vuelta a casa, a través de bosques abiertos de pinos y algún que otro abedul cubierto de nieve hasta casi romperse, pienso en ese depredador que deambula por los bosques noruegos, al que muy pocos han visto o han oído, un animal objeto de controversias sobre el que ya han corrido ríos de tinta, pero que es difícil localizar. Es como buscar una aguja en un pajar, eso insinuó Mats. Y justo eso, que sea esquivo y esté alerta, la dificultad de acercarse a él, hace que yo, ambicioso y testarudo, me marque un objetivo: voy a intentar acercarme a los lobos. La primera fase consistirá en tratar de encontrar sus huellas o, mejor todavía, de oír sus característicos aullidos en medio de las tierras agrestes. No puedo aspirar a más.

Puesto que acercarse a los lobos puede llevar mucho tiempo, debo establecer límites para mi proyecto. Dedicar toda la vida a investigar a un solo animal, como por ejemplo hizo Jane Goodall con los chimpancés, no está a mi alcance, pues tendría que haber empezado hace muchos años. Pero un año sí que podría dedicar «al arte de buscar al lobo gris en enormes áreas

boscosas a lo largo de las cuatro estaciones del año» (adaptando el subtítulo de un libro de actualidad, *El libro del mar*, de Morten A. Strøksnes: «El arte de capturar un tiburón boreal con una lancha neumática a lo largo de las cuatro estaciones del año»).

Supongo que bastará, si pongo el empeño suficiente. Además, reflexiono, es compatible con mi idea de profundizar en la historia del bosque y su importancia para la vida en la Tierra. En nuestras latitudes el bosque es el hábitat del lobo, su entorno vital. Y hasta la fecha me ha faltado un marco, un plan, para mis excursiones al bosque. Han sido casuales y dispersas, pero como dijo el explorador y naturalista alemán Alexander von Humboldt, «para comprender el mundo un científico tiene que estar en la naturaleza, sentirla y vivirla».

Al volver de Østmarka no tardo en enviarle un mensaje a Mats: «¿Volverás a salir un día de estos?». Ya he aprendido que ir de excursión por mi cuenta, sin plan alguno y al azar, da pocos frutos. La vaga respuesta de Mats es: «Estoy en plena época de nacimiento de las crías, y no hay casi novedades acerca de los lobos». Durante las semanas siguientes lo bombardeo a mensajes, pero no llegamos a acordar una nueva salida. «Ponte en contacto con la SNO en Hedmark, tal vez puedas ir con ellos», me escribe por fin en un mensaje sumamente breve: es evidente que está harto de que le dé la lata. ¿La agencia estatal para la observación de la naturaleza? «Si tú no tienes tiempo, no creo que pueda contar con que ellos se molesten en llevarme», respondo indignado. Debo recurrir a todos los trucos que conozco, manipular, apelar a sus sentimientos y a nuestra vieja amistad. Y tengo éxito, o eso creo, porque al día siguiente me llega un nuevo mensaje de Mats. Va a buscar rastros de lobos en Hobøl junto con otro colaborador de la SNO. Me dice que puedo unirme a ellos, y por supuesto que lo haré. Al día siguiente, a las nueve

de la mañana, estoy frente al supermercado Kiwi de Knapstad en Hobøl, a algo menos de una hora en coche desde Oslo.

El bosque del miedo

A pesar de que estamos a comienzos de marzo, la primavera está en el aire. El sol calienta y de vez en cuando se oye el sonido sordo de la nieve al caer en grandes montones de los árboles. Los abetos son una masa compacta y oscura. Aquí estoy, en un KIA blanco 4x4 camino del bosque de Hobøl en busca de huellas de lobos, pensando que nuestro querido y familiar abeto, llamado abeto común o *Picea abies*, es un ejemplo de éxito evolutivo. Pertenece a una rama perseverante del árbol de la vida, un grupo de organismos que ha sobrevivido a muchas idas y venidas del planeta, que ha resistido varias grandes crisis en la historia del globo terrestre. El abeto pertenece a la familia de las plantas de semilla desnuda, o gimnospermas, que surgieron hace algo más de trescientos millones de años. Equipado con semillas y un sistema eficiente para transportar agua, poco a poco fue ocupando los nichos que lipododendron y sigillarias dejaron cuando el clima se fue haciendo más seco en el Pérmico.[1] A partir de este grupo se desarrollaron, entre otros, las actuales coníferas, que cuentan con un número de especies particularmente abundante.[2] Cuando los científicos secuenciaron por primera vez el ADN de una de ellas, justo del abeto común, les llamó la atención lo poco que esta especie ha cambiado en el transcurso del tiempo.

Con frecuencia, al hablar de evolución, nos referimos a adaptarse, a

transformarse, pero hay especies, como estas coníferas, que de una manera misteriosa han optado por ser conservadoras. Los pinos y los abetos que nos rodean en el bosque de Hobøl son supervivientes; ya desde que sus antepasados empezaron a dominar la superficie de la Tierra, hace doscientos millones de años, han demostrado una increíble resistencia aquí en el norte, a pesar de la devastación de los períodos de glaciación y los exterminios en masa. Y mientras enormes dinosaurios herbívoros, con su bien desarrollada dentadura, pastaban en las primitivas coníferas, no muy distintas de las que nos rodean hoy, los pequeños antepasados de nuestros mamíferos roedores corrían por el suelo.[3]

Algunas de estas especies gimnospermas son fósiles vivos, especies que han permanecido casi inalterables decenas de millones de años, como el ciprés *Metasequoia glyptostroboides*, o abeto de agua, que se descubrió por primera vez como fósil, de manera que se creía que se había extinguido hacía unos dos millones de años. Su descubrimiento en China en 1943 causó sensación, porque el árbol estaba completamente vivo y era idéntico a sus ancestros fósiles de setenta millones de años de antigüedad. Con razón en Noruega se le llama el «árbol prehistórico». Un antiguo colega mío plantó el árbol prehistórico en su jardín de Kolsås, a las afueras de Oslo. Por lo visto, es un logro conseguir que su semilla germine. Cuanto más crecía el árbol, más se enfadaban los vecinos. Como si no bastara, cada otoño perdía las agujas y recubría así los bien cuidados céspedes de Bærum. Los vecinos, molestos, acabaron por exigir que lo talaran y se salieron con la suya. Mostraron poca comprensión por los antecedentes históricos de aquel árbol cuyos ancestros habían sobrevivido a tantos sucesos, entre ellos al impacto de un meteorito que chocó contra la Tierra hace sesenta y seis millones de años, y que acabó sus días hecho pedazos por una motosierra.

Entre las coníferas se han encontrado varios de estos fósiles vivos, y

muchos biólogos habrían considerado un sueño erótico lo que le ocurrió al guardabosque David Noble en 1994. Se metió en un barranco apartado del bosque lluvioso tropical de Wollemi National Park en Nueva Escocia del Sur, en Australia, a no más de ciento cincuenta kilómetros de Sídney. Fue como penetrar en un mundo perdido. Allí se tropezó con unos extraños árboles que no reconoció. Medían hasta cuarenta metros de altura y los troncos tenían cerca de un metro de diámetro. La corteza parecía hecha de chocolate hirviendo mientras que las hojas tenían forma de helecho. En el fondo del barranco, profundo y estrecho, encontró cerca de cien árboles similares, y comprendió que se trataba de algo especial.

Más adelante volvió con dos botánicos, que quedaron fascinados ante lo que veían. Esa especie de árbol, de la familia de las araucariáceas, se daba por extinguida, y los fósiles más antiguos contaban doscientos millones de años. Los investigadores lo bautizaron *Wollemia nobilis*, en honor al lugar del hallazgo y a quien los encontró, respectivamente. Como declaró un científico después del hallazgo que marcó época, fue como si se hubiera encontrado un dinosaurio vivo. Es decir, que hay razones de peso para llamar a los *Wollemi* fósiles vivos. Y hay más especies como esta, como el árbol del templo, el *Gingko biloba*, un extraño árbol que durante el Jurásico y el Cretácico era muy común en el hemisferio norte y en las islas de Svalbard, y que casi no ha sufrido cambios desde entonces. Hoy crecen silvestres solo en China, mientras que en el resto del mundo se plantan junto a templos, parques y jardines botánicos.

Aquí, en Hobøl, trescientos millones de años después de que surgieran las coníferas, aparecen en la nieve las huellas de un animal que ha avanzado en zigzag entre los abetos. Es el rastro de un lobo. «Esto sí que va en serio»,

pienso. Así que hay un lobo paseándose por el bosque de Østfold, a una hora escasa de la muchedumbre de Oslo. Aunque soy consciente de que esto es habitual para la gente que vive cerca de los lobos, me fascina que haya merodeado precisamente por aquí. Mats se baja del KIA y se adentra en el bosque en pos de las huellas del lobo. Le sigue Arnkjell, un hojalatero jubilado de Vestby, con la espalda muy recta y de firme apretón de manos; él también trabaja en la misión encomendada por la SNO. Si la nieve lo permite, Arnkjell se desplaza al menos una vez a la semana a Hobøl en busca de lobos. Lleva casi diez años haciéndolo. Aunque es evidente que no ensalza a este depredador, no deja de opinar que el lobo es «jodidamente emocionante». Y a la pregunta de si está a favor o en contra del lobo, se limita a responder:



—Entiendo a los que quieren que haya lobos, pero también entiendo a los granjeros que tienen ovejas, joder.

La longitud y profundidad de las pisadas se miden siguiendo el procedimiento habitual de la SNO: se confirma que se trata de un lobo, no de un perro extraviado. Mats está en su salsa y ha perdido su elegante acento de Bærum. Usa palabras distintas cuando está en compañía en el bosque, pronuncia «lobo» alargando la *e*, o dice *skauen*, «bosque», en lugar de *skogen* y alargando la *a*. Antes de reunirnos con Arnkjell se metió con mis nuevos zapatos Salewa color turquesa y con mi anorak azul claro con capucha de la marca Elvine, una vestimenta que pegaría más en el barrio hippie de moda en Oslo, el Grønnerløkka, que en Hobøl.

—¿Vas a ir así vestido? —dijo de forma espontánea.

Mientras que yo sigo residiendo en centro de Oslo, Mats vive en una granja situada a varios kilómetros de distancia del vecino más próximo. En cierto modo, vivir tan en contacto con la naturaleza y con la mentalidad rural lo ha cambiado. Aún es el chico del barrio elegante de Bærum, el biólogo, pero también ve muchas cosas desde la perspectiva del hombre de campo, desde la periferia. Su estilo ha cambiado asimismo. Mats lleva botas de caza altas, un basto pantalón de un verde campo y una cazadora de leñador Stihl, negra y naranja. Así genera confianza y evita que la gente del bosque recele de él. Ahora es uno de ellos, y no uno de esos miembros de la WWF que anda perdido por allí con lo que a ojos de los aldeanos es una excesiva simpatía por los lobos.

Una masa oscura aparece en la pista forestal, no muy lejos de las huellas. Mats y Arnkjell concluyen al unísono que son excrementos de lobo. Pelos, restos de huesos, tiras de grasa y piel se enroscan en las heces, típico del lobo. Por fin un signo de vida, pues tampoco la jornada había empezado muy

bien. Mats y yo habíamos pasado varias horas por caminos rurales desiertos de Høbol antes de llegar aquí. Tras innumerables paradas no hallamos más que huellas de perro, zorro, corzo y alce. Mats se pone en cuclillas y remueve las heces con una navaja. Luego saca un bisturí y deposita un trozo en un recipiente. Va a mandar a analizar el ADN,[4] que mostrará si se trata del lobo de Høbol o si un ejemplar nuevo ha llegado hasta aquí. Mats me explica que siguiendo los rastros y recogiendo muestras de ADN la SNO puede controlar el número de lobos en el país. Además, el ADN recogido ha ayudado a los científicos a dibujar un árbol genealógico casi completo de toda la colonia de lobos escandinava, desde que se establecieron de manera definitiva en Värmland en 1983.

Se han identificado cerca de dos mil ejemplares de lobos por su ADN. Una prueba efectuada a partir de pelos, excrementos u orina puede revelar si el lobo ha nacido en Escandinavia o si es un ejemplar llegado de Rusia o Finlandia. El árbol genealógico informa de quiénes eran los padres, abuelos u otros familiares cercanos. Los análisis de ADN no solo han constatado que el lobo de Høbol, una hembra, llegó aquí de los terrenos de Østmarka, también han dejado claro un hecho que nos hace reflexionar: la colonia de lobos escandinava, compuesta por algo más de cuatrocientos ejemplares, puede remontarse hasta cinco ancestros llegados de Finlandia y Rusia.[5] A pesar de que estos datos se hallan muy bien documentados, hay quien afirma que el lobo ha sido introducido por los seres humanos. Hasta la fecha esas afirmaciones han sido rebatidas, lo que no ha evitado que la mayoría de los diputados electos del Parlamento, sin contar con la presencia en el pleno de un solo genetista, hayan decidido que los estudios realizados sobre el origen de la población de lobos en el sur de Escandinavia deban verificarse.

Los análisis de ADN también han revelado que el lobo puede recorrer distancias increíbles en muy poco tiempo. En 2015 un ejemplar fue abatido

ilegalmente en Trysil, y los análisis de ADN confirmaron que había recorrido la distancia que separa el norte de Finlandia de Trysil, no menos de ochocientos kilómetros. Una hembra de lobo nacida en el territorio de Gråfjell, en Hedmark, en 2002, marcada con un GPS, quedó registrada al abandonar la zona a los trece meses de edad y después fue localizada en el municipio de Engerdal. Veinte meses más tarde, la hembra fue abatida por un propietario de renos en el noreste de Finlandia. Medida en línea recta, había recorrido una distancia de mil cien kilómetros, lo que en su momento supuso el récord mundial en desplazamientos registrados de lobos. Pero una estimación prudente de las posiciones en que se había registrado la señal del GPS apuntaba a una distancia recorrida de ¡diez mil kilómetros! a lo largo y ancho de su camino hacia el norte. El lobo, gracias a sus largas extremidades y a su resistencia, puede, en suma, recorrer enormes distancias y colonizar nuevos territorios sin ninguna ayuda del ser humano.

Hasta el momento he podido constatar que en la gestión de los depredadores rige un enorme entusiasmo por las heces, y además de las del lobo se recogen las de osos y tejones. Navegar por la web de Rovdata.no es una experiencia peculiar: «Las heces desvelan cómo vive el oso», «Recoge heces de tejón en año nuevo», «¿Has encontrado heces de tejón?», «¡Entrégnos las heces de oso!», y no digamos el artículo más visitado: «¿Eres capaz de distinguir las heces de oso?». Y la cosa no mejora en Skandobs, una página en internet pensada para las observaciones de rapaces. Un ser iluso como yo se ve sorprendido por la extraña cantidad de fotos de heces, ya sean de lobos de Slettås o de osos en Pasvik, en su mayor parte publicadas por hombres de mediana edad.

Hay que decir, en defensa de los fetichistas de los excrementos, que los análisis de ADN, junto con las muestras de tejido de los ejemplares abatidos, nos han proporcionado importantes conocimientos. Como, por ejemplo, que

la colonia escandinava de osos pardos puede clasificarse en dos grupos genéticos, y tal división parece tener dos orígenes: Rusia y la península Ibérica.[6] Las hembras de estas dos ascendencias genéticas siguen manteniéndose, de manera inexplicable, geográficamente separadas, miles de años después de haber inmigrado.

Con las heces de lobo a salvo en dos pequeños recipientes, seguimos la serie de huellas de lobo hacia el interior del bosque. El lobo ha ascendido a saltos por una ladera poco escarpada, y nosotros lo seguimos con esfuerzo. La nieve está granulada, casi como si fuera sal gruesa, y cubierta de agujas de pino marrones, ramitas y piñas a medio comer que han dejado las ardillas. Mientras seguimos el rastro a Arnkjell le duele la espalda, por lo que prefiere continuar en coche buscando nuevas huellas. Yo estoy algo harto de pasar horas en el coche y decido ir a pie, mientras que Mats opta por marcharse con Arnkjell. Ahora depende de mí y, a pesar de mi total inexperiencia, se me encomienda seguir al lobo en las profundidades del bosque. Me dan un *walkie-talkie* y un GPS para que registre los movimientos del animal. La idea es que me recojan en un lugar conocido como la cabaña de Gauk, a apenas dos kilómetros más al sur, pues Arnkjell ha observado que la hembra puede explorar largas distancias dentro de su territorio y en esos casos, con frecuencia, acaba allí.

Mats desaparece camino del KIA blanco y yo voy casi corriendo tras las huellas del bosque, pensando que esto no puede llamarse exactamente una investigación, pues el manto blanco convierte el invierno en la estación perfecta para cuantos se interesan por el lobo, ya que cada pequeño movimiento queda visible por un breve tiempo. Las huellas en la nieve pueden contar una historia sobre el lobo: sobre sus descansos, su forma de

caza e incluso sus dudas. Como geólogo, he estudiado huellas otras veces, pero eran de crustáceos que cruzaron una playa hace ciento ochenta millones de años, o de un insecto en una meseta inundada hace doscientos veinte millones, que quedó petrificado para la eternidad. Las huellas invitan a especular: ¿qué iban a hacer ese crustáceo o aquel insecto? ¿Los perseguían o iban en busca de alimento? Puedes crear una historia, adivinar qué buscaba el animal. Es una especie de estudio psicopaleológico. Las mismas preguntas podemos plantearlas aquí: ¿qué ha traído a este lobo a Hobøl?

Sigo las huellas por una ladera gris, y en un claro del bosque, al otro lado de la pista forestal, descubro manchas rojas en la nieve. Sangre. Aparto la nieve con las botas y aparecen restos de piel y huesos. Son de un corzo casi devorado por completo; solo quedan despojos. Los lobos son glotones. Se comen casi todo el animal, rompen los huesos, mastican la piel y devoran las entrañas. Si un lobo lleva tiempo sin comer, puede ingerir unos increíbles quince kilos de carne de una sentada.

A pesar de que este era un corzo, el plato principal de los lobos escandinavos es el alce.[7] Una manada de lobos puede poner en serio peligro la población de estos animales y, en función del número de ejemplares que formen el grupo, llegan a cazar unos ciento veinte alces al año.[8] Un mito difícil de combatir es que los lobos eligen, en particular, a los ejemplares más débiles, como a las crías de alce. Los lobos solitarios, como la hembra de Hobøl, cazan sobre todo corzos. Para un lobo puede ser fatal enfrentarse solo con un alce adulto, capaz de dar coces con las duras pezuñas potentes y letales.[9]

El lobo tiene una mordida tan fuerte que logra matar a las víctimas pequeñas rápidamente con un mordisco en la espalda o la cerviz. Cuando el lobo caza alces, muerde primero en la zona de la cola, lo que le origina graves hemorragias y debilita al animal hasta que al final cae de bruces. La

manada también puede correr en paralelo con el animal y enganchar de un mordisco el morro. Si son dos lobos, uno atacará las patas y hará que el alce caiga. En ese caso, está perdido. Como dice Mats: si él fuera un alce y tuviera que elegir entre que lo matara una jauría de lobos o un tiro certero, no tendría dudas. La naturaleza no es como una película de Disney o un texto del escritor de libros infantiles Thorbjørn Egner, en el que los animales se cuidan y ayudan. «La ley del bosque era dura», ha señalado Mikkel Fønhus.

Decía que lo dominan los más fuertes y astutos. Un animal existe para ser torturado y devorado por otro. Y cuando ese ha comido hasta saciarse, un tercero acaba con él [...] Y sus gritos eran siempre los mismos [...] cuando las garras buscaban carne viva, cuando la sangre manaba caliente y desprendía vapor de un cuerpo al final de la vida.

El lobo ha seguido su camino desde la carcasa del corzo hacia un sendero de animales del bosque, flanqueado por un bosque de abedules gráciles y de color claro. A juzgar por los incontables excrementos que aparecen por el sendero, el ejemplar que sigo está saciado hasta los topes. Hay un poco de orina sobre la nieve, pero nada de sangre. Mats me ha enseñado que si contuviera sangre, sería indicio de que está en celo. El lobo puede marcar su territorio con heces, cavando con las patas y con orina. Como el lobo de Hobøl no ha levantado la pata, no ha marcado aquí su territorio. Sigo las huellas desde el sendero hacia un tupido bosque de abetos. Las ramas que asoman de las raíces cobrizas de los árboles se enredan y me obligan a arrastrarme por el terreno. La fina capa de nieve helada está dura y, inexperto como soy, me cuesta dar con el rastro. En algunos lugares tengo que andar en grandes círculos concéntricos antes de volver a encontrar las huellas.

Mientras avanzo con dificultad siento cierta inquietud en la boca del estómago. No consigo saber si se debe al bosque tupido y lúgubre que me rodea, o al hecho de que estoy persiguiendo a un lobo. Aunque sé que es un

miedo irracional, cojo un palo del suelo (por si por casualidad me encontrara con el lobo...). Debo recordarme que el lobo huye de los humanos, porque no hay ningún animal al que hayamos perseguido con mayor encono e ímpetu que a él. Y han pasado más de doscientos años desde la última vez que alguien murió a causa del ataque de un lobo en Noruega. La niña de siete años, Anne Monsdatter Braathen, fue despedazada por un lobo a unas decenas de kilómetros de aquí, en Sørum.[10] Se cuenta que uno de los hijos de la familia de la granja de Bæreo, que está muy cerca de aquí, fue rodeado por siete lobos hace unos años. En aquel tiempo la manada de Moss se hallaba en los bosques de Hobøl. No dicen nada de cómo escapó el joven. Los desesperados alcaldes de los pueblos del interior de Østfold declararon que la manada de lobos había generado un nuevo diagnóstico del médico del centro de salud y del servicio de salud escolar: miedo al lobo, fuera o no justificado.[11] De lo que no cabe duda es de que la manada de Moss desapareció sin más, ya fuera porque los animales murieran de muerte natural, ya fueran abatidos ilegalmente.

«Maldito lobo», me digo mientras sigo con esfuerzo las huellas que llevan a una hondonada donde un arroyuelo se desliza bajo el manto nevado. Pequeños álamos cargados de nieve trenzan los troncos y las ramas hasta formar un muro casi infranqueable. Los cristales de mis gafas están empañados. La cazadora es demasiado gruesa y me da mucho calor, y de los árboles caen pequeños montones de nieve, que se me cuelan por el cuello. Cuando por fin llego al lecho del río, el lobo ha vuelto a subir al trote sin dificultad. Desorientado, me muevo por el mapa del GPS y veo claramente que el lobo no va de camino a la cabaña de Gauk, el lugar donde hemos acordado encontrarnos al sur, sino que deambula por el bosque sin ningún plan. A pesar de que no estoy seguro de dónde me encuentro, continúo, sudado y exhausto, siguiendo las huellas de un lado a otro del bosque.

Al final llego a un pequeño lago helado. Avanzo con paso tambaleante por la nieve profunda siguiendo las huellas hacia el centro del lago. Reina el silencio y el ambiente es opresivo. El lago está circundado por abetos ahogados de ramas desnudas y, rodeado por todas partes de bosque muerto, me parece muy lógico que el bosque se haya asociado a menudo a la angustia y al miedo. Pensemos por ejemplo en Dante, quien en la *Divina comedia* se pierde en un bosque denso y espinoso: «Yo me encontraba en una selva oscura [...] que en el pensar renueva la pavora».

Al salir del bosque, una mujer malvada y voraz le hace volver. El angustioso recorrido por el bosque ha sido interpretado como una metáfora de la crisis de la mediana edad de Dante, donde pierde el sentido de la vida. Fueron varios los escritores cristianos que, como Dante, utilizaron el bosque como símbolo de la temporalidad, lleno de peligros. «Este mundo es un bosque espeluznante», escribió san Agustín. El paisaje salvaje era abrumador y había que combatirlo, mientras que el paisaje cultivado era paradisiaco, con jardines cuidados y grandes parcelas de labranza. En los cuentos populares el bosque es casi intransitable, oscuro, grande y dominado por depredadores, como el lobo o el oso. El bosque profundo era un lugar peligroso donde se ocultaba lo sobrenatural, como espíritus de mujeres malignas, troles y elfos, que pueden hechizarte, comerte o transformarte.

Incluso en nuestro secularizado mundo hay corrientes que expresan una visión ambivalente del bosque. El escritor Tor Ulven ironiza sobre la santificación del bosque del poeta Nils Collett Vogt en su poema «Si no fuera más que un abeto del bosque». El deseo de un poeta de ser un abeto en el bosque es imposible de cumplir, señala Ulven, porque «ser un abeto en el bosque» en realidad sería lo mismo que «estar muerto o, en todo caso, inconsciente». «Un estado de coma del que no se despierta —escribió el poeta—, ojalá yo estuviera en coma en el bosque, que no despertara.»

El lobo ha continuado su camino por el lago. Atravieso la nieve siguiendo sus huellas. Conducen a un riachuelo que nace en el lago y que el animal se ha saltado. Lo sigo. Después ha vuelto a saltar por encima del riachuelo. Así sigue, a un lado y al otro, y yo detrás. ¿Se trata de un juego? ¿O va en pos de una presa? Las huellas se interrumpen ante un par de abetos de grandes ramas caídas. Aquí la nieve está muy pisoteada; ha debido de pasar en este lugar un buen rato, ha sido su refugio diurno. Sobre la nieve hay tres grandes masas fecales, sin pelos, pero con fibras. Las heces que había visto hasta ahora estaban cubiertas por una fina capa de cristales de nieve. Estas no. En otras palabras, acaba de pasar por aquí. «¡Maldita sea!», pienso, y agarro con más fuerza mi palo. Pero ¿dónde está ahora?

Después de haber buscado las huellas, desorientado, descubro que siguen por la margen del riachuelo y se adentran en el bosque. Por alguna razón, el leve temor que experimenté ha desaparecido. Y este sería el momento en que debería sentir miedo, pero tengo demasiadas cosas en que pensar. Están empezándome a fallar los medios técnicos: el walkie-talkie no funciona, el teléfono móvil está casi sin batería y el GPS muestra que he caminado en grandes círculos. Además, estoy mojado, empapado. Uno de mis zapatos gorgotea después de haber acabado en el hielo. Sudo a mares bajo la chaqueta demasiado gruesa.

Sigo las huellas de lobo hasta que desaparecen por una ladera empinada. Cuando la penumbra anuncia su presencia, decido darme por vencido. Atravieso la nieve hacia la pista forestal mientras gasto lo que me queda de batería en llamar a Mats. Le explico que estoy muy lejos de la cabaña de Gauk y que debe pasar a recogerme al mismo lugar donde me dejó. Cuando llego al camino me doy cuenta de que he debido de rodear al lobo. No puede estar muy lejos, quizá a doscientos metros. Cuentan historias de gente que ha tenido a un lobo muy cerca y no se ha dado cuenta. Muchos expertos

conocedores de los lobos afirman que él sabe dónde estás, aunque tú no sepas dónde está. Ha tenido toda la situación bajo control.

Un rato después llega Mats solo. Arnkjell se ha ido a casa. No encontraron más huellas. Pocas veces me ha dado tanto placer tomar asiento en un coche calentito, pero, a pesar de que estoy harto de bosques, calado y cansado, me digo: «Debo volver, regresar al bosque y al lobo».

Una vez en Oslo, reanudo lo que había dejado y profundizo en mis lecturas sobre los bosques. Mats me ha prestado una pila de libros, manuales básicos de introducción a la biología y la zoología, y encargo más tanto por Amazon como en la biblioteca. Se trata de bosques, de historia de la ciencia, y en la Biblioteca Nacional bato mi propio récord al llevarme prestados cuarenta y cuatro libros. Bromeo con los bibliotecarios y les digo que debería tener una tarjeta oro de socio. También me hago con un par de libros sobre los lobos.

Leo que un bosque se define como tal si los árboles tienen al menos cinco metros de alto y hay entre ellos menos de treinta metros de separación. Y para los que crean que un bosque no es más que un bosque, los científicos han descrito infinidad de variantes solo en Noruega, entre ellos bosque bajo, bosque de abetos pantanosos, bosque de bayas, bosque de helechos pequeños, bosque de aliso gris, bosque de helechos grandes, *lågurskog*. Desde mi despacho contemplo el castaño de Indias del jardín que alza sus ramas desnudas, sin hojas, hacia el cielo azul. Proveniente de las montañas de los Balcanes, se puso de moda en el siglo XVII. La nobleza y la realeza fueron los primeros en plantarlos, y luego se hicieron comunes en los jardines y los parques de las ciudades de todo el mundo. A su lado se alza un majestuoso roble donde el castaño ha enredado sus ramas, casi como una pareja de amantes. Muerte a quienes los amenace. Porque en Oslo suenan sin cesar las

motosierras que cercenan con desenfreno estas criaturas antiguas, privadas de derechos.

En primavera, el castaño parece un enorme jarrón de flores con miles de centros verticales de flores maravillosas que se transforman en una lluvia de pequeñas bombas bajo el viento otoñal. Pertenece a las plantas de flor o angiospermas, a su manera un logro de la evolución. Porque las plantas con flor surgieron hace solo ciento cuarenta millones de años y estaban destinadas a cambiar el mundo.[12] Nos las encontramos en el bosque en forma de tilo, olmo, abedul, fresno, por no hablar de las numerosas y coloridas florecillas (que los botánicos llaman «brotes de longitud limitada que favorecen la reproducción»), ya sean las hortensias del jardín, anémonas en el bosque o una alchemilla atrapada entre los cantos rodados de un bosque costero. Y lo que quizá sea más importante para nosotros, los seres humanos: casi todas las plantas que nos sirven de alimento son plantas de flor, como el maíz, todas las variedades de grano, el arroz, las verduras o las frutas. Desde ese punto de vista es difícil, si no imposible, imaginar al género humano y su civilización precisamente sin la evolución de las plantas con flor.

La variedad biológica de las plantas con flor eclosionó en un breve lapso de tiempo, algo que Charles Darwin, puesto que contemplaba la evolución como un proceso gradual, denominó «misterio abominable».[13] Hace noventa y cinco millones de años ya existían los antepasados de una serie de especies de árboles que reconocemos actualmente: laurel, magnolia, arce y sauce. A pesar de que las coníferas y otras especies de árboles gimnospermas habían dominado los bosques del planeta durante más de cien millones de años, pronto fueron desbancadas por las plantas con flor. En especial en zonas tropicales, como el Amazonas, las plantas con flor fueron formando enormes selvas, que en su mayoría han resistido hasta hoy.

¿A qué se debe el éxito de estas plantas? Portaron consigo una serie de

soluciones evolutivas inteligentes, como un sistema más evolucionado para transportar agua por el tronco. No menos importante es que las coníferas son de maduración sexual tardía y pueden vivir muchísimos años, mientras que los ciclos vitales de las plantas con flor son más cortos. Se reproducen con mayor frecuencia, de modo que la probabilidad de que surjan mutaciones es mayor, lo que lleva a un proceso de selección y poco a poco a la formación de nuevas especies.[14] Por esta razón los botánicos llaman «liebres» a las plantas con flor y «tortugas» a las coníferas. Con la aparición de las plantas con flor la variedad de especies en el planeta cambió por completo. Fue como pasar de un jardín de coníferas diseñado con tiralíneas a una selva. En la actualidad existen entre doscientas cincuenta mil y trescientas mil especies de plantas con flor, un 95 por ciento de la variedad de especies de plantas. En comparación hay unas escasas mil especies de angiospermas, incluidas las coníferas.

Además, las plantas con flor desarrollaron frutos y, claro, flores.[15] Como dijo un botánico: «Las flores hablan de sexo», y cuando el castaño de mi jardín florece, no es para complacernos a nosotros, los humanos. Las flores son una especie de atractivo cartel publicitario para los insectos y en primavera, durante la floración, en torno al castaño se oye el zumbido constante de abejas y abejorros. Las plantas con flor se desarrollan con la complicidad de los insectos que polinizan las flores y transportan las semillas, en lo que se denomina «coevolución» o «evolución concertada entre especies».[16] Las plantas se podían reproducir y los insectos eran premiados con néctar y azúcar. Los dos dan, los dos reciben. Y ambos se adaptan el uno al otro. Así se desarrollaron, en paralelo con las plantas con flor, numerosas nuevas especies de insectos, como los antepasados de las mariposas, las abejas y las avispas. Se han encontrado abejas primitivas, fósiles, encapsuladas en ámbar y en resina petrificada y pueden tener hasta cien

millones de años. Las abejas surgieron, precisamente, cuando las plantas con flor estaban desarrollándose a gran velocidad.[17] El orden de los coleópteros, por el contrario, ya existía hacía trescientos millones de años, pero el número de especies se incrementó de manera espectacular con la aparición de las plantas con flor.

Mientras profundizo en la literatura sobre bosques, mando un SMS a Mats. Con astucia y cautela lo he convencido para que me lleve con él a un par de territorios de lobos en el bosque de Finnskogen, pero todavía no hemos decidido la fecha. Se excusa con que los próximos días estará muy ocupado. Debo reconocer que, a pesar de haber hecho varias salidas tanto a Hobøl como a Østmarka últimamente sin resultados dignos de mención, encontrar rastros, acercarse a los lobos, es un arte que requiere aprendizaje. Como Mats está tan ocupado, me doy cuenta de que no puedo jugármelo todo a una carta. Tengo que intentar establecer contacto con más gente. Pero el de los lobos es un tema controvertido, y la experiencia me ha demostrado que quienes se interesan por este asunto no hablan con cualquiera.

Ya he llamado a un par de investigadores, los que deben informar a la opinión pública y a mí, con la esperanza de poder seguirlos. En especial me interesaba el más famoso de ellos, uno que ha ido en pos de los lobos desde los años setenta del siglo pasado, una leyenda de la investigación de este animal en Escandinavia. Como antiguo periodista científico, estoy acostumbrado a hacer entrevistas y he escrito sobre temas variados, desde los volcanes hasta la clonación de cerdos. Sé bien que la mayoría de los científicos con vocación de divulgadores están dispuestos a responder preguntas a cualquier hora del día o de la noche. Pero los especialistas en lobos a quienes llamé no eran así. Este invierno no tienen tiempo, energía o

ganas de dedicarse a conceder entrevistas o a hacer lo que yo más deseo: que me dejen acompañarlos a seguir su rastro. Me sentí tan intruso como un operador de telemarketing. Hasta la fecha los investigadores especializados en lobos han resultado ser tan esquivos como este animal. Al final, después de muchos correos electrónicos y llamadas, pude localizar a esta leyenda de la investigación sobre lobos y hablar con él. Conversamos o, mejor dicho, él me habló. De su infancia y sus años de estudiante, de sus investigaciones sobre los lobos, de la difamación y las amenazas de muerte de que había sido objeto. Tras un monólogo de dos horas concluyó diciéndome que no podía citar sus palabras (!) ni me dejaría acompañarlo a seguir a los lobos.

—No se lo tome como algo personal, pero no tengo fuerzas para dedicar más tiempo a hablar de los lobos en los medios de comunicación —me dijo.

—Pero si se trata de un libro... —intenté contraargumentar.

—El debate es demasiado intenso y estoy cansado —se excusó.

Por eso cambio de estrategia y apuesto por los conocidos, o por los amigos de los conocidos. Y después de sacar a relucir mi idea en mi entorno, empiezan a surgir oportunidades. Por medio de un colega, Finn Audun, me pongo en contacto con uno de los rastreadores de lobos más experimentados de Noruega, Ole Knut Steinset, que trabaja para la SNO en Oppland. Me promete que me avisará la próxima vez que salga a rastrear. Y cuando menciono mi nuevo interés a un amigo mío, Ole Kristian, residente en Arvika, en Suecia, me habla de un sueco al que ha conocido y que está loco por la naturaleza. Lo llaman sencillamente el Hombre de los Lobos, un tipo que al parecer lo sabe todo de los animales y, esto es lo mejor de todo, es buenísimo rastreando lobos. Incluso ha tenido contacto muy cercano con este misterioso animal muchas veces. Por lo visto se comunica con los lobos en el bosque. Ole Kristian afirma, a pesar de ser escéptico hasta la médula, que el verano pasado el Hombre de los Lobos atrajo a un lobo solitario en las

profundidades de los bosques suecos con un compañero como único testigo. No parece que esté dispuesto a llevar a un extraño con él, pero Ole Kristian me promete que se lo preguntará.

Hasta el momento no he tenido noticias. Abril se acerca. La nieve va camino de desaparecer de las tierras bajas y tiene que pasar algo muy pronto. Sigo esperando respuesta de Mats para saber si habrá una exploración a Finnskogen y se lo recuerdo una vez más. Después de tres mensajes sin respuesta, le escribo irritado: «CONTESTA YA». Por fin me responde: «Vamos. Bosque Varaldskogen. Sábado».

Los sonidos del bosque

Furu. Fyre. Fure. Fura. Tyri. Tall. Tell. Toll. Tæll. Todd. Si los inuit tienen un par de docenas de vocablos para referirse a la nieve, nosotros podemos presumir de, al menos, el mismo número de términos para referirnos al pino, o *Pinus silvestris*, emblema de la naturaleza noruega, el árbol más extendido, que aguanta las inclemencias del tiempo ya sea al nivel del mar o en lo alto de las montañas. Inmigró muy pronto, fue uno de los primeros árboles en aparecer e invadir el país. Sus raíces profundas, o pivotantes, le permitieron aferrarse casi a cualquier parte y mantenerse a salvo en todas las condiciones atmosféricas. Soporta un verano de sequía extrema y el frío mejor que la mayoría de los árboles. Hace falta mucho para cargarse un pino, y si el roble es el árbol de los británicos, puede que el pino sea el nuestro, que se manifiesta en muchos topónimos a lo largo del territorio de Noruega: Furuset, Furulund, Furuflaten, Furuberget, Furutoppen, Furumoen, Tyrifjorden, Tollnes, Fyresdal y Furesund. Al menos dos mil localidades y calles llevan el nombre del pino.

También aquí, en lo más profundo del bosque de Finnskogen, en concreto cerca de Varaldskogen, Mats y yo estamos rodeados de pinos. Si hay algún lugar de Noruega que pueda definirse como despoblado, tiene que ser este, con cientos de kilómetros de bosque por todos los lados. La hoguera lanza llamaradas en la noche cerrada. Se refleja en el bosque y la sombra de pinos

altos y delgados tiembla sobre las manchas de nieve, que resiste a pesar de que la primavera ha anunciado su llegada en las tierras bajas. Nuestro campamento se halla entre dos territorios fronterizos, Grasmärk y Skugghöjden, y se supone que hay muchos lobos por la zona. Hace poco un colega de Mats vio más de seis ejemplares no muy lejos de aquí, y hace algo más de un mes avistaron a cuatro dos kilómetros al norte, cuando cruzaban una pista forestal.

Hay una razón para que estemos aquí sentados, en lo más profundo de la naturaleza salvaje: queremos oír el aullido del lobo. Esperamos en silencio, mientras el bosque de momento permanece mudo salvo por un viento débil que hace oscilar los pinos. Hay que decir que después de hacer una rápida búsqueda en Google el día anterior, concluyo que mediados de abril no es una fecha óptima. Parece ser que el lobo aúlla con más frecuencia hacia finales del verano y en otoño, agosto y septiembre, cuando las crías son pequeñas, o en la época del celo, en enero y febrero. Por otra parte, si había lobos, lo más seguro es que hayan huido muy lejos. Porque no puede decirse que llegáramos en silencio. Primero anduvimos por el bosque dando voces y discutiendo, después talamos madera para encender una hoguera. Así que mientras estamos aquí sentados en silencio, reconozco que no es el método ideal para que un animal tan esquivo se acerque. Pero por algún sitio tenemos que empezar, y estar aquí es mejor que quedarse en casa sentados esperando a que suceda algo.

Mats acaba de darme un cursillo acelerado sobre cómo encender la hoguera. En el bosque empapado y cubierto de nieve ha talado un pino seco. Como un artista, ha cortado con cuidado virutas, les ha prendido fuego, ha ido añadiendo poco a poco otras astillas más gruesas y, por último, pequeños troncos, hasta que la hoguera ha llameado sobre el bosque oscuro. Que algo tan mojado pueda arder es magia. La madera resinosa es como un arsenal de

calor en el bosque húmedo. El pino está tan cubierto de resina que huele a aceite. De hecho, durante los últimos días de la guerra los japoneses utilizaron combustible obtenido de las raíces de los pinos al quedarse sin el de origen fósil.[1] La aviación japonesa tenía su propio lema: «Las raíces de doscientos pinos sostendrán a un avión en el aire durante una hora». En su desesperación, los japoneses fueron capaces de producir cinco mil litros de combustible procedente de las raíces de los pinos, una especie de señal de cuál sería la realidad energética del futuro. Por lo visto, tras la rendición de Japón probaron el combustible en un jeep estadounidense, con suerte desigual.

También en el bosque de Finnskogen, como en muchas otras áreas forestales de Noruega, entre las que se incluye Svarverud, se extrajo aceite de resina del pino, llamado «el oro negro del bosque» o «la sangre del bosque». Además de utilizarse para impregnar los leños, mucha gente creía que tenía cualidades curativas y mágicas: una cruz de resina en la puerta podía mantener alejadas las maldiciones y la magia negra de la granja. Plinio el Viejo la recomendaba para combatir la tos y la tuberculosis; la resina sin tratar aplicada alrededor de los ojos servía para conjurar la pérdida de visión. En la novela de Olav Duun, *Juvikfolket* («El pueblo de Juvika»), Anders de Juvika se embadurna los ojos con resina caliente, pero se queda ciego y es conocido el resto de su vida como Anders el Ciego.

Las llamas compiten por ascender hacia el cielo negro. Un rato después, Mats se pone de pie sin previo aviso y se adentra en el bosque oscurísimo sin linterna. Va a buscar un equipo de escucha que ha dejado montado. Porque no es casualidad que nos hayamos instalado precisamente aquí. Mats está estudiando a los azores y el bosque de Finnskogen es una de sus áreas de trabajo. Cuando se aleja todo queda en silencio salvo por el chisporroteo de las llamas de la hoguera y el zumbido de la brisa en el bosque. Al cabo de

media hora, de repente, oigo un aullido largo y persistente, seguido de otro. Está desafinado y no suena auténtico, pero instintivamente doy un respingo. Pero claro, es Mats, que emerge de la oscuridad con una media sonrisa y con el equipo de escucha. Nos quedamos un poco más sentados ante la hoguera y, antes de rendirnos, Mats me confiesa que en ningún momento ha estado muy seguro de que fuéramos a oír a los lobos, que la razón de la excursión hasta aquí ha sido una excusa para ponerme a prueba y aplacar un poco mi insistencia.

Hacemos las mochilas, apagamos la hoguera y nos movemos a tientas por el bosque oscuro que nos rodea camino de la cabaña de Snustjern, nuestro alojamiento nocturno. Las linternas de nuestras cabezas proyectan delgados haces luminosos en lo que parece una negrura interminable. La noche crea un paisaje fantástico en el bosque. Peter Christen Asbjørnsen, el zoólogo y recopilador de cuentos, describió en *Sommernatt på Krokskogen* («Una noche de verano en Krokskogen») que todo lo que atisbaba estaba «agazapado, móvil, vivo» y que su alterada fantasía evocaba un bosque «lleno de troles y mujeres malignas y enanos molestos».

Mats ha estado aquí antes y conoce el paisaje y los puntos cardinales. Su cerebro está totalmente desprovisto de ideas sobre el más allá y seres sobrenaturales que puedan esconderse en el bosque negrísimo. El miedo al bosque que se repite en los cuentos populares, sagas, películas y en la literatura, ya sea la angustia que provoca el bosque descrita por Asbjørnsen, ya sea la de las víctimas perdidas en un thriller o en una película de miedo, no hace mella en Mats, que dice que de noche, en el bosque, se relaja; los sonidos son los habituales y los animales le resultan familiares. Nunca fue miedoso. En la adolescencia, cuando poníamos a prueba los límites pasando la noche en casas abandonadas supuestamente «embruadas», Mats dormía como un bebé. Pero a pesar de que siempre ha tenido algo de estoico, a veces

tiene una visión de la vida desesperanzada, no le encuentra el sentido. Misántropo, cita al filósofo Peter Wessel Zapffe y su ensayo *Den siste Messias* («El último Mesías»), donde teoriza sobre el hecho de que la evolución nos ha jugado una mala pasada al dotarnos de un cerebro demasiado desarrollado, lo que es una carga.

Después de abrirnos paso por el bosque y un sendero embarrado de aguanieve, llegamos a la cabaña de Snustjern, que es cutre, está pintada de rojo y tiene el techo de uralita. Acogen al viajero dos sofás viejos junto a un hogar. La caseta del retrete es lo único que parece bastante nuevo. El interior está austeramente amueblado con literas pegadas a las paredes. En el centro hay una cocina de hierro forjado, el punto natural de reunión. La cabaña, que en un principio fue construida para albergar a los que trabajaban en el bosque, es un auténtico nido de investigadores. En su interior hay huellas de varias décadas de trabajo de campo. Porque aquí, en lo alto del bosque, han marcado con radiotransmisores a urogallos, azores, pájaros carpinteros, zorros y martas.

De la pared cuelga un mapa de Varaldskogen donde se detallan las zonas de apareamiento de los urogallos. Una decena de aves de peluche que se usan como señuelos están apiladas sobre un banco de trabajo junto a un equipo de escucha. Mats me informa de que se colocan en el pantano y con la ayuda de dos grandes altavoces situados sobre una mesa reproducen el cacareo de un macho de urogallo. El azor ataca y Mats espera con una red para cazarlo. Lo que resulta emocionante con los pájaros es la variedad de especies, me dice, y a diferencia, por ejemplo, de los corzos o los alces, emiten muchos sonidos. Cuando Mats se especializó en las aves del bosque, pasó semanas en Varaldskogen, con base en la cabaña de Snustjern. Capturaba grandes aves y las marcaba con un radiotransmisor, y estudiaba qué clase de bosque

preferían para su descanso diurno. No fue una sorpresa que prefirieran los sotobosques tupidos para permanecer ocultas.

Ya entrada la noche Mats enciende unas velas metidas en botellas vacías de coñac y abre una de vino; luego deja el equipo de escucha sobre la mesa. Cuando se pone los cascos y empieza a oír las grabaciones, me doy cuenta de que esta no va a ser una velada normal entre amigos, bebiendo vino y hablando de chorradas. Reina una increíble calma.

—Vaya tristeza de grabación —suelta Mats. Porque el bosque es muchas veces así, silencioso y hermético—. ¡Por fin! —exclama y me pasa los cascos. Oigo una especie de parloteo—. Es un pájaro carpintero —me explica Mats. Luego permanece un rato callado antes de que su rostro se ilumine de nuevo y me pase los cascos: se oye algo parecido a una trompeta—. Una grulla —me informa.

Y sigue así, escuchando distintos sonidos del bosque; una sucesión de cárabos lapones, búhos reales, aves del bosque, algún que otro zorro, pero ningún azor.

—Aquí tenemos un reyezuelo dando la voz de alarma —me dice Mats y me pasa los cascos de nuevo—. Si te interesan los pájaros, en Noruega hay muchas especies, más de quinientas, y buena parte de ellas se alojan en el bosque y su canto armoniza el ambiente que nos rodea.

Mientras Mats diserta sobre los avisos y cantos de las aves y cómo podemos interpretarlos, yo cojo una antología de ensayos, *The Understanding of Animals*, editado por Georgina Ferry. Está sobre la mesa de trabajo junto a unas cuantas revistas viejas de caza con titulares del tipo «Cómo engañar a los lagópodos», o «Las crías de reno, un reto». No me sorprende que uno de los ensayos del libro explique que el hermoso canto de los pájaros no fue creado para nuestra diversión. Se comunican para alertarse unos a otros, defender su territorio o atraer a una pareja. Los cantos cumplen la función de

ayudarles a sobrevivir y a transmitir sus genes. No cantan para deleitar a los poetas que viven entre nosotros. Douglas Adams se burla de nuestra idea de que conocemos en profundidad a los animales en su novela de ciencia ficción *Guía del autoestopista galáctico*. Cuando los delfines intentan avisar a los humanos del inminente fin del mundo, los seres humanos se confunden y creen que están pidiendo pescados o que intentan silbar el himno de Estados Unidos.

Para empezar, Ferry señala que el estudio del comportamiento animal en cierto modo es la rama más antigua de la biología, y se remonta a la Edad de Piedra. Se trataba, por decirlo de manera muy sencilla, de cazar animales para comérselos y de evitar que nos comieran ellos. Esto requería conocimientos sobre el comportamiento animal, y los que eran capaces de interpretarlo mejor eran los que más alimento obtenían y salían adelante.

—«Los humanos eran superiores a otros animales en la competencia por sobrevivir, justo porque eran capaces de observar y, no menos importante, predecir qué iban a hacer los animales» —leo en voz alta.

—Superiores, bueno, ahora sí, pero nuestra familia solo lleva en el planeta unos pocos millones de años. No es seguro que sobrevivamos a otras especies animales —objeta Mats.

¿Qué han estado haciendo los biólogos? En el libro hay varios artículos sobre científicos que han dedicado innumerables horas a estudiar los anélidos, gusanos que han aprendido a arrastrarse hacia la luz que indica la presencia de alimento. Los anélidos han aprendido, pero numerosos experimentos han mostrado que son excepcionalmente lentos a la hora de aprender a evitar una descarga señalada por la luz. De los anélidos pasamos a una cuestión que Mats y yo hemos discutido en numerosas ocasiones: ¿cómo ha cambiado nuestro modo de entender a los animales? Un tema sumamente complejo y variado que de ninguna forma podemos tratar en profundidad en

el interior de la cabaña de Snustjern, bebiendo vino, pero que discutimos de manera fragmentada y superficial, inspirados por el libro de Ferry.

En la Ilustración Descartes diferenció claramente a los animales de las personas, dice Ferry; el lenguaje era una premisa para el sentido común. Solo el ser humano tiene alma; los animales eran máquinas que comían y se apareaban. Sus cerebros carecían de la glándula pineal que influye sobre el alma, que dota de intuición. A Descartes se le atribuye, quizá de manera injusta, algo de culpa por la maldad de los seres humanos con los animales. Puesto que no poseían alma, el ser humano era libre de matar animales incluso de la manera más brutal. Si, por ejemplo, dada la visión de Descartes de los animales, hubiéramos podido viajar en el tiempo al siglo XVII y defender que había que proteger a los lobos, es probable que nos hubieran tomado por locos.

En el siglo XIX, en la Inglaterra victoriana, en la estela de los descubrimientos de Charles Darwin, los seres humanos fueron ubicados en el mundo animal. Pero, a pesar de todo, los animales no sentían y pensaban como nosotros, las personas. Al fin y al cabo, Dios, escribe Ferry, nos había escogido a para estar en lo más alto del árbol de la vida, porque según el Génesis: «Dijo Dios: “Hagamos al hombre [...] y señoree sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, las bestias del campo y todos los animales que se arrastran sobre la tierra”». Pero gracias a Darwin y su teoría de la evolución se desdibujó ese límite tan definido entre los animales y las personas, defendido por Descartes, entre otros. Las personas y los animales tenían un origen común que los entrelaza.

Para Mats se trata de estudiar a los animales en interacción con su contexto natural, su ecología. Estudiar, por ejemplo, toda la cadena alimentaria partiendo desde el azor en la cima, luego el urogallo y los *Eriophorum vaginatum*, una especie de planta que alimenta a la hembra del urogallo. La

población se ve afectada por muchos factores como el clima, los cambios en el paisaje forestal y las oscilaciones en el número de depredadores. La aparición de la ecología como disciplina, desde Charles Darwin y Ernst Haeckel hasta Raymond Dasmann, quien fue el primero en usar el concepto «biodiversidad», en 1968, han contribuido a que las especies como el lobo no solo no sean vistas como dañinas, sino que también se ha reconocido su importancia en la biodiversidad.

—Todo gira en torno a una estrategia para tener el mayor número posible de crías y para subsistir —señala Mats y bebe un poco de vino.

Al igual que un visitante anterior de la cabaña de Snustjern ha subrayado varias veces y ha destacado con una nota al margen en el libro: «El comportamiento observado debe ser, a largo plazo, adaptativo», un eco de la afirmación del biólogo evolutivo Theodosius Dobzhansky de que «nada en biología tiene sentido si no es a la luz de la evolución». Un animal elige la estrategia que posibilite el mayor número de descendientes. Esa elección determinará a la población futura.

—Por poner un ejemplo corriente —prosigue Mats—, un pájaro construirá el nido allí donde haya un acceso seguro y fácil al alimento, y no donde haya, pongamos, unas bonitas vistas.

Reflexiona un instante y para matizar alude al «principio del hándicap», propuesto por Amotz Zahavi en los años setenta del siglo pasado y motivo de polémica. Un ejemplo típico sería el de un lobo que se aproxima hacia unos corzos que pastan en un campo. Cuando descubren la presencia del lobo, varios de ellos, en lugar de huir rápidamente para ponerse a salvo, darán unos cuantos saltos muy aiosos. Podría parecer un despilfarro de energía un comportamiento tan poco útil, pero, según la hipótesis de Zahavi, de este modo los corzos indican al lobo que están en tan buena forma que será inútil perseguirlos.

«Las montañas del sur de Noruega han sido violadas por los árboles», ha declarado un originario de Troms, en el norte del país, atrapado en Oslo, víctima de la nostalgia por páramos abiertos, sin árboles, y cimas afiladas. Hay pocos lugares en Noruega en que el bosque se perciba tan interminable como aquí, en las profundidades de Finnskogen. Está amaneciendo y yo paseo por una pista forestal rastreando lobos. A pesar de que la niebla matinal es como un velo pesado sobre el lago de Snustjern, entreveo el paisaje que la noche pasada estaba envuelto en la oscuridad. La nieve está derritiéndose sobre la hierba de un marrón amarillento del pantano, y el bosque de abetos descansa como un escenario neblinoso. A lo lejos se oye una especie de aullido falso y melancólico. Me lleva algo de tiempo caer en la cuenta de que quizá sea una paloma torcaz. Es un sonido bien conocido en la ciudad, donde hay tantos otros ruidos de fondo, como tranvías, coches, personas, obras, sopladores de hojas, excavadoras y aviones. Solo al filtrar el estruendo de la ciudad podremos oír el canto del tordo y del párido, a las gaviotas que graznan y palomas que arrullan.

Esta mañana me llama la atención lo silencioso e inerte que está el bosque, y lo poco frecuente que es encontrarse con animales salvajes de cierta envergadura. Contrasta con los innumerables documentales televisivos sobre animales en que el bosque parece un lugar en que podemos toparnos con oseznos que retozan, con alces de cornamentas de doce puntas en celo o con el canto del urogallo. Solo una vez he experimentado que la realidad superara a los programas de televisión. Había pasado la noche en una cabaña de las Montañas Rocosas, en Canadá, y al amanecer caminé hacia un río burbujeante y lleno de afluentes. En un claro del bosque de pronto vi un ciervo, luego a otro, y al final me di cuenta de que se trataba de una pequeña manada. No corrieron. Se quedaron quietos mirándome fijamente hasta que

casi me puse nervioso. Fue como estar en una película de Disney, lo único que les faltó fue hablarme.

Busco huellas de lobo por el camino que lleva a la cabaña, pero las únicas que veo son las del setter de Mats, Thula, que da vueltas olfateándolo todo. Cuando llego a la cabaña mi amigo me explica que la perra está senil y sorda. A pesar de que le gustan los perros, nunca ha adiestrado muy bien a los suyos. Algunos han sido especialmente maleducados, y el más famoso de todos, el difunto Garp, era en verdad un demonio. Durante una excursión de pesca en las montañas, Mats estaba jugando a las cartas con otros dos colegas en una tienda de campaña. Para su gran desesperación, Garp se había quedado en la tienda de Mats. Después de largo rato ladrando con frenesí, de repente se hizo el silencio. Mats pensó que eso podía significar dos cosas: o el perro se había tranquilizado o... De repente oyeron ladridos en el exterior. En su búsqueda de libertad, Garp había destrozado la tienda de campaña. En otra ocasión estuvo mordiendo el volante del coche hasta romperlo. Yo mismo fui testigo de cómo, en un momento de distracción, se zampó dos kilos de carne congelada de alce. Tampoco Thula ha sido nunca del todo como Mats esperaba. Un exceso de instinto de caza hacía que acechara con demasiada prontitud y que los urogallos salieran volando mucho antes de que mi amigo los tuviera cerca.

Después del desayuno Mats saca el equipo de escucha y salimos de caminata al bosque. Cruzamos una gran zona pantanosa y subimos la ladera de una montaña poco empinada, recubierta de pinos. Por fin llegamos a la reserva natural de Særkilampi, donde Mats está buscando al azor, un ave que gusta poco a muchos cazadores, ya que compite por las mismas presas que nosotros, aves de bosque y liebres. Mikkjel Fønhus escribió:

El azor es el terror del bosque y de la montaña [...] cae en picado desde las nubes con la muerte entre las garras... Pocos o ninguno de los depredadores salvajes vuelan más

rápido que él, y la única bebida que le agrada es la que mana de las venas seccionadas. Su alimento no está frío, sino empapado del calor de la vida.

Aunque al azor sea un gran depredador diurno, se muestra muy esquivo. Por eso es muy raro verlo y solo por un instante. Mats afirma que el azor es «un depredador impresionante», y saca su smartpone. Me enseña con cierto orgullo una foto en que sujeta con gruesos guantes un enorme ejemplar. Una vez que los han capturado les colocan un transmisor GPS, así pueden seguir cada movimiento del ave rapaz. Me hace un breve resumen del proyecto, que lleva funcionando un par de años.

Doce azores son vigilados por transmisores GPS. Cuatro fueron marcados en Varaldskogen, pero la vida del azor es dura. Algunos años la mortandad es elevada. Son víctimas de la caza ilegal, chocan con cables de alta tensión, los cazan otras aves de rapiña y es probable que dos de ellos murieran de hambre durante el frío extremo de enero. Las mediciones han dejado constancia de que los azores pueden migrar largas distancias y uno de los ejemplares monitorizados se desplazó nada menos que trescientos setenta kilómetros, desde Asker hasta Stavanger. Las áreas en que habitan también varían mucho, me informa Mats. El hábitat invernal del gavián de Stavanger tenía solo una extensión de diez kilómetros cuadrados, mientras que el de Varaldskogen medía más de cuatrocientos kilómetros cuadrados. Mats lo explica por el número de presas potenciales, que es mucho mayor en un paisaje cultural como Rogaland que en lo profundo de las tierras agrestes de Finnskogen.

Mats y sus colegas también utilizan equipos de grabación digital para encontrar nuevos nidos, y de esa manera pueden colocar en un plano las zonas que ocupan los azores en el bosque. Eso es justo lo que quiere hacer hoy. Fija el equipo de escucha en lo alto de un pino y exclama: «Siempre soy optimista, aunque a menudo no conseguimos nada», y añade que son muchas

las semanas de trabajo de campo que no producen resultado alguno. De los siete nidos que ha vigilado, solo tres emitieron sonidos. Introduce un dictáfono en una caja impermeabilizada que enciende justo antes de que salga el sol, cuando el azor está más activo. Si oyen al azor tal vez puedan localizar su nido. Convenzo a Mats para que imite el sonido que emite esta ave, solo para saber cómo suena. A regañadientes frunce los labios y con gesto serio suelta: «Kah, kah, kah», subiendo y bajando la cabeza. Por lo visto, es el grito de alerta. Luego me pone unos cuantos trinos de azor que tiene grabados en el móvil: son sonidos de cortejo, de aviso y de seducción. Pero ¿cuál es el motivo de todas estas operaciones?

El caso es que la especie se encuentra amenazada. Muchos opinan que la política forestal moderna ha producido una reducción del número de ejemplares, con la tala de árboles en extensiones completas y con menor presencia del bosque antiguo, me cuenta Mats. La investigación también lo confirma: a pesar de que el azor vive en todo tipo de bosques, hay mayor densidad de azores en zonas con más bosque antiguo.[2] No es siempre así, también hay muchos azores en paisajes culturales de bosque disperso y zonas despejadas, probablemente porque la zona contenga muchas presas potenciales. Por ese motivo las aves necesitan menos territorio para cazar, como daría a entender el GPS del azor de Stavanger.

La pregunta que se formulan muchos ornitólogos es: ¿el modelo actual de gestión forestal ha afectado a otras aves del bosque? Por ejemplo, ¿por qué disminuye el número de aves galliformes, como el urogallo o el gallo lira común, dos especies que Mats sigue de cerca? Mi amigo me cuenta que la colonia de gallináceas también ha variado mucho según las épocas, pero que ha disminuido de manera significativa desde los años sesenta del siglo pasado: entonces había unas cuatrocientas mil gallináceas en Noruega, pero décadas más tarde había menos de la mitad. Las causas son varias, detalla

Mats, pero ese descenso coincide con el paso a la gestión de los bosques por tala intensiva. Mientras que antes se practicaba una tala selectiva, donde solo se abatían los ejemplares más grandes y valiosos, en las décadas de 1950 y 1960 se pasó a talar zonas de bosque completas para que crecieran ejemplares de la misma edad. En esas zonas abundaba el follaje, un alimento importante para los cérvidos, y los campos despejados eran ricos en hierba, donde prosperaban los pequeños roedores. Ambos favorecen la presencia de mamíferos depredadores de tamaño mediano, como el zorro o la marta, que también comen los huevos de las gallináceas y sus polluelos.[3]

Caminamos a trompicones por la reserva natural, por pantanos y ciénagas, por brezos y musgos de vuelta a la cabaña de Snustjern. El suelo cede, húmedo y pesado, y la neblina cuelga sobre el bosque ralo de pinos como una alfombra impenetrable. El ascético pino está a gusto aquí sobre la peña infértil de Særkilampi, pero lo que caracteriza al bosque de la reserva natural es un mosaico de árboles muertos en todo tipo de fases. Hay pinos secos que se mantienen erguidos como cadáveres grises de árbol por los páramos, o que se han caído y yacen tumbados entre los brezos cubiertos de musgo, donde las raíces levantadas alargan sus dedos hacia el cielo. Y, por último, cuando el árbol ha sido consumido por insectos, hongos y bacterias, solo queda una franja ancha en el musgo, un testimonio casi invisible del tronco. Este ciclo vital de un pino, sin intervención humana, puede superar los mil años. Porque tienen vidas muy largas. Hace poco que se estimó la edad de un pino descubierto junto a Atna, en Østerdalen, en ochocientos sesenta años.[4] Volviendo a citar a Fønhus: «Llegaron cien veranos. Pasaron cien inviernos. El pino estaba allí. Un ser inmortal bajo el sol y las estrellas».

Soy algo fetichista con respecto a los pinos y tengo una afición algo peculiar: buscar ramas de pino viejísimas en lagunas y pantanos, a ser posible a mayor altura que el límite en el que crecen hoy. El año pasado registré los

riscos junto a nuestra cabaña, con las montañas de Rondane imponentes al norte. Al llegar a un pequeño lago, atrapado entre dos montículos, di un respingo: rodeado de montes pelados, había un tronco de pino marrón rojizo, de unos cinco metros de largo, con robustas ramas. Esto significa que en algún momento crecieron grandes pinos en este altiplano donde ya casi no quedan árboles. Cada tronco que encuentro confirma que aquí hubo bosque que poco a poco ha descendido por las laderas. Incluso he iniciado un modesto proyecto de investigación sobre estos troncos en colaboración con el investigador más destacado en este campo en Noruega, Aage Paus, de la Universidad de Bergen. Con la prueba del carbono-14 ya había datado un trozo de madera con ocho mil quinientos años de antigüedad. Desde entonces he encontrado troncos aún más antiguos. El récord está en nueve mil doscientos años. Pero ¿qué quiere decir esto?

Ya a finales del siglo XVIII el historiador Gerhard Schøning describió esos maderos hallados en zonas pantanosas durante sus viajes por el país. Hubo quien se extrañó y en las leyendas del altiplano de Hardangervidda se especuló que el diluvio universal había dejado los troncos en lo alto de la montaña. No fue hasta principios del siglo XX cuando Amund Helland, geólogo y político noruego del partido Venstre, escribió un ensayo en el que se abordaba el origen de esos enormes pinos fosilizados. Helland supuso, con razón, que el clima posterior a la glaciación había sido más cálido que el de hoy, y que por eso el límite de altura en que crecían los árboles había ascendido. Porque el bosque es como un medidor de la temperatura: por cada grado que se incrementa la temperatura media en los cuatro meses más calurosos del año, el llamado *tetraterm* (junio, julio, agosto y septiembre), la presencia de árboles se desplaza unos ciento setenta metros hacia arriba. Desde los tiempos de Helland se han datado con la prueba del carbono-14 cientos de troncos, y sabemos que el bosque de pinos se extendió por grandes

áreas de las montañas noruegas entre seis y nueve mil, quizá diez mil años atrás.[5] A consecuencia de las modificaciones cíclicas de la traslación de la Tierra alrededor del Sol los veranos posteriores a la última glaciación fueron, más o menos, unos dos grados más calurosos que los de hoy.[6]

Desde lo alto observamos el paisaje de pinos. Mats se siente bien aquí, todo es tan virgen... En apariencia, el bosque ha podido crecer en paz, casi sin intervención humana. Me comenta que aquí nunca han talado de manera extensiva, pero seguramente sí se hizo tala selectiva hasta que se declaró reserva natural. Como debe ser en un bosque antiguo y casi intacto, en lo más profundo de Særkilampi hay pinos secos, retorcidos y cubiertos de una pátina gris plateada, tumbados y de pie. Los troncos se hallan cubiertos de líquenes blancos que cuelgan en greñas. No son como la rara barba del Matusalén que hallé en una ocasión en el cauce intacto de un riachuelo de Gudbrandsdalen, sino del colgante *Usnea filipendula*, un líquen fruticoso de un gris pálido. Varios de los pinos secos están ennegrecidos por el carbón, que Mats frota entre los dedos y comenta que los pinos quemados pueden quedarse así, impregnados de resina, dando testimonio de que se produjeron incendios hace varios cientos de años. Un incendio puede cambiar el bosque por completo; entra más luz, libera nutrientes para el suelo del bosque y puede favorecer a determinadas especies de árbol, como el abedul. Para la supervivencia de algunas especies de árboles los incendios pueden ser determinantes. Hay una serie de especies en peligro de extinción, unas cuarenta, vinculadas a ese tipo de superficies quemadas. Esas especies, también conocidas como «especialistas en incendios», escasean en el resto del bosque, pero aparecen enseguida tras un incendio, como la planta *Geranium bohenicum*, con sus

flores entre color azul y violeta, y la *Melanphila acuminata*, que posee un órgano sensorial que detecta la luz infrarroja que emite un incendio.

Resulta interesante que muchos de los que hoy se califican como bosques antiguos o primarios, prosigue Mats, sufrieran algún incendio. En un proyecto de investigación se analizaron secciones de troncos de Varaldskogen, entre ellos de la reserva de Særkilampi. Los científicos hallaron en sus anillos de crecimiento lesiones de no menos de sesenta y dos incendios desde los tiempos de la peste negra. Los daños más antiguos en los pinos secos tenían más de setecientos años de antigüedad, lo que implica que habían permanecido en pie, impregnados de resina, otro indicio de la resistencia del pino. Además, mostraron una extraña tendencia: desde el período de la peste negra hasta el siglo XVII hubo pocos incendios, y parece muy probable que se originaran a causa de los rayos durante veranos de sequía. Sin embargo, desde el siglo XVII hasta bien entrado el siglo XIX fueron mucho más frecuentes. ¿A qué se debe esto?

Según los estudiosos la explicación es sencilla: coincidió con la inmigración de los *skogfinner*, los históricos finlandeses, que tuvo lugar en el siglo XVII y entre los cuales era habitual la quema para sembrar entre las cenizas. A lo largo del siglo XIX, coincidiendo con el incremento del valor de la madera, se implementaron leyes para acabar con los incendios provocados, por eso se registran muchos menos rastros de incendios forestales a partir de 1850. Esta es la prueba de que en apariencia un bosque puede no haber estado expuesto a la acción humana, y sin embargo haber sido pasto de la tala y los incendios. Incluso el bosque aparentemente virgen de la reserva natural de Rollag-Trillemarka, durante años objeto de la lucha de los movimientos ecologistas, ha sufrido doscientos cincuenta y cuatro incendios intencionados desde el período de la peste negra. Exactamente igual que en el bosque de

Varaldskogen, los finlandeses del bosque hicieron un gran uso de sus prácticas aquí durante el siglo XVII.[7]

Para entender mejor el paisaje boscoso saco de mi mochila la guía de campo *Forest Forensic*, cuyo autor se pregunta: «¿Puedo caminar por el bosque sin interpretar su historia?», y señala que hacer el rompecabezas del bosque es casi como investigar un crimen. El bosque tiene una especie de lenguaje en que «las palabras son como troncos huecos, o una muesca en un tocón. Todos los detalles pueden unirse como palabras en un folio para entender una historia más rica del pasado forestal». Quizá sea una caída masiva de árboles durante una ventisca, la devastación causada por un incendio o la tala. También Mats es capaz de sonsacarle al bosque sus historias. Me enseña a contar los vástagos de las ramas para establecer la edad de los pinos jóvenes. Contamos los de un pino ralo y llegamos de forma unánime a la conclusión de que tiene cuarenta años. Después de revisar una serie de árboles constatamos que su crecimiento ha sido más rápido en lo hondo de los valles que en las cimas de las colinas, son más altos y hay más distancia entre las ramas.

Tras haber pasado dos días en Finnskogen, yo regreso a Oslo y Mats se queda para colocar más equipos de escucha. Mientras voy conduciendo kilómetro tras kilómetro por pistas forestales cubiertas de aguanieve, estoy pendiente de posibles huellas de lobos en la cuneta, pero la nieve es vieja y las huellas son confusas y poco nítidas.

A través del bosque interminable son muchos los nombres finlandeses que surgen: Tharoberget, Blommansuo (*suo* significa «pantano»), Læbiko (lugar finlandés) y Særkilampi (*særki* es el nombre del pez rutilo; *lampi* es «estanque», de lo que deriva el nombre noruego del lago, Mortvannet,

«estanque del rutilo»). Es casi como estar en otro país, y como indica el propio nombre de Finnskogen, el bosque estuvo habitado por finlandeses que huyeron de la guerra y los disturbios en su país natal a mediados del siglo XVII. Así fue plantada la semilla de esta colonia forestal independiente y si a mediados del siglo XVI se traba de una sola explotación finlandesa, en 1850 el número de explotaciones había ascendido a treinta y siete. «Sobre la nación vuela un pájaro, tan solo avista bosques y más bosques... porque los habitantes del bosque creen vivir en su propia nación... viven en el lado noruego y en el sueco, pero nunca se han sentido ni suecos ni noruegos»: así describe la autora Britt Karin Larsen la sensación de pertenencia de las gentes del bosque en su serie de novelas ambientadas en Finnskogen. Entre este pueblo aún sigue viva esa sensación de autonomía, y por ello fundaron su propio «Estado» en 1970, sin más ni más: la República de Finnskogen, con su propia bandera, Gobierno y primer ministro.[8]

Los finlandeses llegaron y quemaron el bosque para cultivar centeno, cebada, nabos y, con el tiempo, patatas. Primero talaron la vegetación y dejaron que se secase hasta bien entrado el verano del año siguiente. Después prendieron fuego y varios kilómetros cuadrados de bosque fueron pasto de las llamas. Cuando la ceniza se hubo enfriado sembraron centeno. Así consiguieron pasar el duro invierno, ayudándose con la pesca de los lagos. En el bosque encontraron cuanto pudieran necesitar: con los troncos construyeron sus viviendas, se calentaron con la leña y cazaron. Eran el pueblo del bosque.

La imagen que el resto de la población tenía de ellos no era positiva: eran «la mala hierba más dañina para el país», que habían «quemado el más hermoso y mejor bosque para sus cultivos de centeno y nabos». Y además, «todo buen ciudadano debía temer sus asaltos, robos y rapiñas».[9] La quema

afectaba seriamente al bosque, algo que la investigación sobre incendios ha dejado muy claro, y cuando la tala se hizo más común, se prohibió.

El camino se bifurca a las afueras del bosque, y doy un rodeo camino de Oslo. Según la página web Rovbase, que registra las observaciones de animales salvajes, se han observado lobos en las riberas de Hersjøen, un poco más al sur.[10] El recorrido discurre por una Noruega para mí desconocida. En un granero han pintado un gran alce blanco, al que persigue un perro de raza cazador de alces o *elghund* noruego. Un poco más adelante paso frente a un garaje pintado de rojo, de cuya pared cuelgan doce zorros rojos como trofeos de caza, con las lenguas colgantes. Muchos cazadores han podido comprobar que los zorros son listos y ladinos, como los describen los cuentos tradicionales.[11] Hace poco que Mats me explicó que cazar un gran número de zorros requiere concienzudos preparativos y una gran dosis de paciencia. Mientras me acerco con cautela al garaje para ver los zorros más de cerca, busco rápidamente en Google y veo que en Noruega se cazan veinte mil zorros al año. Hay blogueros que presumen de la caza del zorro, de cuántos han abatido y de cómo se hicieron con la «alimaña». El diario *Hamar Arbeiderblad* publicó una noticia en que citaba la lista de los cazadores que habían abatido más zorros. Porque son muchos los que quieren que haya menos, en vista de que competimos por las mismas presas. Mientras observo los zorros que cuelgan oscilantes de la pared, me apiado de ellos y me parece macabro, de mal gusto. Pero luego me retracto. Aquí, en el campo, cazar, el hecho de matar, es considerado una necesidad. Una vez un amigo, el heredero de una granja de Telemark, me espetó mientras nos zampábamos unas hamburguesas de carne en el centro de Oslo:

—¿Alguna vez has visto a un animal exhalar el último suspiro? ¿Expirar delante de ti?

—No —respondí, casi avergonzado.

Me desvío de la carretera principal y sigo por una pista forestal al este de Hersjøen, pegado a la frontera con Suecia, hasta entrar en los llamados terrenos de Hersjø. En las depresiones del terreno la nieve es profunda, pero no hay ni rastro de huellas. No me queda más remedio que volver a Oslo. Mats me lo advirtió: acercarse a un lobo requiere una buena dosis de suerte y, ya lo he aprendido, mucha paciencia, voluntad de perseverar y conocer a la gente adecuada. Pero a pesar de que Mats es el mejor de los compañeros de excursión posibles con sus charlas sobre el bosque y los seres que lo habitan, nuestras excursiones son muy pocas. Afortunadamente guardo algún as en la manga. Porque mi colega Ole Kristian me ha comunicado que Stefan, el mismísimo Hombre de los Lobos, me permite acompañarlo en su próximo recorrido por el bosque. Solo hay un inconveniente: Stefan tiene hijos pequeños, y además le apasionan otros muchos animales, como serpientes, sapos, gavilanes, halcones, águilas, lince y escarabajos. Además, la temporada ya ha terminado para él, la nieve en que pueden rastrearse las huellas casi ha desaparecido y los lobos están a punto de criar. Algo me dice que la primavera y el verano serán épocas de quietud.

El Hombre de los Lobos

Son las 21.43 de un sábado de agosto cuando recibo un mensaje de Ole Kristian: «¡Salida de lobos ya! Llámame cuando puedas». Llevo medio año insistiendo, buscando fines de semana apropiados, tratando de facilitar las cosas, de planificar, y ahora llega ese mensaje, febril y atropellado.

Por fin tengo la oportunidad, pero ¡maldita sea!, estoy a dos horas y media de coche. Hace mucho que ha anochecido, y mi plan más inmediato era meterme en la cama, no conducir el largo camino hasta Suecia. Hasta cierto punto me gusta planificar las cosas, no apuntarme a planes casuales que surgen con muy poca antelación, sobre todo no a última hora de la tarde. Llamo a Ole Kristian, un sureño de largos brazos y piernas, con la cabeza afeitada, que siempre ha seguido sus propias inclinaciones en la vida: primero fue carpintero, luego se formó como fotógrafo, antes de ser escultor y luego volver a ser artesano. Ahora tiene su propio taller en Arvika, una esposa sueca y dos hijos. Debo convencerlo a fin de que lo dejemos para otro día.

—¿Estás borracho? —pregunto. Guarda silencio—. No llegaría a Arvika hasta bien entrada la noche. ¿No podemos ir otro día?

—Ahora o nunca. Salimos a la una de la madrugada —dice tajante y me recuerda que el Hombre de los Lobos rara vez se deja acompañar por desconocidos.

—¿No podrías haberme avisado antes? Hace mucho que sabes que quería

ir con vosotros. ¿Y el fin de semana que viene? —intento.

—Ahora o nunca —repite—. Lo conozco muy bien y sé que no hay posibilidad de negociar.

—Deja que lo piense, te mando un mensaje enseguida —respondo.

Mierda, *perkele*, *fasan*, impreco en todas las lenguas. Vuelvo a consultar Google Maps: dos horas y media, no hay duda. ¿Qué hago? El verano ha sido poco productivo en lo que a lobos se refiere y he hecho muchas salidas en vano. También hay que reconocer que mis expectativas eran pocas, porque el verano no es una buena temporada ni siquiera para los más entusiastas conocedores del lobo. A falta de nieve, este depredador, salvo que esté marcado con un GPS, es casi imposible de localizar.

Es cierto que últimamente he hecho algunas excursiones productivas al bosque en distintos lugares del país, Østmarka y Hobøl, entre otros y, a falta de lobos rastreables, acabé visitando la sede de la SNO en Lom. Un lobo que se había provisionado de carne en un rebaño de ovejas había sido abatido a tiros y conservado en un congelador. La visión del cuerpo sin vida del lobo, ensangrentado y con el pelaje desgredado, me recordó que en las cabezas de los lobos jóvenes hay una voz que en primavera les dice: «Debes salir a caminar». Y sale trotando en busca de pareja y su propio territorio. Porque el ciclo vital del lobo es como sigue: la hembra tiene un celo de sesenta y tres días y suele parir las crías en mayo.^[1] Cuando los cachorros cumplen diez meses, suelen empezar a abandonar la manada. Son pocos los que permanecen; de los sesenta cachorros marcados que los investigadores han seguido, todos, salvo uno, abandonaron la zona donde habían nacido. Uno de esos trotadores era el que estaba ensangrentado frente a mí, el cual, en concreto, había avanzado hasta Oppland desde un territorio al sur de Estocolmo, unos quinientos kilómetros en línea recta, nada menos. Hice un recorrido largo y agotador solo para ver un lobo congelado, pero era mejor

que ir a contemplar, como ya había hecho un par de veces, los dos lobos disecados que hay expuestos en una vitrina de cristal en el museo zoológico de Oslo.

Este verano he visto unos cuantos documentales sobre la vida en tierras salvajes. He visto lobos perseguir a alces, arrancar una cría de bisonte de su madre e incluso torturar a una osa robusta y su cría. He seguido al aventurero Lars Monsen, episodio tras episodio, que solo con su perro camina de un lado a otro de áreas deshabitadas, enciende una hoguera, habla con su perro, pesca, fríe el pescado, se lo come y vive en su tienda de campaña. En ese momento me dan ganas de hacer lo mismo: me encantaría adentrarme en un territorio de lobos, vivir en una tienda de campaña y rastrear el terreno en busca de estos animales. Quizá en medio de tierras salvajes pudiera acercarme a una manada de lobos. Me retienen varias razones. Sé por experiencia que llevo mal esa vida agreste. Este verano me puse a prueba y quise pasar una noche en una de las cabañas que Mats tiene en Svarverud, no solo inspirado por Monsen, sino también por los muchos filósofos y escritores que se han sentido atraídos por el bosque.

Uno de ellos, Henry Thoreau, hizo en 1840 la que tal vez sea la excursión a una cabaña más comentada y famosa de la historia. Se instaló en una cabaña del bosque cerca del pueblecito de Concord, en Massachusetts (Estados Unidos), si bien es cierto que no tan lejos que no pudiera oír el traqueteo del tren al salir de la ciudad. Dio largos paseos por el bosque, cultivó sus propios alimentos, hizo campaña contra los excesos de la civilización y escribió en tono panteísta sobre una armonía con la naturaleza «divina», «benéfica» y «sin límites», todo ello recogido en su libro *Walden*. Del mismo modo el filósofo alemán Martin Heidegger quiso introducirse en el bosque, en una cabaña en Todtnauberg en Schwarzwald, al sur de Alemania. Allí escribió sus textos más conocidos. Heidegger insinuó que el paisaje se expresaba a través

de él. Otro filósofo universal, Ludwig Wittgenstein, también se retiró a la naturaleza. El pensador británico-austríaco vivió una especie de exilio para escribir en una pequeña cabaña en un montículo junto a Skjolden en Sogn og Fjordane, rodeado de fiordos, montañas y bosques de abedules. «No puedo imaginarme capaz de trabajar como lo hago aquí en ningún otro lugar. Es la tranquilidad y quizá el maravilloso paisaje, quiero decir la gravedad silenciosa del paisaje.»

La verdad es que todo estaba predispuesto para que el paisaje o, mejor dicho, el bosque también pudiera expresarse a través de mí en la cabaña del bosque de Svarverud. Los pinos de los ralos montículos se reflejaban en el lago de Steinsvannet, eran los días más largos del año y el abedul lucía la hermosura de junio, cubierto de pequeños brotes de hojas de un verde claro. Pero solo, en medio del bosque, sin cobertura en el móvil ni acceso a internet, sentía desasosiego y soledad. Para mí el bosque no era ni «benéfico» ni «divino». Y cuando a última hora de la tarde aparecieron cantidades infernales de moscas negras que me obligaron a cerrarme la sudadera del todo, maldije la vida forestal. Me volví a la ciudad al día siguiente, ¡menudo alivio!

Otra triste realidad es que, aunque viviera durante meses en un territorio habitado por lobos, no había ninguna garantía de que fuera a oírlos o a verlos. Las probabilidades son, sencillamente, muy escasas. ¿Cuánto merece la pena sacrificar? Por eso debo apostar por soluciones mucho menos extremas, mejores excursiones breves por el bosque con un objetivo claro. Pensando en mis excursiones de ese verano, titubeantes y poco planificadas, ya no me quedan dudas. Desde que Ole Kristian me habló del sueco, he estado esperando este momento. Tengo que apuntarme, hacer el viaje hasta Suecia en la oscuridad de la noche. Ole tiene razón. Esta es mi oportunidad de acercarme a los lobos, y además en el núcleo de la colonia de lobos

escandinavos del Värmland. Porque por lo visto el Hombre de los Lobos es una garantía de encontrar a estos animales, en especial si quieres oírlos. Necesito o, mejor dicho, dependo de alguien así. Porque Mats y los tipos de la SNO sencillamente no son bastante entusiastas para lo que yo busco. Envío un SMS: «Voy». «Esto tiene que salir bien, no queda otra», pienso.

Los abetos y los pinos se alinean junto a la carretera formando una muralla. El crepúsculo se desploma sobre el bosque creando un ambiente casi tétrico cuando los faros del coche iluminan intermitentemente lo profundo de la foresta. Después de algo más de una hora al volante he pasado la frontera no lejos de Töckfors y me adentro por pequeñas carreteras rurales en dirección a Arvika. Las hondonadas de los valles están llenas de niebla y la visibilidad es escasa. De vez en cuando, la neblina clarea y tras las siluetas de los árboles se muestra la bóveda celeste tachonada de estrellas. Las cosas serían diferentes para quienes atravesaran los bosques a pie antiguamente, sin estar rodeados de una coraza de aluminio. Su experiencia sería otra cuando tardaban varios días en recorrer unos pocos kilómetros de bosque.[2] Les daba tiempo a tomarle el pulso a la naturaleza, tal vez esto contribuyera a originar todas las extrañas historias sobre las profundidades del bosque sobre ninfas malvadas, troles, gnomos y duendes. ¿Quién no ha paseado por un bosque oscuro con la sensación de que lo invadían sentimientos irracionales? Hoy podemos acallarlos y decir que son supersticiones, pero no hace mucho que lo sobrenatural dominaba la percepción que la gente tenía del bosque.

A principios de la primavera de 1518 el arzobispo sueco Olof Magno viajó hacia el norte de Suecia y Noruega para vender indulgencias. Esos viajes fueron el punto de partida de su famosa *Historia de las gentes septentrionales*, publicada en 1555.[3] Es una obra monumental que consta

de veintidós libros que en su conjunto abarcan unos setecientos setenta capítulos a lo largo de más de ochocientas páginas. El bosque está repleto de espíritus, troles y demonios. Magno escribe «Sobre la lucha con la ninfa del bosque» y «La batalla con la bella mujer malvada de cola de vaca». Era un hecho probado que en las minas vivían los troles, que los fantasmas del bosque eran incorpóreos, pero eran seres-espíritus que mataban y torturaban, afirma. Olao Magno debe de haber caminado mucho por bosques oscuros. Porque, aunque escribe muchas cosas que siguen teniendo sentido, por ejemplo, sobre árboles, su obra está repleta de supersticiones populares: como el castóreo, una secreción que, generada junto al ano de los castores, puede emplearse contra la infertilidad. Si se sufría de reuma, había que atarse riñones de liebre alrededor de los pies. Dormir sobre una piel de glotón podía hacerte soñar con la vida del animal. Dedicar un capítulo a cómo los gusanos pueden deslizarse por la boca de los niños pequeños que duermen en el suelo, así como al arte de volver a sacarlos.

Carlos Linneo, el gran naturalista sueco, vivió en el siglo XVIII y perteneció a otro tiempo. Con Linneo se produjo un cambio en la manera de acercarse a la naturaleza y, en cierto modo, el misterio del bosque se quedó por el camino. Al igual que Olao Magno, Linneo salió a recorrer Suecia. De joven viajó a Dalarna, fue hacia Lappland en el norte y hacia Skåne en el sur. Todas las experiencias y los hallazgos que hizo en sus viajes están recogidos con minuciosidad en tres gruesos tomos. Hay pocos temas que no toque en sus escritos de juventud; lo describe todo: desde animales, especies, flores, tipos de árboles, ropas, la caza del lobo, métodos de construcción, herramientas, geología, extracción minera y distintas danzas populares hasta temas peculiares como que las parturientas bebían aguardiente para emborracharse, «igual que si de un narcótico se tratara», y calmar así los dolores. *Omnia mirari etiam tritissima*, es decir, «Sorprenderte por todo, también por lo

cotidiano», era el lema de Linneo, y las anotaciones de sus viajes de juventud están impregnadas precisamente de ese espíritu.[4]

Pero lo más llamativo de los escritos de juventud de Linneo, en contraposición a la historia de Olao Magno, es la ausencia de supersticiones y de seres sobrenaturales. La naturaleza es diseccionada y sistematizada y apenas menciona a hombres lobo, troles, ninfas o malvados espíritus femeninos. Si encontraba a individuos supersticiosos en el campo, como el sacerdote que afirmó que las nubes podían levantar piedras, las rechazaba con brusquedad y las ridiculizaba. Linneo afirmaba que el sentido común debía vencer las creencias populares y los mitos, estando como estaba bien anclado en la Ilustración, pero aceptando la presencia de un Dios creador de las intrincadas interacciones del mundo natural.

Sin embargo, el sueco no se libraba del todo. Creía en fantasmas y apoyaba la tesis de Olao Magno de que las golondrinas hibernaban en el fondo de los lagos. La visión del mundo del sueco también estaba anclada en la teología. Las especies eran inmutables y habían sido creadas por Dios.[5] Asimismo se consideraba el principal intérprete del mensaje de Dios a los hombres, transmitido por medio de la naturaleza, y una expresión que se repite en sus escritos es: «Dios creó. Linneo sistematizó».

A unos veinte kilómetros de Arvika me detengo en una gasolinera perdida. Allí me esperan Ole Kristian y Stefan, el famoso Hombre de los Lobos, en una vieja ranchera Volvo 850, todo muy sueco. Stefan tiene barba de tres días, gafas y el cabello revuelto y canoso; viste una sudadera oscura, unos pantalones gris oscuro y sandalias. Aunque han llegado directos de una boda, los dos están completamente sobrios. Prefieren buscar lobos antes que beber, al menos esta noche. Durante los últimos veinte años Stefan ha pasado

incontables noches en el bosque. Ha sacrificado el trabajo y relaciones de pareja, pero eso le ha proporcionado al menos doscientos encuentros con lobos desde que empezó con esta locura a mediados de los años noventa del siglo pasado, desde oír sus aullidos hasta verlos deslizarse furtivos por las pistas forestales o cerca de un pantano. Doscientas veces son muchísimas, eso lo sabe cualquiera que estudie a los lobos o esté interesado por ellos. Y por eso lo llaman el Hombre de los Lobos. Pero ¿por qué se fijó justo en el lobo?

—Una noche iba conduciendo por el bosque cuando divisé a un animal que cruzaba la carretera corriendo —me cuenta Stefan mientras subimos al coche—. En un primer momento creí que era un corzo, luego pensé que era un zorro, hasta que se volvió hacia mí y se detuvo en mitad de la carretera. Entonces comprendí que era un lobo. Era tan grande, tan poderoso... Tuve la sensación de que ocupaba todo el ancho de la carretera.

Avanzamos por pistas forestales hacia la reserva natural de Glaskogen, situada entre Årjäng y Arvika. El paisaje está quebrado por laderas cubiertas de pinos y abetos, mientras que abedules y álamos se arraciman aquí y allá, conteniendo el imperio de las coníferas. Alargados pantanos y lagos como Övre Gla y Stora Gla son como mares reducidos en el interior del bosque. Pequeñas viviendas y granjas aparecen junto a la complicada red de caminos de grava que divide Glaskogen. Todas están pintadas con *falurødt*, con pigmentos extraídos de las minas de cobre de Falun. Aquí, cerca de la frontera con Noruega, donde están los llamados territorios de Glaskogen, debe de haber siete u ocho ejemplares. También aquí, como en el lado noruego, el lobo fue exterminado a mediados del siglo XIX y solo volvió a establecerse hacia 1990.[6]

El territorio es el núcleo de la población de lobos de Escandinavia, que hace poco contaba con trescientos ejemplares en Suecia, muchos más que en Noruega. Hay pocos lugares en Europa con mayor densidad de lobos que

Värmland, con un total de diecinueve colonias de lobos en la región (län), de diecisiete mil kilómetros cuadrados.[7] También fue en el norte de Värmland donde se estableció la base de la actual colonia de lobos de Escandinavia. En 1983 una pareja de lobos crio en Nyskoga, y de esa pareja, además de otros tres lobos grises, desciende hasta ahora toda la población de lobos de Escandinavia.

Ole Kristian detiene el coche. Es la una y media de la noche y estamos sumidos en una oscuridad total. El bosque nos rodea en silencio y se mira en el espejo de un lago.

—Escucha —susurra Stefan cuando me dispongo a bajarme—. Tenemos que estar en completo silencio. Un sonido desconocido para el lobo, ya sea de la puerta de un coche que se cierra, ya sea de nuestras voces, y estaremos vendidos. Y podremos volvernos a casa.

El lobo es sensible a los sonidos poco habituales y sumamente esquivo con los seres humanos, pero ¿por qué no teme a los coches? Stefan me explica que no ha desarrollado el temor a los vehículos. Lo mismo pasa con la mayoría de los animales. La evolución no es lo bastante rápida. El lobo huye de un frágil ser humano, pero no reacciona ante una caja metálica de dos toneladas de peso.

Stefan se planta con las piernas bien abiertas y mira hacia el bosque. Se lleva las manos en torno a la boca a modo de bocina. Está claro que tiene fe en este lugar. Hace un año atrajo a un lobo justo aquí. Lo acompañaba Ole Kristian. Apareció en la carretera con aire curioso y avanzó prudente hacia ellos. Según Ole Kristian, que nunca antes había visto un lobo, fue una experiencia alucinante. Stefan se pone a aullar. Suena auténtico, hermoso, y un eco profundo retumba en el bosque. Silencio. Esperamos. Estamos completamente callados. Con las piernas bien firmes sobre la gravilla. La única respuesta es el rumor del viento en el bosque. Vuelve a ponerse las

manos a modo de bocina y de nuevo emite un largo aullido. Seguimos esperando sin movernos. A lo lejos se oye un sonido, quizá sea un débil aullido. Stefan alarga el brazo en esa dirección. ¿De verdad se trataba de un aullido?

—Puede que uno nos haya respondido, pero no estoy seguro —dice en voz baja.

Aguzo el oído. Solo oigo el viento y el zumbido constante de mis propias orejas. Las incontables expediciones en busca de lobos han enseñado a Stefan a comunicarse con ellos. Los aullidos largos significan: «¡Aquí estoy!», desvela, mientras que los breves preguntan: «¿Dónde estáis?». Stefan respira hondo hasta llenarse de aire y emite un grito grave y potente, esta vez manteniéndolo. Escuchamos, pero el silencio es total.

Stefan no consiguió acercarse de verdad a lobo hasta que aprendió «el lenguaje de los lobos». A base de escuchar aullidos sutiles y casi inaudibles, con frecuencia muy lejanos, es capaz de localizar a estos animales. Antes de aprender a comunicarse con ellos, podía pasar semanas sin establecer contacto. En una ocasión estuvo tres semanas en un mismo punto del bosque, apenas comió ni durmió, desesperado por atisbar un lobo, aunque fuera un instante. Otras veces se lanzaba a recorrer las oscuras pistas forestales de Glaskogen durante toda la noche, y otras zonas habitadas por manadas de lobos, intentado dar con alguno por casualidad. Ahora ha aprendido un método para que el lobo se descubra, para que muestre dónde está, a base de escucharlo e imitar sus aullidos. Cualquiera que oiga aullar a Stefan comprenderá que tras cada aullido hay innumerables encuentros y horas de práctica.

Los métodos de Stefan son muy conocidos en muchos colectivos que viven de la caza. Cuando el aventurero Helge Ingstad pasó el invierno con los inuit de Nunamiut en Alaska, describió cómo lograban atraer a los lobos con un

«aullido de lobo inigualable que hiela la sangre». Interpretaban el lenguaje de los lobos: ¿la manada había conseguido una presa o habían fallado?

La noche pesa sobre el bosque y las luces del Volvo desgarran la oscuridad cuando nos adentramos por las pistas forestales a toda velocidad. Menos mal que estamos solos. Buscar la calma en la floresta se convierte en un tópico inoportuno mientras damos botes metidos en el coche.

—Si queremos ver lobos, tenemos que sorprenderlos de prisa —remarca Stefan para justificar la manera de conducir de Ole.

Acaba de decirlo cuando un animal corre veloz hacia la pista forestal. Menos mal que estamos solos. Sí, sí, buscar la tranquilidad del bosque... Lo distinguimos durante una décima de segundo, antes de que desaparezca a la carrera por un camino empinado.

—¡Acelera! —ordena Stefan y Ole Kristian da un volantazo para seguir por el camino de gravilla tras el animal.

—¿Eso era un lobo? —nos gritamos unos a otros al tiempo que la adrenalina se dispara.

Ole acelera, las ruedas derrapan sobre la gravilla y atisbamos al animal cuando penetra en el bosque.

—¡Ay! Un zorro —se disculpa Stefan—. En un primer momento creí que era un lobezno. Se parecía un poco.

Nos adentramos un poco más en Glaskogen y Ole Kristian para el coche junto a un otero. Stefan se pone a cuatro patas para buscar pisadas en la carretera y luego nos metemos en el bosque entre brezos, suave musgo y líquenes hasta la cima del montículo. Es la primera vez en toda la noche que siento que de verdad estoy en plena naturaleza, que puedo percibir el aroma del mantillo vegetal y la trementina. Volvemos a intentarlo, aún no hay

motivos para rendirse. Stefan se incorpora, vuelve a ponerse las manos a modo de bocina alrededor de la boca. Suelta un aullido profundo y dolorido, que retumba por el bosque. Después, silencio. No hay respuesta. Ahora despliega todo su repertorio de sonidos: aullidos agudos, largos y graves rugidos. El sonido tiene un amplio recorrido desde la cima del montículo. En Glaskogen existe una antigua tradición según la cual los campesinos subían a otros como aquel en la llamada Noche de los Peregrinos, *Peregrinius natten*, a finales de abril. Golpeaban tapas de cazuelas, hacían sonar cencerros de vaca, disparaban al aire y gritaban en sueco y a pleno pulmón: «¡Peregrino, ata a tus perros tan lejos que ya no llegue el sonido de este grito!». Ahora estamos aquí para atraer, no para asustar, pero el profundo y oscuro bosque responde con un silencio oprimente. Stefan se ha desanimado. Nos cuenta que este año ha salido veintiocho veces sin dar con un lobo. Esto es poco habitual para él, el mismísimo Hombre de los Lobos.

—¿Dónde están los lobeznos? ¿Dónde está el macho alfa? —dice temiendo que hayan podido abatirlos furtivamente.

Vamos desplazando nuestros límites.

—Los lobos pueden acabar con un alce de gran tamaño y nosotros estamos aquí dando vueltas como pedazos de carne con piernas, del todo indefensos —dice Ole Kristian mientras observamos el bosque y una débil franja de luz aparece en el horizonte. Amanece. Debemos convencernos de que el lobo nos teme. Para él somos el depredador más peligroso, un monstruo temible de dos patas, un animal al que han aprendido a tener miedo tras miles de años de coexistencia. Pero en este preciso instante somos vulnerables pedazos de carne, porque si un lobo de verdad quisiera atacarnos, su fuerza física es superior a la nuestra. Aquí, en el bosque, no logro quitarme de la cabeza al lobo de Gysinge, que asoló Dalarna en el invierno de 1820-1821 y mató a nueve niños y a una chica de diecinueve años. ¿El motivo? Muy simple: lo

habían tenido encerrado tres años y había conseguido escapar. Su intrínseco temor natural a los seres humanos había desaparecido. Es casi impensable que un lobo salvaje ataque al hombre. Pero como dijo un famoso experto: hasta un urogallo enloquecido puede atacar a una persona.

Cuando le pregunto a Stefan si alguna vez ha tenido miedo a los lobos me responde con firmeza:

—Nunca —aunque haya estado solo e indefenso en medio del bosque más tupido y con los lobos rondándole, jamás se ha sentido amenazado—. Puede que otros se hubieran cagado —dice.

Y tiene razón, pues no todo el mundo es tan intrépido como él. En una ocasión llevó consigo a alumnos del colegio donde trabaja y, cuando un macho enorme emitió un ronco aullido muy cerca, uno de los alumnos se dejó caer de rodillas y se aferró a sus piernas. Otra vez, Stefan sorprendió a una manada de lobos cuando iba con dos amigos, no muy lejos del otero donde nos encontramos. Oyó aproximarse a los animales, pero sus colegas no le creyeron. Cuando Stefan aulló respondieron no menos de diez lobos que tenían alrededor. Uno de sus acompañantes fue presa del pánico y quiso volver corriendo al coche.

—Fue una experiencia muy intensa. El suelo vibró, estaban muy cerca. Se me erizó todo el vello del cuerpo —relata Stefan mientras escudriña el bosque.

Él lo llama *sensation seeking*, y explica que su cerebro necesita estímulos continuos. Antes escalaba: subió al Elbrus, al Mont Blanc y al Matterhorn en Europa; al Kota Kinabalu en Asia; al Chimborazo y al Aconcagua en Sudamérica, y al Kilimanjaro en África. En Noruega culminó varios ascensos muy duros y en 1997 intentó escalar por la famosa ruta Rimmond a la pared de mil setecientos metros de altitud de Trollveggen. Cuando se encontraba a cierta altura el pedazo de roca sobre el que se hallaba se desprendió. Uno tras

otro se fueron soltando los anclajes de seguridad, y solo el último lo retuvo. Se precipitó a lo largo de cuarenta y cinco metros y, cuando la cuerda se tensó, se vio lanzado contra la pared rocosa y se rompió la pierna. Arrastrándose por el pedregal, llegó al aparcamiento. Tardó diecisiete horas en bajar de la montaña. Tras ese accidente dejó la escalada. Debía buscar una alternativa para llenar su vida de emociones fuertes, y eligió los lobos.

Los abetos alargan sus copas hacia el cielo del amanecer. Los pinos cubren los páramos estériles, se extienden hacia una enorme planicie talada donde un par de pinos secos destacan solitarios contra un cielo azul claro desvaído. Hemos vuelto a detenernos, hace mucho que he perdido la cuenta de cuántas veces nos hemos parado. Stefan aúlla incansable a los bosques suecos, convencido de que ahora los oiremos. Pero hoy no es el día. El bosque está silencioso como una tumba, solo oímos nuestra propia respiración y el crujido de la gravilla bajo nuestros pies cuando nos movemos. Son casi las seis de la mañana. La foresta despierta y los pájaros se ponen a trinar. Aunque Stefan no quiere darse por vencido, todo tiene un límite, ya que la mejor hora para atraer al lobo en verano es a medianoche, cuando los lobos adultos están de guardia y los lobeznos solos. Son mucho menos escépticos y más juguetones que sus padres y mucho más fáciles de atraer.

—Por cierto, no debes escribir en qué parte del bosque nos encontramos —insiste Stefan—. No quiero cazadores por aquí —añade con decisión.

Pero en ningún caso es fácil reconocer este lugar. Glaskogen está formado por bajas colinas. Hay pocos observatorios y el bosque parece interminable. A mediados del siglo XIX construyeron una fundición de cristal en pleno bosque y fue entonces cuando recibió el nombre de Glaskogen («bosque de cristal»). No fue una casualidad, porque el bosque era una fuente inagotable

de combustible para los hornos de la fundición, al igual que para las minas en Noruega.

Durante mucho tiempo la zona se denominó Søndre («sur») Finnskogen, porque también aquí los finlandeses fueron los primeros en instalarse y explotar los recursos del bosque. Los *skogfinner* tenían fama de hechiceros, y se les acusó de soltar a licántropos en el bosque. Bajo los cimientos de las casas de Ulverud, en las afueras de Arvika, se han encontrado enterramientos de huesos de osos y lobos a los que los finlandeses atribuían cualidades mágicas. Además, el gatillo del rifle debía untarse con grasa del corazón de un lobo (y el cañón, con tres gotas de sangre de murciélago). También el arzobispo Erik Pontoppidan resaltó las virtudes mágicas del lobo en *Det første Forsørg paa Norges naturlige Historie* («Primer intento de escribir una historia natural de Noruega»), de 1752: la carne de lobo servía para abrir el apetito y, en especial, el remedio *loch de pulmone vulpis*, que vendían en las farmacias, consistía en pulmones de lobo y zorro triturados.

Pontoppidan incluye otras leyendas en su obra: proclamaba que los osos solían mantenerse alejados de los seres humanos excepto de «las mujeres embarazadas», puesto que el feto, sobre todo si era un varón, era «un bocado exquisito» para ellos.[8] En el caso de los osos sigue viva una variante de esta leyenda, según la cual los osos eligen preferentemente como presa a una mujer en fase menstrual. Esto se ha puesto a prueba con osos encerrados: ¿en verdad un oso puede oler si una mujer tiene o no la menstruación? Ofrecieron a los osos raciones de comida, la primera con grasa de foca, la segunda con tampones, la tercera con tampones usados y la última con sangre de las mujeres que habían utilizado los tampones. Los investigadores registraron las preferencias de los osos: ganó la grasa de foca, pero los tampones usados resultaron casi igual de populares. Una pequeña comunidad de estudiosos se ocupa de esta área de investigación, si otorgamos credibilidad a los resultados

de una búsqueda en Google tras escribir «tampón» y «polar bears» en la barra de búsqueda.[9]

Desorientado, he renunciado a comprobar el mapa del móvil.

—Si llego a dejarte aquí nunca hubieras encontrado el camino de vuelta a casa —comenta Stefan en lo profundo del bosque—. Hace un par de años, poco antes de Navidad, una sacerdote sueca de setenta y ocho años se quedó atascada aquí con su coche —me cuenta—. Se había perdido en este laberinto de pistas forestales sin señalizar. Hacía frío, veinte grados bajo cero, y no había cobertura para los móviles. La sacerdote se quedó en el coche esperando que llegara la ayuda, derritió nieve para beber, anotó sus últimos pensamientos en pequeños pósits amarillos. Al cabo de cinco días intentó bajarse del coche, pero la nieve era demasiado alta. Se cansó enseguida, famélica como estaba. Regresó al coche. Cuando la encontraron muerta, había pasado casi un mes.

Al encaminarnos al Volvo encontramos huellas en el barro marrón claro, recogidas en pequeños charcos junto a la pista forestal. Son recientes, y es evidente que se trata de un lobo adulto y dos lobeznos, concluye Stefan con alivio. Son buenas noticias: sigue habiendo lobos en la zona de Glaskogen y tienen cachorros. No les han disparado ni han huido. Lo que pasa es que son muy difíciles de encontrar.

Volvemos a casa a pesar de que Stefan es incansable.

—Esto es vida, ahora sí que es una aventura, chicos —proclama mientras se come una bolsa de patatas fritas. A la vez que comprueba el mapa en su móvil, nos pregunta si queremos parar una vez más.

Ole Kristian me advierte de que Stefan puede continuar indefinidamente, pero ambos ya hemos tenido suficiente bosque, aullidos y acelerones por pistas forestales para una temporada e insistimos en que queremos volver a casa. Es de día, la noche ha acabado. El resultado se hace esperar, la rueda

todavía no ha empezado a girar. Reconozco que no es nada fácil acercarse a los lobos. Se me cierran los ojos, estoy a punto de quedarme dormido. Pero Stefan insiste en que debo mantenerme despierto. El lobo puede aparecer en la carretera en cualquier momento, cuando menos nos lo esperemos. Sucede con frecuencia.

Cuando llegamos a nuestro destino, en Arvika, Stefan me da su número de móvil. Me ha aceptado en su club.

—La próxima vez —dice en sueco, antes de dejarnos frente a la casa de Ole Kristian a las siete y media de la mañana—, encontraremos lobos.

Fénrir

Hay una frontera muy clara entre el bosque oscuro, por un lado, y la ciudad, por el otro. Si sobrevuelas Oslo de noche, es imposible no fijarse en esa divisoria entre la civilización y el bosque. En ocasiones, durante el invierno, la única señal de vida del bosque oscuro son los esquiadores, cuyas linternas en la cabeza son visibles a varios miles de metros de distancia.

Cuando oteo el horizonte desde la cima de la torre de los bomberos en Kjerringhøgda en Østmarka, Oslo casi parece un pueblecillo en el bosque, atrapada entre laderas boscosas allá a lo lejos. El bosque se extiende kilómetro a kilómetro, limitado al principio por el fiordo neblinoso al oeste y el lago Øyeren, al este. Desde la torre contemplo este mar que forma el bosque y el horizonte verdoso, donde lagos oscuros como Mosjøen y Børtervann interrumpen la uniformidad cromática, un reino boscoso que se encuentra bordeando el bosque más grande del mundo, el cinturón de coníferas boreales.

A pesar de que la sierra de Østmarka se halla pegada a la capital, es salvaje e impracticable. En ese terreno escabroso se ha establecido el lobo. Los detractores de este animal se manifiestan con sus carteles por la ciudad con su irónico eslogan SÍ A LOS LOBOS, PERO SOLO EN LA CIUDAD; en realidad tenemos los lobos en el bosque próximo a Oslo, justo ante la puerta de la casa de decenas de miles de personas desde Ellingsrud al norte hasta Enebakk al sur.

Mientras espero a volver a salir de excursión con Mats o Stefan he acabado por ir varias veces a Østmarka en busca de lobos. Es un destino cercano más fácil de combinar con familia y trabajo, pero hasta ahora no he hallado ni siquiera un mísero excremento de lobo. Me encontraba en la torre de vigilancia con una finalidad: quería hacerme una idea general de las dimensiones del territorio de los lobos. A pesar de que se trata del área poblada por lobos más pequeña de Noruega, de apenas doscientos cincuenta kilómetros cuadrados, me doy cuenta de lo enormes que pueden ser sus hábitats y lo difícil que puede resultar orientarse en ellos. Colina tras colina se alternan con profundas hondonadas, pequeñas lagunas o grandes lagos hasta donde la vista alcanza. Observando la sierra admito una vez más lo que muchos expertos en lobos me han dicho: es sumamente poco probable cruzarse con un lobo, aunque hayas planificado la búsqueda, incluso en territorios de extensión limitada. ¿Y qué decir entonces del territorio de Glaskogen, por no hablar de los grandes territorios de Hedmark, por ejemplo, el de Slettås, cinco veces mayor? Hay una razón para que muchos de los que estudian a los depredadores apenas hayan visto u oído a un lobo. Cuando el científico especializado en lobos David Mech pasó tres veranos haciendo trabajo de campo en la pequeña isla Royale, en Michigan, y a pesar de que recorrió más de dos mil quinientos kilómetros en coche, solo los vio tres veces, y eso que la isla y, por tanto, la zona ocupada por los lobos, solo ocupaba un área de quinientos kilómetros cuadrados.

Es cierto que de vez en cuando aparece el lobo en Østmarka, o en zonas densamente pobladas que limitan con el bosque. Se ha perdido entre los manzanos de los jardines de Lørenskog y ha salido a correr por la autopista E6 en Rælingen. Incluso hace unos años un ejemplar murió atropellado por un tren en la estación de Nyland, en Groruddalen, rodeado de vías, autopistas, oficinas y almacenes. Suele surgir de manera repentina e inesperada. Como

cuando André lo vio junto al hoyo 14 hoyo del campo de golf, o cuando Henry chocó con uno mientras esquiaba acompañado de su perro. Estos casos recibieron la consiguiente cobertura tanto en la prensa local como en la nacional. Pero no deja de ser lo de siempre: localizar lobos en Østmarka requiere suerte o tener una paciencia infinita. A pesar de que sé que ir allí probablemente suponga una pérdida de tiempo, hay más posibilidades de verlo si hago la excursión que si me quedo sentado en el sofá de casa, esperando nervioso a que haya nuevas expediciones.

Surcan el cielo las estelas de dos aviones que se dirigen al aeropuerto de Gardermoen. El viento me sacude de la chaqueta y las nubes compiten por tapar el sol. Subido a la torre de observación de los bomberos, rodeado del bosque que se disemina en todas las direcciones bajo el cielo, como si fueran los pelos de un bigote sobre la piel de la tierra, da la sensación de que la foresta siempre hubiera estado allí. Pero como geólogo sé que el paisaje cambia. Intento recordar de manera concisa los hitos medidos en un tiempo geológico, desde el período Pérmico, cuando los volcanes escupían lava ardiente sobre lo que se conoce como la falla de Oslo, y las dunas del desierto serpenteaban por el árido paisaje en el período Triásico, hasta que en el hemisferio norte tuvo lugar un suceso de las proporciones de un cataclismo. En los últimos dos millones seiscientos mil años al menos cuarenta glaciaciones, seguidas de otras tantas etapas intermedias, han golpeado el paisaje. Apenas hace veinte mil años una capa de más de dos mil metros de hielo cubría las laderas que ahora ocupan los bosques.

Hace más de diez mil años el hielo se fue retirando despacio, como una babosa. No solo en Escandinavia, sino en el norte de Alemania, Inglaterra, Rusia y América del Norte emergieron zonas desgastadas, pulidas y sometidas a los elementos. También, como ya he dicho, casi sin vida: ni bosques, ni lobos, ni seres humanos. El final de la última glaciación supone,

en cierto sentido, un año cero para estas zonas. Porque mientras los bosques tropicales han podido desarrollarse en paz a lo largo de decenas de millones de años, sin el efecto exterminador de las glaciaciones, los bosques del norte, como es el caso de Escandinavia, solo han dispuesto de algo más de diez mil años. Y esto ha tenido consecuencias: en nuestras latitudes la variedad de especies es penosa; en Noruega hay unas treinta especies de árboles originales de la zona, una pequeña fracción de la deslumbrante variedad de especies de los bosques tropicales, que cuentan con varias decenas de miles de especies de árboles.[1] Por ello, una parcela de un par de kilómetros cuadrados del trópico puede tener cincuenta veces más tipos de árboles que todo el enorme cinturón forestal boreal o la taiga, que se extiende desde Escandinavia hacia el este en dirección a Siberia.[2]

Es bien sabido que la variedad de especies desciende a medida que nos alejamos del ecuador hacia los polos. Así lo hizo notar el científico alemán Alexander von Humboldt ya a principios del siglo XIX.[3] Además de que los ecosistemas más cercanos al ecuador han podido desarrollarse en paz durante largos períodos sin verse interrumpidos por tremendas glaciaciones que acababan con casi cualquier forma de vida, se han planteado diversas teorías para explicarlo. Una de ellas es que el proceso de la fotosíntesis es mucho mayor en los bosques tropicales a causa de la lluvia, la luz del sol y la humedad, lo que ha contribuido a una mayor biodiversidad.

Un tema del que me he ocupado mucho últimamente es de cómo el bosque y sus distintas variedades de árboles reconquistaron el paisaje yermo. Un otoño salí de excursión con el botánico Aage Paus y un grupo de estudiantes a Vestlandet. Fue una experiencia singular. Los alumnos dejaban caer con toda naturalidad las denominaciones en latín y reconocían hierbas aromáticas, cárices y distintos tipos de musgos cuya existencia yo desconocía. Tal vez lo más fascinante fuera encontrarme junto al glaciar de Nigard en Sogn og

Fjordane, una lengua de un azul claro entre las montañas. Después de abrirse paso varios kilómetros por el valle durante la pequeña Edad de Hielo, de destruir el bosque y de llevarse por delante la granja Nigard (de ahí su nombre), el glaciar se ha retirado. De este modo el valle es una especie de laboratorio para los interesados en la flora, un lugar donde pueden ver qué especies se establecieron primero, la vegetación llamada «pionera», después de catástrofes naturales como una glaciación. Había brezo, arándanos rojos, empetro, musgos diversos, *Pinguicula vulgaris* y loto de los prados. Estos dos últimos han desarrollado métodos característicos para conseguir nitrógeno, esencial para el crecimiento de las plantas. Gracias a sus hojas pegajosas la *Pinguicula* atrapa insectos ricos en nitrógeno y es, por tanto, una planta carnívora, mientras que el loto ha establecido una cooperación, una simbiosis, con bacterias fijadoras del nitrógeno. Juntas participan en la formación de un suelo que crea condiciones que favorecen el crecimiento de árboles y plantas de mayor tamaño.

Fue extraño observar que el bosque de sinuosos abedules había conquistado las laderas de la montaña solo un par de cientos de años después de que el glaciar llenara el valle de Nigard. El robusto abedul, que disemina sus semillas, aunque los veranos sean duros y fríos, es, de algún modo, la especie de árbol del norte. *Bjørk*, abedul: solo tienes que paladear esa palabra. El abedul es la especie de árbol que más se repite en la obra del poeta Hans Børli, pues en sus poemas lo menciona no menos de cien veces.[4]

*En casa, el abedul de la cancela,
blanco contra la linde del bosque.
Gracias por hacer del bosque
un lugar menos oscuro.*

Por cierto, el blanco de la corteza, que refleja la luz del sol y protege el

tronco, se debe a la sustancia llamada «betulinol». Esta sustancia también se emplea en medicina por su efecto antiviral y antibacteriano.

Igual que el bosque de abedules se ha establecido frente al glaciar de Nigard, así conquistó muy deprisa la tierra después de la era glacial. Si hubiera podido estar aquí de pie hace algo más de diez mil años mirando hacia la sierra este, Østmarka, estaría contemplando un bosque de abedules de colores claros. Poco a poco fueron llegando otras especies de estos, como el álamo, el sauce, el serbal y el cerezo, como nos muestran los diagramas de polen de pantanos y lagos.[5] Por último, el más noble de todos, el pino. Son los restos de estos primeros bosques de pinos los que he hallado junto a pantanos y lagos de nuestra cabaña veraniega de Rondane.

Cada país y cada continente tiene su propia historia de inmigración. Mientras que los bosques de pinos y abedules se establecieron muy pronto en Escandinavia, el abeto predominaba tanto en Rusia como en América del Norte al poco tiempo del deshielo.[6] Por cierto, los bosques de América del Norte poseen una mayor variedad de especies que los nuestros debido a una interesante razón: en América las cadenas montañosas van de norte a sur, de tal modo que las especies no encontraron obstáculos para refugiarse en el sur durante las glaciaciones. En Europa, tanto los Alpes como los Pirineos van de este a oeste y casi cumplen la función de un muro entre el frío norte y los lugares más habitables, o refugios, al sur. Los hallazgos fósiles han demostrado que existían carias y secuoyas en Europa antes de la glaciación, pero que no pudieron «ponerse a salvo» más al sur. En América del Norte lo consiguieron.

Tanto animales como seres humanos debieron de quedarse impresionados cuando el bosque reconquistó el paisaje desolado y casi carente de vida posterior a la glaciación. Tanto cazadores como lobos siguieron la frontera del hielo hacia el norte a la caza de renos, ya procedieran del este, a través de

Finlandia y Rusia, o del sur. Ya entonces los humanos y los lobos competían por las mismas presas y, de nuevo (y vaya dedicado a los que afirman que «el lobo no es noruego»), en los períodos entre glaciaciones este depredador trotó por nuestro país. En Norcem-hula, en Nordland, se han hallado restos óseos de lobos que se remontan a hace cuarenta mil años.

En fecha reciente, durante una excursión en bicicleta por la sierra de Østmarka, tuve una charla con el propietario de la granja de Ekeberg. Un hermoso paseo flanqueado por tilos conduce a la casa señorial que se encuentra, exactamente, en el lindero del bosque. Al igual que hoy, iba a la busca de lobos, pero me acercaba desde otro ángulo de la sierra. El propietario se ha formado en el estudio de los bosques y resultó ser un alma gemela. Había pasado toda su vida en el bosque, se había dedicado a la tala, al cuidado de la foresta y a la caza, según me contó en la explanada de la granja. Cuando le pregunté si había visto lobos, me observó con sus intensos ojos azules y un gesto elocuente.

—Cuatro veces —respondió, pero para rebajar mis expectativas, recalcó—: Ves al lobo cuando menos te lo esperas. Es casi imposible planificar un encuentro con este animal —él penetraba a diario en su territorio—. Pero los lobos me han visto a mí más veces que yo a ellos —afirmó.

Las cámaras de caza del bosque muestran innumerables imágenes suyas en que el lobo, esquivo y alerta, pasa poco después de él. A pesar de que se quejaba de que la vuelta de los lobos afectaba a la caza del alce, no estaba en contra del depredador

—El lobo pertenece al bosque —comentó brevemente.

Una vez que acabamos con el tema del lobo, me mostró el jardín de su granja, rica en tradiciones e historias. Aquí se crio la escritora Ragnhild

Jølsen, una mujer que, en su vida, breve pero llena de acontecimientos, no renunció a describir el misterioso atractivo del bosque, ya fueran las almas gemelas de los árboles, alimañas o leyendas. «En las grandes profundidades habitan las leyendas —escribió—, entre las profundas cuevas de las peñas, los profundos bosques, junto a los mares profundos.» En el jardín, al lado de la blanca y majestuosa casa principal, habían plantado alerces siberianos. Comentamos que crecen más al norte que ninguna otra especie de árbol, que las playas de Svalbard están cubiertas de maderos que las corrientes marinas arrastran desde los bosques de alerces del norte de Rusia. Las cantidades eran tan significativas que, antaño, se exportaban troncos desde esas islas árticas desiertas y sin bosques. Después, el propietario me mostró un pino torcido, que en realidad es originario de la Costa Oeste de Estados Unidos. Por lo visto crece rápido y la madera es de mala calidad. En el jardín se elevaban dos poderosas hayas de cobre. El delicado tejido de sus hojas contiene antocianinas, una especie de filtro solar que bloquea las radiaciones UV y, por tanto, disipa así una parte de la energía asociada a la luz solar, o sea, la que tiene una longitud de onda inmediatamente inferior a la luz visible.



Acabamos charlando de la historia del bosque, de que está en permanente cambio. Entonces me habló de un hallazgo digno de mención. Cuando empezaron a hacer una nueva pista forestal, las obras atravesaron un pantano, en el cual aparecieron troncos de roble, restos de un robledal, un tipo de bosque que hoy, en su mayor parte, está rodeado de densos pinares en Østmarka. El propietario estaba bien informado y asintió con la cabeza cuando mencioné que tal vez procedieran de una era cálida, un tiempo en que los bosques que gustan del calor, árboles de hoja caduca nobles, entre ellos el roble, el tilo, el olmo y el fresno, se establecieron en nuestro país. Debo admitir que siento predilección por esos airosos bosques de árboles de hoja caduca noble, ya sea al pasear entre tilos y olmos en las afueras de Farsund, en el bosque de hayas de Larvik o por robledales junto a Grimstad.

En especial un paseo por el denso bosque de árboles de hoja caduca noble en Ålvik, junto al fiordo de Hardanger, ha quedado grabado en mi memoria. Allí me adentré en un bosque que podría haber salido directamente de *El Señor de los Anillos* de Tolkien. La llovizna se filtraba por cada poro del chubasquero. El suelo del bosque estaba oscurecido por un mantillo fecundo y escurridizo debido a la lluvia. Allí donde la luz se abría paso entre el follaje, había asparagáceas, *Carex limosa*, lastón y *Galium odoratum*, mientras que olía intensamente a *Allium ursinum* sin flor. Había olmos, robles y fresnos. Algunos de los árboles tenían formas extrañas, y un tilo se extendía como el monstruo marino kraken, con sus tentáculos en el bosque en sombra. Las peculiares formas del tilo, pero también del olmo, se deben a que durante incontables generaciones sus ramas se han podado o recortado para servir de alimento al ganado.[7]

Este bosque de árboles de hoja caduca noble no se estableció como un ejército invasor de árboles que llegara desfilando y que rápidamente formara

un manto boscoso. No, los primeros a buen seguro se presentaron de uno en uno, y el roble más antiguo hallado en Noruega, un tocón quemado en un yacimiento de la Edad de Piedra en Rogaland, tiene diez mil setecientos años. A pesar de que el roble llegó pronto, el polen de este árbol que busca el calor es casi inexistente en los pantanos y lagos menores de la misma época, indicio de que los robledales se formaron con posterioridad. Solo hace seis mil o siete mil años fue cuando los tilos, robles, olmos y fresnos crearon verdaderos bosques de árboles de hoja caduca noble. Para entonces el terreno ya se había desarrollado bastante y los veranos eran más cálidos que en la actualidad. Si hubiera caminado por Østmarka en aquel tiempo, en las cuencas cubiertas de pinos de hoy hubiera estado cubierto por las poderosas copas de los árboles de hoja caduca noble. El gato montés europeo y los jabalíes vagaban furtivos por gran parte del país, junto con la mayoría de los animales que encontramos en la fauna noruega actual.[8] Resulta extraño que se hayan encontrado en Skone restos óseos de esa época de una tortuga de ciénaga a la que gusta el calor, y se especula con que la tortuga pudo habitar tan al norte como lo está Østfold.

Cuando hace unos escasos mil años nuestros ancestros empezaron a cultivar la tierra, comenzaron por la más fértil, allí donde también crecían los árboles de hoja caduca noble. Por eso fueron los que se vieron más perjudicados, porque la gente los talaba y quemaba. Los bosques costeros resultaron especialmente afectados. Los diagramas de polen de los pantanos y lagos menores de Jæren y Lista muestran que estas planicies casi carentes de bosques un día estuvieron cubiertas de aiosos árboles de hoja caduca noble. En su clásico *Om Diur, Fiske Fugle oc Trær udi Norrig* («Sobre los animales, peces, pájaros y árboles de Noruega»), de 1599, Peder Claussøn Friis describía los tocones vistos en pantanos y lagos menores de Jæren. Basándose en una antigua leyenda, creó una teoría sobre cómo desapareció el

bosque: hace mucho tiempo llegó un fuerte torbellino de viento del oeste, cruzando Escocia hasta Noruega, que asoló salvajemente la costa, atravesando Egersund, pasando por Lista, y volvió al mar. Así el bosque quedó destrozado y el viento «asoló la tierra de tal modo que allí ya no pudieron crecer más árboles». Pero no fue una gran tormenta la que acabó con el bosque costero, fueron las personas. Quemaron el bosque a fin de tener pastos de invierno para el ganado. La ceniza favorecía el crecimiento y los primeros brotes del brezo eran un buen forraje. Ese fue el origen de los interminables páramos cubiertos de brezo que hoy se extienden desde Portugal, al sur, hasta Lofoten, al norte de Europa, incluidas las islas del Atlántico que en su día estuvieron cubiertas de bosques, Islandia, las islas Shetland, las islas Británicas y las islas Orcadas. En una ocasión un botánico me contó que la tala y el incendio de los bosques de la costa durante la Edad de Piedra fue la mayor intervención en la naturaleza de toda nuestra historia.

[9]

La eliminación del bosque de árboles de hoja caduca noble también se debió a que el clima, hace algo más de dos mil años, se volvió cada vez más frío y húmedo. Este clima abrió el camino para otra especie de árbol, nada menos que el abeto corriente, y pocos acontecimientos han modificado el paisaje nórdico tanto como esta invasión de abetos. De pie en la torre de vigilancia de incendios de Østmarka, cuesta imaginar un bosque sin abetos. Están por todas partes, desde las hondonadas más profundas hasta los infinitos lomos de las colinas. Desde su refugio de la era glaciaria al este de Rusia, los abetos tardaron mucho en conquistar Escandinavia. Las semillas maduran despacio y se diseminan mal. Solo hace seis mil años que el abeto dio origen a bosques en Finlandia, y hace tres mil quinientos años que apareció en Suecia. En Noruega penetró por dos pasajes, uno en Trøndelag y otro alrededor de Finnskogen, hace algo más de dos mil años. El bosque de

abetos es más joven cuanto más al oeste vayamos. En el oeste de Telemark no contará con más de seiscientos o setecientos años. En otras palabras: lleva tiempo adueñarse de un continente.

El abeto domina el terreno que tengo ante mí y tiñe el horizonte de verde. Da la sensación de que el bosque siempre haya sido así. Y como es lógico, el abeto tiene fama de ser típicamente noruego. Como escribe Tarjei Vesaas: «Resulta hogareño». Pero los abetos llegaron a Østmarka solo hace mil cuatrocientos años, suplantaron a los árboles de hoja caduca noble y el bosque nunca volvió a ser el mismo. Los pinos se vieron relegados a secas y peladas cumbres de colinas y páramos. Cuando las granjas quedaban deshabitadas, como ocurrió durante la peste negra, los abetos pronto se adueñaban de las explanadas de las granjas y las parcelas cultivadas, lo que hoy puede deducirse a partir del análisis del polen de pantanos y lagos menores. La invasión de los abetos se sigue produciendo, y se expanden de manera constante hacia el oeste y el norte. En algunos casos han llegado por sus propios medios, como en Granvin, en Hardanger; en otros lugares fueron plantados, como el odiado abeto de Sitka, original de América del Norte. Desde sus modestos orígenes hace unos dos mil años el abeto ha tomado el país, y no hay casi ninguna especie de árbol que domine el bosque del mismo modo.

En Østmarka podemos pasear por las laderas cubiertas de pinos que van de norte a sur para después descender a profundos e intransitables valles. Este paisaje escabroso, perfecto para una manada de lobos que huyen de la gente, se creó hace quinientos mil millones de años. Al principio las rocas se endurecieron en las profundidades bajo la cordillera gótica y, pasados unos cuantos cientos de millones de años, fueron desplazadas hacia las

profundidades bajo la llamada cordillera Svekonorvegisk. Más tarde las cordilleras se desplomaron, porque fueron corroídas donde el hielo y el agua penetraban en los tipos de roca más fáciles de erosionar y así las más resistentes quedaron en pie, casi como los nudos de un suelo viejo. Allí están ahora, valles profundos y altos que van de norte a sur, típicos de Østmarka, una eternidad más tarde, transformando una excursión en esquíes o a pie de este a oeste en una empresa muy ardua.

Tras haberme hecho una idea de la amplitud de la zona ocupada por la manada de lobos, bajo de la torre y me desvíó por un sendero que penetra en el bosque. Antes de que Østmarka fuera meta de numerosos excursionistas como yo, en nombre de la vida al aire libre, eran los cazadores, colonos, tramperos, trabajadores forestales, pastores y proscritos quienes causaban estragos en el bosque. Solo a mediados del siglo XIX la gente empezó a salir al bosque por el placer de esta actividad en sí misma y, más al norte de Østmarka, Thomas Heftye, banquero y más adelante cofundador de la Asociación Turística de Noruega, construyó su residencia veraniega en Sarabråten, hacia 1850. Hasta allí llegaron invitados famosos y destacados, miembros de la realeza y de la élite cultural; su gusto por la vida al aire libre hizo que, al principio, fuera la clase alta la que buscara el campo. El bosque, tan cercano a las ciudades, pasó a ser un lugar de recreo habitual y, de hecho, la primera cabaña propiedad de la Asociación Turística de Noruega, Krokan, se encontraba en el bosque, no muy lejos de Rjukan, y estuvo lista para recibir excursionistas en 1871. «Así, el bosque debe honrarse y respetarse [...] con idea de preservar el bienestar espiritual, para que el corazón de la gente pueda latir con fuerza y salud.» De este modo resumió Peter Chr. Asbjørnsen el espíritu de los tiempos. El bosque ya no existía solo para ser explotado, también era objeto de disfrute. Si preguntas a los excursionistas qué ven en los bosques, las respuestas son variadas: hay quienes va a hacer senderismo o

de vacaciones, otros se sienten atraídos por la recolección de bayas, por los alces, los troles, los troncos, por la leña, por las setas o, ya puestos, por los lobos.

Desciendo con paso tambaleante por una escarpada ladera invadida por un tupido bosque de abetos. No dejan pasar la luz hasta el sotobosque, marrón y sin vida. Por fin, acabo en las profundidades del típico desfiladero largo que apunta al norte. Hay una profusión de arbustos de salicáceas y abetos que confieren a las hondonadas oscuridad y un aire de cuento popular mientras cruzo húmedos pantanos cubiertos de un grueso musgo de turba. Aquí y allá debo hacer equilibrios por laderas cubiertas de musgo o pasar por encima de troncos caídos y, precisamente, es esta naturaleza salvaje la que me fascina de Østmarka. A veces tengo la impresión de que soy el primero en poner los pies en este lugar, lo que hace que cada vez con mayor frecuencia organice mis excursiones aquí. Si uno quisiera, no hay duda de que podría dedicar toda su vida a conocer este bosque. En un tocón descubro un excremento, que remuevo con un palo. Si alguien me hubiera dicho hace un año que iba a revisar unas heces de este modo, lo habría considerado un loco. Como no hay restos de pelo ni fragmentos de hueso, concluyo que muy probablemente sea de perro, no de lobo. De todas formas, intento seguir un par de rastros que cruzan un pantano, pero se difuminan y no soy capaz de distinguir si son de zorro, de perro o de lobo.

Como en el resto de Escandinavia, el regreso del lobo a Østmarka es un fenómeno reciente. El primer lobo, llamado Fénrir, se instaló por aquí en 2012. Emigró de Suecia, como tantos lobos de nuestro país, y el análisis de su ADN mostró que se había separado del coto de Dalsed-Halden junto a la frontera de Suecia. No es que los lobos no hayan estado antes por aquí, al contrario. La denominación *gråbein*, «pata gris», se repite entre los topónimos noruegos: Gråbeindalen, «el valle de pata gris», Gråbeinflaen,

Ulverud. No menos de tres pantanos se llaman Gråbeinmåsan, pero hacia finales del siglo XIX el tiempo de los lobos en Østmarka tocó a su fin, pues fueron exterminados, al igual que en el resto de Noruega.

Después inmigraría la hembra, Frøya. Frøya y Fénrir se emparejaron y empezaron a formar la colonia de lobos de Østmarka. Y cuando la gente se entera de que hay lobos por la zona, se imagina que están por todas partes. Con frecuencia se confunde al lobo con los corzos, los zorros o los perros. Incluso en mitad de un campo cultivado en Bygdøy, ¡en Oslo!, la comisión para la vigilancia de depredadores tuvo que acudir para descartar que hubieran avistado lobos. De ser así se trataría de un lobo muy valiente que se habría abierto paso entre las casas de Frogner para después cruzar la autopista E18.

Más adelante Frøya desapareció sin dejar rastro y entonces Fénrir se apareó con una de sus hijas. La consanguinidad es uno de los grandes retos a que se enfrenta la colonia de lobos noruegos.[10] Como me dijo en una ocasión Jan Wilberg, responsable de los lobos en la SNO: la manada de lobos de Østmarka es un poco como las familias reales europeas en el siglo XVIII. Por eso los defensores de los lobos, la administración y los científicos se alegran cuando llega un lobo de Rusia, con sangre nueva y nuevos genes.

A través de una hendidura regreso al camino y, por lo que he sabido, el lobo con frecuencia se mueve por aquí. El invierno pasado encontraron huellas incluso en el aparcamiento de Bysetermåsan. Se había detenido, escéptico, ante la barrera y luego se había vuelto al bosque. A falta de algo mejor que hacer miro despreocupado por si hubiera huellas al borde del camino, pero es solo una manera de pasar el tiempo ahora, en otoño, sin nieve donde se quede la impronta. Al regresar al coche, le mando otro mensaje a Stefan, con la intención de saber si falta mucho para una nueva excursión.

Licantropía

«Árboles en otoño: cuando su verano los abandona, podemos salir a ver de qué están hechos. La red de venas, las vigas, fuerza o indecisión, hueso o cartílago. Indefensos», escribió el poeta Rolf Jacobsen. El otoño ha tomado el bosque y ha encendido sus colores cuando Stefan y yo avanzamos por las pistas forestales a bordo de su Land Rover. Durante el verano, la clorofila ha «alimentado» los árboles mediante el proceso de la fotosíntesis. El árbol ha lanzado sus ramas aún más arriba, hacia el cielo. Las hojas han absorbido el azul y el rojo del espectro de colores de la luz y han devuelto la luz verde. Los días más cortos y el frío han hecho que el árbol se refugie en la hibernación y toda la maquinaria de la fotosíntesis se desconecte. La clorofila se descompone y el verde desaparece. Como cuando alguien aparta un velo, las hojas se vuelven amarillas y naranjas por efecto de los carotenoides, el mismo pigmento que da a la zanahoria su color característico. El árbol vuelve a absorber sustancias importantes y alimento, o glucosa, y los devuelve a los ángulos de las ramas donde lo acumula en pequeños bulbos oscuros. El follaje queda colgando lleno de color, encendido.

A Stefan no le importan mucho los colores del otoño. Está desesperado por entrar en contacto con los lobos.

—Este es el peor año que recuerdo. En lo que llevamos de año he salido

treinta y cuatro noches, treinta y cuatro noches —repite el sueco, mientras conduce por las pistas forestales al atardecer.

Abajo, en las hondonadas, los colores otoñales todavía son intensos, pero arriba, en las cimas de los collados, los árboles han vuelto a quedarse desnudos tras un par de noches de helada.

Desde la última vez que nos vimos, al menos Stefan ha encontrado a los cachorros y dos veces ha establecido contacto con ellos. Por fin el núcleo del territorio que ocupaba la manada este verano había quedado identificado. Entonces llegó la temporada de caza del alce. Los lobos se asustaron. Desde entonces la manada parece haberse evaporado. Además, ha hecho muy mal tiempo. Si sopla el viento y llueve, el sonido de los aullidos no llega muy lejos. Por eso Stefan da vueltas en coche por Glaskogen de noche para volver a encontrar a los lobos, como hoy. Porque, en teoría, es la época del año adecuada. Los cachorros son pequeños y curiosos y, si están solos, sin lobos adultos que los «regañen» alrededor, es fácil que respondan a la llamada de Stefan.

—Se convierte en una especie de droga. «Tengo» que encontrarlos — repite Stefan cuando le pregunto si nunca se cansa de buscar.

Como si lo impulsara una necesidad más profunda de dar con la bestia salvaje, me explica. Como es habitual, nos hemos provisto de patatas fritas, Red Bull y chucherías. Agarra un puñado de patatas fritas y da un trago al Red Bull antes de anunciar:

—Esta es una aventura de chicos. Esta noche vamos a dar con ellos.

Si Stefan está desesperado, yo estoy sometiendo mi paciencia a una dura prueba. He viajado por todo el país, he deambulado por el bosque, pero hasta ahora todos los lobos con que he tenido contacto estaban disecados o les habían pegado un tiro. Empiezo a sospechar que haré muchas salidas en

vano, pero no pierdo la esperanza de que sea mi noche, y esa es la razón por la que, una vez más, he conducido durante dos horas hasta Glaskogen.

Aparcamos el Land Rover y nos bajamos junto a un lago. Las siluetas de los árboles se recortan contra la luz azulada. La superficie del agua está en completa calma, no hay ni un movimiento. El silencio es absoluto, solo los árboles oscilan despacio con el viento y se oye un leve crujido procedente del motor del coche.

—Aquí me los encontré por pura casualidad hace dos semanas —susurra Stefan. Aplica el mismo procedimiento que la última vez: junta las manos en torno a la boca, inspira hondo hasta llenar el estómago y expulsa el aire con fuerza—. Ahora, en cierto modo, estoy gritando: «¿Dónde estáis?» —explica en voz baja.

Nos quedamos escuchando. Lo repite, una y otra vez, pero el silencio es total. El susurro del bosque es lo único que se oye. A la manada de lobos se la ha tragado la tierra. Esperamos un rato, quietos, intentando oír a los lobos; luego volvemos y seguimos nuestro camino en el coche.

Para algunos, no existe un principio. El impulso ha existido siempre, desde que nacieron. Stefan no recuerda muy bien cuándo empezó a amar la naturaleza. Tiene algunos recuerdos, me cuenta, como que a los dos años se sabía el nombre de todos los animales del zoo de Kolmården. O el año siguiente, cuando se fue a coger culebras, para gran horror de sus padres: iba levantando piedra tras piedra para buscarlas, y luego las metía una a una en un cubo. A pesar de que Stefan no distinguía las que no eran venenosas de las víboras, no le mordían. De niño jugaba con animales de plástico, coleccionaba cuanto encontraba en la naturaleza: palitos, musgo, hierbas aromáticas, insectos y líquenes. Más tarde, cuando cumplió los doce, tenía la habitación llena de terrarios, jaulas de cristal con animales, en especial

reptiles. Tenía pitones y boas, víboras, tortugas, arañas, escorpiones y lagartos. Al final a Stefan ya no le cabían más.

Un verano fue capaz de recuperar a un murciélago herido. En otra ocasión se apiadó de una víbora. Stefan le puso de nombre Fläcken. Cada vez que mudaba la piel anotaba la fecha y pegó las pieles en un álbum. Por las noches salía por la ventana y caminaba por el bosque oscuro. Para no despertar a sus padres se ponía calcetines encima de los zapatos. Vestido de negro se acercaba a zorros, corzos, y puercoespines. Se sentía como un ninja, arrastrándose entre arbustos y subiéndose a los árboles. No regresaba hasta el amanecer. De adolescente podía recorrer decenas de kilómetros en bicicleta solo para observar un nido de pájaros, sobre todo si era de rapaces como el águila real o el águila pescadora. Podía pasarse el día entero, y parte de la noche, vigilando el nido, sin más.

Después su obsesión lo llevó a salir al mundo. A los diecisiete años se fue solo a Centroamérica, pero no para tumbarse en la playa y relajarse, sino para buscar animales. En Costa Rica, Stefan vivió en soledad en un cobertizo en la jungla, donde capturaba serpientes, arañas y escorpiones. Tenía diez carretes de fotos de ese viaje, todas de plantas y animales, ni una persona, ni un edificio. Al volver, se llevó de contrabando cuatro escorpiones venenosos, uno de ellos con cuarenta y cinco crías a la espalda, y una araña bananera peligrosísima, para su colección. Los metió uno a uno en cajetillas de tabaco y se los pegó al cuerpo con cinta adhesiva, como si llevara un cinturón explosivo. Hoy Stefan no está muy orgulloso de aquello, pero como adolescente obsesionado con los insectos había tenido que recurrir a unos cuantos atajos.

Ha viajado a todos los continentes y a casi cien países, siempre en busca de animales. Ha dado tumbos por América del Sur, ha dormido debajo de puentes y a cielo raso. Ha visitado África muchas veces. En su último viaje

optó por ir en bicicleta desde Suecia hasta Marruecos, cosa que decidió con muy poca antelación. Cuando le pregunto a Stefan qué animales ha visto, se queda en silencio.

—Será mejor que me preguntes qué animales no he visto —dice al fin—. Tigres y osos polares.

Y después hay momentos cumbre, como cuando vio orangutanes y monos narigudos en Borneo, y más tarde se encontró a pocos centímetros de la serpiente venenosa más grande del mundo, la cobra real. A veces se ha visto en grave peligro. En medio de tierras agrestes en Canadá un oso grizzly se alzó seis metros del suelo ante él. En Ruanda estuvo tan cerca de un poderoso gorila de la montaña que notó su aliento cuando el animal se golpeó el pecho y soltó un alarido. Frente a la costa de Filipinas saltó al mar mientras un gigantesco tiburón ballena se deslizaba bajo su barco. Cuando le pregunto si tuvo miedo me responde que la gente normal lo habría tenido, pero que él no sentía temor, sino un chute, una especie de colocón.

—De hecho, la experiencia más extrema que he tenido fue en Suecia —dice.

Se topó con una osa de dos años que comía hierba junto a un barranco. Stefan la siguió con intención de desafiarla: había oído decir que el oso era un animal muy peligroso y quería comprobarlo. Cuando la osa hizo amago de atacarle, se mantuvo firme y gritó: «¡No, ya basta! ¡Detente! ¡Detente!». La osa se paró a cinco metros de él. Dos veces más inició un falso ataque, pero Stefan repitió: «¡Detente! ¡Detente!». Durante cuarenta minutos siguió a la osa, hasta que esta se marchó.

—Me fue muy bien —dice hoy lacónico recordando aquel suceso.

Además de los lobos, los reptiles y anfibios siguen apasionando a Stefan, ya sean ranas, sapos o culebras.

—Puedo levantar una víbora como si fuera un palo —dice, y me cuenta

que hay un lugar cerca de Örebro donde en primavera cientos de culebras salen de sus troncos a la vez.

Su interés por los animales en cierto modo le unió a su mujer, Maria, a quien conoció en una fiesta y, hace siete años, cuando fue a Uppsala a buscar sapos, se alojó en su casa. Después de dos días vadeando pequeños lagos llegó a su casa. Tenía las piernas ensangrentadas, devoradas por las sanguijuelas. El interés de Stefan por animalillos y anfibios no atrajo a Maria, pero cuando la llevó a buscar lobos al norte de Värmland, estuvo perdida. Era una fría noche de otoño, la luna brillaba en el bosque y Stefan consiguió que los lobos aullaran. Se hicieron novios.

A veces se obsesiona con ver una especie determinada. Hace cuatro años decidió encontrar la especie de araña *Eresus sandaliatus*, o, como se dice en noruego, una araña mariquita. Hay algo más de seiscientos especies de arañas en Suecia y Noruega, pero la araña mariquita es muy especial. En Escandinavia solo se da en Skåne, y puesto que se supone que solo existen unas doscientas, lógicamente está considerada en grave peligro de extinción. Su modo de vida es insólito, aparece solo cuando el suelo está muy caliente, lo que ocurre con frecuencia en mayo. Stefan fue a Skåne tres veces al año, seiscientos kilómetros por trayecto. Por fin, después de cuatro años de intensa búsqueda, dio con ella. Me enseña en el móvil la foto de una araña con la parte posterior del cuerpo rojo con cuatro puntos negros. Una hermosa araña que ciertamente recuerda un poco a una mariquita, de ahí su nombre.

El próximo proyecto de Stefan es un sapo de laguna muy especial, que vive cerca de Arendal. El sapo de laguna es una especie protegida, y las lagunas en que se esconde se mantienen en secreto. Gracias a un trabajo meticuloso, Stefan ha obtenido información sobre dónde se halla. Es un biólogo tenaz, aunque aficionado, y hace ya treinta y tres años que recoge con gran esmero todos sus encuentros con animales y sus observaciones,

detallando de un modo diligente la hora y el lugar en un diario que ya consta de cerca de cuatro mil páginas, como si fuera un Linneo moderno.

Los faros del coche reverberan en el bosque. Al tomar una curva, un alce sale lanzado a la carretera. Cuando descubre el coche, se vuelve de golpe y se precipita hacia el bosque de nuevo. Stefan saca a toda prisa una potente linterna, y gracias a su luz podemos distinguir un par de patas de alce que corren ladera arriba. A primera hora de la tarde, Stefan me había llevado a dar un pequeño rodeo en nuestro camino a Glaskogen. Quería mostrarme el famoso alce blanco, *vita älgen* en sueco. Se aproxima a la linde de los campos al anochecer, cerca de Arvika, para pastar. La primera vez que Stefan vio uno había rastreado detenidamente los bosques que rodean Arvika noche tras noche durante varios años, y cuando por fin estuvo frente al animal, estaba tan nervioso y temblando tanto que fue incapaz de pulsar el disparador de la cámara. Stefan lo ha fotografiado varias veces con posterioridad, y me muestra fotos del animal peculiar pero poderoso: el pelaje blanco se debe a lo que llaman leucismo, un fallo genético que reduce la formación de pigmentos. Era mucho pedir que yo pudiera verlo justo esta noche. Lleva tiempo encontrarlo y Stefan señala una casa roja junto a la carretera donde al parecer un fotógrafo ha estado escondido tres semanas para grabar al alce blanco, hasta ahora en vano.

Tras varias paradas infructuosas, aullando e intentando atraer a los lobos, vamos caminando cuesta abajo por un camino de carros que lleva al lago Örsjön.

—Busquemos a «los cocodrilos» —dice Stefan, seguramente para tomarse un descanso de los lobos que están, y seguirán estando, mudos.

Rodeados de un bosque de abetos, tupido y oscuro, el robusto y

aparentemente seguro Stefan murmura que ya no puede ver películas de terror. Hasta él es capaz de empezar a especular sobre qué puede esconderse en la oscuridad. Resulta que en muchas de esas películas la maldad indomable se esconde en el bosque, como en la película de miedo *El proyecto de la bruja de Blair*, en que tres jóvenes desaparecen uno tras otro en un bosque misterioso y oscuro.[1] También los bosques pueden provocar en nosotros nuevos y temibles pensamientos sin que la maldad necesariamente esté personalizada en un monstruo o en un protagonista perverso como en la película *Anticristo*, de Lars von Trier. En la serie de televisión *Juego de tronos*, los violentos White Walker, muertos vivientes, y los lobos terroríficos deambulan al norte del Muro.[2] El paisaje es típicamente escandinavo, con oscuros bosques de abetos, altiplanos desiertos y montañas nevadas, mientras que la civilización está al otro lado del Muro, en el paisaje civilizado, hermosamente organizado con luz y amplios bosques de latifolios.

Stefan enfoca el haz luminoso hacia el bosque y, por fin, estamos junto a un riachuelo que se desliza camino del lago de Örsjön. Vuelve a mencionar a «los cocodrilos» e ilumina el riachuelo. Al principio no se ve más que mantillo, piedras y ramas en el agua oscura, pero mientras ascendemos con paso tambaleante por el riachuelo en plena noche de pronto vemos varias truchas grandes, de medio kilo, desovando en las pozas. A pesar de que mi prioridad es que Stefan me aproxime a los lobos, no puedo negar que las constantes pequeñas escapadas resultan estimulantes, ya sea para alces o truchas.

—Es una trucha primitiva —me informa Stefan mientras seguimos remontando el riachuelo donde hay una multitud de truchas que están desovando. Explica que la trucha tiene su origen en Europa y Asia Menor, pero que se ha difundido en la mayoría de los continentes, en América del Norte y del Sur, Oceanía y Asia.

—También aquí en los países nórdicos se ha repoblado con truchas, por ejemplo, en muchos lagos de alta montaña —comento yo.

En una runa de aproximadamente 1100 d. C., hallada en Gausdal, se lee *Ailifr algr bar fiska i Rauðusjó*: «Eilif Alce llevó peces a Rausjøen». A lo que Stefan se refiere con lo de «truchas primitivas» es a que no son truchas introducidas por seres humanos, sino que llegaron aquí por sus propios medios poco después de la glaciación. Ese concepto se aplica también a una serie de colonias de truchas de Noruega, como el fiordo de Tyri y Bandak, e incluso a las truchas del río Frognerelva, que llega hasta el parque Frogner, en el centro de Oslo.

Acabo de leer sobre la historia de la inmigración de nuestras distintas especies de peces. Si se hubiera tomado una imagen de Escandinavia por satélite nada más acabar la última glaciación, se vería un paisaje muy distinto al de hoy: bosques escasos, como ya he comentado. El mar penetraba en lo que actualmente es tierra, puesto que las masas terrestres habían estado oprimidas por el hielo, casi como un flotador. En la bahía de Botnia, donde el hielo había sido más espeso, las olas impactaban en la playa trescientos metros más alto que hoy.^[3] Como resultado del deshielo en el interior, se creó un gigantesco mar rodeado de hielo, también llamado «mar interior Báltico», que cubría gran parte de Suecia y Finlandia hace algo más de diez mil años. De este mar migraron especies de peces que soportaban el frío, como el lucio, la perca, los peces-de-fango y los coregonus. Como el mar estaba más alto que hoy, todavía no existían las grandes cascadas y corrientes que se convertirían en barreras para los peregrinajes de los peces. Por eso podían desplazarse hacia el oeste con facilidad, hacia lo que actualmente en Noruega son sistemas fluviales y lagos.

Las que Stefan llamaba «truchas primitivas» encontraron también el camino desde el mar de hielo Báltico y el que luego sería el mar Ancyclus, un

precursor del mar Báltico. Las truchas nadaron, junto con el salmón y el pez-de-fango, por ríos que desembocaban en el océano Atlántico al oeste. En el lago Mjøsa se dan los dos orígenes, e incluso está demostrado genéticamente que las truchas que desovan en los ríos que desembocan allí desde el este llegaron de Suecia, mientras que las que desovan en los ríos que desembocan desde el oeste, como la trucha *hundeørret*, llegaron como truchas marinas. Más tarde, hace unos nueve mil años, nuevas especies de peces de agua dulce se trasladaron hacia el oeste, por ejemplo, el rutilo, el alburno, la lucioperca, el gardí. Se encuentran en su mayoría en Østlandet, puesto que la elevación de la tierra creó cascadas y corrientes que impedían a los peces dispersarse más. Así los lagos de los bosques y los mares interiores se llenaron de vida.

[4]

Por fin llegamos a la desembocadura en el lago Örsjön.

—A ver si ves «cocodrilos» —dice Stefan, y explica entonces qué quiere decir—. He visto truchas grandes en varias ocasiones, de hasta un metro de largo, desovando en el riachuelo. Son tan enormes que no pueden darse la vuelta. Parecen cocodrilos —Stefan enfoca el agua con la linterna, pero solo se ven un par de troncos y unas ramas al fondo—. Si los ves, darás un grito —añade mientras vamos siguiendo a tropezones el riachuelo en la oscuridad.

Pero no aparece ningún «cocodrilo», solo incontables truchas de medio kilo, que están desovando y brillan a la luz amarillenta de la linterna. Esto ya es bastante impresionante. Stefan ilumina una trucha inmóvil en una poza más pequeña.

—¡Dale unas palmaditas! —dice.

—¿De verdad que se puede? —replico. Los peces, por definición, tienen un miedo atroz a las personas. Toda mi experiencia lo corrobora.

—Vamos —me incita.

Me inclino y la trucha sigue tranquila, paralizada por la luz de la linterna, a

pesar de que toco su piel escurridiza. Stefan se aproxima y levanta una con cuidado ante el haz luminoso, pero el animal salta y se desliza de nuevo al agua fría.

En la carretera, seguimos a toda velocidad con el Land Rover por el bosque oscuro. Nos detenemos ante una gran área talada con algún que otro pino protegido. Ahora, Stefan tira del repertorio completo de aullidos: largos, breves y algunos como ladridos. Aguzamos el oído. Lo único que se oye es el viento y la gravilla que cruje bajo nuestros pies. Después de haberme subido a la torre de vigilancia forestal de Østmarka, tengo cierta percepción de lo grandes que pueden ser los territorios de los lobos. Puedes pasarte meses dando vueltas en coche por pistas forestales en terrenos como esos sin ver ni rastro de un lobo. Por fin he conseguido sacarle a Stefan las dimensiones del terreno que ocupan los lobos en Glaskogen:

—Bueno, unos cuarenta kilómetros en esa dirección, hacia el sur, y puede que treinta o cuarenta en dirección oeste-este —dice.

Pesimista, empiezo a calcular las posibilidades de que se oiga un lobo.

—Eso significa que los lobos ocupan una zona de unos mil quinientos kilómetros cuadrados —le digo a Stefan—: ¿A qué distancia podemos oír el aullido del lobo?

—Puede que a un kilómetro —estima.

Después de calcular mentalmente el área del círculo, digo:

—Eso significa que tendríamos que detenernos a aullar unas quinientas veces, y ni siquiera es seguro que fueran a respondernos.

—Escucha, puede ayudarnos que yo sepa cuál es el centro.

—Sí, pero si se han movido, hay muchos sitios para buscar —prosigo, escéptico. Mis argumentos no surten efecto. Stefan no quiere marcharse a

casa. Seguiremos con nuestra búsqueda en la oscuridad nocturna, a pesar de que ni vemos ni oímos una mierda.

Lo intenta otra vez, aúlla. ¿Intuyo cierta desesperación en Stefan cuando el sonido agoniza?

—Cuando vienes conmigo me sale todo mal —bromea.

Pero algo en su tono me hace pensar que habla en serio. ¿Hago demasiado ruido? ¿Estoy demasiado inquieto cuando nos detenemos sobre la gravilla? ¿He cerrado la puerta con un estruendo la última vez que paramos? El lobo es sensible a cualquier ruido desacostumbrado. En un último intento desesperado, propone que aülle con él.

—¿Será una buena idea? —pregunto, algo tímido. Hasta ahora he estado muy cómodo en el papel de observador.

—Sí, venga —me anima señalando en qué dirección debo aullar. Nos ponemos manos a la obra y empieza bien. El sonido llega lejos, pero después mi aullido termina con un gallo. Suena falso, como un lobo adolescente que estuviera cambiando la voz. Nos reímos a carcajadas—. El hombre que asustaba a los lobos —comenta Stefan—. Coge el aire del estómago —me aconseja.

Respiro hondo, lleno el estómago hasta que me duele. Un largo aullido sale por mi laringe y me parece que esta vez ha sonado mejor.

—Es como enseñarle latín a un niño —comenta Stefan, y dice que suena como una trompeta. Se señala la barriga—. Tensa los músculos y levanta más la barriga. Si no lo haces bien, te puedes pasar días desgañitándote sin que el lobo te responda, a pesar de que esté muy cerca.

Me pongo a ello otra vez, elevo las notas, más profundas y más altas.

—Mejor —me susurra Stefan, y realmente mola.

El estómago se relaja y la caja torácica vibra. Ya no hay lugares en los que gritar, salvo cuando uno está solo en el coche, en un partido de fútbol o ha

subido a la cumbre de una montaña. Si gritara muy alto en mi piso, los vecinos creerían que me había vuelto loco. Ahora bramo sin cortapisas, como si hubiera estado reprimiendo algo. Los gritos retumban; cada vez soy más vehemente, acompañado por los aullidos más redondos de Stefan. Quiero creer que tiene una especie de efecto psicológico, una especie de purificación que libera agresividad y tensiones. Quizá sea así. Arthur Janov desarrolló la *primal therapy* en la década de 1970, en que había que liberar la ira y la frustración mediante gritos espontáneos y desenfrenados, movimientos descontrolados e histeria. «El grito primario», lo llamaba.

Pero ¿qué pensaría la gente? ¡Dos tipos junto a un claro del bosque aullando como si fueran hombres lobo endemoniados! Si estuviéramos en el siglo XVI nos quemarían en la hoguera. En aquel tiempo se consideraba a los licántropos seres reales, a los cuales el arzobispo Olao Magno dedicó tres capítulos en su *Historia de las gentes septentrionales*. Los consideraba parte de la fauna nórdica, al igual que el oso, el glotón y el lince. En la noche de Navidad los licántropos se reunían para salir de rapiña, escribió Magno, y causaban destrozos mucho mayores que los de los lobos comunes. Entraban en las tabernas y se bebían todo el aguamiel y la cerveza. También relata que estos licántropos han de ser castigados con el fuego, porque su transformación va en contra de las leyes de Dios y de los humanos. Cientos de sospechosos de licantropía fueron llevados a juicio y sus vidas tocaron a su fin entre llamas en distintos lugares de Europa. La mayoría eran «inocentes». Con frecuencia delataban a otros «licántropos». Así se podían producir auténticas epidemias de licántropos en que quemaban a decenas de ellos.[5] El mito del licántropo sigue vivo y el fenómeno tiene un término médico propio que lo designa: «licantropía» o la enfermedad del hombre lobo. El nombre se remonta a la mitología griega, en la que Zeus hace que Licaón, rey de Arcadia, y sus descendientes sean lobos después de que aquel

matará a su propio hijo y deshonrará a Zeus al intentar hacer que comiera la carne de la víctima.[6]

El afectado de licantropía tiene el rostro pálido, nada de lágrimas y la lengua seca. Siempre tiene hambre. La historiadora de las ideas sueca Karin Johannisson lo llama la «melancolía del lobo». No es casual que ese papel correspondiera al lobo. Este se mueve en el límite entre el bosque y los poblados, tierras agrestes y la civilización. Es un animal amenazante, sin domesticar, que está muy cerca de las personas, escribe la estudiosa, y afirma que este es el origen de la representación de un ser que se encuentra en la intersección entre lobo y persona. Un ser trágico y solitario que está inseguro de cuál es su naturaleza y que se siente atraído por la oscuridad.

La idea del hombre lobo ha llegado hasta nuestros tiempos. De una aldea de Østfold llegan historias, tan recientes como principios del siglo pasado, sobre un hombre que era lobo. A veces perdía sus cualidades humanas y se comportaba como un lobo que buscaba su alimento en el bosque. El mito del hombre lobo aparece con mucha frecuencia en la cultura popular, como en las series de televisión *True Blood* y *Teen Wolf*, o como en el universo de Harry Potter, donde causa estragos el perverso Fenrir Greyback, que odia a los seres humanos, y en el vídeo musical *Thriller*, Michael Jackson se convierte en un hombre lobo.

Allí plantados imitando a los lobos, intentando obtener contacto con ellos en el bosque, solo somos dos de los muchos que coquetean con estos animales. En YouTube hay profusión de vídeos de gente que casi se pega el lote con lobos domesticados y deja que les chupen la cara. Shaun Ellis, conocido como The Wolfman, parece haber pasado dos años con una manada de lobos. Se comunicaba con ellos y comía carne cruda para poder ser parte de la manada. No cabe ninguna duda de que en la Edad Media lo habrían quemado en la hoguera. En 2016, el artista bielorruso Ivan quiso bailar

desnudo con un lobo en el Festival de Eurovisión; no se lo consintieron, pero la imagen pseudoerótica de Ivan sentado, desnudo, con un lobo, se ha quedado prendida de mi retina. «Al principio daba miedo, pero le gustaba mi olor y empezó a frotarse contra mí», declaró Ivan sobre la loba a la agencia de noticias AFP. Tal vez deberían haberlo quemado.

Después de una parada más sin un solo sonido de respuesta, volvemos a subirnos al coche. Seguimos por las pistas forestales. Cada vez tengo más claro que establecer contacto con lobos es un asunto muy exigente, a pesar de que estamos dando vueltas por el núcleo central de un territorio de lobos. De repente un animal aparece delante del coche, y Stefan frena de golpe. Doy un respingo y, durante unas décimas de segundo, tengo la esperanza de que sea un lobezno. Pero no, se trata de una liebre minúscula. Desconcertada por los faros avanza delante del coche sin echarse a un lado. A pesar de que Stefan acerca mucho el enorme Land Rover a la liebre, esta no se sale del camino. La pobre sigue saltando delante del coche.

—Puede estar así varios kilómetros —dice Stefan molesto.

Este es un toque Disney, una liebre aparentemente domesticada que salta de un lado a otro delante del vehículo. Por suerte se aparta en el arcén, y Stefan la adelanta en un momento.

—Bueno, una liebre, algo es algo —digo yo, pero Stefan guarda silencio.

—Solo cuatro paradas más —me asegura el sueco.

El reloj pasa de la medianoche. Se me cierran los ojos, pero Stefan me promete que pronto tendremos éxito. Cuando hemos despachado las cuatro paradas, también en vano, propone que deberíamos desviarnos brevemente al volver a Arvika.

—Solo serán cinco minutos más. Es un sitio que no he inspeccionado últimamente. Vamos a encontrarlos —me dice esperanzado, pero yo he perdido la ilusión.

En realidad, lo único que quiero es irme a casa, estoy hasta las narices del bosque, de las oscuras pistas forestales llenas de curvas y del optimismo irreductible de Stefan. El «breve desvío» de cinco minutos se convierte en media hora antes de que pare el coche. Porque Stefan jamás se rinde. Y vuelve a aullar. Yo aúllo. Nosotros aullamos. Pero todo está en silencio, exasperantemente silencioso. Por fin llegan las palabras liberadoras.

—Nos volvemos —dice Stefan, y conducimos hasta Arvika. Es la una y media, demasiado tarde para irme hasta Oslo. Decido dormir en el coche, pero mi ligero saco de dormir de verano no vale para mucho. Maldigo la vida agreste mientras intento conciliar el sueño, pensando que debería haberme buscado otro animal que perseguir que no fuera el lobo, que el bosque es para gente verdaderamente motivada. El otoño es frío y las noches se hacen cortas. Es imposible, pero no me rindo.

En el camino de vuelta de la expedición en busca de lobos en Suecia, paso por casa de Mats, ya que vive entre Arvika y Oslo. Dos cerdos se han salido de la pocilga y están haciendo todo lo que pueden para poner patas arriba el jardín de la señorial casa blanca. Meten el hocico en el terreno y lo arrastran por el césped como si quisieran ararlo. Doy un respingo, la verdad es que no tengo ni idea de qué hacer. Ahora se han puesto a observar mi coche. Chupan el parachoques y me empujan con morros húmedos. Es cierto que he comido mucha carne de porcino, pero nunca he tocado un cerdo vivo. Son enormes, mucho más grandes de lo que creía, y salto a un lado, nervioso. Me pego a la pared de la vivienda y por fin puedo meterme en casa de Mats, que siempre tiene la puerta abierta.

—¿Los cerdos tendrían que estar fuera...? —le pregunto a Mats, que está sentado en su despacho.

Apenas he acabado de decir la frase, cuando sale corriendo soltando una maldición y los persigue hasta la pocilga, acompañado de cinco gansos gritones.

—Ha llegado la hora de la matanza —proclama.

Cuando los cerdos vuelven a estar a buen recaudo, nos retiramos al amplio salón con paredes de troncos de madera encastrados. Cuatro grandes ventanas dan a la laguna de Nøavann, rodeada de ondeantes colinas cubiertas de abetos y pinos como si fuera un decorado. En el centro de la habitación hay un piano de cola negro. Los sillones están cubiertos con pieles de oveja blancas y negras. De las paredes de madera cuelgan cinco cabezas de alce de mirada fija. Urogallos macho y hembra disecados están colocados encima de las estanterías repletas de literatura referida al bosque. Hay libros de pesca, de armas, de caza, de animales y de Knut Hamsun, no menos de cuatro copias de la exitosa novela de Trygve Gulbrandsen *La voz de los bosques*, y por supuesto el gran autor de los bosques, Mikkel Fønhus, sobre quien Mats escribió su trabajo de fin de curso.

Ya no le doy tanto la lata a Mats. Tengo a Stefan. Es más brutal y sabe más de lobos. Pero también Mats está empezando a descubrir al *lupus*, a pesar de que le haga muy poca gracia tener al depredador furtivo cerca de su granja. Emocionado por los sucesos de la noche, le cuento mis experiencias. Le gusta que le hable de los lobos, pero no está muy seguro de que mis expediciones a Arvika merezcan el esfuerzo que suponen.

—No sé cómo os molestáis —comenta bebiendo un trago de té.

No es que yo haya conseguido estar cerca de un lobo salvaje. Pero Mats nunca ha acariciado una trucha, a pesar de que es un gran aficionado a la pesca con mosca, así que me escucha con interés. Sin embargo, cuando le hablo del gran alce que apareció en medio de la carretera, bosteza. En Svarverud ven alces con frecuencia y, hasta la fecha, en la temporada de caza

de este año han abatido seis ejemplares. Los han despiezado, troceado y envuelto en plástico. Siempre se ha hablado mucho de los alces en Svarverud.

Hace un par de años lo acompañé de caza. Sentía curiosidad: ¿qué hace que la caza del alce sea tan especial? ¿Qué hace que decenas de miles de personas se lancen al bosque cada otoño? Durante la caza, Mats y yo ocupamos un puesto junto a una ciénaga, rodeados de un bosque ralo de abedules y pinos dispersos. El liquen polar y el musgo estaban empapados. El aire era gélido y húmedo. La paciencia se ponía a prueba. Tras tres horas de pasar frío y de aburrimento, volvimos con el resto de la partida de caza.

—No hagas comentarios demasiado positivos sobre los lobos ante los cazadores —fue el prudente consejo que Mats me dio.

El fuego de la hoguera chisporroteaba, el café hervía, se asaban las salchichas. Alrededor del fuego se habían reunido hombres acostumbrados a mancharse las manos de sangre. El ambiente era bueno, pero entonces se me escapó:

—¿Qué opináis vosotros del lobo?

Se hizo un silencio absoluto. Me sentí como un alce con cornamenta de mazapán hundido en dos metros de nieve.[7]

—Muchos de los que se llenan la boca hablando de lobos no han estado nunca en medio del bosque —soltó por fin uno de los hombres.

—Mata muchos alces, reduce la población —soltó otro.

—¿Por qué lo preguntas? —espetó un tercero en un tono casi amenazante, y no parecía esperar respuesta. No había lugar para el debate. Tema zanjado. En otras ocasiones, cuando he sacado el tema del lobo con los amiguetes del pueblo de Mats en Hærland, me han mirado mal. Como si se hubiera dibujado una frontera invisible entre ellos y yo. El solo hecho de que yo viva en la ciudad les hace concluir que estoy a favor de los lobos. Su escepticismo hacia la gente de ciudad es evidente.

Volvimos al puesto, pasamos más horas allí sentados sin ver ni oír ni un alce. Lo único que nos llegó fueron los ladridos de los perros a lo lejos y Mats que, de vez en cuando, forzaba un gemido grave y huero para atraer a los alces. Si intentaba iniciar una conversación, recibía un decidido «¡Chis!» por toda respuesta. Como si yo fuera un perro.

—El alce tiene el oído muy fino —fue el lacónico comentario de Mats, y añadió que tiene la vista débil. El alce ve tan mal que puede correr directo hacia nosotros si estamos bien orientados respecto al viento. Pero ese día los cazadores se volvieron sin alce alguno.

Mats y yo intercambiamos información sobre el alce en el salón donde cinco de sus cabezas mudas asisten a nuestro diálogo. Comentamos su tamaño, pueden llegar a pesar ochocientos kilos, que la población de alces de Noruega, desde el punto de vista genético, puede dividirse en dos ramas o grupos principales, uno al sur y otro al norte, dependiendo de si llegaron al país desde el sur o si llegaron de Rusia por el noreste. Cuando cavaron las zanjas de la granja Nerby en la región de Søndre Land, en Oppland, a finales del siglo XIX, hicieron un descubrimiento bastante extraño: la cornamenta de un alce. La cornamenta ocupó un lugar privilegiado en el salón de la granja hasta que, hace un par de años, la dataron con la prueba del carbono-14. Tenía nada menos que diez mil trescientos años, lo que prueba que el alce se estableció en los bosques del norte de Europa poco después de la era glacial.

[8]

Una de las cosas que más me han fascinado son las muchas leyendas que existen sobre el alce. Uno de los primeros documentos conocidos sobre él es del mismísimo general romano Julio César, que los llamó *alces* en *La guerra de las Galias*. Creía saber que «por tener las piernas sin juntas y artejos, ni se tienen para dormir, ni pueden levantarse o valerse, si por algún azar caen

en tierra». Según Julio César, utilizaban los árboles como cama y se apoyaban en ellos para descansar. Así nació un peculiar método de caza:

Observando los cazadores por las huellas cuál suele ser la guarida, socavan en aquel paraje el tronco, o asierran los árboles con tal arte que a la vista parezcan enteros. Cuando vienen a reclinarse en su apoyo acostumbrado, con el propio peso derriban los árboles endebles, y caen juntamente con ellos.[*]

Es impensable que Julio César hubiera observado el comportamiento de los alces, pero de algún sitio tiene que haber tomado esas dudosas consideraciones. A falta de testigos que en verdad hubieran visto a los alces, la fantasía de los escritores de la Antigüedad alzaba el vuelo: el alce se veía obligado a caminar hacia atrás cuando pastaba, para que el gran labio superior, descolgado, no le impidiera comer. Se afirmaba con total seriedad que almacenaba agua en una bolsa de piel bajo la barbilla y, así recalentada, la usaba para defenderse salpicándola sobre sus perseguidores. Las erróneas afirmaciones de Julio César no fueron rebatidas hasta el siglo XVII.

Mucha gente prestó atención a las cualidades curativas del alce. Una figura recurrente en este libro, Olaus Magnus, escribió que si cogías la pezuña exterior de la pata trasera derecha y la separabas de un hachazo después del 15 de agosto, ayudaría a curar los espasmos y el mal de caída (epilepsia). Allí donde el arzobispo había despachado al alce con un par de capítulos, el italiano Apolonio Menabeno le dedicó una obra completa en otro clásico del siglo XVI: *Tractatus de magno animali o Sobre el gran animal*, de 1581.

Menabeno había nacido en Milán hacia 1540, pero ya adulto se trasladó a Suecia y se ganó la vida como médico personal del rey Juan III. No estaba muy a gusto. Se veía obligado a vivir en «lugares adustos y duros», y los suecos tampoco le merecían buena opinión. Estaban «espiritualmente ciegos» y su intelecto era «burdo y simple».[9] Al regresar a Italia escribió su obra

sobre los alces. En larguísimas peroratas sobre cómo preparar las pezuñas del alce y sus efectos, añade, en el mismo espíritu que Magno, que ayudan contra el reuma.

En *Sobre el gran animal*, vemos refrendados todos nuestros prejuicios hacia los investigadores del siglo XVI, pero Menabeno ni estaba loco ni en desacuerdo con los más destacados naturalistas de la época. Puntos de vista similares se repitieron hasta bien entrado el siglo XVIII, incluso por el mismísimo obispo Erik Pontoppidan en su obra sobre nuestro país,^[10] pues opinaba que el alce era un cruce de ciervo y caballo. Si el ciervo tenía calambres, podía sanarse levantando la pata trasera derecha y rascándose la oreja. Puesto que «no hay un gran número de alces» en Noruega, según el obispo, dedicó al alce un solo párrafo en su obra, por lo demás extensa.

Como menciona Pontoppidan, la población de alces estaba muy presionada en el siglo XVIII y casi había desaparecido de los bosques escandinavos. El mismo Linneo, que viajó a lo largo y ancho de Suecia, nunca vio un alce en la naturaleza. Describió y clasificó cerca de ocho mil plantas y seis mil animales en su *Systema naturae*, pero cuando se trataba del rey del bosque, tuvo que conformarse con describir un alce domesticado en Västergötland. Sobre el asunto de domesticar alces: sobre todo en Rusia, se han servido de los alces como animales domésticos, los han ordeñado y los han utilizado para tirar de trineos. Lo han conseguido con algún ejemplar, no ha sido un éxito completo: el alce es su propio señor. No como el lobo, al que fuimos capaces de domesticar.

No fue hasta finales del siglo XIX cuando se cuantificó la caza del alce. Desde entonces y hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, solo se cazaban entre mil y mil quinientos ejemplares al año. En los años veinte del siglo pasado, la colonia de alces llegó a ser tan escasa que se prohibió la caza. En la obra en dos tomos *Norges Dyr* [«Los animales de Noruega»], de 1947,

O. Olstad escribe: «Si comparamos los ingresos que nos genera el alce y los daños que ocasiona en el bosque, es posible que debamos preguntarnos si la nación obtiene rédito económico de este animal».

Mats me cuenta que las cosas han cambiado, a pesar de que los cupos de caza se han reducido en los últimos años. Hace un par de años se calculó que había en nuestro país más de cien mil individuos, y durante la temporada de caza se abatieron treinta mil.[11] En otras palabras, es mucho más divertido ser cazador de alces hoy que hace cien años, sin contar con la presencia del lobo. Pero ¿cuáles son las causas del aumento del número de alces? Mats intenta explicármelo:

—Cuando se introdujeron los cupos de caza en 1951 y hubo que disponer de un área mínima de caza para poder abatirlos, la familia de alces aumentó de manera exponencial.

Antes, en cada granja podían matar un alce, daba igual el terreno que ocupara, me cuenta, y añade que la tala por áreas proporcionaba más alimento a los alces. El alce ha recuperado el trono de rey del bosque y, hoy, nos encontramos constantemente, al contrario que en la época de Linneo, alces que pastan en la linde del bosque al anochecer.

He regresado a Oslo después del viaje fallido a Suecia y, como estoy un poco harto, pasan dos semanas antes de que le mande un mensaje a Stefan para preguntarle si hay alguna novedad en el frente del lobo.

«He seguido buscando y buscando a la desesperada. De verdad que no sé qué ha podido ocurrir. Espero que no se trate de caza ilegal. Será mejor esperar a que encuentre los cachorros», me responde el sueco. De momento no se dejan ver. Pienso, haciendo examen de conciencia, que, a pesar de haber emprendido algunos viajes a Suecia, Østfold y al interior de Østmarka,

no han sido suficientes. Puede que mi pasión por los lobos no sea lo bastante grande. No me arrastra, como le ocurre a Stefan, y no deja de sorprenderme su búsqueda incansable y sin descanso del esquivo depredador.

Mientras tanto, me dedico a leer un par de libros amarillentos y estropeados sobre árboles fósiles que me ha enviado un conocido. A pesar de que los bosques en la actualidad son variados, con más de sesenta mil especies de árboles a escala mundial, en la prehistoria desaparecieron gran cantidad de familias y especies. Catástrofes como la caída de meteoritos y tremendas erupciones volcánicas hicieron, en determinadas épocas, que nuestro planeta fuera casi inhabitable. Las enfermedades se extendieron. Aparecieron nuevas especies, que desbancaron a las anteriores, presas y polinizadores se extinguieron, con consecuencias catastróficas. El desplome de un ecosistema pudo traer consigo a otros desplomes, como cuando las selvas tropicales del Carbonífero desaparecieron en la transición al Pérmico: al hacerse el clima más seco y frío, muchas especies de anfibios se perdieron.

Mientras estudio estos libros de viejo es casi como si pasara las páginas de un álbum en memoria de todas estas especies extintas de árboles. Veo dibujos de *Calamites*, *Lycopodiophytas* como *Lepidodendron* y *Sigillaria*. Las marcas de las hojas, ramas y troncos han quedado recogidas en pequeños y esmerados dibujos en blanco y negro. Paso las páginas hasta llegar a la familia de las *Glossopteris*, detalladamente descrita, que surgió hace trescientos millones de años. Las hojas, bastante similares a las del rododendro, tienen forma de lengua. El nombre proviene del griego *glossa*, que significa «lengua». Hay muchos motivos por los que la familia de las *Glossopteris* sean fósiles mencionados con frecuencia por los estudiosos: ocupan un puesto exclusivo en nuestra historia científica, no solo por las prolijas teorías que han generado, sino también por lo que dicen del valor de los seres humanos.

Cuando Alfred Wegener, el genio universal que realizó investigaciones de altísimo nivel tanto en el campo de la geología como en el de la geofísica y la meteorología, lanzó su revolucionaria teoría sobre la deriva de los continentes, los hallazgos de *Glossopteris* fueron una prueba de peso. Como otros habían observado antes que él, vio que la costa de África y la de América del Sur encajaban. Por ello supuso que, en algún momento, habían estado unidas. Wegener afirmaba que la existencia de fósiles de hojas *Glossopteris* en ambos continentes era una de las pruebas de que se había formado un supercontinente, Pangea, o «toda la tierra».[12] Mientras Wegener lanzaba su teoría, Robert Scott concedió a los participantes en su expedición Terra Nova en el Polo Sur medio día para recoger fósiles junto al glaciar de Beard. Allí hallaron «copias de troncos excelentemente conservados, con la estructura celular manifiesta», anotó Edward Wilson, uno de los participantes en la expedición, en su diario. En total se llevaron quince kilos de piedras y, aunque en su regreso fatídico fueron deshaciéndose de su equipamiento, las pruebas fósiles permanecieron en la carga.[13]

Como es sabido, Scott y el resto de los miembros de la expedición murieron de frío y agotamiento en marzo de 1912, cuando se hallaban apenas a dieciocho kilómetros del refugio más próximo. Las piedras fueron encontradas ese mismo año, junto a sus restos mortales. Generaron una gran indignación: Scott fue criticado por haber conservado esas muestras antes que los equipos básicos para la supervivencia, y por eso, además de una planificación desorganizada y medios de transporte poco adecuados (ponis y vehículos de motor), contribuyó al fracaso de la misión. Pero allí donde Amundsen se había apresurado a llegar al Polo Sur, preocupado por «conquistar», la expedición de Scott tenía también una finalidad científica, y las muestras fueron analizadas con posterioridad. Entre ellas, se descubrieron fósiles *Glossopteris*. Que se hubieran encontrado en Sudáfrica y en América

del Sur, en la Antártida, además de en la India, Australia y Nueva Zelanda, reforzaba la hipótesis de Wegener de que había existido un supercontinente en el Pérmico. A pesar de ello, tendría que pasar más de medio siglo para que las teorías de Wegener, algo modificadas, eso sí, fueran reconocidas.[14]

Hace doscientos ochenta millones de años la Antártida se hallaba más o menos donde el continente se encuentra hoy, junto al Polo Sur, lo que significa que el clima global era bastante más caluroso que hoy en día. Teniendo en cuenta los meses de oscuridad de los polos, el bosque *Glossopteris* ha tenido que tolerar enormes variaciones climáticas. Los árboles tenían una serie de cualidades especiales: las raíces y las hojas estaban adaptadas a un ciclo vital con un crecimiento rápido y fotosíntesis en la primavera, y tenían que ser sumamente resistentes a los daños de las heladas en invierno. Cuando hace doscientos cincuenta y un millones de años las temperaturas aumentaron de manera muy significativa, como consecuencia de la aparición de gases propios del cambio climático tras las enormes erupciones volcánicas en el paso del Pérmico al Triásico, muchos pantanos donde crecían los bosques se secaron. Esto, unido a que los árboles estaban adaptados a un clima extremadamente condicionado por las estaciones, hizo que la familia de las *Glossopteris* muriera durante la extinción en masa, la mayor de todas.[15]

Con frecuencia, cuando me zambullo en la historia de los bosques, intercambio mensajes con Mats o Stefan preguntándoles si hay alguna novedad en el frente lobuno, o planifico nuevas salidas por mi cuenta, muchas veces a fuerza de mirar la página web Skandobs. Stefan responde esperanzado a uno de mis mensajes diciendo que una nevada temprana le ha servido para localizar la ubicación de los lobos. Me promete que no falta mucho para una nueva salida, pero cuando intento concretar, me dice que el tiempo no acompaña. Demasiado viento que tira de las ramas, ulula por el

bosque y crea turbulencias y caos en el mapa sonoro. Además, la alta humedad en el ambiente, la lluvia y las temperaturas sobre cero atenúan los sonidos. «Cuando hace más frío el sonido viaja mejor», escribe Stefan y puntualiza que nos «llamaremos»; solo hay que esperar el momento adecuado.

El bosque es una droga

«Estoy en el bosque. Tengo un lobo cerca», me escribe Stefan en un mensaje. Son las seis y media de la tarde de un sábado. Por fin los *lupus* dan señales de vida. «¡Ay! ¿Lo ves?», respondo. «Lo oigo, y ahora a otro.» «Siento no estar allí. Dale al lobo un beso de mi parte, ja, ja. ¿Ese no es el núcleo de tu territorio?»

Antes de dar la jornada por terminada, me responde: «He oído a los cachorros, a un lince, un halcón, cinco águilas reales y un águila marina... así que estoy satisfecho con el día de hoy. Ja, ja». Me vuelve a invitar a cruzar la frontera. Últimamente he hecho otro par de salidas infructuosas por Glaskogen, con mucho aullido y poca respuesta, y casi estoy empezando a dudar de todas las historias que circulan sobre Stefan y su divina predisposición a conseguir entrar en contacto con el depredador.

Tres días más tarde me encuentro junto a una extensa ciénaga en Glaskogen. Estamos muy lejos de la gente, en tierra salvaje. El invierno ha llegado con toda su fuerza, el cielo está despejado, cuajado de estrellas, la luna nueva ilumina el bosque. Una fina capa de nieve se ha posado sobre el sotobosque. Abetos y pinos se alzan hacia el cielo con su verde invernal, pero entre ellos hay racimos de álamos y abedules, sin hojas y mordidos por el frío, hibernando. Los preparativos de los árboles para el invierno son como el número de circo de un tragasables. Igual que un sable puede desgarrar la

garganta, los cristales de hielo pueden perforar o desgarrar el delicado tejido interno de los árboles. Por eso, empiezan a prepararse mucho antes de que la helada haga su aparición, para soportar la travesía invernal, rellenoando sus células con todo tipo de «anticongelantes» de azúcar y almidón.

Según su tipología, los árboles han desarrollado diversas estrategias a fin de sobrevivir al frío del invierno: los de hoja acícula conservan sus «hojas», o agujas, protegidos del frío y la sequía por una fina capa de cera, cutícula, mientras que los frondosos dejan caer las suyas, una cualidad que varios tipos de árboles probablemente desarrollaron cuando el clima se hizo más frío, hace unos diez millones de años.[1] Al conservar las acículas estos árboles no necesitan dedicar energías a hacerlas crecer de nuevo cada año, y las cambian cada cinco o siete años. Así pueden iniciar la fotosíntesis a principios de la primavera, mientras que los árboles frondosos han de esperar a que hayan brotado las hojas. Eso sí, una vez que las hojas están ahí, son mucho más eficientes que las pequeñas agujas de las coníferas.[2]

Hace un tiempo ideal para intentar oír a los lobos, un par de grados bajo cero y poco viento favorecen que el sonido se traslade por el bosque. Stefan me susurra que fue aquí donde los oyó la última vez. Había pasado la noche en el bosque, se despertó al amanecer y fue a inspeccionar el pantano. En otra ocasión dos lobos le siguieron por la ciénaga y Stefan fue parloteando con ellos todo el camino.

—Se establece un contacto entre ellos y yo, un contacto muy intenso, difícil de describir.

En el bosque oscuro Stefan me habla de sus viajes por América del Sur, cuando pasó tres meses con distintas tribus en la selva virgen amazónica. Tuvo que acostumbrarse a la noche negrísima y vivir según los principios de las tribus indígenas. Le enseñaron a respetar la naturaleza, solo cazaban lo que fueran a comer, nada más. Aprendió sobre plantas, cuáles servían para

combatir el dolor de estómago, el de cabeza o las contracturas musculares y, a cambio, el sueco les enseñó lo que sabía sobre los animales.

—Me sentí como en casa. Nos entendíamos sin saber nuestras respectivas lenguas —susurra.

Un colega de Stefan, Claes, también ha venido con nosotros, embutido en un mono de camuflaje. Claes es carpintero, como Stefan, y uno de sus fieles compañeros de expedición, igualmente entusiasta y obsesionado con los animales del bosque, incluidos los lobos.

—Tú aúlla hacia el lago, yo aullaré hacia la ladera —indica Stefan mirando a Claes. Une las manos ante la boca y un aullido largo y unísono recorre el bosque.

Después aguzamos el oído. Los grados bajo cero contraen el hielo que cubre los lagos, unos estruendos contenidos y helados atraviesan el bosque, casi como si fueran truenos. Stefan sigue aullando, el sonido se mezcla con los prolongados estallidos de las contracciones del hielo. Los pinos están alineados, muy tiesos, hacia el diorama celeste. Una estrella fugaz dibuja una línea sobre el lienzo del universo. De repente, Stefan agita los brazos.

—¿Has oído eso? —pregunta.

—No... —respondo dubitativo.

—¡No lo has oído! Mierda. ¡Era un lobo aullando!

—No, ¿en serio? —pregunto con cuidado, considerando la agudeza de oído casi sobrenatural de Stefan—. En ese caso ha debido de ser un aullido débil y corto.

—No, se ha oído clarísimamente, alto y largo. No está muy lejos —afirma y parece desilusionado—. ¿Al menos lo has oído tú? —pregunta a Claes, que asiente con la cabeza.

—¡Hasta Claes, que tiene una lesión de oído, lo ha oído y tú no! — exclama Stefan y me parece que está molesto.

Porque el sueco ha convertido en una cuestión de honor que yo experimente la presencia de los lobos de cerca. Debe de ser que tanta parada y tanta salida sin ver ni rastro de los lobos me ha embotado, me ha hecho perder la fe, reflexiono. ¿O tal vez estaba demasiado entretenido oyendo los rugidos del hielo? ¿O el suave murmullo del bosque? Me recuerda un poco al famoso experimento en el que doscientos ochenta y ocho estudiantes de Harvard vieron un vídeo en que jugadores blancos y negros se pasan el balón, mientras que una persona disfrazada de gorila va dando saltos detrás de ellos. Después, a los estudiantes se les pidió que contaran el número de veces en que los jugadores blancos se pasaban el balón. Luego, cuando les preguntaron si habían visto el gorila, resultó que casi la mitad de los estudiantes lo habían pasado por alto.

—El aullido procedía de ahí —informa Stefan, señalando en dirección a un cúmulo de pinos.

Tras veinte años en busca de lobos ha aprendido a escuchar al lobo en la frecuencia correcta, del mismo modo que un ornitólogo experimentado puede distinguir los sonidos de distintas aves que para nosotros, los no iniciados, suenan a un guirigay de trinos. Los entrenados oídos de Stefan le permiten orientarse hacia el lugar donde se encuentra el lobo. Ahora está comprobando con aire frenético el mapa de su móvil Android y, junto a Claes, da con una pista forestal que pueda acercarnos al animal.

Encendemos nuestras linternas y avanzamos casi a tientas por la ciénaga hacia el coche, atravesando el bosque oscuro. Me recuerda a una escena de la película épica *El renacido*, en que un ejército de cazadores y soldados camina por el bosque en medio de la noche negra, sin saber qué lo rodea. Sus pequeñas antorchas emiten una luz escasa y fugaz en la total oscuridad. La película trata del explorador y comerciante de pieles Hugh Glass, interpretado por Leonardo DiCaprio, y de su prolongada batalla, en soledad, contra la

naturaleza salvaje de principios del siglo XIX en Dakota del Norte. Después de que un oso lo deje gravemente herido y tras ser abandonado por el resto de los comerciantes de pieles, debe abrirse camino durante varios centenares de kilómetros a través del paisaje desierto. En la película el rumor de los arroyuelos resulta inquietante, el bosque está oscuro y húmedo, inmortalizado en una gris luz invernal. Una naturaleza ciega y hostil domina la situación y amenaza a los minúsculos hombres con tremendas tormentas, frío mortal o bosques impracticables. La naturaleza salvaje no está ahí para disfrutar de ella, sino para combatirla, un lugar donde uno no quisiera estar, a no ser que se vea obligado a conseguir alimento, madera, pieles o metales nobles.

Mientras que *El renacido* cultiva la naturaleza oscura, la película *Hacia rutas salvajes*, basada en el documental sobre Christopher McCandless que filmó el escritor y aventurero Jon Krakauer, está bien anclada en la moderna visión occidental de la naturaleza. McCandless no ha sido herido por un oso ni ha sido amenazado por los salvajes. Está harto de la carrera de la civilización y de las mentiras y discusiones de sus padres. Después de pegarse un atracón de los escritos críticos contra la civilización de Henry Thoreau, se refugia en los caminos rurales y se sumerge en la naturaleza. «Nada de teléfono. Nada de billar [...] La libertad máxima [...] Para no acabar envenenado por la civilización, él huye, y camina solo por la tierra para perderse en los bosques», filosofa McCandless. La naturaleza se convierte en el escenario de una vida contemplativa. Hay que decir que la historia no termina bien, porque la naturaleza también muestra su lado duro. Un McCandless esquelético y envenenado fallece en la agreste Alaska. Pero, a pesar de ello, la película es un homenaje a la naturaleza que nos llama con deslumbrantes atardeceres, playas infinitas y bosques poderosos.

El invierno, en especial si nieva mucho, es la mejor época para quienes persiguen el rastro de los lobos. Las huellas revelan hasta el menor movimiento de la eminencia gris y, por eso, desde la Antigüedad, es en invierno cuando más lobos son abatidos. Desde que por fin llegaron las primeras nieves a mediados de noviembre, nadie podrá decir que no lo he intentado. Primero fui a Aurskog con Ole Knut Steinset de la SNO y seguí las huellas de tres lobos por la nieve fresca. Nos acompañaban periodistas del informativo de la televisión pública noruega, la NRK, porque acababa de desatarse una polémica política. El ministro de Medio Ambiente, Vidar Helgesen, había pedido una valoración a los servicios jurídicos del Ministerio de Justicia sobre la caza ya prevista de cuarenta y siete ejemplares de lobo, y el resultado le había hecho cancelarla, porque según los juristas entraba en conflicto con el convenio relativo a la Conservación de la Vida Silvestre y del Medio Natural de Europa, más conocido como el convenio de Berna. Fue como echar gasolina al fuego, y miles de habitantes de Hedmark se manifestaron en Oslo contra el ministro de Medio Ambiente, a quien el cómico Are Kalvø llamó «un invento para provocar a los aldeanos». También yo me acerqué al centro para hacerme una idea de la atmósfera reinante y del odio a los lobos y, como souvenir y por pura ironía, compré una pegatina con un lobo en el centro de una diana con la inscripción: LOS HOMBRES DE VERDAD DISPARAN A LOS LOBOS.

Sobre la fina capa de nieve fresca íbamos Ole Knut y yo por el bosque. Para los que son como él, la primera nevada del otoño es sagrada. Por fin puede salir y acotar las zonas de los lobos. ¿Cuántos hay? ¿Marcan el terreno? ¿Cómo son de extensas las tierras que ocupan? El invierno le permite hallar la respuesta a todas estas preguntas, ayudando así a la administración a hacer el seguimiento del número de lobos y de sus crías en el país. La siguiente salida fue con Mats a Rømskog. Después de dar muchas

vueltas en busca de huellas, porque no siempre van en línea recta, dimos con las de un lobo solitario. Lo seguimos durante siete kilómetros a través de un hermoso y amplio bosque de pinos donde la nieve fresca caía espolvoreada de los árboles. Y, por fin, otra salida más con Ole Knut, esta vez a Eidskog, donde seguimos innumerables huellas de cachorros.

Lo bueno de Ole Knut son sus rutinas: ha estado en los bosques siguiendo las huellas de los lobos unas cuatrocientas veces, hay poca gente en Noruega que conozca la técnica mejor que él. De vez en cuando me enseña alguno de sus trucos. En Eidskog nos sentimos desconcertados por las muchas huellas cruzadas. ¿Se trataba de un lobo o de varios? Ole Knut me explicó que un lobo puede dar vueltas por el mismo territorio y trazar grandes círculos, en especial si hay una carcasa de animal cerca. Además, me mostró huellas que ilustraban el carácter vacilante y escéptico del lobo. En un calvero se había detenido y desplazado en un ángulo de noventa grados hacia un lado, seguramente asustado. Para mi decepción, no encontramos ni heces ni carcasas. De modo que yo había hecho diana la primera vez que me puse en serio a seguir huellas en Hobøl, pues había usado la técnica adecuada.

El momento culminante de este invierno tal vez fue el hecho de encontrar huellas en el «temido» territorio de lobos de Slettås, en el centro de la zona de lobos de Hedmark.[3] Hasta aquí llegaron los periodistas en comitiva para escribir sobre el miedo de la gente a los lobos. Robustos habitantes de Hedmark hacían declaraciones sobre sus temores en horario de máxima audiencia. Mientras el miedo al lobo alcanzaba cotas hasta ahora desconocidas, yo opté por llevarme a mi hijo Jørgen, de nueve años, a Slettås. Junto a la carretera del lado este del lago de Osensjøen, encontramos huellas frescas de tres lobos y, curiosos, las seguimos, mi hijo de nueve años por delante y yo detrás. Nos adentramos en el tupido bosque. ¿Seremos capaces de asustarlos, de obligarlos a escapar de su escondrijo?, me preguntaba.

Parece ser que los lobos del territorio de Slettås también son conocidos por mostrarse menos esquivos que otros. Después de haber seguido huellas durante un par de kilómetros en el denso bosque de abetos, mi hijo estaba harto de vadear la nieve entre abetos pegajosos, y volvimos al coche.

Mientras que el otoño había resultado interminable y casi me había llevado a renunciar a acercarme a los lobos, durante el invierno me había vuelto el enganche de seguir sus huellas. Si veía que había nieve fresca, con frecuencia pensaba: «Quiero salir en busca de lobos».

¿De verdad ha sido un aullido?, me pregunto en la oscuridad nocturna de Glaskogen, o ¿son imaginaciones de Stefan y Claes? Stefan conduce por la pista forestal sin dejar de mirar de reojo el mapa de su móvil. Explica que, para acercarnos, debemos dar un buen rodeo. Nos apresuramos por la oscuridad, por curvas, bajando cuevas, subiendo laderas. Masticamos patatas fritas con eneldo de una marca sueca mientras Stefan se bebe de un trago su segundo Red Bull de la noche.

—Ahora vamos a encontrarlos —repite como siempre, pero esta vez parece una promesa.

Cuando gira por una pista lateral, aparecen multitud de huellas frescas. No dice nada, da por descontado que veo que son huellas de lobo. «Esto promete», pienso. Stefan conduce con la puerta abierta siguiendo las pisadas y me explica que dos lobos han trotado por allí. Porque el lobo es un experto en racionalizar y aprovechar al máximo sus propias fuerzas. No da vueltas como un perro y es frecuente que sigan las huellas de los otros en la nieve. Además, las pistas forestales son rutas para ellos, porque pueden desplazarse fácilmente sin gastar demasiada energía.

De repente, Stefan frena. Ante nosotros tres abetos han caído sobre una

gran explanada talada. Cuando se tala el bosque, el viento adquiere un mayor control sobre los árboles de alrededor de la superficie talada, en especial sobre los abetos, cuyas raíces son poco profundas. Los árboles yacen impotentes y crean una barricada en el camino. Los lobos han saltado con elegancia por encima de lo que impide el paso a un Land Rover de dos toneladas. Stefan salta del coche y empuja el árbol de menor tamaño para apartarlo de la carretera. Después, los tres agarramos el siguiente, y conseguimos retirarlo con un gran esfuerzo. Peor nos va con el tercero, un abeto grande, pesado y robusto con ramas que se aferran al suelo. Es imposible moverlo.

—Demos la vuelta —propone Claes.

—¡Vergüenza para el que se rinde! —exclama Stefan y nos hace subir al coche.

A una velocidad suicida retrocede por la estrecha pista forestal. Nunca he ido en un coche que vaya marcha atrás tan rápido; me aferro con fuerza al asiento. Cuando creemos que se dispone a dar la vuelta y seguir por otro camino, derrapa y vuelve marcha atrás hacia el enorme abeto que bloquea el camino. Impaciente, busca una cuerda, la ata al parachoques y al árbol, y acelera. Las ruedas giran en el sitio y apesta a goma quemada. El árbol no se mueve. Entre el humo que envuelve el coche, sale Stefan, y esta vez con un hacha minúscula. Mientras Claes repite que sería mejor dar la vuelta, Stefan se pone a horcajadas sobre el árbol y empieza a dar hachazos con furia, como si se jugara la vida y ese árbol fuera una alimaña que amenazara con arrancarle el corazón. Al verlo así, comprendo por qué ha sido capaz de encontrar lobos tantas veces: es uno de los que no se rinden, un tipo tenaz, alguien capaz de sacrificarlo todo por alcanzar su meta. Al final ha partido el abeto en dos y ahora con el 4x4 logra quitar el tronco de la carretera.

—¡Vergüenza para el que se rinde! —repite Stefan y seguimos lanzados

hacia las profundidades del bosque.

«La habitual mezcla de todo tipo de sentimientos entreverados, pensamientos, obligaciones y planes había desaparecido. De repente solo había bosque», escribe Erlend Loe en *Doppler*. En la novela, el hombre de éxito Andreas Doppler huye, misántropo, a los bosques, para apartarse del afán de hacer las cosas como se debe que lo ha dominado. «El bosque, ese soy yo», piensa Doppler, y se convierte en su refugio mientras el mundo sigue su camino desquiciado en la ciudad. Se hace amigo de la cría de alce Bongo y, un tiempo después, eleva el bosque a la categoría de algo más que un conjunto de árboles. Uno podría «sin más, dejar su vida en manos del bosque. Porque el bosque escucha y comprende [...]. No se descompone, regenera las cosas y les permite crecer. El bosque lo entiende y lo abarca todo». También Knut Hamsun dejó que sus personajes desgraciados y socialmente inadaptados, el teniente Glahn en *Pan* y Johan Nilsen Nagel en *Misterios*, se retiraran al bosque tras sus derrotas entre los seres humanos. Allí todas las máscaras se caen y uno puede sentirse en comunión con la naturaleza.[4]

Con estos pensamientos en mente no puedo callarme: le pregunto a Stefan qué lo lleva a salir al bosque, lejos de su cuarto de estar y de la civilización. ¿Se trata de una especie de huida de la realidad? Él mismo me ha contado que evita las cenas en grupo y los eventos sociales. Se siente encerrado, preso, y hace mucho que dejó de ver la televisión. «Estoy mejor en el bosque», como suele decir. Beber cervezas en un bar y hablar de todo y de nada tiene un pase, pero lo demás no va con él. Puede irse de expedición, escalar paredes rocosas, ir a África en bicicleta, dar la vuelta al mundo, seguir el rastro de animales salvajes. Eso no es ningún gran logro, pero quedarse en casa con la familia, tomarse las cosas con calma, no poder salir, eso sí le cuesta. Así lo confiesa, y dice que apenas consigue adaptarse. ¿Qué lo impulsa a salir

lanzado al bosque en cada minuto que tiene libre? ¿Es una gran inquietud, algo indefinible?

—No lo sé, resulta fascinante. El bosque es como una droga —responde y repite algo que ya ha dicho en otras salidas—: Puede que tenga una enfermedad, pero no sé cómo se llama.

—Todos tenemos alguna clase de enfermedad —añade Claes desde el asiento trasero, y los dos se echan a reír con rudeza.

—Si dijera que no soy un culo inquieto, mentiría. Si hubiera crecido en estos tiempos, me habrían diagnosticado déficit de atención e hiperactividad —continúa diciendo Stefan mientras seguimos pendientes de los lobos a lo largo del camino—. Tiene que ver con comprender el equilibrio con la naturaleza, con los resultados que luego obtengo —reflexiona—. Como la experiencia de esta noche. Estoy con buenos colegas. La luna brilla y el cielo está estrellado, y quizá aparezca un animal. Es una experiencia preciosa. No siempre me importa mucho qué animal pueda ver, se trata de la experiencia.

Una gran explanada talada aparece bañada por la luna. Nos colocamos junto al coche. Debemos estar más cerca de los lobos. Miles de millones de cristales de nieve reflejan la luz en el espacio. Olao Magno creía que los copos de nieve tenían la forma de una mano, una hoz y estrellas, pero fue el astrónomo Johannes Kepler quien llevó a cabo el primer estudio científico de los cristales de nieve en su breve tratado *El copo de nieve hexagonal*, de 1611. Al contrario que en la época de Magno, ya se sabía que todos los cristales de nieve eran hexagonales. Kepler se preguntaba justo por eso, y descubrió que estaban formados por microscópicas bolitas de hielo unidas. Pasaron trescientos años antes de que el estudio de los cristales con Rayos X desvelara que el manto de nieve que tenemos ante nosotros se compone de

miles de millones de cristales de hielo en el que las moléculas de agua se han unido formando mínimos hexágonos simétricos, todos únicos.

Stefan nos da instrucciones para que aullemos cada uno en una dirección. Con las piernas bien plantadas en el suelo emitimos largos y correosos aullidos. Después permanecemos en absoluto silencio, a la escucha. De repente un aullido de lobo recorre la noche a modo de respuesta, casi parece que no vaya a terminarse nunca, sus elevados tonos se sostienen por el bosque. ¡Este aullido sí que lo he oído! Por fin sucede algo, cuando casi ha pasado un año desde que hice mi primera excursión en busca de lobos con Mats.

Los suecos dejan que el lobo acabe de aullar y, tras una breve pausa, Claes y Stefan responden, emocionados. Stefan emite un parloteo agudo con el que imita a los cachorros, y profundos ladridos, gruñidos, como los de un macho alfa, mientras Claes suelta largos aullidos de queja y añoranza. Es un momento intenso y casi irreal el que muy cerca, en el bosque, quizá a doscientos o trescientos metros de distancia según Stefan, uno de estos depredadores esté comunicándose con nosotros. Son experiencias como esta las que Stefan busca y las que lo impulsan a salir al bosque noche tras noche. Los aullidos del lobo le calman, le dan equilibrio, admite, además intenta comprenderlos. ¿Qué están diciéndole? ¿Qué quieren? ¿Se acercan o se alejan de él?

—Está hablando con nosotros. Es típico de un cachorro nacido el año pasado, un poco tímido y angustiado —susurra Stefan.

Pasan un par de minutos, el lobo aúlla de nuevo, pero ahora el aullido es más largo y pesado.

—¿Lo oyes? «Hola, ¿dónde estás? Aquí estoy yo», está diciendo —susurra el sueco y explica que el lobo aúlla para contarle al resto de la manada dónde se encuentra. Cuando gimen, quizá sea para conseguir algo, como los

cachorros si quieren alimento. Los lobos también ladran, siempre más bajo que los perros, para advertir a otros miembros de la manada de un peligro. Entonces, con frecuencia, se oye un breve «guau».

De repente el silencio es total. No oímos nada que no sean los graves crujidos del hielo al contraerse. Stefan me explica en un susurro que puede ser indicio de dos cosas: o el cachorro del año pasado ha comprendido que no somos lobos, o viene hacia nosotros para comprobar quiénes somos. Me insiste en que esté pendiente de la explanada talada y el camino que tenemos delante. De manera casi inconsciente doy un paso hacia Stefan y me apoyo en el coche. Me siento más seguro. No tenemos ninguna garantía de cuál será la reacción de un animal salvaje y, como declaró a la prensa un experto en lobos cuando fotografiaron a uno junto a la carretera de Enebakk, cerca de Oslo: «Nunca te acerques a animales salvajes, ya sean lobos o alces». Aquí estamos, incumpliendo todas las reglas del juego, junto a Stefan, que no conoce el miedo a los depredadores.

Con un lobo avanzando furtivamente por el bosque, en algún lugar cercano, pienso: «¿Debería tener miedo?». Desde la última vez que salimos he leído algo más sobre los lobos. Que un lobo salvaje ataque a una persona es casi impensable, salvo que tenga la rabia o que se haya acostumbrado a los seres humanos, que se haya habituado. Si no, será el animal el que se sienta perseguido, el que huirá. Porque la caza intensa por parte de los humanos le ha enseñado una lección: mantente alejado de los seres de dos patas.

El miedo a los humanos se hereda en las familias, es una especie de demostración práctica de la evolución. Los individuos que han interiorizado el temor a las personas han sobrevivido. En el lenguaje técnico lo llaman «conservacionismo de escopeta». En otras palabras, el que no temía al ser humano recibía un disparo. No es necesariamente el más fuerte el que sobrevive, sino el que es capaz de adaptarse a un mundo dominado por el ser

humano. Por esa razón, el lobo casi nunca ataca a las personas. Si hay olores o huellas de humanos, se mantiene apartado. Los que han seguido muchas huellas de lobos pueden hablar de casos en que estos animales han dado un enorme rodeo para evitar un mísero buzón de correo, o que se lo piensan mucho antes de cruzar una valla o la marca de unos esquíes en la nieve. El criterio de evitar a las personas domina los instintos y el comportamiento de la gran mayoría de los lobos.

En los años sesenta del siglo pasado, en la Universidad de Chicago, se estuvo investigando la actitud esquiva del lobo del siguiente modo: una persona se sentaba en un rincón de la jaula de un lobo adulto que no hubiera socializado. Al principio, el lobo intentaba escapar, raspaba el suelo de cemento, saltaba y arañaba la puerta. Cuando no tenía éxito, se retiraba a un rincón, donde se encogía, temblaba, babeaba y orinaba, como resultado de la enorme ansiedad que le producía la presencia de esa persona en la jaula. Tenían que pasar dos meses para que el lobo se atreviera a investigar a ese sujeto, husmeando entre su ropa, empujándolo con el hocico. En una variante del experimento, al lobo se le suministraron medicamentos para controlar la ansiedad. En esos casos solo pasaron cuatro días antes de que, más atrevido, empezara a socializar con la persona que participaba en el proyecto.[5] En la naturaleza salvaje, donde no se ve obligado a socializar, la cuestión es diferente, pues mantiene su temor extremo al ser humano y su carácter indómito.

A pesar de todos los relatos que existen sobre la peligrosidad del lobo, hace un tiempo en Suecia y en Noruega un estudio se centró en los encuentros entre seres humanos y lobos, y en ciento veintitrés casos de un total de ciento veinticinco el lobo se había dado a la fuga. Solo en dos ocasiones no huyó: en una se trató de una hembra alfa que defendió, sin agredir, a sus cachorros. Como dijo uno de los principales investigadores

especializados en lobos, John Linnell: hay cierta base empírica para temer a los lobos, pero teniendo en cuenta el peligro real de ser atacado, el temor es totalmente «desproporcionado». Estos datos objetivos deberían aparecer colgados de la puerta de cada iglesia o, por qué no, de cada centro comercial, en las zonas limítrofes con áreas habitadas por lobos. Con frecuencia ocurre que quien menos sabe de lobos es quien más los teme. Los que han salido a seguir sus huellas, los que han pasado la noche intentando escuchar sus aullidos por la noche, los que son como Stefan, conocen su carácter esquivo, su miedo a las personas, saben cómo se resisten a frecuentar lugares en que huele a ser humano.

El viento se ha calmado y el bosque está extrañamente silencioso. Estamos del todo inmóviles y callados, simplemente esperamos. Pasa un minuto, dos, tres minutos y, al final, hemos estado allí parados diez. Stefan parece algo impaciente, casi no es capaz de estarse quieto. Se señala los pies. No calza más que unas sandalias.

—Frío —dice y sonrío entre dientes, y no parece una exageración en el frío de diciembre.

El lobo sigue mudo, y tras media hora gélida, Stefan dice que ya vale.

Antes de marcharnos, mis dos compañeros sacan dos potentes linternas Edison X100. Ocho mil lúmenes desgarran la oscuridad del bosque.

—¡Veo al lobo! —grita Claes de repente señalando hacia la explanada talada.

Stefan y yo nos giramos, enfocamos las linternas hacia el bosque y lo iluminamos, pero parece que al lobo se lo haya tragado la tierra. Stefan me agarra. Corremos juntos hacia la explanada. Las linternas lanzan su haz luminoso hacia el bosque, pero sin resultado alguno.

—Quizá haya corrido a esconderse en esa hondonada —dice, mientras

avanzamos tropezando por el terreno irregular. Ilumino desesperadamente el bosque, pero el lobo ha desaparecido.

—¡Enhorabuena! Menos mal que has tenido tu primera vez —dice Stefan cuando volvemos al coche.

—¿Hemos acabado? ¿Eso es todo? Quiero oír más —suelto, muy consciente de que muy poca gente ha oído a un lobo salvaje aullar en los bosques.

Mats, que vive en el bosque y trabaja como persona de contacto de la SNO para los animales depredadores, nunca ha oído aullar a un lobo, a pesar de las muchas horas que ha pasado en el bosque, ya sea de excursión, haciendo trabajo de campo o siguiendo huellas. Ni siquiera Ole Knut, con cientos de seguimientos de huellas a sus espaldas, lo ha oído más de una veintena de veces.

En el viaje de regreso Stefan habla de la caza ilegal, y me pregunta:

—¿Te has fijado en el pickup grande que estaba aparcado en una de las bifurcaciones cuando íbamos hacia Glaskogen?

Las cosas poco habituales, lo que no encaja, despierta las sospechas de Stefan. Pueden ser huellas de neumáticos en pleno bosque, pisadas de gente o, como ahora, coches aparcados en lugares anómalos. Sin querer entrar en detalles, me informa de que el pickup pertenece a cazadores que han intentado cazar lobos furtivamente, y de que las autoridades comarcales de Värmland, las que vigilan la colonia de lobos, han logrado evitar una incursión a primera hora de la tarde. Por lo visto unos diez cazadores se habían apostado y el pickup estaba allí para impedir el paso por la pista forestal.

—No tengo nada en contra de la caza controlada de los lobos, pero odio la

caza ilegal —puntualiza Stefan.

Porque las cosas son como sigue: el lobo nunca ha molestado a Stefan, pero los cazadores sí. Tras la llegada de los lobos a Glaskogen, el número de alces ha disminuido. El hambre del lobo ha hecho que el cupo de alces que se pueden cazar se haya reducido a la mitad en muchas de las áreas habitadas por los depredadores, tanto en Noruega como en Suecia. Por esa razón, muchos cazadores de alces aprecian muy poco a los lobos. Stefan ha sido amenazado varias veces con notas que han aparecido pegadas a su Land Rover: «Sé a qué te dedicas. Ten cuidado» y «Sé dónde vives, cabrón». Una vez lo bloquearon mientras entraba con el coche en el bosque y un cazador le gritó: «¡Ya te vale! ¡Ya te vale!». Creía que Stefan estaba repoblando el bosque de lobos.

—No entiendo por qué son tan agresivos. ¿No puede uno estar fascinado por el lobo? —pregunta Stefan.

Sabe que hay caza ilegal, y en el último par de años han cazado, como mínimo, tres lobos. Cuando pregunto quién está detrás, Stefan me responde que hay bastantes noruegos.

—Lo peor es que son buenos tiradores. Localizan a los lobos en motonieves. Luego los rodean y les disparan —me cuenta el sueco, y añade que esos cazadores son listos. Se callan la boca y no presumen.

Hace un par de años Stefan localizó una familia de lobos muy cerca de la frontera con Noruega. Entonces descubrió varias huellas de una motonieve junto a las de los lobos. La nieve era profunda y acabó por llegar a una cabaña junto a un lago helado. Había motonieves aparcadas, pero ¿qué clase de gente sería aquella?, se preguntó Stefan. Se acercó a la cabaña, de la que salió un hombre joven.

—¿Te has perdido? —gritó en noruego en tono agresivo.

—¿Qué? —respondió Stefan haciéndose el tonto.

—Que si te has perdido —repitió el hombre.

—No, solo he salido a caminar. Vaya sitio tan bonito que tenéis —intentó decir Stefan para calmar los ánimos.

Entonces otro de los noruegos gritó:

—¿Quieres carne de lobo?

Stefan siguió caminando tranquilo por el hielo.

—No, gracias. Soy vegetariano —contestó, para no provocar.

Después llamó a las autoridades de Värmland. Entonces oyó que los noruegos aceleraban los motores de las motonieves e iban hacia él a toda velocidad por el hielo. «Esto va en serio», se dijo. Tuvo la suerte de que hubiera niebla. No podían verle, pero seguían sus huellas muy deprisa. Stefan tenía un viejo truco indio en la manga, y volvió pisando sus propias huellas al punto de partida, y de allí se precipitó en un bosquecillo. Las motonieves pasaron por su lado y desaparecieron. Se quedó una hora agazapado, esperando, hasta que se atrevió a salir. Cuando ya se creía a salvo, un tiro pasó por encima de su cabeza. Un disparo de advertencia. Desesperado, echó a correr hasta que consiguió meterse por un camino. Allí pudo llamar a un amigo, que fue a recogerle.

—No tenía miedo. Solo estaba cabreado. Malditos idiotas. Querían asustarme —cuenta Stefan.

Más tarde todos los lobos de esa familia desaparecieron de forma misteriosa.

¿La caza ilegal es un problema grave? En un editorial del diario sueco *Aftonbladet* puede leerse: «La caza clandestina diezma la población de lobos del bosque», y en la televisión pública sueca, la SVT, se señalaba con tono más grave que «la policía no hace nada con las llamadas que recibe avisando de la caza ilegal de lobos». Presenció un juicio en el que cinco habitantes de Hedmark fueron condenados por la caza ilegal del lobo. Habían pegado un

tiro a un ejemplar, y la foto del lobo, que estaba colgado junto a un ramillete de zorros muertos, fue presentada como prueba. Fue una visión singular: a un lado, abogados trajeados de negro y con toga; al otro, los cinco cazadores de lobos del pueblo, vestidos con pantalones de chándal y sudaderas. Un choque entre dos culturas: el campo y la ciudad. El principal acusado, conocido como el Alcalde, al final fue condenado a año y medio de cárcel. Como muestra de su odio a estos animales, se había tatuado un lobo en el centro de una diana en el brazo. Durante el juicio prestaron declaración varios expertos en lobos y, cuando al más conocido de ellos le preguntaron por los hallazgos que había hecho, su respuesta fue muy clara: al menos la mitad de los lobos muertos, es decir, uno de cada dos, moría a consecuencia de la caza ilegal. «Al menos la mitad», repitió claramente durante el juicio.

Como si los aullidos nocturnos de los lobos no fueran suficientes, de camino a casa vemos un meteorito que impacta contra la atmósfera y explota ante nuestros ojos. Como una antorcha gigantesca los restos del cuerpo celeste caen despacio a lo largo del horizonte del bosque de Glaskogen.

He alcanzado un hito, pero aún no me siento satisfecho, a pesar de que pronto habrá pasado un año desde que salí a buscar huellas por primera vez. La noche es oscura, el bosque más todavía. Cuando conduzco camino de Oslo, empieza nevar ligeramente. Una sutil capa de nieve se ha posado sobre la carretera y el coche la levanta. Las luces largas revelan, de pronto, dos filas de huellas que se adentran en el bosque. Freno bruscamente y me doy cuenta al instante de que son de lobo. Parecen muy recientes. Emocionado, llamo a Stefan, y confirma mi hipótesis de que habrá salido corriendo de la carretera cuando me he acercado con el coche. Si hubiera ido un poco más deprisa, o hubiera estado algo más atento, quizá los habría sorprendido y los habría

visto un instante. Antes de volver a meterme en el coche, me pongo a aullar, un largo y sonoro reclamo solo por el placer de hacerlo, en solitario, en la oscuridad de la noche.

Intacto

Hubo un tiempo en que un manto de bosques cubría Europa. Cuando las legiones del César se dieron de cabeza contra las tribus germánicas al norte del Rin, al comienzo de nuestra era, se encontraron con un cinturón de bosque inexpugnable. Les llevó ocho días cruzarlo en dirección norte y sesenta en dirección oeste y este. Toda Germania está «apresada por sus horribles bosques y repugnantes marjales [...], una naturaleza espantosa y un clima duro, deprimente para vivir y para contemplar», escribió el historiador romano Tácito. Era el bosque primigenio el que imperaba, no la civilización. Casi el 80 por ciento de nuestro continente estaba cubierto de bosques.[1] Desde entonces las personas han quemado los bosques, han cultivado sus suelos, han dejado que el ganado pastara y el asfalto y el hormigón han ido ganando cada vez mayor espacio. Lo que queda son solo restos, pequeñas e insignificantes manchas verdes en el mapa.

Mientras penetro hacia el interior de la reserva natural de Østmarka bajo un cielo invernal azul claro, en busca de huellas de lobos, es como si estuviera de vuelta en aquellos bosques, antes de que el ser humano empezara a explotarlos en serio.[2] Aquí el bosque está en paz. Los árboles mueren despacio y quedan en pie como cadáveres grisáceos antes de desplomarse debilitados debido a una ráfaga de viento o por su propio peso. Cuando los

grandes árboles se derrumban de lado, se crean pequeños claros donde un nuevo bosque puede germinar anualmente con la caída de las semillas.



Los árboles son de todas las edades, desde jóvenes hasta altos abetos y, como es típico en bosques como este, hay mucha madera muerta. En contraste está el monotemático bosque cultural, peinado por la tala de grandes superficies, plantación de ejemplares y cuidado de la población existente. Pero también aquí dentro ha dejado huella la tala, que tuvo lugar antes de que el bosque fuera protegido.[3] Para encontrar los pequeños y escasos reductos de bosque antiguo parecido a su estado primigenio, hay que adentrarse aún más en Østmarka, hasta las hondonadas y las cimas menos accesibles.

A pesar de que Noruega y el resto de Escandinavia suelen ponerse de ejemplo de oasis verde en Europa, no queda mucho bosque intacto. La mayor parte de los bosques de Noruega, protegidos o no, se hallan bajo los efectos de la actividad humana. Los viejos bosques han sido sustituidos por el bosque cultural, y solo un 2,5 por ciento del bosque noruego cuenta más de ciento sesenta años.[4] La tala ha sido intensiva y, si uno sobrevuela Nordmarka a primera hora de un día de invierno, parece una manta de patchwork de blancas superficies taladas con algunos escasos reductos de coníferas verdes. La Noruega agreste va camino de desaparecer. Hoy, solo el 12 por ciento de la Tierra, en contraste con el 48 por ciento de 1900, está a más de cinco kilómetros de distancia de la presencia de intervenciones del ser humano (carreteras, saltos de agua para la producción de electricidad y postes eléctricos). A pesar de que el porcentaje de bosques protegidos ha aumentado de manera significativa en los últimos años, no más del 3 por ciento de todo el bosque productivo de Noruega ha sido protegido, como es el caso de Østmarka.[5]

He hecho bastantes excursiones por Østmarka últimamente. Es allí a donde me dirijo cuando la abstinencia de los lobos se hace demasiado oprimiente y no hay salidas con Stefan. Este día he empezado yendo al trabajo, allí estaba,

sintiendo que quería salir, tenía que salir, pasear por el bosque y buscar lobos. Al principio reprimí el impulso, me dije que tenía muchas cosas más razonables que hacer, como a veces me digo para librarme de la necesidad. Pero este día de invierno la sensación solo iba a más y, después de almorzar, me marché a casa, preparé la mochila, me metí en el coche, conduje hasta el lindero del bosque y me sentí el hombre más libre del mundo.

Primero inspeccioné varias de las lagunas del sur de Østmarka y acabé en el enorme lago Børtervann. Como el lobo es un campeón a la hora de racionalizar sus energías, con frecuencia elige el camino que le opone una menor resistencia y, en ese caso, las pistas forestales, las sendas de esquí, los senderos abiertos por los alces y los lagos helados son una elección natural. Además, con frecuencia se encuentran carcasas de alce en el Børtervann helado, según me había soplado un conocido. La manada de lobos persigue a la presa hasta el lago y allí un alce es como Bambi sobre el hielo. Se resbala y no puede escapar corriendo del lobo, de modo que se convierte en una presa fácil para la manada. Pero, a pesar de que me tomé mi tiempo en el lago, no vi huellas de lobo, solo numerosas pisadas de perro, de esquiadores y de algún que otro alce. Cansado de ir de un lado a otro del monótono lago Børtervann acabé penetrando en el bosque antiguo y la reserva natural.

Cien, trescientos o quinientos años puede tardar en suceder, pero, al final, la savia no se eleva en primavera, los brotes no se abren, las hojas dejan de vestir la copa del árbol. El árbol muere. En la reserva natural hay troncos completamente desnudos, sin corteza, grisáceos y marrones. En otros la corteza resiste en partes aisladas. En el tronco, larvas y escarabajos han cavado pequeños túneles que recuerdan a la caligrafía. Nada está más vivo que un árbol muerto, que da cobijo a musgos, líquenes, seta del árbol, pájaros y escarabajos, y es la idea de preservar esa variedad de especies la que con frecuencia se menciona en la declaración del bosque como área protegida.

Porque de las más de cuarenta y cuatro mil especies que viven en Noruega, los expertos calculan que el 60 por ciento se encuentra en los bosques.[6] Si observamos la situación de manera global, la mitad de las especies del planeta viven en las selvas vírgenes, a pesar de que solo ocupan el 6 por ciento de la superficie terrestre. Además, se estima que el 80 por ciento de la biodiversidad del mundo está relacionada con los bosques y selvas.[7]

Y no olvidemos que muchas especies amenazadas viven en los bosques primigenios, los que han podido permanecer sin contaminar y están constituidos sobre todo de madera muerta. De las dos mil trescientas cincuenta y cinco especies amenazadas según la lista roja noruega, casi la mitad vive en los bosques.[8] Como es sabido, en nuestra zona el lobo, *Canis lupus lupus*, se define como en peligro extremo de extinción, pero es fácil olvidarse del resto de las especies. Porque la mayoría de las especies «amenazadas» en los bosques están dentro del grupo de los hongos (trescientas cincuenta y tres especies), coleópteros (doscientas treinta especies), dípteros (mosquitos y moscas, ciento veintiocho especies) y líquenes (ciento veinticuatro especies). ¿Y quién se manifiesta por las calles en favor de la *Dicerca aenea*, el amenazadísimo y precioso escarabajo imperial? ¿O de la mosca *Eutolmos rufibarbis*? ¿Y qué decir de la mosca jorobada, *Laphria gibbosa*? Que los grandes depredadores sean objeto de nuestra simpatía en mayor grado que los animalillos de diversas especies, como las moscas, mosquitos, ciempiés o caracoles, puede ser humano. Es mucho más fácil identificarse con ellos que con animales pequeños e insignificantes o, por ejemplo, con una seta poco común, a pesar de que sean importantes para el ciclo natural.

En el interior del bosque la capa de nieve es fina y me veo obligado a atar los

esquíes a la mochila y a seguir a pie hacia el interior de la reserva por un sendero que va hacia el este. Así puedo, en busca de huellas, cruzar muchas de las hendiduras de los fondos de los valles que van de norte a sur y que constituyen la ruta de los lobos para atravesar Østmarka. Caminando por el bosque me sorprende lo silencioso y muerto que parece. Puede que ahora, en invierno, sea de esperar, pero también he estado por aquí en verano. Entonces penetré aún más en la reserva natural y sentí que era el único ser vivo en este reino boscoso, exceptuando las marabuntas de hormigas rojas y las muy molestas moscas piojo que subían por mi nuca. Para ponerme a prueba entonces, que estaba medianamente interesado por la botánica silvestre y la fauna salvaje, intenté reconocer todas las especies que pude. Lo conseguí con los árboles sin mucho problema (serbal, abedul, abeto, pino, álamo, aliso), con unos cuantos musgos, la hierba aleluya y un par de setas, pero no sabía nada de líquenes ni de hongos de árbol.

Todavía se me daba peor con respecto a los insectos y ni siquiera me atreví a empezar a identificarlos. Pero no podemos dejar de mencionarlos si hablamos de uno de los grupos más numerosos de especies del planeta. Los insectos son, en cierto modo, la mayoría oculta en el mundo animal. Tres cuartas partes de todos los animales son insectos y se han descrito un millón de especies en todo el mundo. Pero decir que los insectos son «la mayoría oculta» no deja de ser un insulto respecto a otros seres minúsculos presentes en el bosque: bajo mis pies pulula la vida. En un mísero metro cuadrado en un bosque de abetos se han encontrado hasta veinte millones de nematodos, doscientos setenta mil anélidos, cuatrocientos mil acáridos y setecientos mil colémbolos.[9]

A pesar de que el número de especies de insectos es enorme, puede que solo representen la punta del iceberg. Los estudiosos especializados en insectos estiman que hay al menos cinco millones de especies de insectos en

la Tierra, y las estimaciones más generosas estiman que solo los coleópteros pueden llegar a los cien millones de especies.[10] En Noruega hay no menos de dieciocho mil especies de insectos registradas, y se descubren nuevas constantemente. Solo en los últimos años se han descubierto cien especies nuevas, entre ellas la avispa parásita *Copidosoma longicaudata*, un bicho verde esmeralda de cinco milímetros de largo que se encontró en Dokka en 2010. Con sus varios miles de especies los insectos forman el grupo animal sin duda más numeroso, una variedad que la mayoría de gente ni conoce ni le interesa.[11] Porque ¿cuántas personas son capaces de reconocer siquiera dos de las más de cuatro mil cien variantes de las avispas registradas en el orden de los insectos en Noruega? O, sin ir más lejos, ¿conocen el nombre de alguna de las seiscientas familias de micetofílidos, cuyo ciclo de vida completo está vinculado con las setas?[12] Es un consuelo para aquellos que consideran que su trabajo es demasiado específico o está muy alejado de la actualidad política: hay expertos que han dedicado la mayor parte de su vida a investigar, precisamente, a los micetofílidos.

Una especie sí reconocí: a la hormiga roja del bosque, un insecto que siempre me ha fascinado. Los bosques son un hervidero de estas, que aunque muy pequeñas son muchísimas. Se ha estimado que hay la misma cantidad de biomasa en las hormigas que en todos los seres humanos del planeta. Pocas familias del reino animal tienen tantas especies, doce mil quinientas. En Noruega, hasta la fecha, se han encontrado sesenta y seis, como la hormiga roja del bosque, la *Harpagoxenus*, la hormiga de sangre y la exsecta. Viven en sociedades complejas, y en mis paseos veraniegos por Østmarka me tropecé con numerosos hormigueros. Estas pequeñas sociedades están compuestas por tres castas, justo igual que en el caso de otros insectos con vida social, como las avispas y abejas: reinas, obreras y machos. La reina es la que pone los huevos de la colonia y garantiza la existencia del hormiguero.

[13] En cuanto a los machos, cumplen una sola función: aparearse con la reina. Después los matan o los echan del hormiguero. Resulta que la vida de «hombre» en un hormiguero no es muy interesante. Una colonia de hormigas puede estar compuesta por unos pocos individuos o ser una súper colonia de trescientos millones.

La casta obrera es la que vemos con más frecuencia. Son hembras estériles y sin alas. Su función es construir el hormiguero y defenderlo, además de conseguir alimento. Para comunicarse, las obreras se sirven de las feromonas, o sustancias olorosas.[14] Las hormigas también son muy agresivas, a pesar de que el oponente sea ridículamente superior. Por hacer una comparación algo exagerada: si un lobo enorme ve a un ser humano, huye, pero ¿qué hace una esquelética hormiga del bosque? Se engancha con la mordida. Una hormiga jamás se rinde. Está genéticamente predispuesta a sacrificar su vida por el bien común. Edward O. Wilson, un pionero de la sociobiología, dijo de las hormigas: «Karl Marx tenía razón, el socialismo funciona, lo que ocurre es que se ocupó de la especie equivocada». Opinaba que las hormigas viven en una sociedad de tipo comunista, obligadas por su propia biología.

Pero ¿cuál es el objetivo de proteger el bosque en sí o los animales que viven en él?, me pregunto en el que por ahora es mi infructuoso peregrinar por Østmarka en busca de huellas de lobo. Ya he mencionado la «biodiversidad» de especies, concepto que han repetido distintos expertos, defensores de la naturaleza y políticos, y se ha comentado en interminables informes, estudios y artículos de investigación. ¿Por qué deberíamos dejar que el lobo volviera a establecerse en Noruega, permitir que cree inseguridad, ataque a ovejas, perros o alces? ¿Por qué un ser modesto como la mariposa *Scolitantides orion* debería impedir el desarrollo de una enorme urbanización de cabañas? ¿O un mosquito raro paralizar una tala masiva?

Suelen esgrimirse tres argumentos principales para conservar hábitats y

especies de animales ecológicamente importantes. Para empezar, toda vida posee un valor en sí misma, y tenemos una responsabilidad ética por otras formas de vida. Este es uno de los principales argumentos de Haakon Lie, ingeniero de montes, escritor y defensor de la naturaleza, como lo expresaba en un opúsculo sobre los bosques primigenios en los años sesenta del siglo pasado: «El material genético contiene toda la herencia vital de la Tierra, que llega hasta nosotros en una corriente ininterrumpida a partir de la primera célula primordial, a lo largo de millones de años y mediante innumerables formas de vida. Esto nos convierte en hermanas y hermanos de cada ser humano y de cada ser vivo». Hay que decir que este no es un argumento que un curtido opositor al lobo se tatuaría en el brazo.

El segundo argumento es que casi todas las especies cumplen una función en el ciclo de la naturaleza. Esto se aplica del más pequeño de los insectos al mayor de los depredadores, como el oso y el lobo, a pesar de que no siempre convenga a las personas. Después de que el lobo fuera exterminado en la mayor parte de Estados Unidos, en algunos lugares se produjo un enorme aumento del número de ciervos, como en el parque nacional de Yellowstone. La familia de los alces estaba demasiado a gusto en el parque, pastaba los nuevos brotes de álamos y sauces, lo que perjudicaba a los castores. Cuando se reintrodujo el lobo en Yellowstone en 1995, el número de alces disminuyó tanto que se vieron obligados a retirarse hacia el interior del bosque.^[15] Así hubo más vegetación en las orillas de los ríos, lo que no solo contribuyó al aumento del número de castores, sino también al de especies de pájaros. Como dijo uno de los biólogos del parque nacional: si tiras una piedra por el despeñadero, en las circunstancias adecuadas, puedes provocar una gran avalancha. Si eliminas una especie, lo más probable es que esto afecte a otras.

El tercer argumento es que estas especies «invisibles» y «carentes de importancia» pueden en algún momento, sin que ahora logremos ni

imaginarlo, tener un beneficio inesperado para el ser humano. No pensamos mucho en ello cuando estamos enfermos, pero el ácido acetilsalicílico se obtiene de la corteza del sauce. La quinina procede originalmente de la corteza del árbol de la quina, que crece en Perú. Muchos médicos conocen muy bien la historia de la pareja suiza que el 3 de septiembre de 1969 detuvo su coche de alquiler en el altiplano de Hardangervidda, con intención de sacar una foto del hermoso paisaje. Sin embargo, también cogieron un puñado de tierra y lo metieron en una bolsa de plástico, muestra que llevaron al laboratorio de una empresa farmacéutica suiza, donde trabajaba el hombre, para analizarla. Tres años más tarde se descubrió que la muestra contenía una sustancia que actúa como un inmunodepresor, la ciclosporina, producida por un hongo minúsculo que se halló en la muestra. Esa sustancia se utiliza para evitar el rechazo de órganos en los trasplantes. Once años después el medicamento estaba listo para comercializarse y, en el primer trasplante de corazón realizado en Noruega, en 1982, se usó la ciclosporina, hallada por casualidad en aquel hongo desconocido y, a priori, «inútil» del altiplano de Hardangervidda.

Enormes abetos muertos de troncos con base grisácea. Los troncos yacen en un batiburrillo, aquí y allá me veo obligado a saltar por encima para avanzar. A falta de huellas de lobos, sigo las pequeñas y afiladas pisadas de un zorro hacia el interior del bosque, que cada vez es más salvaje y decadente. El bosque primario «causa una fuerte impresión», «genera asombro» y «un estado de ánimo peculiar»; es el «bosque de los cuentos», «un arcón del tesoro que debemos salvar» y «un lugar donde los lentos latidos del corazón del tiempo le confieren al paisaje la sensación de ser atemporal», se escribe con lirismo en los libros dedicados al bosque. A pesar de que no me dejo

llevar con facilidad por esas expresiones de inspiración romántica, debo reconocer que el ambiente tiene algo de mágico y peculiar, y en los últimos tiempos con frecuencia me he ocupado de antiguos bosques como este.

El verano pasado viajé a los poco visitados pinares primigenios de Øvre Pasvik en Finnmark, caminé entre viejísimos abetos gigantes en Omtjernkampen en Oppland. En fecha reciente he dado el breve paseo que recorre el salvaje e intransitable bosque de abetos del fondo del valle de Delingsdalen, no muy lejos de Oslo, donde fui testigo de un contraste absurdo: mientras avanzaba con paso tambaleante sobre abetos caídos y me arrastraba entre enormes raíces volcadas en una tierra pantanosa y húmeda en lo que sentía como la tierra más salvaje, el tráfico pesado de la E18 pasaba a toda velocidad a solo doscientos metros de distancia.

Muchos hablan del bosque primario como si se tratara de una iglesia, de un escenario para las grandes ocasiones y el sentimiento religioso. Para los ecologistas actuales es una especie de prolongación de los escritos del filósofo y escritor estadounidense John Muir para el que el bosque fue «el primer templo de Dios». Pero ¿cuándo un bosque salvaje y decadente pasó a ser bello?

Mary Wollstonecraft, la famosa escritora británica y firme defensora de los derechos de las mujeres, viajó, entre dos intentos de suicidio, a Noruega, Suecia y Dinamarca en 1795. Como una de las pioneras del romanticismo elogió la naturaleza nórdica sin domeñar y escribió que «los pinares y bosques de abetos, abandonados por completo a la naturaleza, muestran una variedad inagotable».[16] En su viaje pudo experimentar una naturaleza agreste que había sido desterrada de las islas Británicas muchos años atrás; en estas, que en su día estuvieron cubiertas de bosques, solo quedaba un 8 por ciento de foresta y los grandes depredadores casi se habían extinguido, como el lobo, donde fue abatido por última vez en fecha tan lejana como 1680. En

sus cartas admiraba estos «nobles bosques, que parecen desafiar al tiempo» y «el aspecto gris, igual que una tela de araña, de los pinos viejos» que transmitían una bonita imagen de la decadencia en que «la vida aprisionada parece refugiarse». Como romántica, se dejaba llevar por los sentidos; el paisaje expresaba su propio estado de ánimo. La muerte era tanto una liberación como una carga y, cuando partió de Kristiania, escribió: «No puedo decir por qué, pero la muerte en cualquiera de sus formas se me presenta como algo que libera, para después desplegarse en forma de un elemento que no conozco». Dos años después de su viaje a los países nórdicos Wollstonecraft murió de parto al dar a luz a Mary Shelley, quien después escribiría *Frankenstein*.

Cuando Linneo viajó como joven botánico por los interminables pinares del norte de Suecia, solo algo más de cincuenta años antes del viaje nórdico de Mary Wollstonecraft, escribió: «Grandes bosques de pinos están desiertos y sin explotar, porque nadie precisa la madera que se desploma y se pudre».

[17] Siguiendo ese espíritu, Georges-Louis Leclerc Buffon, un destacado naturalista francés, contemporáneo del sueco, describió esa naturaleza como «deforme» y «un lugar horrible plagado de árboles putrefactos y hojas».[18] Buffon afirmaba que la belleza estaba en la naturaleza cultivada. En otras palabras, los bosques primigenios no tenían ningún valor propio ni significado para Linneo y sus coetáneos. El sueco prefería el paisaje cultural, en Skåne, antes que el desierto bosque primario. A pesar de que Linneo también valoraba la naturaleza, la glorificación de la naturaleza intacta alcanzó su momento culminante durante el romanticismo. El filósofo alemán Friedrich von Schelling insistió en «la necesidad de comprender la naturaleza en su totalidad», como un organismo vivo, en el que había una conexión entre el ser y la naturaleza. «Yo, mi ser, soy idéntico a la naturaleza», proclamó, allanando el camino al romanticismo. Uno de los embajadores del

romanticismo en Noruega, Henrik Steffens, cayó de rodillas, según él mismo relataba, para adorar a un árbol, mientras tenía ciento veinte pulsaciones por minuto.[19] Seguramente esto era algo impensable para un agricultor coetáneo residente en un valle perdido allí, en Setesdal, pero en un entorno más reducido ese mismo paisaje era descrito como espectacular y hermoso. El poeta Wergeland escribió sobre «la canción de cuna del bosque». August Cappelen y Lars Hertervig, pintores del siglo XIX, dibujaban retorcidos pinos en las profundidades de un bosque primigenio, sin indicios de intervención humana. El bosque primario simbolizaba lo sublime y eterno, a la vez que la idea de la muerte y la decadencia acechaba. Para el artista alemán Caspar David Friedrich era importante enfrentarse a la muerte con frecuencia, solo así podía lograrse la vida eterna. El bosque primario era misterioso, virgen y bello, como lo describió también Wollstonecraft. Era un lugar elevado que creaba una sensación de veneración; era sublime, un concepto desarrollado por el filósofo irlandés Edmund Burke a mediados del siglo XVIII. «Ese sentimiento que lo grande y sublime de la naturaleza provoca, cuando están en su apogeo, es espanto», escribió, pero la experiencia sublime tenía dos caras: en una primera fase nos conmovemos y asustamos, en el instante siguiente nos invade un sentimiento singular de exaltación. Así, el bosque intacto fue adquiriendo un valor propio; ya no era solo deforme e insignificante.

Un sonido estridente recorre el bosque, casi como si el dios Pan estuviera de excursión por el campo agreste.[20] Un abedul muerto está apoyado sobre un abeto erguido y fuerte, el viento los frota el uno contra el otro. A pesar de que sé que el ruido debe de proceder de los dos árboles, me detengo para comprobarlo porque recuerda al lamento de un niño pequeño. Así están,

apoyados el uno en el otro en la reserva natural, hasta que uno de los dos caiga al suelo y se convierta en turba. La gente puede llamarlo un bosque de cuento, pero, con la vegetación tan densa, decadente y salvaje que me rodea, empiezo a sentirme saturado de bosque, saturado de buscar huellas de lobos. Está oscureciendo y me queda un buen trecho hasta el coche, así que me apresuro para llegar a las pistas abiertas por los esquiadores. En mi recorrido por el accidentado bosque tengo el infortunio de partir uno de los bastones de esquí, y al llegar a un pequeño lago cubierto de nieve inmaculada donde no hay traza de otros esquiadores estoy tan nervioso que lo cruzo a duras penas por miedo a que el hielo ceda. La primavera se aproxima, el hielo puede ser inseguro y, a veces, sucede que alguno, incluso entre los más experimentados, muera en el intento de atravesar el lago helado.

Cuando por fin llego a las pistas de Mosjøen, me siento aliviado. Pero las huellas de los esquiadores, perros, trineos y motonieves se entrelazan hasta formar una autopista que cruza el lago, de tal modo que es imposible buscar las del lobo. Con la colina de Pølseberget a un lado me impulso con un solo bastón en dirección al aparcamiento. La peña cubierta de pinos en medio de Østmarka tiene un aire histórico, aunque muchos ni siquiera se hayan fijado en ello. Porque, durante la Segunda Guerra Mundial, en su regreso de Inglaterra, los héroes de la resistencia Max Manus y Gregers Gram cayeron en paracaídas en el pedregal que está bajo el montículo de Pølseberget. «El delicioso y fresco aire noruego se mezclaba con el aroma del bosque», así describía más tarde Manus el momento en que abrieron la escotilla del avión. Igual que el bosque históricamente ha servido de escondrijo para desertores, bandidos, opositores y luchadores por la libertad (todos hemos oído hablar de Robin Hood), fue también donde se refugiaron los activistas de la resistencia. Nadie hablaba de los «chicos de la montaña», ni de los «chicos del mar»: eran los «chicos del bosque». Hacia el interior de Østmarka también están las

cabañas de Milorg, como perlas ensartadas a la orilla de Drettvann, Søndre Krok vann, Slepptjern y Blåsyna. La ruta de los correos de Timian, llamada hoy de manera un tanto impropia Flyktningruta, «la ruta de los refugiados», serpenteaba por el terreno irregular de Østmarka.

Después de una excursión como esta, es frecuente que haya controlado mi síndrome de abstinencia de los lobos, y logro encontrar la calma en la ciudad. En la Biblioteca Nacional me tomo el tiempo necesario para profundizar en cómo ha ido transformándose nuestra visión del bosque a lo largo de los años, no solo en el romanticismo. De los bien surtidos anaqueles escojo, entre otros, el libro *Man and the Natural World*, del historiador británico Keith Thomas. Cuidar del medio ambiente, salvar la selva virgen y evitar la extinción de especies parece en la actualidad un proyecto moderno, pero en este libro el historiador analiza cómo esas ideas echaron raíces mucho antes de que el romanticismo idealizara el bosque intacto. Según Thomas, el bosque, durante mucho tiempo, fue considerado un impedimento para el progreso de la civilización. En la literatura del siglo XVII, se describía como «terrible», «siniestro», «salvaje», «melancólico» e «infestado por animales salvajes». Shakespeare describió el bosque de Arden, situado junto a su lugar de nacimiento, Stratford-upon-Avon, como «un desierto inaccesible bajo la sombra de la melancolía». El filósofo inglés John Locke escribió sobre los «racionales y civilizados» habitantes de las ciudades y los «irracionales e incultos» que vivían en el bosque. Esa visión se repite en la lengua inglesa: la palabra *savage* para referirse a un salvaje está tomada del término *silva*, «bosque» en latín.

Conservar el bosque cumplía, innegablemente, una función práctica: hacía falta madera para fabricar herramientas, casas y naves, y para calentarse. Una

tala descontrolada del bosque afectaría, por tanto, al bienestar y el progreso de la nación. En *Sylva*, de 1664, obra de John Evelyn, se presenta uno de los primeros escritos en defensa del bosque: los destrozos habían llegado demasiado lejos, había que detenerlos. «Sería más fácil pasar sin oro que sin madera», declaró. Sin madera no existiría la industria del hierro ni del vidrio, y tampoco una marina que pudiera defender las costas de Inglaterra, sentenció el británico.

Al igual que Evelyn, Jean-Baptiste Colbert, ministro de Finanzas con Luis XIV, comprendió que el destino de Francia se jugaba en el mar y, por tanto, era imprescindible tener acceso a buena madera de roble. Puso al ejército a perseguir la tala ilegal, que podía castigarse con la muerte. Lo mismo ocurría en Suecia, otro país que dependía de tener una marina potente; en una ley de 1608 se recoge que «quien por tercera vez tale roble sin permiso deberá pagar con su vida». Incluso en el reino de Noruega se preocupaban por la deforestación, y la tala se calificaba como «intolerable para el bosque» en el informe de un comité sobre aserraderos formado por el rey en 1687.[21] Además, el ministro de Finanzas Colbert, como parte de un plan de rearme, plantó robles en los bosques de Fontainebleau y Compiègne. Hoy los árboles de Colbert se alzan hacia el cielo con decenas de metros de altura como testigos majestuosos de que el futuro no siempre resulta como uno había imaginado. La Edad de Piedra no llegó a su fin por falta de piedras y tampoco la época de la navegación por falta de robles. [22]

La belleza del bosque por sí misma empezó a tener cierta repercusión en el siglo XVII. El poeta británico Michael Drayton se quejaba de que la belleza del bosque se esfumaba. Thomas Tryon afirmó que «los árboles sienten dolor cuando los talan». Los árboles ya no solo resultaban útiles, sino nobles y hermosos. Los poetas tampoco podían alabar lo bastante al árbol: «El mayor y más hermoso ser entre las criaturas terrestres», escribió William Gilpin.

Pero era, sobre todo, el bosque cultural el que se presentaba como bello, hasta que el romanticismo se ocupó en serio del bosque virgen e insondable, como yo lo contemplé en lo profundo de la reserva de Østmarka.

Un nuevo capítulo en la historia del bosque se inauguró con la declaración como zona protegida del bosque de Fontainebleau, en las afueras de París. Instado por artistas influyentes como Claude Monet, Auguste Renoir y Théodore Rousseau, el Estado francés protegió partes del bosque ya en 1861. [23] Si hasta la fecha los motivos económicos habían sido la razón para proteger los bosques, el de Fontainebleau lo fue por motivos estéticos. Había que disfrutarlo, no talarlo, ni siquiera en el futuro. No mucho después los estadounidenses crearon los parques nacionales de Yellowstone y Yosemite, por iniciativa de John Muir y también George Perkins Marsh, dos de los primeros dirigentes del movimiento ecologista.[24] Este último escribió *Man and Nature*, publicado en 1864, y fue el primero en dedicar todo un libro a los destrozos que el ser humano provocaba en la naturaleza. Marsh había «nacido en el bosque —contaba— y el riachuelo que suena, los árboles, las flores y los animales salvajes para mí eran personas, no cosas». Le preocupaba en especial la deforestación, porque si proseguía, afirmaba Marsh, podría, en el peor de los casos, llevar a la destrucción de la humanidad.

La protección del Yosemite incluía las enormes secuoyas de Mariposa, en cuyos troncos se hicieron túneles para comodidad de los turistas y que se pueden admirar en famosas fotografías. Cuando talaron las primeras secuoyas gigantescas, en el tocón cabía una orquesta y seis parejas de bailarines. En la Costa Oeste de Estados Unidos crecen los que tal vez sean los árboles más curiosos del mundo. En el condado de Tulare está el organismo individual más grande del planeta, la secuoya General Sherman, que pesa el equivalente a seis ballenas azules o, lo que es lo mismo, seiscientos veinte toneladas. En

cierto modo la naturaleza y los árboles gigantes de la Costa Oeste norteamericana se convirtieron en un símbolo de la grandeza nacional cuando América del Norte se independizó. Estados Unidos tenía algo originario e intacto que los distinguía de la decadente Europa.

También en Noruega la «causa del bosque» halló sus defensores en el siglo XIX. Alrededor de las principales ciudades portuarias la tala había dejado un paisaje desnudo, casi sin bosque. En 1884 el hayedo de Larvik, el primero en Noruega, fue asimismo protegido por el Congreso de los Diputados. El propietario de bosques y personaje de la vida cultural Axel Heiberg afirmó en una conferencia impartida en 1897 que «una Noruega boscosa es una Noruega poderosa». Había llegado el momento de plantar bosques: «Planta un árbol y crecerá mientras tú duermes».

La visión de los bosques y los árboles que lo componen no ha dejado de cambiar, y el historiador británico Simon Schama afirma en su libro *Landscape and Memory* que solo cuando la mayor parte de los bosques fueron talados, fue cuando se abrazaron con amor. En parte de Europa se convirtió en algo poco frecuente, exótico. La civilización, en cierto modo, había ganado la partida a la oscuridad del bosque y lo tétrico, irracional, que a él se asociaba. Entonces pudimos empezar a protegerlo, lo que hace posible que hoy podamos pasear por el embrujado bosque de Østmarka, pero también por los profundos y protegidos bosques de Gutulia, Femundsmarka, Ormtjernkampen y Øvre Pasvik.

Como es mi costumbre tras una jornada de trabajo en la Biblioteca Nacional, de camino a casa doy una vuelta por Hydroparken. Es una «versión *light*» de bosque y lo más cerca que llego a estar de la naturaleza en días como hoy. En Oslo, al igual que en otras muchas ciudades europeas, los primeros parques fueron una creación de las clases altas. Ese fue también el caso del Hydroparken, que en su momento formaba parte de la enorme

propiedad baldía del naviero Mogens Thorsen, Bellevue, construida a mediados del siglo XIX. Jardines privados o, mejor dicho, auténticos parques se convirtieron en un símbolo de riqueza. En cierto modo llevaban el bosque a la ciudad, eso sí, en una versión recortada y bien peinada.

Me llama la atención que el número de especies de árbol que hay en este pequeño terreno en medio de la ciudad es mucho mayor que lo que me encuentro en Østmarka. Aquí hay tilos, fresnos, olmos, arces reales y robles, especies de árboles que también encontramos en los bosques noruegos, pero, además, en el parque han plantado otras exóticas, una moda que se extendió a partir del siglo XVI, cuando los exploradores europeos empezaron a traer semillas de lugares cada vez más exóticos. Hay *Pterococaya* del Sudeste Asiático, castaños de los Balcanes, pino de Weymouth y arces plateados de América del Norte, álamos piramidales, originarios de Oriente Próximo, e incluso un magnolio, una especie de árbol que tiene su origen tanto en América como en Asia y que ha recibido la honrosa denominación de «fósil viviente», pues apenas ha cambiado en cien millones de años.[25]

En un rincón del parque hay un haya enorme, con largas ramas desnudas y una corteza gris, como la piel de un elefante, un árbol madre originario de Turingia, en Alemania, descubierto en algún momento del siglo XVIII. En fotos de la zona que tienen más de cien años, en blanco y negro, se puede intuir la presencia del árbol y, aunque son pocos los que hoy se acuerdan de Mogens Thorsen, su haya sigue imponiendo. Me quedo un rato pensando en ese árbol peculiar, su resistencia, edad y forma monstruosa, antes de seguir mi camino.

Shinrin-yoku

Shinrin-yoku, así lo llaman los japoneses: tomar un baño de aire de bosque. Parece ser que un paseo por el bosque reduce el estrés, baja la presión arterial, aumenta el número de glóbulos blancos y refuerza el sistema inmunitario. Los ingredientes principales de los baños de aire del bosque son recreo, ejercicio y los volátiles elementos orgánicos que los árboles exudan. En especial en un caluroso día de verano podemos sentir que las coníferas despiden terpenos, que limpian y desinfectan el aire, por ello los sanatorios para el tratamiento de enfermos de tuberculosis se situaban preferentemente junto a pinares. Quizá fueran los baños de aire de bosque los que llevaran al zoólogo y recopilador de cuentos Peter Christen Asbjørnsen a escribir sus célebres palabras, repetidas hasta la saciedad: «Cuando el mundo va en mi contra [...], siempre me he sentido bien al caminar al aire libre para calmar mi leve intranquilidad y preocupación». El abatimiento de Ludvig Holberg desaparecía en el gran bosque de Tersløsegaard, en Selandia, mientras que en la ciudad era un «misántropo». Y cuando Tarjei Vesaas escribe sobre el joven Knut en el cuento «El último hombre en llegar a casa», algo le ocurre al chico: «El bosque se abre ante él [...] no sabe qué es, pero cree que deberá permanecer en él toda la vida, si quiere que su existencia sea recta y verdadera». Quien puede que haya llevado los baños de aire de bosque a niveles extremos es el sueco Mathias, que en un vídeo, divulgado por la web

del diario sueco *Expressen*, muestra a un joven desnudo que, tembloroso, tiene un orgasmo provocado por el bosque (¡!), sentado sobre una roca entre los abedules.[1]

El famoso biólogo Edward O. Wilson tal vez lo hubiera llamado «biofilia», que en su libro homónimo habla de una atracción intrínseca y fundamental hacia la naturaleza y sus seres vivos. La historia de la humanidad se inició hace unos escasos diez mil años con el cultivo de la tierra y el establecimiento en pequeñas aldeas. Todo comenzó hace un par de millones de años con el origen de la raza humana, el *Homo*. Esto, señala Wilson, quiere decir que durante más del 99 por ciento de la historia de la humanidad, hemos vivido como cazadores y recolectores. Nuestros antepasados dependían de adquirir los conocimientos necesarios sobre la naturaleza. Debían adaptarse al paisaje, los animales y las plantas de una manera muy diferente a la nuestra: «El cerebro se desarrolló en un mundo biocéntrico, no en un mundo sometido al control de las máquinas [...] Sería muy extraordinario que todos esos conocimientos se hubieran borrado», resume este biólogo evolucionista. Sin entrar en demasiados detalles, Wilson opina que se ha producido una especie de coevolución entre los genes y la cultura, que han generado una necesidad congénita de «vincularse con otras formas de vida».

El concepto de «biofilia» de Wilson ha generado controversia, y por supuesto no se trata solo de biología y una inclinación genética hacia la naturaleza. El historiador británico Keith Thomas ha descrito al detalle cómo nosotros, dirigidos por corrientes religiosas, culturales y filosóficas, hemos modificado nuestra relación con la naturaleza y sus animales y plantas. Todavía en el siglo XIX, los intelectuales británicos ridiculizaban otras religiones, como el budismo, cuyo principio fundamental es respetar todas las formas de vida. Diseñar parques, tener mascotas o plantas en macetas dentro

de casa es un entretenimiento relativamente moderno y tiene un componente tan cultural como genético.

Shinrin-yoku puede sonar, en principio, como otra chorrada *new age*, pero puede que el baño de aire de bosque surta efecto, porque es como si el bosque estuviera empezando a atraparme. Dante se perdió en él y estaba aterrorizado, pero para mí se ha convertido en un lugar de recreo, donde puedo relajarme, donde nadie espera nada de mí ni me pide nada, donde la gente con que me encuentro no da importancia a títulos o éxitos profesionales. Dante fue perseguido por una loba malvada y famélica, pero aproximarme a los lobos ha dado un objetivo a mis salidas al bosque, uno que crea adicción. Ha pasado un año desde que me entregué al bosque y al lobo, podría dejarlo ya. He encontrado huellas de lobo, he recogido heces, el lobo ha pasado muy cerca de mí y, no menos importante, he oído sus potentes aullidos. Sin embargo, para poder participar en nuevas expediciones, cancelo reuniones, falto al trabajo, dejo de entrenar y le pido a mi mujer que recoja ella a los niños en la guardería. Es una sensación difusa de estar enganchado, una sensación que se aloja en algún lugar del pecho y que crea un deseo indescriptible de estar en los bosques. Stefan y Claes han hablado de esa atracción. Conozco lo bastante a Mats para saber que a él le pasa lo mismo. Y cuando Stefan me manda un mensaje para avisarme de una nueva salida en busca de lobos, recaigo en el bosque. Es temporada alta para seguir sus huellas, tienen mejor localizada a la manada. Además, los cachorros están muy activos, curiosos, es fácil atraerlos. La cita es la de siempre: en el camping de Glaskogen a las 18.00.

Al día siguiente voy camino de Suecia y la cosa promete. Hace frío, no hay viento, de nuevo las circunstancias perfectas para que el sonido llegue lejos.

Como aperitivo, Stefan me ha enviado una foto de un lobezno de pie en un pantano, mirando de frente a su cámara, que tomó hace un par de días. Y eso no es todo: he convencido a Stefan de que se apunte Mats. Para mí, Stefan se ha convertido en una autoridad total cuando se trata de lobos y bosques. Ciego y dócil como un cordero sigo sus instrucciones y consejos, y asiento respetuosamente cuando diserta sobre los animales del bosque. A pesar de que es autodidacta, parece tener una perspectiva global sobre el tema. Incluso suelta los nombres de pequeñas hierbas aromáticas y flores con la mayor naturalidad. Mi plan es que Mats, que también es un gran conocedor del bosque y su fauna, pueda ponerlo un poco a prueba. Porque Mats rara vez se deja llevar por las autoridades, ya sean religiosas o científicas. Escéptico hasta la médula puede, si está de humor, ser muy polémico.



De camino a Suecia, no voy directo a Glaskogen. Gracias a un soplo que me han dado sobre huellas de lobos, me desvíó por Eidskog, al sur de Hedmark. A pesar de que esta es la tierra del poeta del bosque Hans Børli es *terra incognita* para mí y otros muchos, está a solo dos horas de Oslo. ¿Con qué frecuencia oímos hablar de las poblaciones de Skotterud, Tobol y Matrand? Este es un trozo de la Noruega bien escondida en lo más profundo del bosque que los noruegos ansiosos de hacer compras cruzan en su camino a los bien surtidos supermercados de Charlottenberg, al otro lado de la frontera con Suecia. Hay bosque y más bosque. Hasta tres cuartas partes de la región de Eidskog está cubierta de bosque, una de las típicas regiones boscosas de Noruega. A pesar de que no tenga la misma importancia económica que hace cien años, sigue significando mucho en muchas regiones periféricas. La tala. La caza. La recolección. Desde nuestro punto de vista urbano, a veces lo olvidamos, en nuestro afán de proteger depredadores y bosques.

En Eidskog voy a buen ritmo hacia el campo salvaje. El invierno, vestido de blanco, ha pasado por el bosque y ha dejado un ligero manto de nieve. Por fin llego a un pequeño lago. El cielo invernal está azulado y el bosque, airoso en torno al agua, forma una curva elegante, como un pequeño gancho, de ahí el nombre de Kroktjern. En el hielo aparece una pisada de lobo, otra y otra más, y eso no es todo: en la orilla del lago se juntan todas las huellas. En algunos lugares el terreno está muy hollado, como si hubiera habido una convención anual de algún club de lobos. Contaba con encontrar huellas, pero no en semejante cantidad. ¿De veras son de lobos? ¿Tantas en un mismo lugar? En ese caso, ¿por qué se han reunido aquí?, me pregunto, y llamo a Ole Knut, mi experimentado contacto en la SNO, el tipo que hasta ha escrito manuales sobre el tema. Me contesta sin resuello y me dice que él también ha

salido a buscar huellas en la nieve fresca, que he dado con un lugar de encuentro para lobos. Cuando el macho alfa y la hembra alfa se aparean, con frecuencia abandonan al resto de la manada, me explica. Entonces, el resto de la manada se reúne en lugar abiertos, con buena visibilidad, como lagos o pantanos. Antes de colgar me explica que esta manada de Eidskog resulta misteriosa. ¿De dónde proceden? ¿Han ido hacia el este desde la manada de Rømskog? ¿O se trata de una de las conocidas como «manadas de la frontera»? Al fin y al cabo, no menos de la mitad de los lobos que se han registrado en Noruega se mueven a ambos lados de la frontera. Me pide que busque pelos y heces, para poder obtener el ADN de la manada. Doy unas cuantas vueltas por el lago y localizo otros lugares de encuentro. Las huellas se pierden en el bosque, y me adentro en este por un pinar abierto siguiendo las huellas.

Durante el último año he adquirido una costumbre: mido las huellas y busco heces. De vez en cuando me detengo, busco marcas de orina y pelos en el terreno debajo de las ramas de los abetos. Contando las hileras de pisadas llego a la conclusión de que por aquí ha pasado una manada de cinco lobos. Como ya he estado por esta zona antes, deduzco que se trata de los cachorros, tanto de los de este año como de los del pasado. Mi aproximación al bosque y a sus animales es analítica y fría: busco huellas, calculo la edad del bosque y estudio el paisaje.

Camino siguiendo una hondonada en un bosque de abetos, y la inquietud se abre paso en mí poco a poco, no es intensa, no llega al pánico, pero sí difusa e indefinida. ¿Es la certeza de que hay lobos en el bosque la que causa esa sensación siniestra? ¿O es el tupido bosque de abetos con árboles muertos y grisáceos lo que afecta a mi estado de ánimo? En el libro de los psicólogos Kaplan y Kaplan *The Experience of Nature*, se pidió a gentes de culturas muy distintas que clasificaran distintos tipos de paisaje. El bosque tupido obtuvo

unas notas bajas. Se han hecho decenas de investigaciones con posterioridad, también en Escandinavia, y todas llevan a la misma conclusión: el bosque muy denso y el bosque que contiene muchos árboles muertos no es muy popular. Mientras que los bosques despejados, que recuerdan a parques, con grandes árboles y el sotobosque bien definido, obtienen puntuaciones muy altas. ¿Por qué?

El guante ha sido echado, se cuentan los pasos: un duelo académico tiene lugar entre biólogos, sociólogos y humanistas sobre si es la cultura o la genética la que nos predispone a preferir distintos paisajes, pero tal vez la verdad esté en un punto medio. Algunos biólogos señalan que para nuestros lejanos parientes prehistóricos la cuestión fundamental era ver y no ser visto. Por ese motivo, preferimos el bosque que podemos controlar con la mirada, que nos da una sensación de seguridad y control. Así, el cerebro nos premia con sentimientos positivos y armonía; simplificando, podría decirse que se produjo una selección genética de paisajes entreabiertos, no muy distintos de las actuales sabanas, de ahí el nombre de la «teoría de la sabana».

Una afirmación mucho más polémica y en parte ridiculizada es la del guardabosque alemán Peter Wohlleben. En su libro *La vida secreta de los árboles*, escribe sobre árboles que sienten dolor, emiten gritos de sed en alta frecuencia y educan a sus «hijos-árboles». El autor defiende que el malestar que experimentamos en algunos bosques, como en un denso bosque de abetos, puede deberse a que los árboles están en permanente alerta y despiden aromas para señalar «alarma». Según afirma, de manera controvertida y en parte no documentada, el guardabosque alemán, nuestro malestar se debe a que captamos esas moléculas de olor, lo que hace que, instintivamente, capturemos el estado de salud del bosque y, hasta cierto punto, «sintamos» con él.[2]

Tampoco podemos escapar al discutido bosque primario, con poca

visibilidad y lleno de árboles muertos, tanto caídos como en pie. Las fotos de bosques con árboles muertos y troncos caídos en general consiguen puntuaciones bajas en distintas investigaciones, lo que resulta paradójico ante nuestro afán de proteger cada vez mayores extensiones de bosques. Sin embargo, en una encuesta relativamente reciente se vio que las fotos del bosque primario que iban acompañadas de un breve texto informativo sobre la importancia de los árboles muertos para la biodiversidad obtenían una puntuación significativamente superior a las que no lo llevaban. Esto quizá signifique que podemos aprender a que nos gusten distintos tipos de bosque y que, si somos más conscientes de la importancia del bosque viejo, puede percibirse como más hermoso, una especie de bosque «encantado». No es que esto sea así de simple, puesto que las preferencias personales también importan mucho. Si has pasado tu infancia en Eidskog, es más probable que te guste el bosque cerrado de abetos que a quien proviene de Finnmark, por ejemplo, en la hermosa pero casi carente de bosques península de Varangerhalvøya.

La búsqueda termina en otro lago, donde encuentro nuevos puntos de reunión de los lobos en la nieve. Mientras cruzo el lago helado, aparecen huellas recientes de lobo. Miro alrededor, como si tuviera la sensación de ser observado. La fila de huellas cruza el pequeño lago y se pierde en el bosque. Las sigo un tramo, pero pronto he de rendirme. En el sotobosque prácticamente no hay nieve, a pesar de que estamos a mediados de febrero. Un destello rojo en el cielo me recuerda que ya es el final de la mañana, que debo dar la vuelta para llegar a tiempo a mi cita en Glaskogen.

Esta vez vuelvo al coche por una explanada abierta por la tala. Hay tocones, ramas, nuevos brotes de pino y arbustos. A pesar de que no me

gustan mucho las áreas taladas a lo ancho (lo que según las investigaciones les pasa a otras muchas personas), ahora mismo es un alivio que el bosque se abra. Da aire. Da perspectiva. En un alto oigo los tranquilizadores sonidos de la civilización, tráfico y ladridos de perro. Por mi parte a veces tanto bosque resulta excesivo, y todavía no estoy en la situación de Lars Monsen y sus aventuras recogidas por la televisión: no me voy al bosque durante meses, ni vivo de pescar truchas y anido en una tienda de campaña. O, ya puestos, como Stefan y Mats, que pasan semanas seguidas en la naturaleza salvaje. A mí me bastan las largas excursiones de un día. El bosque se puede volver demasiado oprimente y denso, un lugar en que los sentimientos tienden a tomar el control.

Voy por la planicie talada, por el bosque oscuro, y vuelvo a Kroktjern. Enormes pinos rodean el lago helado. El sol es un ascua sobre las copas de los árboles en el transparente cielo azul e invernal. Mientras camino por la laguna, casi me parece creer en la lacónica afirmación de Fridtjof Nansen: «El grito de la naturaleza salvaje vibra bajo todas nuestras acciones, hace que la vida sea más profunda, limpia y noble».

Son las seis. En una especie de hermanamiento sueco-noruego, Mats, Stefan, Claes y yo nos encontramos en el camping de Glaskogen. Prismáticos de visión nocturna. Potentes linternas. Cámaras con teleobjetivo. Ropa de abrigo. Botas altas. Hacha (por si hubiera árboles caídos). Red Bull. Patatas fritas. Lo metemos todo en el Land Rover de Stefan y nos adentramos en el bosque.

Mats y Stefan congenian al instante. Hablan del cortejo del urogallo, de los azores, de la población de liebres, del pájaro carpintero de cresta blanca, de apps sobre pájaros, lobos y gestión forestal. A pesar de que tanto Mats como

Stefan son gente de bosque, su relación con este es distinta. En el caso de Stefan, se mueve por una profunda curiosidad y amor por la vida en la foresta. Sigue el rastro del lobo, anilla halcones peregrinos, busca los lugares donde se reproduce la víbora, insectos en peligro de extinción y especies poco frecuentes de ranas. También le gusta el bosque primario y afirma que una parte del bosque debería quedar intacta. Pero, aunque Mats comparte mucho del interés de Stefan por los animales y disfruta de una excursión al bosque, para él este no solo es un área de recreo. También es un negocio. Hay que talar árboles, hay que despejar el terreno de los bosques nuevos, las ovejas deben pastar y hay que cazar alces. Eso proporciona capital imprescindible para gestionar la granja y mantenerla. Desde ese punto de vista hay cierta tensión entre ellos cuando discuten. Mats no está a favor del lobo de manera incondicional y, cuando pasamos ante una explanada talada, no se cabrea, como Stefan, sino que ve el lado práctico y los beneficios de talar el bosque en una sola zona.

Al cabo de un rato nos detenemos junto a un lago, alargado y ancho, rodeado del bosque de coníferas. Sobre nosotros el cielo es una bóveda estrellada, mientras que la foresta está delante, oscura. El procedimiento es el mismo de la última vez: Stefan se coloca, forma una bocina con las manos y emite potentes aullidos que recorren los bosques de Värmland. Nos quedamos en completo silencio, a la escucha. Se repite el procedimiento. Ningún lobo responde, el silencio es absoluto.

—Escuchad —dice Stefan de pronto.

Escuchamos. Al principio no oigo nada. ¿Ha captado Stefan un leve aullido de lobo con su oído casi extraterrestre?

—Es un mochuelo boreal —susurra Stefan.

Esta rapaz nocturna oye muy bien, al parecer mejor que todos los búhos. El

canto aumenta de intensidad y oigo una especie de melódico canto tirolés por el bosque. Mats también lo ha oído.

—Ah, lo oigo todas las mañanas desde mi habitación —informa.

Linneo le dio el nombre latino *funereus*, de fúnebre. Muchas supersticiones van aparejadas a los búhos, desde que son los enviados del submundo hasta que son sabios (a menudo representados con gafas). Desde la Antigüedad se decía que el canto del cárabo, *klerit, klerit, klerit*, significaba *kler hvitt, kler hvitt*, que en noruego quiere decir «va de blanco, va de blanco», como para indicar un sudario. Por eso la gente creía que el búho anunciaba la muerte. Por eso cabría pensar que expresiones como «búhos en el musgo» (que significa que algo no está claro) o «visto con ojos de búho» (o sea, mal visto) procederían de la dudosa reputación del búho. Pero, en realidad, esos dichos provienen del danés, de las expresiones «lobos en el musgo» y «visto con ojos de lobo», pero como el lobo estaba exterminado en Dinamarca, el lobo fue distorsionado, o modificado, hasta ser un búho.

El silencio se extiende por el bosque, pero a lo lejos se oye un motor.

—¡Corred! —grita Stefan, como si hubiera visto al demonio en persona.

Corremos a través del bosque oscuro, Claes, Mats, Stefan y yo. En el lago vemos un enorme 4x4 que derrapa por el hielo, oscilando de lado a lado, mientras la potente luz del vehículo recorre el agua como un faro sobre un mar oscuro. De la ventanilla asoma una linterna que ilumina el otro lado del lago.

—Cazadores. Buscan lobos —constata Stefan estresado cuando nos metemos en el coche. Arranca y salimos lanzados por la pista forestal nevada.

Tengo una idea: saco la pegatina de LOS HOMBRES DE VERDAD DISPARAN A LOS LOBOS y la pego al cristal. Si nos paran unos *hooligans* suecos seguro que saldremos del apuro charlando.

¿Qué significa todo eso? ¿De veras se puede tener problemas con ellos, los

cazadores, aquí en la segura e híper reglamentada Suecia?, nos preguntamos Mats y yo.

—Nos acosan y amenazan —explica Stefan—. Si se hacen con la matrícula, la cuelgan en foros cerrados de internet. Después buscan a los propietarios de los coches, los insultan, les preguntan qué hacen en el bosque.

Porque Stefan y Claes son lo que llaman *vargkramare*, «besalobos» y, entre algunos habitantes de Värmland, un «besalobos» está en la misma categoría que pedófilos y violadores. De hecho a Stefan y Claes no les gusta que los llamen así, tan cargado de mal rollo está el término.

—Los besalobos están en contra de toda la caza del lobo, pero ese no es nuestro caso —precisa Stefan.

—Pero ¿tienes miedo de verdad? —le pregunto al sueco, a él, que busca depredadores en solitario sin temor, mientras vamos a toda velocidad por la pista.

—Miedo, no, no tengo miedo. Pero mi mujer se preocupa. Al fin y al cabo, me han disparado...

Y entonces le cuenta toda la historia a Mats, la de los noruegos de caza furtiva y el tiro que sonó entre las copas de los árboles. Recuerda un poco a la película *The Hunters*, en que la gente del pueblo, ciertamente una caricatura estereotipada, se dedica a la caza furtiva de alces y acaba cometiendo un asesinato. Eso no va a ocurrir aquí, en la idílica Värmland, con sus pequeñas cabañas pintadas de rojo de Falun, sus lagos que destellan al sol y hermosos e interminables bosques. Mientras Stefan habla, las luces del coche sobre el lago helado se alejan cada vez más. Por suerte, parece que no nos han descubierto.

Como contacto para los depredadores en la SNO, Mats habla de circunstancias similares en Noruega, de ruedas rajadas y violentas diatribas imposibles de zanjar. Pero ellos, Mats y Stefan, no están del todo

sincronizados cuando se trata de los lobos. Mientras que Stefan habla de acoso a quienes se interesan por este animal y encuentran al depredador fascinante, a Mats le preocupa que se difame a quienes están en contra del lobo. Cuando Stefan habla de la importancia de la biodiversidad, que las áreas forestales son tan amplias que hay sitio para todos los animales, incluido el lobo, están de acuerdo. Pero Mats también lo ve desde una perspectiva periférica. En contra de la norma no escrita de la SNO de no tomar partido en favor o en contra del lobo, escribió una crónica en la sección de opinión de la web de la radiotelevisión pública, NRK, donde se mostró crítico con la excesiva importancia que muchos biólogos dan a los grandes depredadores en nombre de la biodiversidad. Hay muchos argumentos de peso para defender la vuelta del lobo, señaló Mats, pero la biodiversidad no es uno de ellos. Los lobos suponen un grave riesgo para los rumiantes, y pastar, tanto en campos cultivados como en baldíos, es importante para la conservación de muchos helechos, insectos y setas. También argumentó que no tiene sentido decir que el lobo está en peligro de extinción, considerando el gran número de ejemplares presentes en nuestros países vecinos. Porque, a pesar de que el lobo está incluido entre los animales en peligro extremo de extinción en la lista roja de Noruega, a escala global el lobo no preocupa tanto. En la crónica, Mats concluía: «Una cosa está clara: la naturaleza y la biodiversidad de Noruega se preservan perfectamente sin grandes depredadores».

Experimentó en carne propia la intensidad del debate en torno al lobo, pues apenas un par de horas después de que se publicara la crónica, tenía seiscientos comentarios. Mats, algo desconcertado, pronto se dio cuenta de que había metido la mano en un avispero. Uno decía que la naturaleza noruega se puede apañar «perfectamente sin ovejas, sin el biólogo Mats Finne y sin gente en general». Mats fue criticado por tener intereses privados

como propietario de bosques y rebaños de ovejas, por limitarse a cuidar de su propia cartera. En los comentarios, adversarios y defensores del lobo discutían sobre su peligrosidad, sobre la disminución de la población de alces, sobre las causas de la reducción de pastos en terrenos baldíos y sobre gente, de los pueblos y de la ciudad, que no entendía una mierda.

—Que se cacen lobos legalmente me parece bien, pero odio la caza furtiva —proclama Stefan, algo en lo que ha insistido muchas veces—. Es mejor la caza controlada. Así se pueden cazar los individuos apropiados. En ocasiones se caza furtivamente al macho alfa o a la hembra alfa. Si acaban con ellos, llegan nuevos lobos para hacerse con el territorio. No sirve de nada —explica Stefan, y añade que la caza ilegal también puede contribuir a que los individuos genéticamente importantes desaparezcan. Las historias son muchas. Manadas enteras, a las que Stefan ha seguido, han desaparecido de pronto. Los detractores del lobo en Värmland son muchos, al igual que al otro lado de la frontera en Hedmark. Ni siquiera la policía es neutral. Stefan considera que todo eso son injerencias, solo quiere estar en paz en el bosque, lejos de los debates, las discusiones y los cazadores.

Pero ¿qué piensa Claes, que va callado en el asiento trasero?

—¿Te dan miedo los cazadores? —pregunto.

—No, me importan una mierda. Que vengan si quieren. Claro que no tengo el coche a mi nombre, sino a nombre de mi mujer —añade y se echa a reír.

Pasamos zonas taladas, una detrás de otra, mientras nos adentramos en Glaskogen. Grandes montones de ramas y troncos están apilados sobre las superficies desnudas, sin árboles. A pesar de que las autoridades regionales de Värmland presuman en su página web de que se trata de una reserva natural de «carácter salvaje» y con «localizaciones de gran belleza natural», los trabajadores forestales han sido muy duros con el bosque. Reserva o no, solo unas quinientas hectáreas del bosque están protegidas contra la tala. En

el resto de las veintinueve mil hectáreas, los propietarios de los bosques pueden explotarlos como quieran. Casi resulta grotesco que llamen «reserva natural» a todo el bosque de Glaskogen.

—Mira esto, el bosque está talado por todas partes. He venido desde que era niño. Entonces era un bosque natural, y los abetos de setenta u ochenta años eran imponentes. Ahora solo quedan palitroques —protesta Stefan—. Hay mucho bosque, pero ¿qué clase de bosque es este? —Pregunta retórica—. Los hábitats desaparecen, las especies se pierden —continúa con desánimo.

Mats se arriesga de nuevo a equilibrar la balanza. Aunque le parece triste que se talen bonitos bosques antiguos y hace poco que ha protegido una parte importante del suyo, como dueño de una explotación forestal tiene una visión más práctica del asunto.

—Muchas veces talar un área concreta es la única manera de que resulte rentable —dice—. El bosque es un recurso que debe utilizarse y aprovecharse. Por eso, algunos consideran que es un lujo preservar la biodiversidad.

El sueco habla de cuando estuvo en Borneo, donde la situación era peor. Recorrió decenas de kilómetros de plantaciones de aceite de palma, escondidas a los turistas tras una estrecha franja de bosque, que había suplantado a la selva virgen. Y cuando fue a Uganda y vio los efectos de la tala en la selva virgen, su alma lloró, como lo expresa él mismo. La mitad de los bosques tropicales habían desaparecido en apenas dos décadas. Cuando el bosque se extinguía, la tierra se secaba y solo crecía la hierba.

Rodeado de extensiones taladas a ambos lados de Glaskogen hago referencia al libro *Colapso*, del investigador y escritor estadounidense Jared Diamond, y les recuerdo las amplias consecuencias que pueden tener distintas políticas forestales. Diamond pone como ejemplo dos estados del Caribe,

Haití y República Dominicana, que comparten la isla La Española. Cuando llegaron los primeros europeos, todo el mundo hablaba de los exuberantes bosques de la isla. Ahora una gran parte de estos ha desaparecido, pero si se estudia una foto de satélite de la frontera entre los dos países, lo que Diamond quiere explicar queda tan claro que resulta cómico: al este de la frontera, en República Dominicana, las profundas depresiones del terreno tienen un verde oscuro del bosque, mientras que, al oeste, en Haití, el paisaje se ve quemado y pálido. En Haití resta tan solo un 1 por ciento del bosque, en cambio República Dominicana ha conservado el 28 por ciento. ¿Por qué estos dos países han actuado de maneras tan diferentes?

La respuesta es compleja, señala Diamond, pero hace referencia a Joaquín Balaguer, el anterior presidente y dictador de República Dominicana.[3] En sus tres períodos presidenciales (el primero a partir de 1960 y el último hasta 1996), protegió amplias zonas forestales y no tuvo escrúpulo en usar para ello la fuerza. Cuando la protección de los bosques no se respetaba y ricos terratenientes se dedicaban sin cesar a la tala en el interior de la zona protegida, tomó medidas. En una de las acciones más conocidas en la historia de la protección medioambiental, en 1967, mandó al ejército para detener la tala ilegal. La batalla acabó con tiroteos y una decena de leñadores murieron. No es de extrañar que esto tuviera un fuerte efecto preventivo. En Haití el famoso dictador François «Papa Doc» Duvalier y su hijo Jean-Claude «Baby Doc» Duvalier no sentían la misma predilección por los bosques, y el expolio de estos siguió adelante.

Con esto en mente, resulta tentador volver a abusar de la obra del historiador británico Simon Schama, *Landscape and Memory*, en que habla de la Alemania nazi y los bosques. Para los alemanes, el bosque formaba parte de la identidad alemana, un símbolo que se manifestó en la batalla del bosque de Teutoburgo, inmediatamente después del nacimiento de Cristo.

Tras leer sobre la batalla, no pude por menos que visitar en persona este mítico bosque. Un airoso bosque de hayas, con un cerrado sotobosque plagado de arbustos, donde las tribus germánicas, conducidas por el jefe Arminio, asaltaron a tres legiones romanas por la retaguardia. Los germanos que se escondían en el hayedo mutilaron y asesinaron a cuarenta mil legionarios romanos.

Hubo muchas batallas entre romanos y germanos, pero esta batalla, de la que algunos historiadores destacan que detuvo definitivamente el avance de los romanos hacia el norte, asumiría después un significado mucho más importante. Tanto en la reunificación de Alemania como para los nazis, se convirtió en el símbolo de la excelencia de la raza germana, muy vinculada con la naturaleza intacta representada por los bosques. El mismo Hermann Göring fue designado *Reichforstmeister*, ministro de los Bosques y de la Caza, y en las nuevas zonas conquistadas en la *Lebensraum* de la Alemania nazi, como el bosque de Białowieża en Polonia, debían abundar las especies «teutonas» como el águila, el alce y, por supuesto, el lobo. Allí los nazis podrían salir de caza y, en cierto modo, lo hicieron, porque miles de rusos y polacos fueron ejecutados en el bosque. Según Schama, ningún gobierno se ha tomado tan en serio la preservación de los bosques alemanes como los nazis. «El exterminio de millones de vidas humanas no era de ninguna manera incompatible con la defensa apasionada de millones de árboles», concluye.[4]

Esta noche los abetos se alzan como afilados y punzantes dientes hacia un cielo estrellado. Otro lago brilla ante nosotros bajo la luna. A lo lejos, una ligera neblina vela el horizonte. En nuestro camino hemos visto muchas huellas de lobeznos y Stefan se muestra optimista. Caminamos hasta el centro

del lago en fila india. Él llama. Nosotros llamamos. Nuestros aullidos parecen un eco sobre el lago. Estamos inmóviles. Hemos hecho tantos viajes fallidos, nos hemos parado tantas veces en vano, que no espero nada. Al principio solo oímos el rumor del bosque y el leve temblor en las copas de los árboles. Pero después, al principio débilmente, oímos un aullido pleno y redondo desplegarse en la noche. Luego otro, y otro más, y un cuarto lobo empieza a aullar. Al final dos más se unen al coro. Esto es diferente a todo lo que he experimentado antes. Aullidos profundos se mezclan con otros más ligeros, de notas casi sobrenaturales. Estamos en actitud devota, como si fuera una misa nocturna en medio de tierras desoladas. Ahora me doy cuenta de por qué Stefan y Claes salen al bosque en busca de los lobos, noche tras noche. Porque esto vale por todas mis salidas fallidas, las noches perdidas, el tiempo dedicado a planear, la espera, las horas de coche dando vueltas por zonas boscosas de Noruega y Suecia. Esto es muy fuerte, y es fácil recurrir al tópico y decir que es una especie de encuentro con la cruda naturaleza primitiva, sin contaminar por el ser humano y la civilización.

Nuevos aullidos atraviesan la noche, y se deslizan por el bosque negrísimo. La manada de lobos empieza una y otra vez. Con frecuencia, aúllan así antes o después de la caza nocturna, como un ritual para reforzar la cohesión del grupo. Entonces se oye un aullido más intenso.

—Es un macho, un cachorro del año pasado. Hará de niñera —dice Stefan.

Con frecuencia los cachorros de dos años cuidan de los cachorros del año cuando los padres, el macho alfa y la hembra alfa, salen de caza o se aparean. Les gusta estar en terreno abierto, donde pueden tener controlados a los cachorros más jóvenes.

Stefan señala un promontorio que se adentra en el agua y explica que la manada está detrás de él, quizá a no más de doscientos o trescientos metros de nosotros. Un parloteo de aullidos agudos recorre la superficie del lago: son

los cachorros del año, según Stefan, que saca los prismáticos nocturnos. Los lobos sienten curiosidad por saber quién está aquí, aullando. El sueco apuesta a que la manada podría aparecer sobre el hielo de un momento a otro. No es infrecuente. Escrutamos la superficie, pero la neblina se expande como un velo por el lago y reduce la visibilidad. Tras una pausa, la manada aúlla de nuevo, emitiendo sonidos cacofónicos y de tonos psicodélicos que se extienden sobre el lago.

—Nos están hablando: «¿Quiénes sois? ¿Dónde estáis?» —informa Stefan. Dieciséis veces oímos los aullidos de los lobos atronar el bosque.

—¡Esta es la más extrema de las experiencias en la naturaleza salvaje! — exclama Mats, el habitualmente imperturbable propietario de bosque.

Mientras intentamos localizar la manada a la luz verdosa de los prismáticos de visión nocturna, pienso en el filósofo, defensor de la naturaleza, científico y escritor Aldo Leopold. En 1949 escribió el influyente best seller *Un año en Sand County*. En uno de los ensayos del libro, «Pensar como una montaña», defendió la vida sin pensar en su utilidad. Durante una cacería en las montañas, Leopold y sus compañeros oyeron un profundo aullido que sonó como un eco entre las crestas de las montañas. «Es un arrebató de tristeza salvaje y obstinada, de desprecio hacia todas las adversidades del mundo», escribió, y vieron una loba que buscaba a sus cachorros. Le dispararon, se desplomó y, cuando llegaron hasta ella, vio en la mirada de la loba «una violenta llama verde que se apagaba». En su ensayo, Leopold filosofaba sobre que el aullido del lobo contenía una clarividencia oculta que «las montañas conocen hace mucho, pero pocas veces ha comprendido el ser humano». Se trata de pensar como una montaña, afirmaba, y hacía hincapié en que ese depredador forma parte de una unidad mayor, una unidad que no debe alterarse en nuestra búsqueda corta de miras de seguridad, riqueza,

comodidades y una larga vida. «En la naturaleza salvaje está la salvación del mundo», escribe finalmente Leopold.

A pesar de que la idea de proteger los bosques y los animales ya había cobrado vida cuando se publicó *Un año en Sand County*, el ensayo de Leopold es considerado uno de los primeros escritos en defensa de los lobos, un escrito que contribuiría a que fuera declarada especie protegida algunos decenios más tarde y, lo que no es menos importante, a que se repoblara con lobos el parque nacional de Yellowstone, una propuesta que precisamente Leopold fue el primero en hacer.[5] También hubo cazadores que a finales del siglo XIX no solo veían ventajas en la desaparición del lobo, entre ellos el legendario cazador sueco Gustav Schröder. Es cierto que en un primer momento se consideró afortunado porque el lobo hubiera desaparecido de los bosques de Suecia, ya que por fin podría dejar sueltos a sus perros. Pero un par de años después escribió meditabundo que, en ausencia de lobos, cada vez había más zorros, y eso afectaba a las aves del bosque y las liebres, una conexión que todavía se investiga. Fue entonces cuando Schröder escribió las singulares palabras: «[...] sería mejor que nos devolvieran a los lobos», un punto de vista sumamente infrecuente en aquella época.[6] Mientras que el lobo en general no era bienvenido, los suecos fueron pioneros en crear reservas para los osos, y el parque nacional de Sonfjälet se estableció ya en 1909. Cuando el castor fue totalmente exterminado en Suecia, algunos temieron que pasara lo mismo con el oso.

Los lobos se han callado. Stefan aúlla, Claes aúlla, Mats aúlla (aunque suena como un zorro enfermo) y yo aúllo (todavía peor que Mats). Todos aullamos. Lo intentamos repetidas veces, pero no responden, y tampoco se dejan ver sobre el hielo. La manada de lobos está completamente muda. Tal vez se han dado cuenta de que no eran otros lobos los que aullaban, supone

Stefan. Nos quedamos un rato sobre el hielo, sintiendo el bosque y la oscuridad.

Después de recorrer el bosque, estamos otra vez en el aparcamiento del camping. La excursión ha terminado, lo que me apena. Stefan me da un fuerte beso en la mejilla al despedirse, como si fuera la última vez que vamos a vernos.

—Enhorabuena —me dice.

Creeré que se ha acabado, que lo dejo, que voy a zanjar esta búsqueda inquieta de lobos. Porque Stefan sabe, por sus veinte años de trato con los lobos, que la experiencia de esta noche ha sido única, una rareza, incluso para gente experta en los bosques. Tiene razón. Puedo dejarlo ahora. Y eso fue lo que pensé en el bosque, mientras escuchaba el concierto de los lobos. Encajaba a la perfección con mi plan: un año persiguiendo a este animal era suficiente. No debía degenerar. Tanta salida relacionada con los lobos ya está minando mi vida familiar, laboral y social. Pero, allí, en el aparcamiento helado, Stefan no deja de hablar de otras experiencias muy fuertes en la naturaleza salvaje: lobos que han caminado a su lado, las veces que ha estado solo, escondido en el bosque y, después, tras muchas horas de espera, el lobo ha aparecido. En ocasiones se ha acercado tanto que lo ha fotografiado, o «foteado», como dice él en sueco. Ha sacado miles de fotos de lobos, en el móvil me enseña una de una hembra con tres cachorros, que deambula por un pantano a la luz gris del amanecer.

—¿Puedo ocultarme contigo en el bosque? —le suelto cuando me estoy subiendo al coche, haciendo caso omiso a los planes que yo mismo me he trazado. Lo he escuchado, pero ahora quiero ver un lobo salvaje, aunque solo sean dos ojos fugaces en la oscuridad, o la punta de la cola.

Stefan me observa receloso y luego se echa a reír.

—¡Te ha picado el virus del lobo! —constata, y añade tras tomarse una pausa para reflexionar—: Eres demasiado impaciente e inquieto. Si vas a esconderte tendrás que estar completamente inmóvil, seis o siete horas, si no más. No puedes comer, estirar las piernas o mover los brazos. No serás capaz.

—Vamos, sí lo seré —digo haciendo una tentativa, y me río para rebajar la tensión, sorprendido de que haya descubierto una de mis debilidades, la impaciencia. La que hace que me enfade si mis hijos tardan, aunque sea un minuto, en vestirse por la mañana, la que ha provocado que mis amigos nunca me inviten a ir con ellos a pescar.

Stefan no dice ni sí ni no, mi petición se queda en el aire. Es hora de irse a casa y cada uno en su coche. Mats y yo echamos una carrera por las curvas de las pistas forestales de Glaskogen. Casi es medianoche. No soy capaz de relajarme del todo, dejar de pensar en lobos y bosques. Tiene que haber más excursiones en busca del lobo. Porque el bosque es como una droga. Me he convertido en lo mismo que Mats y Stefan. El bosque: ese soy yo.

A la mañana siguiente le mando un mensaje a Stefan: «Lo raro es que desperté y lo primero en que pensé fue: quiero ir al bosque. Quiero ver lobos». Stefan responde: «Estás pillado, ja, ja».

Síndrome de abstinencia de los lobos

Han pasado dos semanas, dos semanas sin seguir las huellas de los lobos. Dos semanas parecen mucho. Estar en la ciudad, entre el humo de los coches y la nieve sucia, leer sobre los bosques, los lobos, no calma mi necesidad de salir a la naturaleza salvaje. Debería trabajar, aferrarme al escritorio, pero la llamada del bosque es demasiado fuerte. Claro que, tal vez, no se trate tanto del bosque como de la ansiedad por buscar, escuchar y localizar a los lobos. Lo que empezó como una idea original, algo con lo que me relacionaba con cierto distanciamiento académico, se ha convertido en una pasión. Me han contado más de una vez que se empieza siguiendo las huellas de los lobos y luego uno no es capaz de parar. Stefan lo llama «abstinencia de los lobos». Estoy fascinado por este animal, que cada vez olvido con más frecuencia que debería estar investigando el bosque en su totalidad y su historia.

A pesar de que he oído aullar a los lobos y los he localizado, me falta algo. Porque cuando hablo a amigos y conocidos de mis excursiones, suelen acabar haciéndome esta pregunta: «¿Y los has visto?». Entonces respondo que los he oído, y hablo con pasión de los aullidos plenos del lobo que resuenan en lo profundo del bosque oscuro. Argumento que es mucho más potente e impresionante oírlo que verlo, afirmación que Stefan ha repetido muchas veces. Él debe de saber de qué habla, él, que se ha encontrado con el lobo más de doscientas veces. Pero mi deseo de ver un lobo salvaje «en directo»

no me abandona. Veo con enfado documentales en que los fotógrafos sacan una imagen tras otra del depredador. Además, oigo a la gente contar historias, como la de un invierno de intensas nevadas en que una manada de lobos salió a Øsensjøen, en Hedmark, y excursionistas se precipitaron allí para verlos. Por supuesto que, en gran medida, es una cuestión de suerte. Un amigo mío que iba a su cabaña en Trysil vio, casualmente, a un lobo que cruzaba la carretera. Casi a diario lee uno sobre gente que ha visto lobos de manera totalmente inesperada, andando furtivo por un campo cultivado o por un camino rural.

Debo reconocer que siento envidia, y espero, deseo, tener un contacto más cercano e intenso. Casi bombardeo a Stefan con mensajes, sin cortarme un pelo, y le escribo: «¡Ay, tengo mono de lobo!». Y es que «quiero salir», echo de menos Glaskogen y necesito ir de excursión más veces y, si puede ser, mimetizarme con el bosque.

«Mono de lobo, eso es bueeeeeeeno. Entiendo cómo te sientes», responde Stefan, pero no concreta. Me escribe que ahora hay pocos lobos y que los próximos fines de semana va a estar muy ocupado. Hablo con Ole Kristian, el que me presentó a Stefan. «Tómalo con calma y no des la lata», me aconseja, pidiéndome que tenga consideración. Al fin y al cabo, Stefan tiene niños pequeños y una mujer de quien cuidar. Todo eso me da completamente igual, el síndrome de abstinencia es demasiado fuerte y, en el fondo, sé que Stefan tiene tantas ganas de salir como yo. Me ha prometido que volveríamos de expedición, durante la cual nos ocultaremos para esperar al lobo. Al final mi insistencia se ve recompensada: «El sábado podemos poner a prueba tu paciencia. Ven antes de las cuatro y media. Saldremos a esa hora. Estaremos completamente inmóviles entre las cinco y las once, sin movernos ni para hacer pis. Tráete un buen asiento y ropa oscura. Los lobos son súper observadores. Vamos a poner a prueba a Reidar el Urbanita, ja, ja».

Siete pinos. Un pantano despejado, de un amarillo ocre y rojizo de brezo y hierba. Un montículo cubierto de bosque. Eso es lo que tenemos a la vista, y así ha sido las dos últimas horas. A mi lado está sentado Stefan, inmóvil, en una silla pintada con colores de camuflaje. Nos hemos cubierto con un poncho de leves manchas marrones y verdes para fundirnos con el paisaje. Por este terreno pasa una pista de huellas de lobos y Stefan los ha visto aquí varias veces. La palabra clave si apareciera un lobo sobre el terreno pantanoso es «Chiiisss». Pero debemos estar alerta, me instruye Stefan, porque el lobo es como un fantasma. El pelaje grisáceo se funde con el paisaje y es difícil descubrirlo antes de tenerlo delante. Por si esto fuera poco, es listo y en extremo difícil de sorprender. Stefan me ha enseñado un par de trucos para evitar llamar la atención de los lobos: no debemos sentarnos de perfil, debemos tener el viento en contra, la cara y las manos deben estar ocultas. Además, tenemos que estar inmóviles, un ejercicio muy poco habitual para mí, pues ahora mismo me pica la nariz, se me han dormido las piernas y tengo que hacer pis. Un intenso escozor en la garganta me obliga a toser dos o tres veces, medio ahogado. Tengo razones poderosas para concentrarme en intentar no moverme porque Stefan ha insinuado con discreción que yo, el Urbanita, no soy capaz de esconderme, que soy demasiado inquieto y nervioso. Es muy posible que tenga razón, pero todo se puede aprender, digo yo.

Los minutos pasan lentísimos, se convierten en horas. «La hora del lobo», como llamó Ingmar Bergman a ese momento entre la noche y el amanecer, «la hora en la que más seres humanos mueren, cuando el sueño es más profundo, las pesadillas más reales. La hora en que los insomnes se ven perseguidos por su temor más intenso, cuando los fantasmas y los demonios son más poderosos». Mudos, somos testigos de cómo el bosque, oscurísimo y silente, se ilumina y cobra vida. Empezamos por oír los gritos solitarios de un

ánade real, después los trompetazos de una grulla que recorren la luz grisácea del amanecer como un eco. A lo lejos oímos un bramido constante del gallo lira. Los cuervos despiertan a la vida y una bandada de pájaros negros cruzan el marjal. «Korp, korp»,^[1] resuena su sonido metálico y el bosque vibra. Ahora mismo no nos hace falta ningún lobo, los pájaros nos proporcionan entretenimiento suficiente. De repente oímos un potente batir de alas y el aire se agita. Dos de los cuervos sobrevuelan nuestras cabezas. Son más grandes de lo que imaginaba, sus alas tienen una envergadura de más de un metro. Patrullan el bosque, según Stefan, que me ruega con insistencia que baje la vista y mantenga la cara y las manos ocultas. Si nos descubren, pueden avisar a sus compañeros de especie y al resto de los animales del bosque, entre ellos a los lobos, me explica.



Por lo visto el cuervo y el lobo tienen una especie de alianza: el cuervo avisa al lobo de los peligros y, a su vez, se beneficia de las carcasas que deja el lobo. Por eso Stefan estaba empeinado en que debíamos salir muy temprano, antes de que los cuervos empezaran a patrullar el bosque.

El cuervo está tan rodeado de mitos como el lobo. Fueron ellos los que ayudaron a Noé a buscar tierra firme desde el arca. En la mitología noruega los cuervos Hugin y Nunin eran los ayudantes de Odín, y junto con él y sus dos lobos, Gere y Freke, salieron a batallar. Si se veían lobos y cuervos camino de una contienda, era indicio de victoria. Hay una teoría según la cual el nombre germánico Wolfram tendría su origen en ese mito, formado por *wolf*, «lobo», y *ram*, «cuervo».[2]

A ratos me adormilo un instante en la silla pintada con colores de camuflaje; la noche ha sido corta. Por carreteras mojadas llegué tarde a Arvika y en lugar de ir a dormir acompañé a Stefan a una extraña misión de rescate. De repente, en un camino rural desierto de Arvika, apareció Stefan con un cubo y una linterna en la mano. En un primer momento no entendí qué estaba haciendo, pero después descubrí que por el asfalto mojado se deslizaban sapos, ranas y salamandras. Algunos estaban aplastados por las ruedas de los coches, otros heridos. Un par de semanas de calor, aunque solo estuviéramos en marzo, habían despertado a los anfibios de su hibernación en el bosque. Apenas hace cuatrocientos millones de años sus antepasados fueron capaces de traer la vida del mar a la tierra, mientras que esta noche lluviosa, como otras tantas, se esforzaban en cruzar la carretera con vida, esa barrera mortal entre el bosque y el lago donde van a aparearse, poner huevos y, por tanto, dar continuidad a sus genes.

Como sus primitivos antepasados están adaptados tanto a la vida terrestre como a la acuática. El agua es imprescindible para su ciclo vital, de huevo a

larva y luego a rana o sapo completamente formados. Esa vida dual se recoge en su nombre, «anfibios», tomada de la palabra griega *amphibios* que significa «de doble vida». Fue con los anfibios como comenzó todo en el Devónico, cuando una gran criatura, de aspecto similar al de una salamandra, *Ichthyostega*, se arrastraba por los marjales marcando el inicio de una serie de acontecimientos evolutivos que crearían los vertebrados terrestres, desde los dinosaurios hasta los pájaros en el cielo, y desde los mamíferos como los depredadores hasta nosotros, los seres humanos.

Stefan y yo vamos por la carretera, él recoge una pequeña salamandra, *Triturus vulgaris*, también llamada «tritón». Me muestra un par de exóticas manchas rojas en su abdomen. Bajo el haz luminoso de la linterna de Stefan descubrimos más animales que intentan cruzar la carretera, así como a los que levanta uno a uno, y mientras los deposita con cuidado en el cubo, me dice los nombres: esta es una rana corriente, *Rana temporaria*, y este un sapo, *Bufo bufo*. De las casi siete mil quinientas especies de ranas que hay en el mundo, solo una docena está adaptada a los países nórdicos.[3] Puesto que son animales ecotermos, cuanto más al norte se va, menos especies se encuentran.

Stefan acaricia la espalda rugosa del sapo.

—Glándulas venenosas —me informa—. Por eso el sapo no tiene muchos enemigos.

El veneno del sapo, bufonina, es tan potente que incluso animales de mayor tamaño, como los perros, pueden intoxicarse si intentan comerse un sapo. La bufonina tiene un efecto alucinógeno y era un componente habitual de las pócimas de las brujas.

Cuando el cubo está medio lleno de sapos, salamandras y ranas, Stefan se acerca a la laguna del otro lado de la carretera y los suelta. Puede pasarse horas así. Cada primavera se repite lo mismo. Si llueve, Stefan sale a

salvarlos. Algunas noches la carretera está repleta de criaturas, pero Stefan no tiene corazón para dejarlas allí. Entonces puede quedarse hasta bien entrada la madrugada. En la filosofía ecológica de Arne Næss, con cierto parecido a la filosofía biológica de Wilson, toda vida tiene un valor intrínseco. En Tvergastein, la cabaña de Næss bajo la pedriza de Hallingskarvet, el nonagenario cavaba pequeños surcos para salvar unas plantas minúsculas.

Me reconozco en el cariño que Stefan muestra por los animales. Unas lombrices que también se habían despistado por la carretera me recordaron a cuando era niño. Entonces me identificaba con las lombrices, las recogía y las echaba fuera de la carretera. Con los años me he endurecido. La muerte es natural, una parte del ciclo de la vida, y dejo a las lombrices abandonadas en el asfalto. Debería saber que no es así. Las lombrices son, y esto se ha repetido hasta la saciedad, buenas para la tierra. En un solo día, kilos de tierra pueden pasar por el sencillo intestino de una lombriz. La materia inorgánica se descompone. La tierra se airea. Pero con las lombrices pasa como con otras criaturas minúsculas: decimos «lombriz», decimos «mosquito», decimos «avispa», olvidándonos de que solo en Noruega hay registradas veintisiete especies distintas de lombrices, dos mil de mosquitos y cuatro mil cien de avispas.[4]

Charles Darwin rompió una lanza en favor de las lombrices, ya que estudió durante cuarenta años este anélido ciego, sordo y sin mandíbula. El año anterior a su fallecimiento publicó el libro *La formación del mantillo vegetal por la acción de las lombrices con observaciones sobre sus hábitos*. [5] Darwin realizó sofisticados experimentos con las lombrices. Cuando tocó para ellas el piano y el fagot, descubrió que no reaccionaban al sonido, pero sí a las vibraciones. Cuando por ejemplo se tocaba una nota grave al piano, las vibraciones hacían que se retiraran a sus pasillos subterráneos, observó Darwin. Deberíamos estar agradecidos al pequeño gusano que ara la tierra,

opinaba el padre de la teoría de la evolución. Darwin también bromeaba sobre que debería escribir el libro sobre las lombrices antes de «unirse a ellas», lo que resultó casi profético: murió al año siguiente de su publicación.

El pantano no presenta indicios de vida. No hay lobos, ni alces, ni corzos. Pero, curiosamente, no me aburro. Al contrario, hay una especie de paz tácita en solo observar el bosque, contemplar la neblina matinal que lo vela y el sol que lo penetra, acompañado de los graznidos de los cuervos. Estar sentado así, oculto en el bosque, es poner a prueba la paciencia, algo que los cazadores han hecho durante miles de años y que hacen también los fotógrafos naturalistas cuando esperan el disparo perfecto. Debes estarte quieto. Debes tener aguante. Debes tener paciencia. Además, has de tener suerte, o te puede pasar como al cámara de la televisión pública noruega, que se pasó tres semanas frente a la guarida de un oso en Pasvik, esperando a que la hembra y los oseznos salieran en primavera. Pero nunca salieron: habían cambiado de guarida durante el invierno. Con frecuencia, Stefan menciona a un ermitaño peor que él, un jubilado que vive en el bosque y que se pasa días apostado. La última vez, me contó Stefan cuando entrábamos en el bosque, se había escondido una semana junto a un marjal. Cuando iba a recoger sus cosas para irse, aparecieron dos lobos. Después de dar unas vueltas por la superficie pantanosa, se aparearon, allí, ante sus ojos.

—Pudo filmarlo todo. Me da envidia, porque nunca los he visto aparearse. Hasta le vio el pene —me cuenta Stefan.

La visión de los siete pinos, el pantano y todo el jaleo de los pájaros, podría convertirse en una nueva variante de la Slow TV. Colocad una cámara en el pantano durante una semana y dejad que el bosque entre en los cuartos de estar de la gente. Dejad que experimenten la luz grisácea del amanecer, los

graznidos de los grandes cuervos y el aburrimiento. Porque en la naturaleza, en verdad, no ocurre mucho, pienso de nuevo. En general está todo quieto, en silencio.

Ha amanecido, Stefan ya no es tan estricto con lo de no hablar. Hasta me da permiso para evacuar, porque si íbamos a ver lobos, lo habríamos visto ya. A lo lejos, la bandada de cuervos persigue otro pájaro. Stefan saca los prismáticos: un águila marina, concluye enseguida. Los cuervos se lanzan sin temor y obligan al águila a batirse en retirada, y al final acaba solitaria en la cúspide de un pino en medio del pantano.

De repente, un gran pájaro vuela por encima de nuestras cabezas. Instintivamente levanto el brazo y lo señalo. Ah, otro cuervo más, constato decepcionado. A pesar de que Stefan casi ha descartado que vayamos a ver lobos, me susurra desanimado: «¡No señales!», porque algo así puede mandarlo todo al garete. Un sonido o un movimiento desconocidos, no hace falta más, podría asustar a los animales y estropearlo todo. Stefan me observa condescendiente y me hace un resumen de excursiones frustradas por aficionados, como cuando estuvo en Botsuana para fotografiar cocodrilos. La barca del río se había aproximado lentamente al reptil, que descansaba sobre un tronco, y cuando iba a apretar el disparador, una mujer señaló y gritó: «¡Mirad, un cocodrilo!». Una décima de segundo después el sanguinario animal había desaparecido.

—Estuve tentado de lanzarla al agua, a los cocodrilos —me cuenta Stefan.

Hace una pausa y luego empieza a hablarme de otras expediciones fallidas, urogallos que se aparean, búsquedas de lobos, y termina diciendo que, en realidad, prefiere estar solo y ver cómo el bosque despierta. Si algo sale mal, solo se lo puede reprochar a sí mismo.

Saco el móvil con discreción. Son las once menos cuarto. Hemos estado más de siete horas a la intemperie intentando avistar lobos. Hemos

contemplado muchos pájaros, pinos y brezos, pero no he recorrido más de dos horas en coche de Oslo a Arvika, ni me he levantado a las tres de la madrugada y he pasado más de la mitad de la mañana en el bosque para esto. Lo único que cuenta son los lobos, lo mejor sería verlos, todo lo demás es secundario. Pero parecen haberse esfumado. Stefan hace bocina con las manos y emite un par de aullidos que atraviesan el bosque, en un último y desesperado intento de establecer contacto. Las probabilidades de ver un lobo son ínfimas. Hace mucho que han encontrado su refugio diurno. Pero admite que, a pesar de todo, él sería capaz de quedarse allí el resto del día. El reloj pasa de las once, pero sugiere que esperemos un poco más. Para Stefan siete horas en el bosque no son nada.

Me cuenta que «disfruta del instante» en la naturaleza, lo hermoso que es «ver» el viento que acaricia los árboles y crea un ambiente embrujado y misterioso. Yo menciono la palabra «biofilia» y hablo en términos trascendentes de amar la vida, ya sean pequeños insectos que se arrastran hacia la luz o la humedad, o un lobo que caza un alce, los dos para seguir viviendo, para subsistir. Amar esta vida es hacer que siga desarrollándose, filosofo, el Urbanita, en el bosque. Stefan me mira de un modo extraño. No le preocupa tanto intelectualizar sus experiencias en la naturaleza; considera que la naturaleza está para disfrutarla, investigarla y diseccionarla, sin que haga falta tanta palabrería.

Cuando me refiero a que el biólogo Edward O. Wilson afirmaba que la prueba más innegable de la biofilia era su contrario, la biofobia, como nuestro miedo a las serpientes, Stefan se anima, porque las serpientes son su gran pasión y, por eso, ha comprobado si sus hijos tenían miedo a esos reptiles.

—Vas a pensar que estoy loco —me advierte y luego se explaya sobre el hecho de que su hijo mayor, Viktor, tenía un año cuando él le mostró una

víbora. Sostuvo la víbora ante el niño como si fuera un palo. Primero su hijo quiso cogerlo, pero, cuando vio que la serpiente se movía, se echó atrás presa del pánico. Hizo la misma prueba con su hijo menor, Hugo, con un resultado similar—. En la mayoría de la gente el miedo a las serpientes es innato. Un resto de la época en la que vivíamos en cavernas —sostiene.

Con los lobos no ocurre lo mismo. Su hijo Viktor le ha acompañado para ver y oír lobos varias veces. Nunca ha tenido miedo. Ya a los tres años, una noche que durmieron en el bosque, aulló y puso en movimiento a una manada de lobos que estaba cerca. De hecho, cree que los lobos son lo más natural que hay, así como que están por todas partes, puesto que los ha oído muchas veces.

Pasamos otra hora sentados en el bosque. Para mi sorpresa, resisto. Estar aquí junto al pantano tiene algo de contemplación. Pero ahora, en pleno día, las posibilidades de ver lobos son casi inexistentes y recogemos nuestras cosas. Caminamos por el húmedo y blando musgo cargados hasta arriba con las mochilas y las sillas plegables. En medio del pantano encontramos abundantes heces de lobos, llenas de pelos y con restos de piel y huesos de alce, prueba de que pasan por aquí constantemente.

Stefan me informa de que para él la temporada está a punto de acabar, porque atraer al lobo depende de las estaciones. En primavera y al aproximarse el verano, la manada de lobos contesta con menos frecuencia cuando él aúlla. Han nacido los cachorros y los lobos se ocultan más. Por eso pasará un tiempo hasta que vuelva a salir, me explica el sueco de vuelta en Arvika.

Durante las semanas siguientes sueño con lobos por las noches: o bien me persiguen, o bien caminan tranquilos a mi lado. Es una obsesión que empieza

a cobrar forma. Intento, sin mucho éxito, interpretar los sueños. Navegando por la red entro en algunas páginas dudosas. Se pueden decir muchas cosas de soñar con lobos, y en general hay una ambigüedad asociada a ello: por un lado es un símbolo de maldad, astucia y avaricia, mientras que por el otro representa resistencia, sabiduría, fuerza y, sobre todo, independencia. En un mercadillo en España encontré unas camisetas un tanto kitsch en las que un lobo mira hacia un paisaje boscoso y azulado con una mirada misteriosa y cargada de orgullo, con la inscripción BORN TO BE FREE. De la biblioteca de casa cojo el libro *Of Wolves and Men*, de Barry Lopez, y la gruesa «biblia del lobo», *Wolves*, editada por David Mech y Luigi Boitani. Debo admitir que leo muchos libros sobre lobos últimamente, obsesionado como estoy, ya sea por su comportamiento, ya sea por los mitos que los rodean.

En las fábulas, la religión, la literatura y los mitos no hay ningún animal al que se recurra tanto como al lobo. En la Biblia es la imagen del malvado e incontrolable, en el evangelio según San Mateo, se habla de los falsos y fariseos profetas como «lobos con piel de cordero». En la mitología noruega antigua, el lobo Fénrir representa el caos. Cuando rompe sus cadenas, comienza Ragnarok, el fin del mundo, y Fénrir se traga al dios Odín entero, según la *Edda Mayor*. Fénrir no está solo, porque durante Ragnarok, otros dos lobos contribuyen al caos: Skoll devora al sol, mientras que Hate se come la luna. Los lobos lo consumen todo, voraces y ansiosos, y arrastran con ellos a la humanidad a la perdición. Casi todo el mundo ha oído hablar del taimado lobo del cuento de los hermanos Grimm *Caperucita Roja*, en el que el lobo puede simbolizar una sexualidad peligrosa que la joven debe dominar. Para los samis de Finnmark el lobo era «el perro del maligno». No tenían el mismo padrenuestro que nosotros, los del sur, pues habían añadido, «líbranos del perro de satán».[6]

En la Alemania nazi el lobo aparece como un símbolo constante. Adolf

Hitler llamaba a los soldados de élite de las SS «mi manada de lobos». Ese mismo «apodo cariñoso» recibían los temidos submarinos del Tercer Reich. Uno de los cuarteles militares de Hitler se llamaba Wolfsschanze, o la Guarida del Lobo. La ciudad en que se fabricaba el modelo de coche Escarabajo fue llamada, directamente, Wolfsburg. Y a modo de curiosidad: Adolf significa «lobo noble».

En la cultura popular hay mucho donde elegir, pero pondré solo un par de ejemplos: el gran lobo es el malo y voraz habitante de los bosques paradisíacos de Disney, siempre a la búsqueda de los deliciosos *Tres Cerditos*. En la gran trilogía de *El Señor de los Anillos*, los malvados orcos cabalgan sobre salvajes lobos sedientos de sangre. En la tercera temporada de la serie de televisión *Fargo*, el mayor criminal de la historia, Peter Vargas, es asociado con el lobo: ambicioso, imprevisible, inteligente y ansioso. Uno de los miembros de su banda se pone una máscara de lobo para llevar a cabo sus fechorías.

A pesar de la mala fama del lobo, también es admirado. En Italia el símbolo nacional es un lobo, una hembra llamada Kupa, que cuidó de los futuros fundadores de Roma, Rómulo y Remo. En japonés la palabra que designa al lobo, *ōkami*, se traduce como «el gran dios». En el antiguo Japón, bajo el gobierno Shōgun, el lobo contribuyó a controlar la población de alimañas, protegiendo así las cosechas de los campesinos.[7] En Noruega, en la Antigüedad, también se veneraba al lobo, y Ulv, «lobo», era un nombre corriente. En la *Saga de los Volsungos*, se habla de los guerreros-lobo, *úlfhéðnar*, que llevaban pieles de lobo, que transmitían la fuerza y la locura de los animales a los guerreros. En la mitología antigua de Noruega no solo existía el destructivo lobo Fénrir, sino también, como ya he mencionado, Freke y Gere, junto al dios Odín. También muchas tribus de indios de América del Norte, típicas sociedades de cazadores y recolectores, se

identificaban con el lobo. Tampoco en la cultura popular todo lo relativo al lobo es negativo. Por ejemplo, el sabio lobo Akela se ocupa de Mowgli en *El libro de la selva*, de Rudyard Kipling.

Mientras sigo investigando esta cuestión, cojo el ensayo *El Hombre de los Lobos*, de Sigmund Freud, que, curiosamente, salió a mi encuentro en un punto limpio. En él describe a un paciente de la nobleza, el ruso Serguéi Pankéyev, también conocido como «el Hombre de los Lobos». A los tres o cuatro años, cinco como mucho, soñó angustiado que había seis o siete lobos blancos en un nogal, que lo observaban tranquilos, inmóviles. Preso de la angustia, con un miedo evidente a ser devorado, el chico despertó. Cuando Pankéyev, ya adulto, fue tratado por Freud a causa de una depresión, el psicoanalista tomó este sueño como significativo. Para alguien que no es psicólogo, son muchas las interpretaciones y símbolos que Freud atribuye al sueño, que se extienden a lo largo de las trescientas sesenta y siete páginas del libro. Una de ellas es la siguiente: los lobos representan al estricto padre de Pankéyev, con quien el hijo tenía una relación angustiosa. El miedo al padre fue, hasta cierto punto, proyectado sobre los lobos. Como si esto no fuera suficiente, lo que da miedo en el sueño representa un deseo inconsciente en el niño pequeño, afirmaba Freud, de ser poseído sexualmente por el padre.

Freud hizo uso de la metáfora del lobo también en otros textos y, en la obra *El malestar en la cultura*, utilizó la sentencia latina *Homo homini lupus est* o «el hombre es un lobo para el hombre»:[8] «Con frecuencia tenemos el deseo de pensar que el ser humano es una criatura frágil con una gran necesidad de amor, que solo se defenderá si es atacada», argumentó Freud, y siguió profundizando sobre nuestra inclinación profunda y agresiva a robar, explotar, torturar y asesinar. «*Homo homini lupus est*: ¿quién se atreve a discutir esa frase después de toda la experiencia que nos han proporcionado

la vida y los estudios?», concluye Freud. El psicoanalista creía que esta agresividad amenazaba a la colectividad, que sería dividida, destruida, desgarrada, y de nuevo, el lobo, ese ser que no tiene ni idea del papel que se le atribuye en la conciencia humana y su mundo simbólico, es el que representa lo incontrolable, la agresividad. Puede que sea una etiqueta injusta, teniendo en cuenta que pocas especies del reino animal demuestran tanta capacidad de cooperación con sus compañeros de manada.

Durante las semanas siguientes intento en vano ponerme en contacto con Stefan. Por fin me responde y escribe: «Ahora hay muchos otros animales». Ha estado marcando víboras para unos investigadores en Jukkasjärvi, al norte de Suecia, y en Öland ha visto ciento cincuenta y seis especies de pájaros, de las que siete eran nuevas, además de especies de insectos en peligro de extinción, como el alacrán cebollero y la hormiga amazónica europea. Stefan no dice ni una sola palabra de los lobos, pero me informa de que va y viene entre Arvika y Vänern para ver la *Limnadia lenticularis*, una especie de crustáceos sumamente rara y amenazada. Incluso en las ocasiones en que ha salido al bosque, me informa de que todo está silencioso y muerto en el frente del lobo. No estoy pasando un buen momento. Porque deseo hacer más salidas y no quiero, no puedo, rendirme todavía. O, mejor dicho: no soy capaz de rendirme.

Vergüenza para los que se rinden

El denso bosque de abetos se cierne compacto sobre campos arados cuyas tonalidades van del ocre al negro. Hace diez mil años el mar llegaba hasta aquí, originando una marcada diferenciación en el paisaje entre el gneis desnudo y arbolado y la tierra fértil de arcilla marina y arena de morenas. En el bosque de Kirkebygda, en Østmarka, es primavera. Las flores de los arándanos azules desprenden un aroma a miel y el terreno está cubierto de anémonas nemorosas. Los árboles absorben humedad y alimento de sus raíces. Si talamos un abedul en primavera, sangrará, porque las raíces no saben que el árbol ha desaparecido, y siguen bombeando savia sin finalidad alguna, agua y glucosa, energía almacenada que el árbol emplea para que los brotes crezcan y las hojas se desplieguen.

En las copas de los árboles, sobre mi cabeza, está llevándose a cabo un proceso vital: la mismísima fotosíntesis. Cada hoja que ha nacido posee hasta un millón de poros ovalados, las estomas, aberturas invisibles a simple vista, pero que bajo un microscopio electrónico parecen los ojos de una ballena que se abren y se cierran. Dentro de estos poros se produce el intercambio del aire, y a través de un proceso casi sagrado para los organismos vivientes en la Tierra, la clorofila verde asegura que el agua se descomponga en hidrógeno y oxígeno, este último como desperdicio. Por fin, el dióxido de carbono reacciona con los átomos de hidrógeno y se transforma en glucosa, que a su

vez pasa a ser otros tipos de azúcares y almidones. Es un ciclo interminable, se repite anualmente, y ha sucedido en las copas de los árboles durante cientos de millones de años.

Cuando veo que las hojas están a punto de abrirse en el bosque primaveral, pienso en que las primeras plantas terrestres no tenían follaje. Desnudas, alzaban sus brotes verdes como un tenedor, y la fotosíntesis tenía lugar en la clorofila de las ramas y tallos. Hace menos de cuatrocientos millones de años, varias decenas de millones de años después de que aparecieran las primeras plantas terrestres, se desarrollaron las hojas, esas ingeniosas recolectoras de sol que son esenciales para todos los seres vivos. Al principio, las hojas eran pequeñas y primitivas, pero después fueron desarrollándose y creciendo. Una de las teorías que lo explican es la siguiente: las primeras plantas y bosques habitaban una atmósfera diez veces más rica en dióxido de carbono que la de hoy, pero con el paso del tiempo las mismas plantas se complicaron la vida. Casi vaciaron la atmósfera de dióxido de carbono y corrían el riesgo de ahogarse por esa carencia. Para poder atrapar más, las plantas respondieron desarrollando hojas cada vez más grandes en que cupieran más estomas. Además, las hojas de mayor tamaño tenían ventajas evidentes: podían absorber una mayor cantidad de luz solar.

Como ya he comentado, con un número creciente de plantas que tomaban de forma eficiente más dióxido de carbono de la atmósfera, la concentración de ese gas se redujo en un drástico 90 por ciento desde el final del Devónico hasta el inicio del Carbonífero. Hoy hacemos el proceso inverso cuando quemamos el carbón procedente de aquellos bosques prehistóricos: se devuelve a la atmósfera el carbono que una vez estuvo fijado a las raíces, troncos y ramas de helechos, *Calamites* y licofitas, contribuyendo así al calentamiento global.

El proceso de fotosíntesis que se lleva a cabo en el interior de la hoja

surgió a pequeña escala ya hace más de tres mil quinientos millones de años, en el Arcaico. Durante mucho tiempo el planeta estuvo dominado por bacterias que se alimentaban de sulfatos, las llamadas anaeróbicas, pero poco a poco se fueron desarrollando cianobacterias fotosintéticas que producían oxígeno.[1] El contenido de oxígeno de la atmósfera tardó casi tres mil millones de años en aproximarse a niveles que posibilitaran la subsistencia de seres de mayor tamaño. Puede decirse, sin temor a exagerar, que las consecuencias para la vida en la Tierra fueron enormes, porque sin el oxígeno suficiente no podrían haberse desarrollado las complejas formas de vida biológicas que tenemos hoy. Esto es suficiente para mostrar un mínimo de solemnidad cuando se pasea entre los abedules de Østmarka.

A pesar de que la fotosíntesis es esencial para todos los seres vivos y está en la base de casi todo el alimento que nosotros y el resto del mundo animal absorbemos, durante mucho tiempo fue una incógnita para la ciencia. Porque ¿cómo crece un árbol? Una percepción común durante la Antigüedad y la Edad Media era que el árbol comía tierra. A principios del siglo xvii el belga Jan van Helmont desafió esa teoría: plantó un sauce en una gran maceta con tierra. Primero pesó la tierra y el árbol, cada uno por un lado. Luego regó el árbol durante cinco años. Transcurrido ese tiempo el sauce pesaba setenta y cuatro kilos más y la tierra era cincuenta y cuatro gramos más ligera. De ese modo demostró que el árbol no «se comía la tierra» y concluyó, de manera errónea, eso sí, que el crecimiento del árbol dependía solo del agua. En aquel momento no se conocía la absorción del dióxido de carbono de los árboles. Además, Van Helmont creía, como muchos de sus coetáneos, que la vida podía surgir de manera espontánea, y redactó numerosos escritos, por ejemplo, sobre cómo crear un ratón a partir de paños sucios y del grano.

En el siglo xviii, el británico Joseph Priestley demostró que los árboles emitían gases. En uno de sus experimentos encendió una vela en una

campana de cristal, y la luz se apagó. Cuando introdujo un ratón, se ahogó. Pero cuando puso una planta junto con el ratón, hubo oxígeno suficiente para que el ratón sobreviviera. Se habían establecido dos importantes premisas para entender la vida de las plantas: las plantas liberan oxígeno y necesitan agua para crecer. Tras varios descubrimientos reveladores realizados a lo largo del siglo XIX, se concluyó que las plantas tomaban el dióxido de carbono del aire y se acuñó el concepto de la «fotosíntesis».

Desde la linde del campo cultivado me adentro en el bosque. Mi síndrome de abstinencia de los lobos condiciona todas mis acciones. Las excursiones de fin de semana con mi familia nos llevan, en su mayoría, a Østmarka, donde busco huellas. Una romántica escapada de fin de semana con mi mujer acabó en una zona de Suecia habitada por lobos. Cada vez con más frecuencia leo sobre estos animales y no sobre bosques. Y si estoy en un bosque junto a Kirkebygda se debe a que aquí vieron lobos varias veces la semana pasada. Ayer por la noche, el animal fue muy mansamente detrás de un par de excursionistas. Dos señoras acabaron refugiándose en una torre de observación para cazadores y tuvieron que ser «salvadas». No es ningún secreto: el suceso ha sido descrito al detalle en la web Skandobs y en el diario *Enebakk*. Es lo de siempre: cualquier periódico local que tenga a gala serlo, debe escribir sobre el lobo, ya sea porque lo han visto en el campo de una tal Klara (y las gachas se le atragantaron), ya sea porque alguien lo ha adelantado en coche (¡oh, y no tenía miedo!).

Que yo, «el aprendiz», salga cada vez con más frecuencia a los bosques de lobos en solitario tiene sus motivos. Es evidente que Mats está harto de que le dé la lata y ha dejado claro que «no le importa una mierda» que yo espere que me organice salidas para ver ovejas que han sido víctimas del lobo o para

seguir huellas. Tampoco ha habido salidas con Stefan últimamente y, aunque soy consciente de que ni la primavera ni el verano son buenas estaciones para buscar lobos, tampoco parece tener mucho interés en mantener el contacto conmigo. A veces me pregunto si tal vez ha tenido bastante del «noruego», como me llaman él y sus colegas. En nuestra última excursión, cuando nos sentamos a observar el pantano, percibí una incipiente irritación en Stefan, puede que yo hiciera demasiadas preguntas estúpidas cuya respuesta era obvia, o no había organizado bien el equipamiento para la salida, y tal vez hice, sin darme cuenta, ruido y movimientos molestos. Además, antes de cada salida hay cierto follón de llamadas, mensajes y desplazamientos en coche. Stefan, Claes y sus colegas llevan más de veinte años haciendo esto, si no más, y yo soy un novato, uno que no conoce el juego, uno que no aúlla igual de bien que ellos. A pesar de que Stefan siempre se muestra cordial y receptivo, ha habido salidas en que me he sentido un poco como el lobo friki en la serie de Gary Larson *Animal nerds*: tres lobos se esconden detrás de un tocón, acechando a un venado. Entonces llega el cuarto lobo, es decir, el friki, y los pone al descubierto gritando: «¡Eh! ¡Hola, chicos! ¿Qué sucede?». Me he mentalizado de que puede que no haya más salidas ni con Stefan ni con Mats, que este plan mío de acercarme a los lobos está llegando a su final.

Por la actividad registrada en la web Skandobs no cuento con estar solo en el bosque. Como esperaba, junto a una torre de observación hay dos tipos vestidos de verde, que beben café de un termo y contemplan el campo. Auténtica gente de bosque. Yo llevo unas Nike negras, tejanos, una mochila azul claro brillante y una gorra marinera. Todavía no he aprendido todos los secretos del código de vestimenta, pero alguna cosa sí he aprendido: si te encuentras gente en el bosque cerca de un pueblo, párate a charlar un rato. Así es como se hacen aquí las cosas. No vale con una breve inclinación de la cabeza, como en los bosques cercanos a Oslo. Tampoco debes ir por el

bosque como Pedro por su casa, aunque la ley de acceso universal también se aplica aquí.

Los dos hombres vestidos de verde me cuentan que ellos también tienen la esperanza de ver lobos. Gente que conoce bien Østmarka les ha soplado que por aquí hay. Pero, ninguno de sus conocidos en la zona ha visto nunca uno, me explican con tono seco.

—Uno de ellos estuvo en el paro más de un año, en el que se dedicó a peinar Østmarka en busca lobos, pero sin lograr verlos —me dice el más alto de los de verde, mientras el otro asiente—. Son casualidades. De repente uno va a sacar la basura y aparece el lobo en la parcela de enfrente...

Después de esa conversación me invade el desánimo. Las casualidades mandan, seguro que el lobo ha desaparecido hace mucho, pienso. Parece ser que al lobo macho que busco lo vieron en Lørenskog anoche, diez kilómetros más al norte. Estos lobos se mueven deprisa, Østmarka es grande. Hay sitio suficiente para desplazarse, a pesar de que este es uno de los territorios más pequeños de los lobos. La probabilidad de que estén justo aquí, precisamente esta noche, es mínima, me digo, y me doy media vuelta.

En el camino de regreso al coche, me encuentro con Geir, un tipo robusto con una chaqueta térmica de color naranja, cuchillo al cinto, un auricular en la oreja y pantalón verde, él también. Lo preceden dos perros que van olfateando, uno para cazar alces y el otro un salchicha. Después de estrecharme la mano con energía, como suelen hacer los hombres del bosque, hablamos del comportamiento del lobo y, aunque no quisiera hablar de la polémica relativa al lobo, enseguida abordamos el tema. Debo mantener la cabeza fría, reprimir al urbanita académico que llevo dentro y mostrarme diplomático. No me costaría nada buscarme problemas si me diera por provocar y decir, por ejemplo, que el lobo es algo bueno, que hay bastantes alces para nosotros y para los lobos, que si de todas maneras se llevan al

matadero un millón de ovejas al año en este país, ¿qué más da que dos mil sean víctimas de los lobos? Por eso adopto una actitud comprensiva; para empezar, le doy la razón, digo que entiendo que la gente tenga miedo y que es un derecho humano salir de caza con los perros sueltos. Disimulo mi acento pijo de Frogner ampliando las vocales, acabando las palabras en *a* y pronunciando lobo, *ulv*, alargando la *l*, como me ha enseñado Mats. También me viene bien el hecho de que pasé mi infancia en una aldea, si es que podemos llamar aldea a Bærum. Lo único que me molesta es la gorra de marinero azul, no pega nada en el bosque. En realidad, aunque resultara un poco caricaturesco, debería haberme encasquetado la gorra verde y amarilla de la cooperativa agrícola Felleskjøpet que Mats me regaló cuando cumplí los cuarenta, bien envuelta junto a un par de guantes de trabajo.

Quiero ver al lobo a cualquier precio, y me da lo mismo si me rodeo de besalobos o de enemigos acérrimos de este animal, con tal de que sea gente amable. Y Geir es un tipo agradable, a pesar de que en las redes sociales lo tilden de «el mayor enemigo del lobo de Østmarka». Es cazador, le gusta salir de caza con los perros sueltos, no está especialmente contento de tener lobos detrás de su casa, por decirlo con tacto. Complica la gestión del número de cérvidos que cazar, hay gente a la que le da miedo salir a pasear, afirma. Desconfiado, me pregunta qué hago allí, y yo suelto algo sobre mi fascinación por los bosques, por los lobos y mis ganas de acercarme a estos animales: me he enganchado. Admito el argumento de que es un incordio que los lobos maten alces y ovejas, pero la insistencia de algunos enemigos del lobo en que puede merendarse niños y abuelas es excesiva. Geir parece estar de acuerdo en eso, lo que contribuye a crear un buen ambiente en la linde del bosque de Kirkebygda. ¿Quién lo hubiera dicho? Casi siento que la controversia campo-ciudad y el debate sobre el lobo podrían quedar

enterrados allí mismo. Con gesto amistoso, me muestra fotos en su cámara, indicándome por dónde pasó el lobo el día anterior.

—Corrió junto al campo de cultivo y luego volvió aquí, al bosque. Entonces me puse a hacer fotos —dice enseñándome unas imágenes borrosas de un lobo con manchas grises que observa la cámara con curiosidad. Un lobo que, evidentemente, no muestra la misma timidez que los lobos de Glaskogen, donde debemos cerrar la puerta del coche con cuidado, caminar despacio sobre la gravilla y susurrar para no asustarlos.

Al cabo de diez minutos la conversación se estanca. Geir sigue bosque adentro mientras yo llego hasta el coche y empiezo el trayecto hacia Oslo. Mientras tanto, la puesta de sol tiñe el cielo de tonos rojizos y rosáceos sobre el bosque de mayo que acaba de brotar. Solo por eso ha merecido la pena el viaje.

Al despertar a la mañana siguiente, enciendo el teléfono. Durante la noche he recibido un SMS. Se me encoge el estómago: es de Geir, el tipo al que acabo de conocer. «He bailado con un lobo media hora junto con el perro callejero de Vidar Helgesen![*] Y cuando salió la luna, se puso a aullar y se me puso piel de gallina en todo el cuerpo.» Después me cuenta que el lobo había estado media hora en el prado, antes de volverse al bosque. En el móvil aparece la foto de un lobo, extrañamente poco esquivo, tumbado tranquilo en la hierba. Se parece a un perro de caza de alces que está descansando tras acabar la caza. La foto está tomada en el prado junto al que estuve la noche anterior. «Mierda, mierda, mierda —me digo—. El lobo debió de aparecer en cuanto me fui.» «Tendrías que haberme visto, hablando con un colega y paseando a los perros mientras filmaba. Nada de vida salvaje», escribe Geir en otro mensaje. «Supongo que estarás a favor de los lobos después de esto...», escribo. «Esta noche iré otra vez», concluyo. No me responde.

El sol se oculta tras las copas de los árboles y el cielo de mayo adquiere un tinte azul claro. El aire primaveral es frío y huele a hojarasca vieja y a hierba. Es tarde y he vuelto a Kirkebygdá. Estoy pegado a un álamo temblón sobre una peña cubierta de anémonas blancas que miran hacia el campo de cultivo. Después de mi casi encuentro con un lobo el día anterior, he vuelto al mismo lugar. Es mi cuarta salida al territorio ocupado por la manada de lobos en Østmarka esta semana. En esta ocasión voy vestido de verde, como debe vestir un hombre de bosque. Puesto que las hojas del álamo apenas han empezado a abrirse, pienso en la leyenda que dice que las hojas del álamo tiemblan porque la cruz de Cristo estaba hecha de álamo.

Hay varios mitos como ese relacionados con los árboles. Las hojas con forma de corazón del tilo traían buena suerte, mientras que el olmo protegía de los embrujos.[2] En especial el serbal poseía cualidades misteriosas, y una pequeña cruz hecha con la madera de ese árbol bastaba para mantener alejados a los malvados. Las ramitas entrelazadas de abedul se colgaban encima de la cama para evitar las pesadillas, mientras que la gente colgaba coronas de enebro en la pared en Navidad para protegerse de los espíritus malignos. Las nueces favorecían la fertilidad, pero no se podían recolectar en domingo, y si una mujer se comía una nuez con dos frutos, tendría gemelos. Shakespeare menciona el roble unas treinta veces relacionándolo con la decisión y la fuerza. Los árboles con un aspecto peculiar o anormal con frecuencia se vinculaban con lo misterioso o lo sobrenatural. El fresno era uno de esos árboles, tenía fama de ser el árbol del mal, un árbol de brujas.

Las supersticiones relacionadas con los árboles dieron pie a tomar una serie de precauciones. El historiador romano Plinio el Viejo escribió que la mejor hora para talarlos era cuando el sol y la luna estuvieran alineados con la Tierra, el *interlinium*; mientras que Catón, el senador romano, dio las siguientes instrucciones: «Cuando arranques un olmo, pino [...] cualquier

árbol, hazlo cuando la luna esté decreciente, pasado el mediodía, y evita que sople el viento del sur». Además, los árboles podían tener poderes curativos, de tal modo que a los niños con enfermedades musculares se los pasaba por las copas de los árboles o por los agujeros de los troncos, el llamado *smøyging*, «arrastre». Eran especialmente apropiados para ello el arce y el magnolio.

Bajo el álamo, observo las luces intermitentes de los aviones que van a aterrizar en Gardermoen, el aeropuerto de Oslo, mientras trato de comprender por qué estas salidas me ocupan cada vez más, por qué se han hecho más frecuentes e intensas. Una de las razones es la necesidad de apartarme de las exigencias y las expectativas de la vida diaria; otra, reflexiono, es la necesidad de poder interpretar y comprender mejor la naturaleza. Como geólogo con frecuencia estudio el terreno e intento interpretar su historia, pero por medio de Mats y ya no digamos de Stefan, que lleva hasta el extremo su pasión, he podido abrir los ojos en serio a lo que está vivo, los animales y plantas de la Tierra: la biosfera.

En la recopilación de ensayos *Svensk mark* («Tierra sueca»), del que encontré un ejemplar gastado y envejecido en la cabaña que nos dejó mi bisabuela, el poeta, escritor y botánico sueco Sten Selander escribió sobre el valor de comprender la naturaleza, no solo de «sacarle partido». Porque la mayoría de la gente, afirmaba, no veía «las infinitas revelaciones de la vida campestre», que eran mucho más fascinantes que la monótona vida en las ruidosas calles de una ciudad. Todos podemos disfrutar de una hermosa puesta de sol o de la vista desde una montaña, declaraba Selander, pero la naturaleza abarca mucho más que eso. Y los que han abierto los ojos disfrutarán más de los detalles de la naturaleza, de todo lo que vive y se mueve sobre el terreno. Puede tratarse de descubrir una nueva y desconocida planta, escribió el botánico, o comprender el modo de vida de un insecto.

Selander alababa la curiosidad, el romanticismo en la felicidad que proporciona descubrir algo, el afán de conocimiento, que para él enriquecían la vida. Quizá sea eso lo que me ha ocurrido a mí. La naturaleza, y lo que se mueve junto con nosotros, los árboles, las hierbas aromáticas, las flores y los animales, son, dicho de una manera algo pomposa, algo infinitamente más rico si puedo interpretarlo y comprenderlo cada vez más.

Miro el campo que se extiende ante mí. Justo aquí se dejó ver el lobo ayer, al atardecer. Esta noche no me moveré, pienso, esta noche me quedaré sentado, paciente, mirando hacia el campo hasta que no sea capaz de distinguir la linde. Las horas pasan, lanzo un aullido a la noche. No suena como el de Stefan, pero tampoco está tan mal. Aguardo, pero el silencio es absoluto. Así me quedo, contemplando el cielo que oscurece y el límite del bosque, que se difumina bajo la luna. Vergüenza para los que se rinden.

La fiesta

El bosque es como el mar. Por la noche conserva el calor, por el día se enfría. Mientras me adentro en el bosque de Svarverud un día de septiembre, una fuerza casi incomprensible está absorbiendo el agua por las raíces del árbol, haciéndola subir a través del tronco y empujándola hasta los extremos de las ramas, para después bombearla a las hojas por las estomas. Así, las plantas evitan recalentarse, justo igual que nosotros sudamos para refrescar nuestro cuerpo. Un árbol puede deshacerse de cientos de litros de agua en un día, y de ese modo humedecer y enfriar el aire que lo rodea, impidiendo así la sequía y manteniendo el sotobosque húmedo.[1] Circundado de altos abedules y coníferas que respiran y tapan el sol, busco setas. Se habla de un sexto sentido, el sentido de las setas, en que una comprensión global del terreno, el clima, la vegetación y la época del año te conducen a los mejores lugares para recogerlas. Se tiene la sensación de perderse en el mundo de las setas, y no es muy diferente a la que yo siento cuando salgo a rastrear lobos, solo que esta última búsqueda es mucho más intensa y excitante.

Cuando ya he penetrado en el bosque, encuentro grandes cantidades de *Boletus edulis* y chantarelas amarillas que despuntan de la tierra. Mientras que algunos de los boletos se han hundido formando una masa pegajosa y blanca, las chantarelas son como una llamarada en el musgo verde y jugoso. Los extraigo con cuidado de la tierra, junto con una fina red de hilos blancos

que los acompañan, los llamados micelios. Creer que lo que asoma sobre el terreno es la seta entera sería como considerar que el pene es el hombre entero.[2] Cada seta con que me tropiezo aquí en el bosque, ya sea venenosa o una delicatessen, es un órgano reproductor sujeto a una enorme red de micelios en la oscura tierra que pisan mis pies. Desde ese micelio, que conforma el 90 por ciento del organismo, se desarrolla el fruto que repartirá las esporas de la seta. Las setas tienen diversas funciones: descomponen la materia sin vida y, además, curiosamente bastantes tipos de setas viven en simbiosis con los árboles. El micelio se enreda en las raíces, la llamada «micorriza», ayudando a los árboles de manera encantadora a procurarse humedad y nutrientes para su supervivencia. En contrapartida, la seta recibe glucosa del árbol.



¿Qué es en realidad una seta? Hoy las setas están situadas en un reino propio, el reino de las setas. Carecen de clorofila, típica de las plantas y, a diferencia de los animales, su digestión es externa. Pero, a pesar de ello, los naturalistas dudaron durante mucho tiempo si en verdad pertenecían al reino animal o al vegetal. En la duodécima edición de su *Systema naturae*, fechada en 1767, Linneo acababa situando las setas en el reino animal, en la familia *Chaos* en la clase de los gusanos, *Vermes* (¡!). Había recibido una carta del botánico alemán Otto von Münchhausen, que sostenía que había efectuado cientos de experimentos en los que las esporas de las setas se convertían en insectos.

En 1897, por primera vez el de las setas se definió de manera correcta como un reino propio y fue gracias al noruego Olav Johan Sopp, director de laboratorio de la cervecera Ringnes; en realidad se llamaba John Oluf Olsen, pero era tal su pasión por ellas que cambió su apellido por Sopp, «seta» en noruego.[3] Tuvieron que pasar sesenta años antes de que el ecólogo Robert Whittaker llegara a la misma conclusión, y la justificara según el método científico. Más tarde, Whittaker dividió todos los seres vivos en cinco reinos: bacterias (*Monera*), protistas (*Protista*), el animal (*Animalia*), el vegetal (*Plantae*) y el reino de las setas (*Fungi*).[4]

A pesar de que la mayoría de la gente, al igual que yo, solo conoce el nombre de una docena de clases de setas, hay diez mil de ellas en Noruega. Se calcula que existen no menos de cinco millones cien mil especies en todo el mundo, una cifra que ha aumentado significativamente en los últimos años como consecuencia de un mejor seguimiento. El mayor organismo del mundo es justamente una seta, una *Armillaria mellea*, cuya red filamentosa cubre una extensión de diez kilómetros cuadrados, el equivalente a ciento sesenta campos de fútbol, en Oregón, Estados Unidos.[5]

Los lejanos ancestros de las setas de hoy surgieron pronto en nuestro planeta.[6] Entre otros lugares, en Arabia Saudí, se han desenterrado fósiles con aspecto de seta, los llamados *Prototaxites*, que llegaban a los ocho metros de altura. Si hace ya cuatrocientos treinta millones de años destacaban en una tierra en que todavía no había árboles, imaginemos los bosques de setas monstruosas que no tenían esporocarpos, como las setas con sombrero de hoy, pero que eran duras, igual que los hongos.[7] Desaparecieron hace trescientos sesenta millones de años, probablemente superadas por los árboles, que ya habían crecido bastante para formar bosques.

Con una bolsa llena de boletos y rebozuelos me encamino a paso lento hacia la blanca casa colonial de la granja de Svarverud. Para mí casi se ha convertido en una casa de postas, ubicada como está a mitad de camino entre Oslo y Glaskogen. Porque por fin voy a hacer una nueva expedición lobuna. Hace dos días, Stefan me envió, por propia iniciativa, seis mensajes con aullidos de lobo, y me volví a perder. En la grabación aullaban con nitidez lobeznos y adultos. Después de hacer veinte salidas este verano, y de haber recorrido dos mil kilómetros por el bosque de Glaskogen, escribía el sueco, por fin había dado con los lobos por casualidad. Era como ofrecerle un trago a un alcohólico, o poner un cuenco con chuches delante de una pandilla de niños. Tengo que volver a Glaskogen, con la esperanza de que la experiencia de esta noche supere a todas las demás noches.

Unas largas vacaciones estivales habían calmado los peores síntomas del síndrome de la abstinencia de los lobos y había decidido que ya bastaba. He oído aullar al lobo, he probado todos los trucos de Stefan, y como una especie de gran final, hasta viajé a Langedrag, famoso por su zoo. Aunque sé que Stefan odia los zoológicos y que sufre al ver a los animales encerrados, no

encontré más salida, tendría que ser así. Porque allí podría ver a un lobo vivo. Pero en Langedrag las cosas no salieron como yo tenía previsto. Después de ver lobos «domesticados» lamerle la cara a su «dueño» y aullar, pagué una bonita suma para entrar donde estaban los lobos «salvajes», encerrados tras grandes alambradas. Allí me prometieron contacto cercano con estos animales. El guarda y yo estuvimos una hora esperando, pero no se acercó ninguno; por lo visto era la primera vez que ocurría algo así en treinta y seis años. Lo único que vi fue la cabeza de un lobo, que se asomó por un instante tras un arbusto.

En la casa principal encuentro a Mats, muy ocupado hablando por teléfono y, de todos los temas posibles, justamente habla de los lobos. Hace poco que han avistado a un lobo solitario en un campo cercano a Svarverud y son varios los que lo han oído aullar, creo entender. Está intentando por todos los medios tranquilizar al propietario de un rebaño de ovejas.

—Si vas a recoger a las ovejas cada vez que se aviste un lobo —insiste Mats—, entonces no tiene sentido tener ovejas.

Al oírlo, me acuerdo de la última vez que estuve aquí, en la granja, durante la fiesta de verano anual.

Habían montado un escenario, habían llenado una bañera de hielo y cervezas, vino y bebidas espumosas, y la barbacoa estaba encendida. Las llamas se alzaban hacia el cielo en la oscura noche de agosto. Reinaba un buen ambiente, pero hay un modo infalible de crear mal rollo en una fiesta en la Noruega rural: ¡hablar de lobos! Porque los asiduos a las fiestas de Svarverud son una buena mezcla de profesores procedentes de Oslo, la familia de Mats y sus vecinos. Entrada la noche, empecé a charlar con un cazador de alces local, que mascaba tabaco y de puños endurecidos, un tipo que ama la vida al aire libre, los perros y la caza. No pude resistirme y le pregunté qué pensaba de los lobos.

—¿Quieres ir a hacer compañía a las salamandras al fondo del lago? — bromeó señalando con la cabeza hacia el Nøavann, pero su tono era serio.

Desde que empecé a rastrear lobos, la temperatura del debate sobre los lobos ha ascendido hasta niveles inesperados. En realidad, quiero mantenerme apartado de la controversia, dejar que sean otros quienes discutan, y conservar mi fascinación por el animal en sí, por su biología, su comportamiento y su mística, pero no soy capaz. Estoy lo bastante enganchado a ese depredador para querer saber qué piensa la gente sobre él, y si no tiene puntos de vista bien argumentados, ya sean a favor, ya sean en contra, me cabreo, porque estoy harto de rumores, de ignorancia, de afirmaciones falsas y motivos espurios, tanto por parte de los acérrimos defensores como por la de los detractores del depredador.

El cazador de alces soltó una perorata:

—Vosotros, los de la ciudad, venís aquí a lo mejor una vez al mes, y pensáis: «¡Ay, qué emocionante, qué fascinante que haya lobos en el bosque!». Y luego os marcháis a casa. Los que vivimos aquí tenemos que vivir con ellos pegados a nuestras casas. Cuando mis hijos eran pequeños y una manada de lobos tenía su territorio por aquí, muchas veces las huellas de lobo llegaron hasta nuestro buzón. Me negué a tener miedo, y los niños continuaron yendo solos a pie hasta el colegio, pero no me gustaba. Y luego está la caza, claro —prosiguió—. Ya no podemos mandar a los perros al bosque, y hay menos alces.

Un cazador de liebres se unió a la discusión.

—¿Te gustan los lobos? —preguntó perplejo.

—Bueno, no estoy en contra de que se gestionen, mediante la caza, pero sí estoy a favor de su presencia en la naturaleza noruega —respondí.

Eran unos contrincantes duros, y mis argumentos sobre la biodiversidad y

la conservación de las especies terrestres, incluida la del lobo, no surtieron ningún efecto.

—No entiendo por qué vamos a mantener una manada de origen finlandés y ruso en Noruega. Ya hay bastantes lobos en Rusia, y allí hasta les pagan por cada uno que abaten —peroró el cazador de alces.

—La familia de lobos noruega siempre ha estado relacionada con la rusofinlandesa, como indican los análisis genéticos de muestras de lobo obtenidas en museos, procedentes del siglo XIX. Por ejemplo, en 1862, abatieron un lobo al este de Oslo, en Aurskog-Høland, que tenía genes rusofinlandeses. Así que el recorrido que el lobo hace desde Rusia hasta Noruega no es ninguna novedad —señalé, y seguí disertando sobre el hecho de que el lobo no es el único animal que migra. Todos los animales se desplazan, con independencia de fronteras o nacionalidades, en busca de pareja o de alimento. La anguila nada muy lejos, hasta el mar de los Sargazos, para desovar; el charrán ártico migra desde sus nidos en Europa del Norte y América del Norte hasta las zonas costeras de la Antártida y vuelve en primavera: ninguna especie migra tan lejos como él. Y en el Serengueti, en Tanzania, millones de animales, como ñus, cebras y gacelas, cruzan cada año fronteras para pastar en frondosas llanuras más al norte—. Pero toda esa cháchara acerca de que el lobo es peligroso no es más que una chorrada —comenté—. ¿Al menos en eso estaremos de acuerdo, no? Parece que hay políticos que basan sus declaraciones más en los cuentos de los hermanos Grimm que en los resultados de las investigaciones.

Con el rabillo del ojo vi que se acercaba Per, que se ha criado en Oslo al igual que yo y ahora reside en Oppsal, es decir, un tipo de ciudad y que muy probablemente estaría de acuerdo conmigo. «Ahora podremos hacerles frente, dos a dos», pensé, hasta que lo oí decir:

—¿Dices que el lobo no es peligroso? ¿Sabías que los rusos y los alemanes

hicieron un alto el fuego en algunos puntos del frente oriental durante la Primera Guerra Mundial porque los lobos que había por allí estaban causando demasiados daños? ¿Y qué pasa con los lobos de Kírov durante la Segunda Guerra Mundial, que mataron a veintidós niños? Y tú dices que el lobo no es peligroso —prosiguió—, tú, que eres un tiquismiquis sin remedio y un historiador aficionado.

Podría haber seguido discutiendo y contando muchas anécdotas, porque conozco todo lo publicado lo bastante bien para hacerlo. Se estima que en Francia el lobo mató a siete mil seiscientas personas durante un lapso de tiempo prolongado, desde el siglo XIII hasta el siglo XX.[8] A finales del siglo XIX una veintena de niños murieron a raíz de los ataques de lobo en Turku, en Finlandia, en un período de tres años.[9] En tiempos más recientes se ha informado de que varios cientos de niños supuestamente han muerto víctimas de ataques de lobos en India, sobre todo en la región de Hazaribagh.[10]

—Con los animales salvajes nunca se sabe, pero es sumamente infrecuente que un lobo ataque a un ser humano —objeté, y me explayé sobre los ejemplares agresivos que suelen tener la rabia, o que son un cruce de lobo y perro, o que se han habituado a las personas y ya no las rehúyen, los llamados «habituados».[11] Añadí que, en la guerra, cuando las presas han sido desplazadas y hay poco ganado, el lobo, desesperado por el hambre, puede atacar a las personas, vivas o muertas. Mencioné también a la corredora Candice Berner, a quien una manada de lobos había matado junto al lago de Chignik, en Alaska, en 2010, y recordé que la última víctima de un lobo en Noruega se remonta a más de doscientos años, solo para hacer hincapié en que es muy poco frecuente que el ataque de un lobo tenga consecuencias mortales.

—Ajá, exacto..., ¿y luego dices que el lobo no es peligroso? Te estás

contradiciendo —objetaron el cazador de alces y Per a coro mientras la música atronaba de fondo.

—Escuchad —repuse en un tono que yo mismo percibí cargado de suficiencia—, en total habrá en el mundo unos trescientos mil lobos, y casi ningún ser humano es víctima de un lobo. Si analizáis las cifras, casi es una proeza conseguir que te ataque uno —pontifiqué, muy consciente de que las estadísticas no surten gran efecto ante el miedo y la angustia, por desgracia. Si te da miedo volar, ningún gráfico ni estadística que muestre lo seguro que es mejorará tu vuelo. Es la idea de que podría ocurrir, de que lo impensable podría acontecer, la que hará que el miedo se imponga, una sensación que yo mismo he experimentado en mis excursiones a los territorios del lobo.

Nos quedamos en silencio.

—Hay mosquitos y hay lobos. La misma cosa —aseveró Per, levantándose de la silla—. Y ambas deberían estar exterminadas.

—Y las moscas negras —apostilló el cazador de alces.

—Las moscas negras son aún peores —sentenció el otro, y todos se desternillaron.

El cazador de alces y yo nos quedamos solos, contemplando las llamas de la hoguera. Me habló de un día de invierno, unos años atrás, en que anduvo por el bosque de Svarverud adiestrando a su perro. De repente vio un animal que deambulaba por el pantano.

—En un primer momento creí que era una cría de alce, pero después me di cuenta de que era un lobo. ¡Era enorme! A pesar de que no soy un defensor de los lobos, es un animal increíblemente fascinante, inteligente, buen cazador. ¿Has visto alguno?

—No, pero los he oído aullar, dos veces —respondí un tanto orgulloso, y le hablé de mis expediciones nocturnas a Suecia.

—¿Cómo? ¿Dedicas horas a conducir por ahí de noche solo para oír a los

lobos? Eso es típico de gente de ciudad. Yo prefiero escuchar a mis perros — comentó.

—¿Qué dices? Oír aullar a los lobos te provoca una emoción muy intensa, te hace entender lo que es la vida salvaje —me defendí, pero no lo convencí.

La noche fue avanzando y yo seguí dándole vueltas a la discusión que había tenido con el cazador de alces. La distancia entre su visión del lobo y del bosque y la mía es inmensa, no puede compararse. Para un estudioso como yo, que reside en la ciudad, la naturaleza está para ser disfrutada y protegida. La biodiversidad es imprescindible, y la sola idea de que haya lobos en el bosque ya tiene un valor. Para el cazador de alces el bosque ha de ser aprovechado, hay que cazar, el perro debe poder correr suelto y hay que adiestrarlo. Impedírselo equivale a declararle la guerra. En el libro *Ulvekonflikter* («Discusión sobre lobos»), entre cuyos autores está Ketil Skogen (cuyo bonito apellido en noruego significa «bosque»), se hace hincapié en que muchos de los habitantes del campo se sienten maltratados por la gestión pública, el Estado y la sociedad en general. Gran parte de esa frustración se proyecta, precisamente, en el lobo, un depredador que mucha gente de la Noruega rural piensa que se lo han impuesto y al que protege la sociedad en general.

La charla con el cazador de alces me hizo pensar que este proyecto de acercarse al lobo es una idea urbana, un tópico: el estudioso de ciudad se abre paso por el bosque y descubre, oh sorpresa, que la vida es distinta a la urbana, y que, por raro que parezca, hay lobos y otros seres vivos en el bosque, ¡oh, oh! Así puedo meditar sobre lo salvaje y peligroso que es el bosque, mientras el lobo da vueltas a mi alrededor. El escritor Karl Ove Knausgård expresó el mismo pensamiento con relación a la exposición *Mot skogen* («Hacia el bosque») en el museo Munch, de Oslo:

El bosque es salvaje, ¿verdad? El jardín no es salvaje. Está controlado. Vivimos en un entorno muy controlado, pero el bosque es salvaje. Y peligroso. Si uno se adentra lo bastante... resulta amenazante. Pienso que así es también en nuestro interior. Que en realidad somos salvajes, que hay muchas cosas salvajes ahí, pero nos hemos transformado a nosotros mismos en... somos civilizados, pero lo salvaje sigue existiendo ahí, en nosotros.[12]

Cuando comenté esta cita con Mats y el cazador de alces, su primera reacción fue de interés por el modo en que los urbanitas percibimos el bosque. Para nosotros el bosque no es ni misterioso ni peligroso. Es el lugar donde pescamos, recogemos bayas, cazamos, vamos con nuestro perro o nuestros hijos y hacemos excursiones. Es nuestro hogar. Es el lugar en que vivimos.

Después de una larga conversación telefónica, Mats por fin ha acabado de tranquilizar al dueño del rebaño de ovejas. Nos sentamos en la cocina y comentamos los acontecimientos del verano. En mayo tuvo que inspeccionar a veinte ovejas despedazadas por los lobos en Askim, algo que fue muy comentado en la prensa nacional. «Fue una visión macabra», declaró Mats a los medios, y dijo que lo peor había sido ver cómo lo estaba pasando el granjero. Las fotos sacadas en el lugar de los hechos mostraban cuerpos de ovejas desmembradas por el campo. La naturaleza es ciega, brutal y ruda, o como dijo el poeta Alfred Lord Tennyson: «Naturaleza, roja en diente y garra». Un animal mata. Un animal devora a su víctima. Lo comido, comido está, y fin de la historia.

«La masacre de los lobos» de Askim fue uno de varios artículos publicados sobre el lobo en la zona. El diario *Dagbladet* escribió sobre «el jugador de hockey Tommy asustado por un lobo en su jardín» en Sarpsborg, mientras de la mayoría de los medios noruegos destacaron que Live, una niña de diez

años, había hecho una foto a un lobo camino del colegio, en Ås. Desde Aurskog el diario VG informó, con si estuviéramos en guerra: «El perro de Bård Bjerkeland ha sido atacado».[13] «Trump se vuelve loco. Cinco mil niños mueren al día de disentería. Y el perro de Bård Bjerkeland ha sido atacado por los lobos», le escribí a Mats en un mensaje. «La vida es dura en Aurskog.» «Nada de coñas», me respondió. A pesar de que Mats piensa que se dicen muchas chorradas sobre el lobo, se solidariza con los propietarios de ovejas.

—Intenta ponerte en el lugar de alguien que cuida ovejas —me dice—. Crías y cuidas a las ovejas todo el año. A pesar de que muchas serán sacrificadas en otoño, te sientes responsable de ellas. Resulta de verdad terrible cuando todo un rebaño es víctima del lobo u otros depredadores.

Antes de que Mats y yo tengamos tiempo de iniciar una conversación seria, nos damos cuenta de que una oveja se ha colado en el gallinero. Al principio Mats le grita con malos modos que se largue, tal vez confiando un poco en la capacidad de comprensión que pueda esperarse de dicha raza. Al final mi amigo se ve obligado a salir al patio y tira de la oveja, que había ido a la caza del grano, a fin de sacarla del gallinero, bajo la atenta mirada de cinco gansos, una decena de gallinas y un perro esquivo. Acabamos de sentarnos cuando vuelve a salir corriendo. Un tipo va a recortar la hierba de las cunetas de la pista forestal y necesita consejo. Así son sus jornadas.

El ataque de Askim ya fue penoso, pero no tan terrible como la «masacre de ovejas» de Hadeland, una de las peores de los últimos treinta años. Antes de que la loba yaciera abatida sobre la hierba, había acabado con cerca de trescientas ovejas. Si esa hembra hubiera sabido que la máxima autoridad de la nación, la primera ministra, viajó desde Oslo en helicóptero solo por ella, en plena campaña electoral... No se trataba de una gran inundación o de una imponente avalancha de nieve que se hubiera llevado por delante una aldea

entera, sino de una hembra de lobo de treinta y dos kilos de peso que había atacado un rebaño de ovejas.

«Hay que abatir a ese lobo», declaró la primera ministra Solberg al diario VG en plena acalorada caza del lobo, y añadió que «evidentemente ha desarrollado un esquema de comportamiento en el que ya no busca solo alimentarse, sino que también maltrata a las ovejas. Es una visión terrible presenciar cómo son maltratadas». Un campesino declaró al diario *Dagbladet* que aquello estaba «a mitad de camino entre una crisis y una catástrofe». Y un granjero de Heradsbygd escribió una carta al director que tuvo una gran repercusión en Oppland y Hedmark. «El lobo y otros depredadores son un problema mucho más grande [...] Se trata de vidas destrozadas, pérdidas, alcoholismo, divorcios, niños que pierden su hogar [...] Uno se vuelve loco.» Esta loba fue llamada «la loba de la muerte», «asesina en serie» y «una depredadora destructiva», y casi se le hizo moralmente responsable de sus actos. Pero los depredadores son depredadores. «El lobo no es monstruoso, no es bueno, es tan incomprensible como la naturaleza misma», afirma la escritora Petra Ahne en su libro *Ulven* («El lobo»). Ni mata por juego ni lo hace por placer. Matar es su instinto, ya se trate de una oveja o de diez.

El hecho de que un lobo acabe con más ovejas de las que puede ingerir su pequeño estómago es lo que el zoólogo Hans Kruuk llamó *surplus killing*, «matar en exceso» o «síndrome del gallinero». Es aplicable no solo a los lobos, pues también otros depredadores matan de más si tienen la ocasión. Kruuk descubrió, por ejemplo, que un ataque de zorros había acabado con más de doscientas treinta gaviotas en el norte de Inglaterra y en el Serengueti un pequeño grupo de hienas había cazado y despedazado a ochenta y dos gacelas. En ambas ocasiones la noche era inusualmente oscura, y ni las gacelas ni las gaviotas se atrevieron o pudieron huir, ya que no eran capaces de orientarse en la total oscuridad. De modo que fueron una presa fácil. La

clave de la teoría de Kruuk es que todos los depredadores tienen ese instinto de asesinar, ya sea el zorro en el gallinero, el león en un criadero de avestruces o el lobo ante el rebaño de ovejas. Hay un animal que los supera a todos en lo de «matar en exceso», el ser humano, el peor asesino entre todos. Nosotros, los seres humanos, moraliza el zoólogo, deberíamos ser mejores, como seres conscientes y pensantes que somos.

No es sorprendente que el lobo acabara siendo un tema candente en la campaña electoral, y los políticos más populistas defendieron que en Noruega este animal debía ser exterminado, y que se debía «cargar y disparar», como declaró un político del partido de ultraderecha FRP, el Partido del Progreso. Pero no es tan sencillo. Podemos perseguir a toda la colonia al completo de lobos en Noruega, rodearlos y acribillarlos, acabar hasta con el último de ellos. Sin embargo, Noruega no es una isla en medio del Atlántico donde podamos controlar hasta al último de los individuos que accede a ella. Mientras los suecos dejen reproducirse a una numerosa y vital población de lobos, este animal cruzará fronteras, las ovejas serán atacadas, los agricultores se desesperarán y el debate sobre la familia de lobos noruega seguirá muy vivo, sin que, en realidad, tengamos posibilidades de solucionar el problema. Para ello se debería erigir una valla de dos mil ochocientos kilómetros de larga que fuera desde Svinesund, al sur, hasta Grense Jakobselv, al norte.

La realidad es que la gran mayoría de los lobos que emigran hacia el oeste, saliendo de su área de Noruega, proceden de manadas suecas, como ha confirmado el mapa genético, casi completo, de la población de lobos escandinava. Resulta irónico que también el lobo de Hadeland procediera de una familia sueca, como la mayoría de los «lobos de la muerte». Por el contrario, los lobeznos marcados con un GPS muestran que la mayoría de los lobos noruegos van hacia el este y se adentran en Suecia.[14] No hay ninguna

prueba sólida de esto, pero quizá los lobos noruegos busquen el núcleo del asentamiento de los lobos escandinavos, que se halla en Suecia. Por eso no puede asegurarse que haya una relación causa-efecto entre la mayor presencia de lobos noruegos y el aumento de los ataques a rebaños de ovejas.[15]

Al atardecer me marché de Svarverud y, cuando voy camino del coche, un perro labrador negro corre hacia mí gruñendo. Tiene el lomo erizado y el rabo entre las patas. Mats me ha comentado que su perro no es del todo de fiar y me apresuro a meterme en el coche, asustado. «Madre mía, cómo odio los perros así», pienso con razón, pues dos veces me ha mordido un perro. Es una paradoja que yo, que ahora me siento inseguro y tengo miedo de los perros, busque voluntariamente entrar en contacto con los lobos, en cierta manera primos del perro. De repente se oye un aullido en el cercado de los perros: son los dos huskies negros de Mats, y entiendo lo que quiso decir el cazador de alces: si no supiera que no es el caso, habría pensado que se trataba de lobos.

El perro y el lobo no dejan de ser familiares cercanos y pueden tener descendencia con capacidad de reproducción. El perro, *Canis lupus familiaris*, incluso es considerado como una de las treinta y ocho subespecies del lobo.[16] Ninguna otra especie animal, ni las ovejas, los caballos, las cabras o las vacas, fueron domesticados por el hombre en un estadio tan temprano como el lobo. Algunos hallazgos recientes parecen indicar que esto pudo ocurrir hace unos cuarenta mil años, y no solo una vez, sino varias veces en continentes distintos.[17] Este ancestro de aspecto similar al del lobo, mediante un proceso de selección genética, ha dado origen a unas cuatrocientas razas de perros, desde el gigantesco gran danés hasta el pequinés, una especie de evolución en la práctica. En lugar de llamar al perro

«el mejor amigo del hombre», sería más correcto denominarlo «el primer amigo del hombre».[18]

Cuando paso delante del cercado de los perros, detengo el coche, bajo la ventanilla y aúllo a los dos huskies. Me miran atontados y ni se molestan en contestar.

Recorriendo oscuros bosques camino de Suecia, sigo reflexionando sobre la visión que tenemos del lobo, este depredador, con vida social, con el que los seres humanos nos aliamos tan pronto. «No es extraño que odiemos al lobo. Es feo, con su pelaje despeluzado y de un gris amarillento [...] El carácter del lobo es tan repulsivo como su aspecto. Es un ser ávido de sangre, agresivo y cobarde»; así lo caracterizó el escritor Kristian Gløersen en su libro *Dyreliv i Norge* («Vida de los animales en Noruega») en 1894. No es que haga un retrato positivo, por decirlo de manera suave, del lobo en nuestra historia cultural. Sin embargo, no dejan de surgir algunas paradojas: a pesar de que el lobo puede ser una gran molestia para campesinos y dueños de perros, es mucho menos peligroso para las personas que, por ejemplo, el oso, un animal mítico. En los últimos treinta años, treinta y una personas han sido heridas y dos han muerto a consecuencia de ataques de osos en Suecia y en Noruega. Con frecuencia se trata de cazadores, algo rápidos al disparar, los que son atacados.

Los dos que murieron eran suecos, pues en Noruega hace más de cien años que alguien murió al ser atacado por un oso: el pastor de trece años Johan Sagadalen, que sufrió una fractura mortal de cráneo, cuando lo sorprendió una osa en Hallingdal en 1906.[19] A pesar de ello, es el lobo el que más sufre la inquina de quienes se oponen a los depredadores. ¿Es porque el oso no mata tantos alces? ¿Porque se pasa la mitad del año hibernando? ¿Porque no suele agredir a los perros? ¿O es porque la imagen que se da del oso en leyendas y cuentos es más positiva? Está el adorable osito Winnie the Pooh

(nunca podría haberse tratado de un lobo), el oso Baloo de *El libro de la selva* y los ositos de peluche (¿cuántos lobitos de juguete se venden?) y en antiguos cultos al oso se decía que el oso tiene «la fuerza de doce hombres y la sensatez de diez». El lobo, agresiva y demagógicamente retratado, lleva todas las de perder.

También podríamos hacernos otra pregunta: ¿el oso es en verdad peligroso? Un verano estuve en los impresionantes pinares primigenios de Øvre Pasvik, en Finnmark. En compañía de un estudioso de los osos, localicé una guarida, excavada bajo las raíces de un pino, y los restos óseos de un alce. El investigador me explicó que el oso no, no era peligroso. «Quédate quieto, disfruta de la visión y retrocede en silencio», me aconsejó. O que hiciera lo que hizo una colega suya cuando se encontró con un oso mientras estaba recolectando arándanos azules: «Canta una canción popular finlandesa, ¡y seguro que verás cómo huye!».

Una hora después me adentro en Glaskogen con Stefan. Una barrera bloquea el acceso a esta parte del bosque, por eso vamos caminando por la pista forestal. Acaba de caer un pequeño chubasco. El bosque está denso y húmedo tras un otoño rico en precipitaciones y por el camino se desliza un arroyuelo. Desde ahora solo estamos él y yo en el camino, sin una estructura metálica que nos proteja. Esta noche Stefan tiene fe. Cuando le pasé un Red Bull en el coche, me dijo que no lo necesitaba. Si los lobos se han quedado en el mismo lugar, algo que con mucha seguridad en sí mismo afirma que habrán hecho, no tendremos que pasarnos la noche dando vueltas, drogados a base de bebidas ricas en cafeína para perseguirlos. Mientras que mi verano ha sido tranquilo, insoportablemente tranquilo, al igual que el año pasado, Stefan ha dedicado esa época del año a otras especies distintas al lobo. Todo,

absolutamente todo, interesa al sueco, con tal de que sea naturaleza. Una fiesta, una cena con amigos, una noche delante del televisor, le ponen nervioso, se sube por las paredes, eso repite sin parar. Necesita salir al bosque, explorarlo y buscar nuevas y raras especies. Mientras nos adentramos por el camino de gravilla me resume los mejores momentos del verano.

Primero fue a Jämtland, donde escondido pudo ver a glotones y a osos medio peleándose por un cebo. Luego condujo durante siete horas camino de Öland para ver un *skallbagge* o, mejor dicho, el muy amenazado ciervo volante, el escarabajo más grande de Europa, cuyo macho tiene largas quijadas con forma de sable. «Una pasada, un auténtico chute», afirma y me cuenta que solo se dan en un par de lugares de Suecia, y que en Dinamarca está extinguido. Su hábitat son los robles centenarios y ya se sabe que uno solo de esos robles puede albergar cientos de especies distintas de insectos. Entusiasmado, también me cuenta que en julio vio al raro pájaro tarabilla siberiana, un papamoscas del Viejo Mundo, con el que se topó en un febril e insomne fin de semana en el norte de Suecia.

Por último y lo más espectacular: por fin encontró el camarón *Limnadia lenticularis*, descrito por primera vez por Linneo en 1761, una especie que pertenece al grupo de los crustáceos, que prácticamente no han cambiado en cuatrocientos millones de años, un animal prehistórico, como lo llama Stefan. En los últimos cinco años ha hecho no menos de treinta salidas a Vänern sin dar con él, pero este otoño lo descubrió, nadando en un pequeño lago. «Qué gran momento», me cuenta Stefan. También está amenazado, muy amenazado de extinción. Me muestra una foto, parece una gamba normal y corriente, pero microscópica, que flota en una ligera funda con forma de judía que se asemeja a un pequeño estuche de plástico.

—Cuanto más escasos, mejor —dice Stefan, y de pronto se detiene. Abre

los brazos para darme a entender que debo permanecer inmóvil. Escucha y señala hacia el bosque.

Como afirma un dicho escocés: el día tiene ojos; la noche, oídos. Con su finísimo oído, Stefan ha detectado un sonido.

—Un animal se acaba de mover al principio del bosque —susurra.

¿Podría ser un lobo? Nos quedamos paralizados sobre el camino de gravilla a la escucha, sin oír nada. Seguimos adelante, la gravilla cruje bajo nuestros pies. Heces frescas de lobo aparecen en el camino, lo que confirma que están en el bosque.

Nos detenemos. El viento ha amainado y la neblina que descansaba sobre el bosque se está levantando. Se dan las condiciones perfectas para oír a los lobos. Como tantas veces antes, Stefan ahueca las manos delante de la boca a modo de bocina y emite breves, melancólicos aullidos. Silencio. Después me pide que aülle con él y, entonces, al cabo de unos diez segundos, oímos un coro de aullidos de lobo. Gritos cacofónicos y plenos se expanden por la noche. Es demasiado bueno para ser cierto. ¡Pleno al primer intento!

—Lobeznos, están en el pantano, quizá a doscientos, trescientos metros de nosotros —constata Stefan, mientras consulta el mapa en su móvil.

Un rato después, aullamos de nuevo, y otra vez aúlla la manada. Este es un sitio de *rendez-vous*, un lugar de encuentro, me explica. Un lugar donde permanecen los cachorros mientras los padres cazan. Es un cachorro de dos años, o el «canguro», quien da vueltas a nuestro alrededor, dice en susurros Stefan, me pasa los prismáticos de visión nocturna y me pide que esté atento. A través de la luz verdosa de los prismáticos oteo el camino y el bosque, pero no hay rastro de vida. Volvemos a aullar, los lobos responden. Por fin están tan alterados que un avión que cruza el cielo nocturno propicia el concierto.

—Una vez me pasó que una manada de lobos empezó a aullar al escuchar la cancioncilla del camión de los helados —me cuenta Stefan—. Porque una

vez que han empezado, no hace falta mucho para que la manada se ponga a aullar otra vez.

En este camino forestal sueco, cubierto de gravilla, no muy lejos de la frontera con Noruega, las horas pasan. Los lobos aúllan, nosotros intentamos verlos en el sendero. Mientras estamos allí y una noche más es testigo de que las dentadas copas de los abetos se alargan hacia el cielo oscuro, Stefan me cuenta que ha visto el árbol más antiguo del mundo, el Old Tjikko, un abeto de nueve mil quinientos cincuenta años, *Picea abies*. En pleno bosque, con los lobos aullando en el pantano, acabamos hablando en voz baja de los abetos.

—¿Has visto el Old Tjikko? —susurro impresionado, como si estuviéramos hablando de un conocido común.

—Joder, si es el árbol más viejo del mundo —exclama Stefan.

—Bueno, el más viejo..., es un clon. El abeto de Bristlecone en Estados Unidos es el más viejo.[20] El clon tiene más de nueve mil años, no el abeto en sí —replico, como si no quisiera que los suecos tuvieran el árbol más viejo del mundo.

He leído sobre él y he visto fotos. Es un abeto bajito y ralo en el Fulufjället, en Dalarna, Suecia, muy cerca de la frontera con Noruega. Hace algunos años dio pie a titulares sensacionalistas en los medios de comunicación que afirmaban que se había descubierto el árbol más viejo del mundo. El descubridor era el polémico científico sueco Leif Kullman, que escavó en las profundas raíces, cogió muestras e hizo que las fecharan. Le puso al árbol el nombre de su perro, un viejo golden retriever.

—El ralo abeto en sí no es tan viejo —digo—. Porque cuando los veranos son lo bastante fríos, el abeto deja de producir semillas, pero germina por las

raíces. Así se clona durante generaciones, y cada generación es genéticamente idéntica a la anterior. De hecho, en Estados Unidos hay arboledas de álamos temblones de ochenta mil años de antigüedad. El álamo genera retoños por las raíces, y un solo árbol puede diseminarse por una superficie de cientos de metros cuadrados. Un solo álamo parece cubrir más de cuatrocientas hectáreas y da origen a cuarenta mil troncos en el Fishlake National Forest en Utah.

Stefan es un coleccionista. Colecciona especies, experiencias y fenómenos raros que pueda anotar en su libreta amarilla. Lo mismo ocurrió con el Old Tjikko. A pesar de que envió un correo electrónico a Leif Kullman en el que le rogaba que le dijera dónde estaba el árbol, recibió un no por respuesta. El catedrático le explicó que recibía muchísimas solicitudes: de japoneses que querían un trocito del árbol para fabricar cremas y sanadores que le atribuían poderes mágicos. Stefan nunca acepta una negativa y, a base de estudiar con detenimiento todas las fotos que encontró del árbol en internet, logró adivinar, aproximadamente, dónde se encontraba. Fue con Claes hasta el parque de Fulufjället y allí, después de varias horas de búsqueda bajo una lluvia terrible, dieron con él.

—Que ese árbol, o el clon, sean viejos es una cosa, pero el abeto es importante por otros motivos muy distintos —le explico—. Que un abeto haya estado allí más de nueve mil quinientos años, clon o no, es sensacional. Porque si es así, cambiaría la historia de una de las especies de árboles más importantes de Escandinavia. La historia clásica de la conquista de Escandinavia por parte del bosque de abetos es que llegaron del este entre tres o cuatro mil años —le explico a Stefan con una decena de abetos mudos como testigos.

Así es como empieza a desempeñar un papel importante ese abeto tan especial de Kullman. Puesto que no se han hallado abetos de la misma

antigüedad en Suecia y Finlandia, Kullman afirma que el abeto no solo llegó del este, también del oeste, es decir, de Noruega. Eso puede implicar que el abeto, junto con el abedul y el pino, hayan «hibernado» en algún reducto sin hielo en la costa noruega, como Andøya, un hecho extraordinario para aquellos interesados en los árboles, porque supone un reto para los manuales que afirman que el abeto solo llegó más tarde, procedente del este, e implica que algunas especies de árboles pudieron sobrevivir muy cerca del hielo durante la última glaciación. Estas afirmaciones llevan a catedráticos a cruzarse por los pasillos de la universidad sin dirigirse la palabra, mientras que se despellejan en las publicaciones especializadas.

Hay que aclarar que la hipótesis de Kullman genera controversia. Por lo visto se niega a entregar muestras del Old Tjikko y de otros hallazgos espectaculares, para que otros también puedan datarlos. Pero en los últimos tiempos se han producido nuevos descubrimientos que reforzarían la teoría de Kullman. De lagos del interior de Andøya los investigadores han obtenido muestras de tierra con ADN de pinos de más de veintidós mil años y ADN de diecisiete mil años de abetos. Los investigadores apoyan a Kullman y afirman que abetos y pinos hibernaron en el extremo norte de Andøya, que no estuvo cubierta de hielo durante la última glaciación. Estos hallazgos fueron publicados en la prestigiosa revista *Science*.

Y eso no es todo: los científicos encontraron ADN perteneciente a abetos de diez mil trescientos años en el fondo del lago Rundtjønn, en Meråker (Trøndelag). Los restos de abeto allí recogidos resultaron contener una secuencia única de ADN que hasta ahora no se ha hallado en abetos más al este o al oeste, una paradoja en el caso de que el abeto realmente procediera del este. Pero ¿cómo encaja todo esto? Bueno, quizá el abeto inmigrara muy pronto y tal vez hubiera algunos individuos en las montañas antes de que los abetos que formaron los bosques llegaran del este.

—Imagínatelo, Stefan —susurro—, hace un par de miles de años este bosque tenía un aspecto completamente diferente, pues casi carecía de abetos, un árbol que forma enormes bosques, que hoy consideramos característico del nacimiento de Escandinavia, un icono nórdico.

Todo aquí es mágico, decir otra cosa sería faltar a la verdad: los aullidos de los lobos recorren el bosque oscuro y las nubes se desplazan por el cielo nocturno.

—Escucha —susurra Stefan, y yo escucho—. Algo se mueve —prosigue, saca los prismáticos de visión nocturna y mira.

Aullamos a intervalos regulares, nos responden, pero cada vez desde un lugar distinto del pantano que está más abajo. Las horas pasan. Al final Stefan dice que ya basta.

—Pero están a solo doscientos metros de nosotros —replico—. ¿No bajamos al pantano? ¿No vamos a buscarlos con las linternas tan potentes que llevamos?

—No —dice, y me explica que no debemos interferir más. Deben venir hacia nosotros de forma voluntaria.

—Pero están muy cerca, ahora tenemos ocasión —digo emocionado.

Stefan lo tiene meridianamente claro:

—No debemos acercarnos a ellos.

Más tarde, en el coche, estoy desesperado.

—Es la droga del lobo, sé cómo se siente uno —afirma Stefan.

Por una vez es él quien quiere irse a casa, y yo quisiera quedarme. No me parece bien abandonar Glaskogen ahora. Todo empezó de manera tan prometedora... Hubo aullidos, se oían movimientos en los arbustos, pero nos quedamos en los aullidos. Tengo una sensación muy intensa: deseo ver un lobo salvaje.

—Es como un *coitus interruptus* —suelto en el coche, y Stefan ríe.

—Ya te llegará el momento —me tranquiliza.

—No, ya sabes lo difícil que es. Tu colega, al que conocí este invierno, nunca había visto lobos. ¿Cuántas veces ha salido contigo?

—Ah, te refieres a Daniel, sí. Me habrá acompañado unas cincuenta veces, sí —responde.

—¡Unas cincuenta veces! —me desespero—. Ya ves, podría estar años así.

Hibakujumoku

A las ocho y cuarto de la mañana del 6 de agosto de 1945 se abrieron las compuertas del bombardero *Enola Gay* y, cuarenta y tres segundos después, explotó la bomba atómica «Little Boy» sobre Hiroshima. En un radio de un kilómetro y medio desde el punto en que la bomba detonó, la ciudad quedó completamente en ruinas, no sobrevivió ni un alma. A pesar del calor de más de mil quinientos grados y de la intensa radiación, un eucalipto que se hallaba a escasos setecientos cuarenta metros del impacto destructor salió indemne. El árbol está allí hoy, sobrevivió junto con otros ciento setenta árboles en distintos lugares de la ciudad. Los japoneses los llaman «árboles supervivientes», o *hibakujumoku*. Cada uno de ellos tiene una placa conmemorativa.

Hibakujumoku: afortunadamente hace falta mucho para acabar con los bosques, me digo mientras paso por delante de una explanada talada tras otra en los bosques suecos en mi viaje de vuelta a Oslo. Los trece kilómetros de pistas forestales plagadas de curvas quedan atrás en un tiempo récord. Empiezo a cogerle el tranquillo. He aprendido de Stefan que solo hay que acelerar y superar el miedo a que un alce u otro animal aparezca de repente al salir del bosque. Rodeado de las enormes extensiones taladas, me consuelo con que el reino vegetal no sigue al dedillo las reglas del reino animal. Cuando un enorme asteroide, de diez kilómetros de diámetro, impactó junto a

lo que hoy es Yucatán, en México, hace sesenta y seis millones de años, con una potencia un billón de veces mayor que la bomba de Hiroshima, las consecuencias para la vida sobre la Tierra fueron devastadoras. Siguió un invierno atómico, polvo y ceniza cegaron el Sol durante años. Los dinosaurios, los que dominaban la superficie terrestre, desaparecieron, así como la mayor parte de la vida en el mar. Pero ¿qué pasó con las plantas?

En general resistieron. Por supuesto que en muchos lugares el bosque desapareció, bastantes especies se extinguieron, pero la mayoría de las familias de plantas salieron adelante sorprendentemente bien. Al cabo de un millón de años, casi todo había vuelto a ser como era. Un famoso botánico lo ha resumido así: si entras en un zoo y matas a todos los animales, habrán desaparecido para siempre. Pero si cortas los árboles, volverán a crecer. Del suelo saldrán brotes, o de semillas bien guardadas en las profundidades de la tierra. Así ocurre con los bosques. *Hibakujumoku*.

Pensando en esto, me pregunto sobre el futuro. Puede que el lobo deba afrontar un futuro incierto, a pesar de que sea una raza dura; hace tiempo que me he dado cuenta de ello. Pero ¿qué pasará con los bosques? Hace unos cien años el escritor y periodista Christian Gierløff escribió una encendida defensa del bosque. A sus ojos, era un «regalo de Nuestro Señor», y decía que «bajo la corona de Yggdrasil el pueblo noruego formó su idiosincrasia». Pero la deforestación, la tala descontrolada y el exceso de explotación de los pastos crearon un estado de ánimo distópico en Gierløff y sus contemporáneos. En su libro *Skogen og folket* («El bosque y el pueblo»), pintó un tenebroso retrato de la Noruega del futuro.[1]

¿No estamos destruyendo el país al destruir los bosques? El bosque es la fuerza principal de nuestra civilización y su más grande mártir. Cuando lo hayamos matado, nos daremos cuenta de que nuestra civilización no podía subsistir sin él [...] Sin el bosque Noruega ya no tendrá esperanza.

Cincuenta años después fue la lluvia ácida la que acabaría con los bosques. Un icono nórdico, el bosque, estaba bajo un ataque medioambiental producto de las emisiones que llegaban del sur, según creían muchos. Se habló muy en serio de que Holmenkollen, la colina al sur de Oslo, acabaría desnuda de bosques y cubierta de hierba. En los periódicos se repetían fotografías de los abetos desnudos y sin ramas de la Selva Negra. Se acercaba un apocalipsis, eso me imaginaba como joven ecologista, y me inscribí en la organización Framtiden i våre hender («El futuro en nuestras manos»).

Todo ello culminó con el libro de Bo Landin *Om trær kunne gråte* («Si los árboles lloraran»), de 1987. «Bosques que sufren, bosques que mueren. Esto nos toca en lo más profundo», escribía Landin. «Si los bosques pudieran llorar, no lo soportaríamos...», afirmó la entonces ministra de Medio Ambiente, Sissel Rønbeck, en el prólogo del libro. Pero la anunciada muerte de los bosques resultó ser, como poco, algo exagerada. El bosque se defendió mejor de lo previsto. Lo que resultó ser el reto mayor no fue la muerte de los bosques, sino que los lagos se acidificaban y los peces morían. A pesar de eso, se utilizó la muerte de los bosques para combatir las emisiones de azufre de la industria y las centrales térmicas y, desde ese punto de vista, las campañas que nos asustaron tuvieron buenos resultados.

Ahora sabemos que las cosas no fueron así, ni Holmenkollen quedó cubierto de hierba ni el bosque desapareció; adivinar el futuro es un ejercicio complejo. Porque hoy el bosque avanza, hay quien afirma que Noruega se queda bloqueada, la vegetación se cierra. Desde que Gierløff hiciera sus apocalípticas predicciones hace casi cien años, el volumen de los bosques casi se ha triplicado en Noruega. La extensión que ocupan es la misma, pero la densidad ha aumentado. En otras palabras: los árboles se han hecho más grandes y están más juntos. El aumento anual de los bosques es de unos veinticinco millones de metros cúbicos, lo que significa que si solo fuera

madera, podríamos cargar medio millón de camiones. La mayor densidad forestal en Noruega hace que se retenga más dióxido de carbono.[2] En 2014 se calculó que el aumento de los bosques retiene no menos de treinta millones de toneladas de dióxido de carbono al año, o tres veces la emisión anual del tráfico por carretera en Noruega. Pero ¿por qué hay «más» bosque en Noruega?

Para empezar, se modificó la explotación forestal que pasó de ser *plukkhogst* (talar de forma selectiva los árboles más grandes y viejos, dejando el resto) a ser *bestandsskogbruk*, con el mismo tipo de árbol que se tala por extensiones. Además, también se plantaron muchos árboles. El límite de los bosques se alza muy rápido, pues hay menos ganado pastando en la montaña y un clima más cálido.[3] Si las previsiones sobre el clima son acertadas, habrá más olas de calor, más sequía y más lluvia. Un clima más caluroso favorecerá los bosques de hoja caduca noble: hayas, tilos, robles, olmos, todos dependen de veranos calurosos para generar semillas. Una tierra más húmeda y menos helada hará que el abeto se vea más expuesto a que el viento lo derribe. Quizá, tras más de dos mil años de avances, el abeto se vería obligado a retroceder a causa de un clima más cálido y cruel, se desplazaría más hacia el norte y subiría más alto por las montañas.

A pesar de que el bosque aumenta en volumen, se libra una gran batalla en marcha para protegerlo. Muchos señalan que hay poco bosque viejo. Al menos un 5 por ciento, argumentan algunos, sí, tal vez hasta un 10 por ciento de los bosques de Noruega, debería estar protegido. Los frentes se parecen, y mucho, a los de la controversia sobre los lobos. Es el deseo de tener bosque intacto frente al bosque de uso, es la explotación forestal frente a los ecologistas, son negocios *versus* sentimientos, son planchas de aglomerado, papel y biodiesel contra pinos gigantes, el liquen lobo y raras especies de moscas del mantillo. Esta batalla por preservar la naturaleza, proteger el

bosque y dejar los árboles en paz no solo se da entre campo y ciudad, sino también entre vecinos en las ciudades. Uno quiere talar un árbol donde otro prefiere conservarlo. A unos les parece que el árbol protege, ofrece refugio, pero a otros les priva de las vistas, tapa el sol y pierden una irritante cantidad de hojas. Así comienzan con frecuencia las discusiones, como en el caso del árbol primitivo de Kolsås, que al final fue derribado, o del gran olmo que fue talado en la calle Gyldenløve junto al parque Frogner, en Oslo, lo que condujo a una pequeña guerra entre vecinos armados hasta los dientes con abogados e informes periciales de expertos varios.

Es la una de la madrugada cuando paso por el bosque de Svarverud, que parece un enorme campo cultivado de árboles oscuros. Cruzando el puente de la autopista E18, que casi pasa por encima del tejado de las cabañas de la propiedad de Mats, recuerdo una visita que le hice en Svarverud en otoño del año pasado; también en aquella ocasión de regreso de una salida en busca de lobos. A la mesa de la cocina estaban Mats y su esposa Hanne Margrete, y hablamos de su hija Kaja, que murió a los quince años el verano anterior. Cuando el sacerdote apareció en la puerta, a la una y media de la noche, Mats comprendió de inmediato lo que había sucedido. Poco antes de irse a la cama había leído sobre un accidente de coche en Mysen. Kaja les había sido arrebatada, un dolor casi sobrehumano para esta familia tan unida. En su memoria han creado un jardín, el jardín de Kaja, donde está enterrada. Han plantado dos árboles, un *katsura*, el árbol del corazón japonés, y un tilo. Dos símbolos de algo más duradero que la breve vida de un ser humano.

Mientras estábamos sentados en torno a la mesa de la cocina, Mats me contó que estaban talando y me aconsejó que me pasara por el bosque. Al entrar en el bosque de Svarverud vi las huellas de gente que estaba

trabajando. Porque incluso el bosque que hoy llamamos bosque primario y bosque antiguo ha sido utilizado por la gente desde tiempos inmemoriales. Primero pasé por los restos oxidados del viejo aserradero de Nøavann y luego el molino y el lavadero de la lana un poco más arriba, en la corriente. Al llegar a Steinsvann crucé ante la cabaña Steinsborg, donde tiempo atrás se alojaban los leñadores, los transportistas de maderamen y los cazadores. QUE TE VAYA BIEN, STEINSBORG. SERGUÉI, 1944 dejó grabado en la madera un prisionero de guerra ruso que estuvo aquí haciendo trabajos forzados durante la Segunda Guerra Mundial.

En lo profundo del bosque me topé con Lundevollen, junto al lago Kulevann. Era una de las cincuenta cabañas de los pastos de verano en los bosques, donde las vacas y las ovejas pastaban, pero hoy todas están abandonadas. Junto al lago también quemaban brea y carbón (de ahí el nombre del lago, pues *kul* significa «carbón»). En estos bosques de Svarverud trabajaban treinta hombres, que casi se abastecían totalmente con lo que obtenían del bosque. Pensando en esto, resulta paradójico que hablemos tanto de aligerar nuestra huella ecológica cuando encendemos la chimenea con leña de abedul importada de Letonia, ponemos parquet de Lituania, montamos marcos de ventana de pino de Finlandia, importamos carne de cordero de Nueva Zelanda y nos atiborramos de arándanos de Polonia.

Tras pasar enormes pilas de troncos, me tropecé con profundas marcas de neumáticos que se abrían paso como grandes cicatrices entre arbustos y brezo. De los pinos recién cortados emanaban volátiles terpenos. Comprendí lo que Mats quería decir cuando explicaba que no siempre le gustaba talar el bosque. Entre los árboles rebotaba el sonido de insistentes motores cuyo número de revoluciones no paraba de bajar y subir. Aquí ya no cantan las hachas de los leñadores, ahora suena la vibración de una enorme maquinaria

forestal.[4] Los que trabajan en el bosque ya no se llaman leñadores, sino contratistas forestales.

En el bosque vi árboles caídos, y en ese momento comprendí cuán poderoso era el enemigo al que se enfrentaba ahora. Porque a través del bosque de abetos se abría paso la maquinaria, que cortaba un abeto tras otro, le quitaba las ramas y lo amontonaba en menos de un minuto. Escondido tras un par de abetos caídos, vi cómo la máquina de talar atravesaba la foresta, mientras la vida, puede que centenaria, de los árboles llegaba a su fin de forma repentina, acompañada de música ochentera que escapaba a todo volumen de la radio que tenía el operario en la cabina. «Era similar a una guerra. Atacaban el bosque como si fuera el enemigo al que hubiera que hacer retroceder de las playas, hacia las montañas, dividir y exterminar»; así describe el escritor Murray Morgan la gestión forestal actual en *The Last Wilderness*.

Volví a la granja y le conté a Mats mis impresiones con largas y sentimentales descripciones, los destrozos causados por la maquinaria, como si hubiera una guerra en curso.

—Tú observas el bosque desde un apartamento en Frogner —afirmó Mats seco, recalando que la maquinaria había hecho que la tala fuera más económica y segura, para pasar a recordarme mi vergonzosamente breve carrera como trabajador forestal en Svarverud, algo por lo que con frecuencia me toma el pelo. Un verano, nada más acabar el bachillerato, íbamos a despejar el bosque. Mientras Mats tiraba los árboles más jóvenes con la sierra, yo me detenía, contemplaba un árbol y exclamaba: «¡Qué árbol tan bonito! Habría que dejarlo...». Me gustaba el bosque virgen, el que podía crecer salvaje. Por las noches reinaba el silencio, demasiado para mi gusto. No aguanté más que una semana.

Mats no deja de señalar la importancia del bosque para nuestro país, no

solo el uso del campo sin cultivar para pastar, recolectar bayas y cazar, sino también la tala. Ya en el siglo XVI la introducción de la sierra de agua contribuyó a facilitar la producción de tablones y aumentó de manera significativa la exportación a una Europa de bosques agotados. En particular, los británicos y los neerlandeses compraban con avidez. Dicen que las vigas que sostienen Ámsterdam son de roble noruego, mientras que Londres fue reconstruida con madera noruega tras el gran incendio de la ciudad, en 1666. Hasta ese momento, los bosques habían cubierto, sobre todo, las necesidades domésticas. Con la madera la gente construía sus casas, tenía leña para la chimenea, helechos para el tejado, fibra para cuerdas y resina. Si necesitaba tablones y planchas de madera, se les daba forma con el hacha, un proceso muy laborioso.

Los altos niveles de exportación de los bosques sentaron, con el tiempo, las bases para el nacimiento de una alta burguesía en Noruega, la llamada *plankeadelen*, la «nobleza del tablón», una élite política y económica. Bernt Anker erigió un pretencioso palacete en el centro de Christiania (antiguo nombre de Oslo), mientras que durante las fiestas que organizaba en Ullevaal John Collett hacía que manara vino de madeira de sus fuentes. La alta burguesía, constituida gracias a la madera noruega, también tuvo importancia para la independencia de Noruega, en 1814. Carsten Anker, un primo de Bernt, era el propietario de la fundición de hierro de Eidsvold, en cuyo edificio principal se aprobó la Constitución, mientras que el hermano pequeño, Peder Anker, el propietario de Bogstad, fue el primer «primer ministro» de Noruega. A pesar de que los precios del maderamen han fluctuado e imperios madereros se han esfumado, se han ido desarrollando nuevos usos de la madera, desde papel hasta biocombustibles y distintos compuestos químicos. Hoy se habla del bosque como el «petróleo verde».[5]

A pesar de que los oscuros pronósticos de Christian Gierløff sobre los

bosques noruegos no se han cumplido, eso no significa que el futuro en general sea luminoso y esté falto de problemas. Porque, mientras nuestro país se ve cubierto de bosques cada vez más densos, todos los años desaparece el equivalente a decenas de miles de campos de fútbol de bosques. En el Amazonas, el delta del Congo e Indonesia, la selva virgen retrocede ante las plantaciones de aceite de palma, cultivo de soja, tala y pastoreo; si lo sumamos todo, anualmente desaparece una superficie de bosques tropicales equivalente a la extensión de Dinamarca.[6] La deforestación modifica el clima local, produce sequía e inundaciones y la desaparición de especies. Además, constituye hasta un 17 por ciento de las emisiones globales de dióxido de carbono,[7] pues los bosques lo retienen: solo en Noruega casi cuatrocientos millones de toneladas de dióxido de carbono son absorbidos por los bosques.[8]

Podemos señalar con el dedo de la superioridad moral a las naciones que hacen sufrir a los bosques en nombre del progreso, pero ellos solo continúan una obra donde nosotros la dejamos. Desde que nuestros antepasados empezaron a establecer poblados, cultivar la tierra y tener animales domésticos, se han despejado dieciocho millones de kilómetros cuadrados globalmente o, lo que es lo mismo, dos veces la superficie de Estados Unidos.[9] Solo en Europa han desaparecido más de la mitad de los bosques en los últimos dos mil años. El bosque ha tenido que pagar el precio de la civilización.

Sin embargo, hay esperanza para los bosques del mundo. En los últimos años la tala de bosques tropicales se ha reducido algo y algunos países han iniciado gigantescos planes para repoblar los bosques. Un ejemplo sería China, donde el proyecto «El gran muro verde», contribuirá entre otras cosas a detener el avance del desierto de Gobi. Cada año se plantan treinta mil kilómetros cuadrados de nuevos bosques, más de lo que se tala de la selva

virgen en la Amazonia. Hasta la fecha los chinos han plantado más de medio millón de kilómetros cuadrados de bosque, el equivalente al tamaño de España, y el bosque ha pasado de ser el 12 por ciento del territorio al 18 por ciento. A la vez, algunas voces críticas afirman que el ambicioso proyecto forestal de China indirectamente afecta a otros países: cuando se talan menos bosques en China, aumenta la tala en otros países para cubrir la demanda de maderamen.

«Hagamos lo que hagamos con los bosques, nos sobrevivirán», pienso al llegar a Oslo. Entre bloques de edificios, viviendas residenciales y jardines hay pequeños ejércitos de árboles arracimados en pequeñas superficies. Solo están esperando una ocasión para avanzar, reconquistar tierras perdidas y echar raíces en el asfalto y la tierra cultivada. Como avanzaron tras la peste negra, cuando la tierra quedó sin cultivar. Como hoy vuelven a cubrir pastos abandonados en la montaña y terrenos de granjas abandonadas. Así como asoman entre el asfalto en barrios y ciudades abandonadas.

Solo hay que ir a Prípiat, la ciudad vecina a la central térmica de Chernóbil, donde el bosque se esfuerza por borrar las huellas de la civilización. Y algún día, en el futuro, los árboles se abrirán paso entre los adoquines de la calle principal de Oslo, Karl Johan, y se deslizarán entre las paredes de los edificios de la Quinta Avenida en Nueva York. El bosque, ese ecosistema de trescientos ochenta y cinco millones de años, ha soportado caídas de meteoritos, enormes eclosiones volcánicas y explosiones nucleares. No hay duda de quién quedará al final, si nosotros o el bosque. Se quedará él. *Hibakujumoku.*

De vuelta en casa estoy atacado, soy incapaz de desconectar, por las noches sueño con lobos que aúllan en pleno centro de Oslo. Me doy miedo. Porque

es muy fuerte estar en el bosque, aullar a los lobos y oírlos. Cada vez soy más consciente de lo que implica la droga del lobo, la que tantas veces mencionaron Stefan y Claes. Este verano casi había olvidado toda esta historia del lobo, casi ni pensaba en seguir rastros ni aullar, pero ahora no tengo otra cosa en la cabeza, y casi empiezo a creermela esa chorrada *new age* sobre el lobo, que tiene una fuerza especial, que produce sensación de libertad y calma. Así lo describe la internacionalmente famosa pianista francesa Hélène Grimaud, cuando, en un estado de inquietud y de búsqueda, tocó un lobo por primera vez y sintió «un chispazo, un hormigueo, una descarga en todo el cuerpo, un contacto único que se expandió por mis brazos y mi pecho». La colmó de «una sensación suave... e hizo que una canción misteriosa naciera en mí, el grito de una fuerza desconocida, una fuerza primitiva».[10] Más tarde creó su propio centro dedicado a los lobos y escribió el libro *Wild Harmonies* (¡!), sobre lobos y música.

Lo primero que hago al despertar es mandarle un mensaje a Stefan: «Mierda, estoy súper motivado. ¿No vais a volver a salir pronto?». Ahora sabemos dónde están. Ahora tenemos la oportunidad de acercarnos a ellos otra vez sin recorrer el bosque arriba y abajo.

Stefan responde: «JA, JA. ¡Veo que hay alguien motivadísimo! El jueves, si el tiempo lo permite».

¿Dónde está el lobo?

¿Dónde está el lobo?

¿Dónde está el lobo?

¿Dónde está el lobo?

Creías que estaba muerto

Como una avalancha viva llegan animales hambrientos,

canta Imperiet mientras yo paso ante densos bosques de pinos y abetos camino de Glaskogen, cuando solo han transcurrido cuatro días desde la salida anterior.

Es el lobo

Es el lobo

lo oyes

el deseo del mundo salvaje nunca te abandona,

insiste la banda y el paisaje se abre, y revela cabañas pintadas de rojo, rodeadas de pequeñas arboledas y campos cultivados en tonos amarillos; en la explanada, justo delante de las casas de madera de Värmland, ya sea en Koppom, Hämnäs o Vannäcka, domina el típico *tuntreet*, el árbol custodio, que va desde enormes robles hasta ligeros y luminosos abedules. Mientras se acaba la canción de Imperiet pienso en que el árbol de cada casa es una tradición con raíces en la época pagana: representaba poder, progreso,

bienestar, felicidad y continuidad; era aquí donde se alojaban los espíritus, los que un día habían sido dueños de la granja. No había que talar el árbol ni cortar sus ramas, pues traía muerte y desgracia al linaje.

Del simbolismo ligado al árbol que custodia la granja podemos trazar paralelismos con el significado cosmológico del árbol, como Hans Børli en el poema «El camino de la eternidad»:

*Y en el reverso de las hojas del abedul de la casa
las larvas han dibujado un mapa
de la Vía Láctea.*

En la mitología noruega antigua Yggdrasil era el árbol del mundo, y lo más sagrado de la casa del dios, Ásgarðr. Yggdrasil, que crece en mitad del mundo, es el principal símbolo de la mitología nórdica; el árbol se menciona indistintamente como el árbol del mundo, de la vida o del destino. Su copa llega al cielo y sus ramas se expanden por todo el mundo. Yggdrasil tiene tres raíces: una se extiende hacia la tierra de los dioses aesir, otra hacia el reino de la muerte y la última hacia la tierra de los gigantes, *jotner*. Mientras que el árbol de la casa representa las estaciones del año y el paso de las generaciones por la granja, Yggdrasil representa lo lineal, desde la creación hasta la caída, donde el árbol envejece, se oscurece y, durante el fin del mundo, el Ragnarok, cae.

Así como Yggdrasil es fundamental (!) en la mitología nórdica, la representación del árbol del mundo también se conoce en otras culturas. En las cosmologías sumeria y babilona, el árbol de la vida crecía en el jardín del templo, mientras que los germanos tenían su árbol cósmico, Irminsul. En el Egipto de los faraones se cultivaba la representación del cielo como un árbol enorme que se extendía por toda la tierra, no muy distinto de la concepción de Yggdrasil; las estrellas eran los frutos que brillaban en las ramas. Los

frutos celestiales otorgaban la eterna juventud y la sabiduría a los dioses y a los espíritus de los muertos. En el mito de la creación cristiana, el símbolo del árbol está dividido en dos, el árbol de la vida y el árbol del conocimiento, situados en un jardín y no en un bosque. Y Siddharta Gautama sintió su despertar espiritual bajo una higuera, donde formuló sus ocho vías hace dos mil quinientos años y después se convirtió en Buda. La majestuosa higuera aún está allí, el llamado «árbol de Bodhi» (*Ficus religiosa*) y parece que es descendiente directo del árbol del mismo Buda. Hoy este es el lugar más sagrado para el budismo y se considera el centro del mundo.

La maquinaria roe el bosque día y noche, los árboles ante las explanadas de las casas son abatidos porque la gente quiere más sol y mejores vistas, y la mística, las supersticiones relacionadas con los árboles, han caído para muchos en el olvido.[1] Pero los árboles siguen dando lugar a leyendas y relatos: en la película *Avatar* la historia gira en torno al «árbol de las almas» en la luna Pandora, un árbol sagrado con el que los habitantes del planeta pueden comunicarse mentalmente. En la superproducción *El Señor de los Anillos*, el malvado hechicero Saruman es derrotado por un ejército de árboles, llamados Ents, y el mundo reanuda el buen camino. Cuando Charles Darwin intentó demostrar la historia de la evolución desde los organismos más simples hasta nosotros, los seres humanos, dibujó un árbol, el árbol de la vida. ¿Qué dirán los arqueólogos del futuro si desentierran un árbol de Navidad de nuestra época, adornado con espumillones y bolas brillantes? ¿Pensarán quizá haber descubierto un culto en el siglo xx en el que se veneraban los abetos? A pesar de los esfuerzos de la Iglesia por deshacerse del culto pagano al árbol, hoy son muchos los que están más preocupados por conseguir y decorar una conífera en Navidad que en adorar al Niño Jesús.

Al llegar a Glaskogen, a solo veinte kilómetros de la frontera con Noruega, me detengo en un área de descanso para esperar a Stefan. A este paso voy a

acabar en la lista de tipos sospechosos de la policía. Mi comportamiento no deja de ser bastante extraño: cruzo la frontera de manera habitual y aparco junto a una pista forestal desierta; después me recoge un coche desconocido y me adentro en el bosque. Lo habitual es que cuando vuelvo a mi propio coche ya es de madrugada y que regreso en dirección a Oslo, con frecuencia por carreteras boscosas desiertas sin puestos fronterizos.

Anochece. Stefan y yo echamos una ojeada al terreno. Hemos vuelto al lugar donde oímos a los lobos la última vez. Un camino serpentea hacia un pantano alargado, de hierba ocre y con pequeños pinos despeluzados que subsisten al límite de sus condiciones de vida mínimas. Tras la zona pantanosa se extiende una colina baja revestida de pinos. También Stefan tiene fe hoy, es verdad que como siempre, e insistió en que debíamos salir al bosque mientras hubiera luz, así veríamos más.

Seguimos el mismo procedimiento de la última vez: Stefan emite sus aullidos y seguimos a la escucha. De repente se rompe el silencio. Un lobo aúlla largamente a un lado y una manada de lobos completa, cacofónica y estridente, responde al otro. A pesar de que ya he oído a los lobos varias veces, es imposible no quedarse fascinado por sus aullidos rotundos que colman el bosque. Y siempre hay matices; a veces, los cachorros más pequeños suenan más agudos, mientras que los del año anterior y los adultos aúllan con voz más ronca. También, para que parezca que son más de los que son en realidad, aúllan en distintos tonos, y por lo visto cada manada tiene su propio dialecto.

Esta vez el aullido de Stefan suena juvenil y juguetón, con silbidos melancólicos, y en esta ocasión quiere aullar solo, sin mí, porque nadie que no esté entrenado podría imitar esos sonidos. La manada responde una vez

más. Los cachorros están reunidos en el pantano, como la otra vez, pero hay un lobo adulto no muy lejos, al otro lado del camino. A diferencia de la vez pasada, da la impresión de que estamos rodeados de lobos. En este momento somos vulnerables y suculentos pedazos de carne sobre dos patas. En mitad de una frase Stefan deja de hablar y estira los brazos para indicar que quiere un silencio absoluto. Nos quedamos completamente quietos, a la escucha, como tantas otras veces. Me susurra que ha oído un ruido, muy leve, entre la hojarasca; parece como si se hubiera hecho uno con el bosque y lo captara todo, desde una rama que tiembla en el viento hasta un pájaro que da un aviso o hasta una criatura que se desliza furtivamente entre los árboles.

—Sígueme por el camino y luego por el pantano —me ordena Stefan, y me arrastra hacia la cuneta, detrás de un abeto no muy alto.

Se oyen roces entre los arbustos, entre el brezo, mientras vigilo el bosque con los potentes binoculares Zeiss.

—Están cerca —afirma Stefan, pero el pantano ocre y el camino de gravilla siguen desiertos, sin indicios de vida.

Como ahora estamos entre los cachorros y el macho alfa, tiene fe en que los lobos hagan acto de presencia en cualquier momento. Pero no es la primera vez que oigo a Stefan expresarse así y que luego no pase absolutamente nada.

Un pájaro alza el vuelo, un urogallo macho o hembra, adivina Stefan, y repite que los lobos están aquí, puede que solo a cien metros de nosotros, y han asustado al ave. Ahora le creo. Los lobos están rozando y moviendo el follaje a nuestro alrededor. Con los prismáticos hago un barrido por el bosque, pero solo veo troncos desnudos de pinos, entre rojizos y marrones, algún que otro abeto, brezo y matas de arándanos azules. Ningún lobo. Stefan vuelve a emitir un par de tristes aullidos, no muy fuertes, mientras permanecemos inmóviles, en cuclillas entre el brezo. Me explica que, si eleva

el tono, podría asustarlos. Una vez más recorro el bosque con los prismáticos, hacia el pantano y el camino. Es difícil verlos, me cuenta Stefan, los cachorros pueden tener el pelaje oscuro, mimetizarse con el bosque.

De repente Stefan susurra con entusiasmo:

—¡Ahí están los lobos! ¡Ahí! Por el camino. ¡Vienen hacia nosotros!

Desconcertado, apunto con los prismáticos hacia la carretera, miro fijamente, pero no los veo. Claro, los he buscado al final del camino, cerca del pantano. Pero cuando aparto los prismáticos me doy cuenta de que se encuentran mucho más cerca. Los prismáticos no estaban enfocados. «¡Mierda! Están aquí, y yo perdiendo el tiempo», me digo. Por fin consigo enfocar los prismáticos y miro de frente a tres peludos cachorros, de pelaje oscuro y grisáceo. Se parecen a cachorrillos de pastor alemán y vienen derechos hacia nosotros.

Estoy tan alterado que suelto los prismáticos, quiero documentarlo, llevo casi dos años con esto, y ahora están aquí, en la carretera, a unas pocas decenas de metros. Empiezo a manipular la cámara del móvil, tengo que sacar una foto, pero decepcionado compruebo que no hay suficiente luz. Mientras trasteo con el móvil Stefan me agarra de un brazo: «¡Fíjate! Debes disfrutar del momento». Y ahora ya no solo hay tres lobeznos en la carretera: del bosque salen otros dos, uno más grande que el otro.

—Es la niñera, un cachorro de dos años —me informa Stefan y anota rápidamente la hora, el número de lobos, la edad y su aspecto en un cuaderno amarillo. Porque todas sus experiencias han de ser documentadas para la posteridad.

Mientras los lobos caminan por la carretera, Stefan me susurra que tienen un lenguaje corporal muy desarrollado, y me da algunas pistas. Los ojos muy abiertos significan: «¿Qué pasa?». Los ojos entornados: «Estás por debajo de mí en la jerarquía». Las orejas hacia atrás: «No me concierne tomar

decisiones». Las orejas hacia delante: «Estoy excitado o me voy a excitar». Si enseñan los dientes, algo que lobos y perros hacen con frecuencia, el gesto puede significar muchas cosas: si los enseñan y echan las orejas completamente hacia atrás, debemos ponernos en guardia. Pero si las echan hacia atrás solo un poco significa que están comunicando su estado de inferioridad. Y luego está la cola. Cola baja: «Aquí decides tú». Cola más alta: «Aquí decido yo».

Entonces vemos que los cachorros se dan la vuelta y se ponen a corretear. Luego reducen la velocidad y retozan de vuelta al bosque seguidos por los otros dos lobos.

Estoy totalmente descolocado, emocionado, me siento como si hubiera triunfado. Pienso en las incontables horas que he sacrificado, todas las salidas, las llamadas, mi insistencia, las veces en que he puesto en segundo plano a mi familia, mi trabajo y mis amigos, horas que por fin me han llevado a vivir esta experiencia tan extraordinaria. Me parece irreal que hayan venido directos a nuestro encuentro, vivitos y coleando, y no un lobo, sino cinco. Le propino un codazo a Stefan, le doy las gracias. Ha sido fundamental que atrajera a los lobos y que percibiera que estaban acercándose. Los rumores sobre el sueco son ciertos: es «el hombre que puede hablar con los lobos».

—Y esto solo es el principio —dice Stefan mirándome muy serio.

—¿Qué quieres decir?

—Que ahora querrás verlo todo, no solo lobos, sino lince, glotones, alces blancos, osos...

—No, no lo digas ni de broma —lo interrumpo—. No puedo más. Me basta con los lobos.

Ya me han robado demasiado tiempo y energía, no tengo intención de engancharme tanto como Stefan, o me veo acabando como una especie de «Doppler de los lobos», un tipo que termina por escaparse de casa para vivir

en el bosque, entre estos animales. Porque ya he notado esa sensación últimamente al estar solo en Østmarka: no tenía ganas de volver a casa, quería quedarme en el bosque. Una sensación tan intensa que me asusta.

—Tú también estás pillado —concluye Stefan.

Pero percibo que, al menos por su parte, hemos llegado al final del camino. Me ha enseñado los trucos de la profesión, ahora debo apañarme solo.

El bosque se oscurece, la luz se atenúa, la noche se hace con él. Lo único que rompe el claro cielo estrellado de la noche en Glaskogen son las luces de la maquinaria forestal que a veces se deslizan sobre el cielo allá a lo lejos. La oscuridad hace que el cinturón de estrellas de nuestra galaxia parezca una inmensa y luminosa nube neblinosa salpicada de minúsculos puntos. Nada es más oscuro que un bosque de noche, y nada como un bosque oscuro puede despertar fantasías de lo sobrenatural. De Glaskogen hay leyendas de espectros que montaban caballos encendidos como teas, de bodas de ninfas del bosque y de brujas que volaban por el cielo montadas en una escoba. El historiador Roger Ekirch ha señalado que «dondequiera que miremos en las antiguas civilizaciones, los demonios llenaban las noches».[2]

El cristianismo mostraba a Dios como una luz eterna, en contraste con la oscuridad y el caos. Quizá el miedo a la oscuridad tenga un origen evolutivo, pues en la oscuridad impenetrable estábamos más expuestos a ataques de animales salvajes y enemigos. O tal vez sea, como alega Freud, que el miedo a la oscuridad se deba a la angustia por la separación, resultado de que nuestros padres salieran de nuestra habitación y nos dejaran solos en la negrura. Antorchas, velas, lámparas de aceite, farolas y bombillas obligaron poco a poco a la noche a batirse en retirada, porque como lo formulaba Platón: a los espíritus malignos no les gusta el olor de las lámparas. Las

formas de iluminación aumentaban, y la época de la Ilustración también contribuyó un poco a ahuyentar las visiones de seres malvados en la oscuridad de la noche, que perdió su aura de terror y mística.

—¡Otro lobo! ¡En la carretera! A diez metros de nosotros —me susurra Stefan muy alterado.

Me doy la vuelta, pero es demasiado tarde. Ha desaparecido en el bosque, al otro lado, casi como un fantasma.

—Estaba a diez metros de nosotros —repite Stefan.

Por lo menos son seis o siete lobos los que dan vueltas a nuestro alrededor. No solo he visto lobos, sino que estoy en medio de una manada entera.

¿Debería tener miedo? ¿Debería aferrarme a Stefan, rogarle que volvamos corriendo al coche para escapar del bosque?

Casi es como si él quisiera generar un poco de emoción mientras permanecemos así, rodeados por los depredadores, dice en voz baja:

—Aunque parezcan pequeños cachorros, ya han desarrollado una mordida potente. Un lobo, incluso un cachorrillo, puede rompernos el cráneo como si nada.

Una vez vio un lobezno de cuatro meses en el bosque. De repente, levantó el hueso de la cadera de un alce y lo partió como si tal cosa con la boca. Después se comió el tuétano.

Tal vez en ese momento hubiera podido dejarme llevar, teniendo en cuenta la potente mordida del lobo, los cuarenta y dos dientes afiladísimos en la mandíbula que destrozan a la presa, que pueden destrozarnos el cráneo. Podría haber sacado el machete o haber preparado la bengala de señalización que, a escondidas, he metido en la mochila. Pero no siento miedo alguno, a pesar de que suene a frase hecha: lo único que deseo es que este momento no termine, que dure hasta el infinito.

En la oscuridad opresora Stefan extrae unos prismáticos de visión

nocturna. Intuye que los lobos, que están al otro lado del camino con respecto a nosotros, pronto lo cruzarán, y así es: bajo la luz verdosa de los prismáticos de noche observo que los cachorros vuelven a salir a la carretera, pero ahora son más, quizá cuatro o cinco. De repente un lobo enorme, de largas extremidades, trota por el pantano hacia el camino. Casi se parece a una cría de alce y corre a zancadas hacia el bosque seguido por los cachorros obedientes.

—Tenía la cola blanca. Es el macho alfa —susurra Stefan.

Todos los lobos han desaparecido, y nosotros nos quedamos mirando hacia el bosque. De vez en cuando Stefan aúlla y los lobos le responden desde el pantano.

—¡Esto es amor! Los lobos aúllan y la noche está estrellada —exclama Stefan.

Así seguimos otra hora, mientras los animales permanecen en el pantano y, después de un rato, al igual que la última vez, Stefan insiste en que ya vale. No debemos molestar demasiado, me explica de nuevo, y emprendemos el camino hacia el coche buscando heces, huellas y pequeños insectos con las linternas. Solo hemos recorrido dos metros cuando Stefan me llama con impaciencia: «Una luciérnaga, una *Lampyridae*», dice, y en la grava brilla con reflejos verdes y amarillos un bicho de luz, un gusano de luz. Una compleja reacción química hace que el bichito brille, tanto para espantar a sus enemigos como para atraer a una pareja.[3]

—No te olvides de mí, quiero hacer más salidas —le digo a Stefan cuando volvemos al coche. A pesar de que considero que he alcanzado mi objetivo, no logro resignarme a que esta sea mi última salida con el Hombre de los Lobos.

Silencio.

—¿Qué más te esperabas? —pregunta desanimado—. Me pasé diez años, diez años —repite—, en el bosque antes de oír siquiera un lobo. Y tú ya los has oído cuatro veces, y ahora has visto siete.

Intuyo que Stefan cree que ya está bien. Solo hay un problema: Stefan me ha enganchado a la droga del lobo. Y eso tiene consecuencias para él. Ahora no podrá deshacerse de mí. Nuestra amistad, o lo que sea, durará toda la vida.

«¡Esta noche ha sido un éxito!, ¡enhorabuena!», me escribe en un mensaje Stefan cuando ya he llegado a casa. Y es lo que él ha dicho: uno puede vivir las más intensas experiencias en el bosque, pero sea como fuere, en cuanto llega a casa, quiere volver a marcharse. Nunca es suficiente.

Durante las siguientes semanas recibo noticias preocupantes de Stefan.

«Están pasando muchas cosas malas en el bosque de los lobos», escribe. Me cuenta que ha oído disparos en el mismo lugar donde vimos a los lobos la vez anterior y que un pickup enorme entró en el territorio de los lobos, deprisa, con violencia. Me dice que lo más inquietante es que ha perdido el contacto con los lobos, que uno de los cachorros y uno de los adultos han desaparecido sin dejar rastro. La desconfianza entre los que odian a los lobos, los cazadores y los besalobos pesa sobre Glaskogen como una densa niebla.

El disparo

A pesar de que el invierno declina, un espeso manto nevado recubre el bosque de Svarverud. Árboles partidos aparecen diseminados por el terreno, víctimas de un invierno largo y de mucha nieve. Bajo el sol de abril el bosque de pinos ha perdido su halo blanco y forma un decorado verde oscuro hacia el sur. Hay un motivo por el que he llegado hasta Svarverud: Mats me envió un mensaje con una foto en que se veían huellas de lobo al lado de un bastón de esquí como referencia.

«Steinsvannet, hoy», ponía, sin más, como es habitual en él. Después no tuve más noticias de Mats, y cuando ya le había llamado tres veces, sin respuesta, y le había enviado cuatro SMS, también sin respuesta, me subí al coche y fui hacia el este. No podía dejar escapar esta posibilidad. Porque, tras pasar un invierno haciendo innumerables salidas para seguir rastros, tenía un intenso deseo de buscar precisamente aquí, en Svarverud. Al fin y al cabo, fue aquí donde empezó todo hace dos años, en una excursión nada exitosa.

Cuando cruzo a pie la explanada que hay frente a la casa, Mats sale del gallinero cargado de huevos. Me cuenta que los lobos han pasado muy cerca de la granja, por el lago Nøavann. Desde allí han seguido la ruta de los lagos hacia el sur. Promete mostrarme las huellas, pero estamos en plena temporada de nacimientos de corderos. Como es habitual en Mats, solo tiene que ocuparse primero de un par de cosas. Dispuesto a esperar, me acomodo en la

casa de los guardeses, amarilla y llena de corrientes de aire, construida a un tiro de piedra de la casa principal. Enciendo la chimenea, me siento en el sofá gris claro y saco un par de libros de la mochila. Después de un período casi obsesivo en el que me he centrado mucho en los lobos, he vuelto a profundizar en el bosque y su historia. En especial me he dejado fascinar por los enormes bosques que cubrían parte del Ártico hace más de cuarenta y cinco millones de años, en un período llamado Paleógeno.

Cuando era estudiante, pasé dos semanas haciendo trabajo de campo en las islas Svalbard. Nos llevaron en barco y volamos en helicóptero a la roca yerma, en el que, por lo visto, fue el curso universitario más caro de la historia. Estudiamos, sobre todo, cómo los deltas se habían abierto paso hacia el mar, y mientras trazábamos mapas y registrábamos las laderas de las montañas, recogimos fósiles de hojas, de cincuenta y cinco millones de años de antigüedad, sospechosamente parecidas a las que encontramos hoy en los bosques. Eran hayas, avellanos, olmos y arces, flores de plantas que sufrieron una evolución espectacular en el Paleógeno. Además, había árboles de Redwood que hoy solo se dan en América del Norte. A partir de los análisis de los fósiles de árboles con fruto se ha estimado que la temperatura media era de quince a dieciocho grados, a pesar de que las islas Svalbard solo estaban un par de grados más al sur que hoy. El clima global era más cálido entonces, sobre todo como consecuencia de que el nivel de dióxido de carbono en la atmósfera se hallaba entre unos porcentajes de 0,08 y 0,11, es decir, más del doble de los niveles actuales.

Los períodos cálidos en el Paleógeno dejaron tras de sí una serie de extraños recordatorios. En el Canadá septentrional, en la isla Axel Heiberg, a ochenta y dos grados al norte, hay troncos fósiles de cuarenta y cinco millones de años que asoman en el gélido altiplano. Son restos de bosques que se habían adaptado a unas fases de oscuridad total de tres meses de

duración en invierno, justo igual que el bosque de *Glossopteris* en el Polo Sur en el Pérmico. Los tocones de árboles en la isla Axel Heiberg todavía no se han fosilizado y están formados por madera, tanto es así que los primeros investigadores que los estudiaron hicieron fuego con ellos en la chimenea. Resulta fascinante que hayan aparecido fósiles de tortugas y aligátores del mismo período en la isla Ellesmere, también en el Ártico canadiense. En el Antártico, hoy cubierto de hielo y yermo, abundaban bosques de hoja, mientras que los bosques tropicales, que hoy se desarrollan a lo largo del ecuador como un cinturón, se extendían hasta el sur de Europa y penetraban en América del Norte. En otras palabras: era un planeta de bosques.

Fue en este planeta cubierto de bosques donde los mamíferos empezaron a ser hegemónicos.[1] Los dinosaurios se habían extinguido, el lugar que ocupaban en el ecosistema estaba libre. Por destacar un par de momentos estelares en una larga y compleja historia: hace cincuenta y tres millones de años, aparecieron los primeros primates, nuestros ancestros, como el género *Archicebus*: eran pequeños y frágiles, con aspecto similar al de un lémur, vivían en los árboles y se alimentaban de frutos e insectos. La vida en las copas de los árboles hizo que nuestros antepasados desarrollaran la capacidad de agarrar, origen de nuestras manos, las mismas que posibilitan que escriba estas frases y que tú sostengas este libro. Encaramados a los árboles también adquirimos una excelente visión de los colores, en comparación con otras muchas especies animales: así, aprendimos a distinguir la fruta madura de la que no lo estaba. Nuestro cuerpo es, en otras palabras, resultado de la vida de nuestros ancestros en las copas de los árboles. Al mismo tiempo aparecieron los primeros ancestros de los depredadores de hoy (y, por supuesto, también de los lobos), los llamados «miácidos». Los hallazgos de cráneos fósiles de esa época muestran que sus propietarios habían desarrollado incisivos y

grandes carnasiales, que servían para cortar y triturar, entonces igual que ahora.

Hace cuarenta y dos millones de años el clima se enfrió, la Antártida y América del Sur se separaron y una corriente marina helada empezó a rodear el continente más al sur. La nieve de los años anteriores no se fundió, y poco a poco los glaciares fueron aumentando de tamaño y uniéndose a lo largo de millones de años, hasta formar un gran territorio helado de interior. Según una teoría, a la vez la formación de la cordillera del Himalaya hizo que aumentara la erosión y grandes cantidades de dióxido de carbono se retiraron de la atmósfera.[2] El frío y la sequía provocaron el retroceso de los bosques tanto en el Ártico como en el Antártico, y los bosques tropicales fueron cediendo terreno a grandes praderas cubiertas de hierba, a sabanas y estepas. Los mamíferos se adaptaron y fueron adquiriendo mayor tamaño, como los ungulados y los proboscídeos. Los depredadores también ganaron en corpulencia, y se desarrolló la familia de los perros (*Canidae*), los ancestros de los lobos y los zorros de hoy.

Algunos primates se atrevieron a bajar al suelo del bosque y a salir a la sabana. Si damos un salto de millones de años en el tiempo, notamos que a pesar de que nuestros ancestros probablemente ya podían caminar erguidos con anterioridad, los fósiles de hace casi cuatro millones y medio de años de los ancestros humanos *Ardipithecus ramidus*, también llamados Ardi, tenían rasgos bípedos. Que nosotros, los seres humanos, podamos caminar erguidos es una característica única entre los vertebrados, característica que solo han desarrollado algunas de las especies supervivientes, como los canguros y los pingüinos.[3] Pero ¿por qué abandonaron nuestros ancestros la vida en las copas de los árboles? Según una teoría, ocurrió como consecuencia de un aumento de la competitividad, pero otra afirma que se debió a que nuestros ancestros empezaron a tener las manos libres para poder aferrar y manipular

herramientas, y al final usar palos y piedras a modo de armas. Quizá habría sido mejor que nos hubiéramos quedado sobre los árboles...

Las huellas de los lobos avanzan en zigzag por la orilla del Nøavann. Justo por encima de nosotros, a escasos cien metros, está la blanca casa principal de Svarverud, tan cerca de la granja ha estado el lobo... Por fin he conseguido que Mats, un poco en contra de su voluntad, deje sus tareas pendientes y juntos seguimos las huellas, primero por el lago y luego entrando por Steinsvannet. Desde nuestra primera salida en pos de un rastro, hace dos años, hemos adquirido mucha más experiencia. Distinguimos enseguida las huellas de lobo de las de un perro. Si perdemos el rastro del lobo, nos desviamos a un lado y avanzamos formando grandes círculos para volver a localizarlo. Observamos con atención en busca de restos de su pelaje, heces u orina para hacer análisis de ADN.

Siguiendo las pisadas del lobo por el lago helado, hacemos un resumen del otoño y el invierno. Últimamente se han visto lobos por la zona de Svarverud, me informa Mats, y han acabado con un alce en sus bosques. El cazador de alces, el amigo de Mats escéptico con los lobos, incluso ha oído los aullidos y hasta él tuvo que reconocer que fue hermoso, muy especial. Por lo demás, Mats ha seguido rastros en la colonia de Boksjø, cerca de Halden, en Rømskog y, no menos importante, en Mangen. Por ironías del destino, su tatarabuelo, Christian Haneborg, quien compró Svarverud, estuvo al frente de la que con toda probabilidad sea la batida contra el lobo más legendaria de Noruega. Fue casi un ejercicio militar: una partida de caza de quinientos cazadores se dividió en cuatro grupos, que entraron cada uno por un punto cardinal en el Mangenskogen.[4] Avanzaron a través del bosque con

tambores y bocinas para asustar a los lobos y rodearlos. Durante el avance cinco lobos salieron de su refugio y dos fueron abatidos.

Desde que casi bailé con lobos en Glaskogen, mi interés por ellos no ha decaído, al contrario, se ha vuelto mayor aún. Por fin tengo localizada a la manada de lobos de Østmarka, que supone un viaje significativamente más corto que el de Glaskogen. En parte he aprendido y ahora me las apaño solo. Mis salidas ya no son expediciones improvisadas. Soy más preciso y recibo consejos de otros expertos excursionistas, trabajadores forestales, esquiadores y granjeros a los que he ido conociendo en la naturaleza salvaje.

Ya el otoño pasado obtuve unos cuantos éxitos: vi heces de lobo, una carcasa y, sobre todo, pisadas. «De veras que vas por buen camino... Mola, qué emoción», me escribió Stefan dándome ánimos con respecto a mis hallazgos. Un día de principios de otoño aullé por Østmarka y me respondieron. Primero creí que era de veras un lobo, que yo, el «aprendiz», había tenido un pequeño éxito y había conseguido hacer que aullara, yo solito. Pero no me sonó natural del todo, y cuando más tarde vi huellas recientes de gente en el sendero, supuse que alguien me había tomado el pelo, un excursionista u otra persona que había salido con el mismo objetivo que yo.

La semana siguiente las cosas no mejoraron. Me acompañaba un colega; los dos aullamos. Nos respondió un agudo grito sobre nuestras cabezas, en la escarpada ladera. Dimos un respingo porque era muy penetrante, alcanzaba gran altura y cruzaba el pinar. ¿Qué demonios era aquello? Después de buscar frenéticamente en Google descubrimos que se trataba de un zorro. Pero de un zorro descarado, uno que no reconocía el arte de aullar como un lobo. Porque el zorro no respondía a mis aullidos con otro de terror, sino que había emitido un aullido de cortejo, que según los que entienden de esto puede querer decir: «¡Aquí estoy y estoy en forma!».

Mi familia tampoco se libró de mis garras. En lugar del viaje anual a París en otoño, me los llevé a una cabaña con el tejado cubierto de musgo que me habían prestado en Glaskogen, precisamente, una decisión que produjo un breve frente frío entre mi hija adolescente y yo. En el país vecino nuestra meta era relajarnos, dar paseos y, por una vez, observar el territorio de los lobos a la luz del día. Pero cuando el vigilante de la zona, un hombre de cierta edad que también salía a llamar a los lobos, como Stefan, me puso unos aullidos de lobo recién grabados con su móvil, sentí la gran presión del síndrome de abstinencia de los lobos. Entonces opté por ordenar a toda la familia a que me siguiera al bosque donde la manada de lobos había sido oída por última vez. Recorrimos en coche las pistas forestales en la más absoluta oscuridad. A intervalos regulares nos deteníamos para aullar, primero yo, luego mi esposa y, por último, nuestros tres hijos. Una deliciosa sinfonía ejecutada por mi propia manada, pero sería exagerado decir que sonábamos a lobos. La excursión acabó en un camino sin salida en medio del bosque y cuando nos bajamos del coche, los niños se aferraron a su madre, pues la noche era negrísima y el bosque se elevaba denso y oscuro, una experiencia poco habitual para estos niños de ciudad, demasiado acostumbrados a la luz urbana. Entonces les pedí que estuvieran quietos mientras yo hacía bocina con las manos, me las acercaba a la boca y me colocaba bien plantado en el suelo, exactamente igual a como hacía Stefan. Después lancé mi quejoso aullido a la noche. Al principio el silencio fue absoluto, pero luego, tras una colina recubierta de pinos, se elevó un grito. No de un lobo, sino de algún ave del bosque, quizá un cárabo, que fue seguido de una risa maléfica de mis hijos.

Hasta ahora, el momento culminante del invierno ha sido seguir a tres lobos

por Østmarka. Un hito. Por campos de cultivo y tupidos bosques fui en pos de las huellas, y en un bosque de abetos con troncos desnudos y cobrizos, encontré los despojos de un corzo, casi entero, sin cabeza. Los lobos habían mordido solo un par de pedazos y luego, por alguna razón, habían desgarrado la cabeza hasta arrancarla. Después, probablemente los habían asustado y habían salido corriendo hacia el bosque con la cabeza del corzo. Lo que me llamó la atención fue encontrar huellas de tres lobos. Faltaba uno, pues a principios de otoño eran cuatro. Un par de días más tarde me lo confirman: el macho alfa ha desaparecido sin dejar rastro, el que había sido visto repetidas veces en los campos de la aldea de Kirkebygda. Llueven las acusaciones. Los expertos consideran poco probable que haya muerto por causas naturales, pateado por un alce o ahogado, así que solo queda una alternativa razonable: la caza ilegal. Es una acusación que provoca una enérgica reacción entre los cazadores de Østmarka, y la mayoría seguramente tiene motivos para ello. Pero si yo fuera cazador y odiara a los lobos, y estuviera apostado en lo más profundo del bosque, y el macho alfa, que ya se estaba tomando demasiadas libertades, pasara por allí trotando, ¿qué habría hecho?



Como si no bastara con que haya desaparecido el macho de Østmarka, la hembra de Hobøl, la que seguí en mi primera salida seria, parece haberse volatilizado. Qué sospechoso. Como dijo uno de los gestores naturales de la zona, la caza ilegal la llevan a cabo cazadores profesionales que mantienen la boca cerrada y no se vanaglorian de ello.

A la vez que se producía la misteriosa desaparición de una serie de lobos en Glaskogen, Hobøl y Østmarka, las instituciones tomaron la decisión de abatir cuarenta y dos lobos de forma legal. Hubo juicios y jaleos, e incluso el actor estadounidense Leonardo DiCaprio colgó en Instagram que deberíamos poner fin a la caza del lobo. Mientras que los suecos iban a sacrificar veintidós ejemplares de un total estimado en trescientos cincuenta y cinco individuos, en nuestro país, sobre el papel, se podía eliminar casi la mitad de la colonia de lobos cien por cien noruega.[5] Entre ellos dos manadas, la de Julussa y la de Osdalen, serían exterminadas por completo.

La caza del lobo cuenta con una larga tradición, como dijo un biólogo estadounidense: «La caza del lobo es la persecución más desalmada y falta de consideración que una especie haya llevado a cabo contra otra». Desde que la humanidad domesticó a los primeros animales hace más de diez mil años, el conflicto ha estado latente, pero las pruebas escritas más antiguas de que se prometía una recompensa por cazar lobos se remontan a las leyes de Solón de Atenas. La demonización de los lobos que hizo el cristianismo en la Edad Media condujo a que la caza se volviera sistemática, tanto que se crearon cuerpos de cazadores especiales, como *la louveterie* en Francia. También en Escandinavia se premiaba la caza y se promulgaron leyes específicas para acabar con los lobos.[6] Desde mediados del siglo XIX, y durante los decenios siguientes, se abatieron entre ciento cincuenta y trescientos lobos al año en nuestro país.

Mientras que el lobo estuvo prácticamente exterminado en Escandinavia a principios del siglo xx, la caza siguió intensificándose en América del Norte y Rusia. En Estados Unidos se creó un organismo federal para combatir a los depredadores y los roedores, y en la década de los años veinte del siglo pasado se abatieron más de veinte mil lobos al año.[7] El lobo acabó exterminado en la mayoría de los estados. Allí donde un cazador atrevido y hábil en Escandinavia podía presumir de cargar con una decena de lobos sobre su conciencia, algunos cazadores norteamericanos podían matar a varios miles a lo largo de su carrera activa. También en la antigua Unión Soviética la caza era intensa: desde que se creó el Estado soviético, en 1917, y hasta 1992, fueron abatidos más o menos un millón seiscientos mil lobos. [8]

Los métodos empleados por los cazadores para acabar con el lobo han sido, desde un punto de vista histórico, creativos y variados. Los han atrapado en fosas excavadas en el terreno, les han disparado desde puestos y los han atraído imitando los gritos del cerdo y han entrenado con métodos sofisticados a las águilas para que los cacen (en especial en Finlandia y Kirguistán). Si los cazadores encontraban a los cachorros primero, los mataban a todos menos a uno, al que colgaban de un árbol, donde gemía y acababa atrayendo a la madre, hasta que estaba a tiro.[9] Y no olvidemos los cebos envenenados, con liquen de lobo triturado, arsénico o estricnina.[10] Con estricnina acabaron, por ejemplo, con ocho lobos en Ullevaal, Oslo, en una sola noche de 1844.

Cuando empezó la caza de la manada de Julussa, me acerqué a Østerdalen para ver cómo estaba el ambiente. Después de haber cruzado interminables, monótonas colinas cubiertas de pinares por el valle, llegué a Deset, un poco

más al norte que Rena. Allí me encontré con una caravana de pickups cargados hasta los topes de cazadores. Se desviaron de la carretera y se adentraron en el bosque, guiados por un robusto y decidido líder vestido de color naranja. Parecía una guerra. En realidad, había empezado como una jornada de descanso para los cazadores, pero cuando un esquiador de fondo descubrió huellas junto a la pista, informó a los cazadores. Las máquinas quitanieves despejaron el camino con el único fin de que los 4x4 cargados de cazadores pudieran penetrar en el bosque. Como afirmó un nonagenario: «No había habido tanta colaboración entre los habitantes de la aldea desde la Segunda Guerra Mundial».

En el profundo bosque de Østerdal la caza había comenzado, una caza intensa. Porque el lobo, inteligente y con los sentidos muy desarrollados, es uno de los animales más difíciles de cazar, me contó el jefe de la expedición. Mientras estuve allí, pude oír relatos acerca de cómo los lobos diezmaban la población de alces, de cómo acababan con los perros de la gente, de cómo la vida en la aldea no había sido la misma desde que llegó el lobo. Puede que fuera por efecto de la sugestión masiva, pero para mi sorpresa me solidaricé con ellos. Eran esquiadores de fondo, abuelas, madres, niños, conductores de máquinas quitanieves, antiguos campeones del mundo de biatlón, propietarios de zonas forestales, casi todos empeñados en quejarse de los lobos.

El lobo luchaba por su vida en el bosque que se extendía ante nosotros y tenía un problema: la superioridad del enemigo era demasiado grande. Más de cincuenta cazadores lo perseguían armados con rifles de precisión. No sirvió de nada que algunos de los que estaban en contra pusieran unos altavoces con música a todo volumen junto a uno de los puestos. Porque el depredador, indefenso, puesto al descubierto por la impronta completamente visible de sus propias huellas en la nieve, era perseguido por tipos tenaces y

bien entrenados que llevaban raquetas de nieve y que, sin piedad, iban acorralándolo en dirección a cincuenta y tantos cazadores apostados en el terreno. No podía haber acabado de otra manera: a las 14.54 horas retumbó un disparo en el hermoso bosque helado. El cazador a cargo de la expedición constató, mirándome satisfecho, que el lobo había muerto. Era el cuarto que abatían en tres días.

Una hora más tarde nos encontrábamos en un campo. Se exhibía el cuerpo sin vida del lobo mientras el cielo del atardecer enrojecía. Un pickup detrás de otro se desviaba hacia el aparcamiento, casi como si fueran las fiestas del pueblo, la fiesta nacional del 17 de mayo o el entierro de algún ilustre habitante de la zona. Al final se habían juntado unos cien aldeanos y cazadores vestidos de camuflaje. Los defensores del lobo, los «activistas», como los llamaba el responsable de la partida de caza, fueron retenidos junto a la carretera por un grupo de resueltos cazadores. El ambiente no era de exaltación, como mis prejuicios me habían llevado a esperar, sino solemne. Cuando sacaron al lobo de una lona verde manchada de sangre, no sonó un grito de euforia en el bosque nevado. Hubo un silencio, murmullos, y a mi espalda oí a un cazador decirle a otro que era un animal hermoso. El canal de televisión TV2 estaba grabando. El ejemplar fue pesado y medido. Antes de volver a casa, me colé entre el gentío y pasé la mano por el grueso e invernal pelaje, entre gris y marrón, ensangrentado. No sentí nada.

Las sombras de los abetos se proyectan sobre el Steinsvannet helado, en el bosque de Svarverud, como los dientes de unas enormes fauces de lobo. Solo el sonido de nuestras pisadas sobre el fino hielo del lago rompe el silencio. Es una bonita búsqueda de rastros de lobo: las huellas son frescas, fáciles de seguir y no están contaminadas por otras de perro ni de personas. En el fondo

sur del lago el lobo ha saltado a una pista forestal. Han pasado la máquina quitanieves y las huellas son casi imposibles de seguir.

Mientras Mats y yo oteamos en busca de huellas, veo un montón de duras *Lycopodium annotinum* junto a un gorgoteante riachuelo, una superviviente, una especie que pertenece a unas plantas en su día muy comunes. Le pregunto a Mats si sabe cuáles son, y adivina que es una *Selaginella selaginoides*. No está mal, pero, con cierto tono triunfal corrijo al biólogo y le digo que es una *Lycopodium annotinum*, aunque pertenecen a la misma familia. Luego le cuento la historia de esas plantas: en su día fueron grandes árboles y estas pequeñas y modestas plantas que ahora se arrastran por el sotobosque es lo que ha quedado de esa especie.

El bosque es un mosaico de incontables especies que proceden de distintas etapas de nuestra prehistoria, unidas hasta formar un ecosistema. Los árboles de hoja caduca noble, desnudos, congelados por el frío, tienen su origen en el Cretácico, cuando surgieron las primeras plantas con flor, mientras que el abeto, primigenio y resistente, pertenece al grupo de plantas gimnospermas que se remontan a hace trescientos millones de años. De las *Lycopodium annotinum*, con las *Selaginella selaginoides*, surgidas hace cuatrocientos millones de años, la espiral del tiempo sigue retrocediendo hacia los musgos húmedos y los helechos, algas escurridizas y bacterias hasta el primer ser que se movió, una molécula que, por alguna razón, se copió a sí misma. Todas estas especies se han adaptado a la vida en los bosques, han encontrado la manera de afrontar los retos que supone estar vivo y dar continuidad a su especie. «En el mundo existen unos cuatro millones de clases de animales y plantas. Cuatro millones de soluciones diferentes al problema de cómo mantenerse con vida», como dijo el naturalista y divulgador británico David Attenborough. Para algunos grupos de plantas y animales la época de gloria ha pasado, mientras que para otros acaba de comenzar, y es precisamente eso

lo que hace que el bosque sea complejo y diverso. Con el bosque ante mí y el lobo moviéndose con sigilo en su interior, pienso que todos tenemos nuestras raíces entrelazadas hasta la prehistoria.

Como en la pista forestal no somos capaces de seguir el rastro, después de un rato nos rendimos. Cuando vamos a darnos la vuelta, Mats y yo nos miramos de reojo, y sin mover un músculo de la cara nos alineamos, hacemos bocina con las manos en la boca, contamos bajito hasta tres, y aullamos. Nuestros aullidos resuenan con fuerza por encima de las colinas y su eco se difunde entre los pinos, antes de que se rompan en un falsete. Y entonces nos echamos a reír con el bosque nevado como único testigo.

Agradecimientos

Gracias en especial a Vibeke (por todo), Harald Engelstad (por sus valiosísimos consejos durante tres años), Aage Paus (o Von Stock, por nuestras inspiradoras conversaciones sobre la historia del bosque: estoy deseando hacer nuevas salidas), Finn Audun Grøndahl (por las excursiones al bosque primario, los comentarios y el liquen de barba), Kristian Angard (por haber revisado el libro desde el punto de vista de la aldea), Gard Paulsen (por los almuerzos y las lecturas del manuscrito), Henrik Svensen (por prestarme la cabaña y por su mirada crítica), Harald Korsmo (por sus enseñanzas sobre el bosque), Ole Knut Steinset (por todo lo que he aprendido sobre los lobos), Ole Kristian Justnæs (por nuestras excursiones e inspiración), Ivar Larssen-Aas (por haber sido tan puntilloso en la búsqueda de errores en el manuscrito) y Klaus Høiland (por los buenos consejos y el asesoramiento). Por último, pero no por ello menos importantes, un grandísimo agradecimiento a Mats (y Hanne) y a Stefan (y Maria) porque, durante un tiempo, me permitisteis formar parte de vuestras vidas.

Por lo demás, gracias por las interesantes conversaciones, los comentarios sobre el texto, la ayuda y la información a Thore Lie, Jørn Hurum, Steinar Wikan, Esben Bø, Jan Huseklepp Wilberg, Claes Elven, Frøydis Eide, Anne Sverdrup-Thygeson, Kjetil Bevanger, Øystein Flagstad, Aksel Granhus, Per Harald Salvesen, Kristin Brandsegg, Christer Holte, Morten Bergan, Jan Swensson, Johan Petter Nystuen, Eva Bjelland Müller, Anine Müller, Reidar

Müller sr., Arnkjell Johansen, Ken Olaf Storaunet, Øystein Brevig, Ingar Gundersen, Geir Birger Bylterud, Jan Gunnar Grøtvedt, Eike Müller y Ketil Skogen.

A pesar de las incontables comprobaciones de los datos, todos los errores y las faltas son de mi total responsabilidad como autor de este libro.

Fuentes y lecturas recomendadas

El tema de los bosques es muy amplio y, como ya dije en la introducción, solo es posible rascar un poco en la superficie. Para paliar esto, he introducido alguna información adicional en el apartado de las Notas.

Muchas de las publicaciones que cito entre las fuentes fueron empleadas para escribir cada uno de los temas. Además, he recurrido a obras de consulta como Wikipedia o *Store norske leksikon* («La gran enciclopedia noruega»). Parte de la documentación la he obtenido en conversaciones, entrevistas y correspondencia vía correo electrónico con expertos y gentes del bosque, muchos de ellos mencionados en los Agradecimientos.

SOBRE LA HISTORIA NATURAL DEL BOSQUE

Anne Hope Jahren, *Alt jeg vet om planter*, Stenersens Forlag, Oslo 2017.

[Hay trad. cast.: *La memoria secreta de las hojas. Una historia de árboles, ciencia y amor*, Paidós, Barcelona, 2017.]

David Beerling, *The Emerald Planet: How Plants Changed Earth's History*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York, 2007.

Elizabeth Kolbert, *The Sixth Extinction: An Unnatural History*, Henry Holt & Co, Nueva York, 2014. [Hay trad. cast.: *La sexta extinción. Una historia nada natural*, Crítica, Barcelona, 2015.]

- Erik Tunstad, *Evolusjon – Basert på en sann historie* [«Evolución. Un tramo de una historia verídica»], Humanist Forlag, Oslo, 2014.
- Erika J. Edwards *et al.*, «Convergence, Consilience, and the Evolution of Temperate Deciduous Forests», en *The American Naturalist*, 190 (2017), pp. 87-104.
- Jennifer L. Morris *et al.*, «The Timescale of Early Land Plant Evolution», *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America* (PNAS), 2018.
- Jonathan Paul Wilson, *Physiology of Glossopteris*, conferencia anual de la Geological Society of America, 2014.
- Katherine J. Willis y J. C. McElwain, *The Evolution of Plants*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York, 2014.
- Michael Williams, *Deforesting the Earth: From Prehistory to Global Crisis*, University of Chicago Press, Chicago, 2003.
- Peter Thomas, *Trees: Their Natural History*, Cambridge University Press, Cambridge, 2014.
- Reidar Müller, *Det som ble Norge* [«Así nació Noruega»], Aschehoug, Oslo, 2014.
- Thor Hanson, *The Triumph of Seeds: How Grains, Nuts, Kernels, Pulses, and Pips Conquered the Plant Kingdom and Shaped Human History*, Basic Books, Nueva York, 2015.
- William H. Schlesinger, *Biogeochemistry: An Analysis of Global Change*, Academic Press, Cambridge, Massachusetts, 1991.
- Se recomienda asimismo el documental de la BBC *How to Grow a Planet*, disponible en YouTube.

- A. Roger Ekirch, *At Day's Close: A History of Nighttime*, Norton, Nueva York, 2005.
- Adam Sharr, *Heidegger's Hut*, MIT Press Ltd., Cambridge, Massachusetts, 2006.
- Alexander Porteous, *Forest Folklore, Mythology and Romance*, George Allen & Unwin, 1928. De esta obra se ha empleado en particular la información relativa a las leyendas, los bosques y los árboles, agrupada en los capítulos 12 y 15.
- Andrea Wulf, *The Invention of Nature: Alexander von Humboldt's New World*, A. A. Knopf, Nueva York, 2015. [Hay trad. cast.: *La invención de la naturaleza. El nuevo mundo de Alexander von Humboldt*, Taurus, Madrid 2017.]
- Arne Lie Christensen, *Ut i det fri* [«Al aire libre»], Pax Forlag, Oslo, 2015.
- Arvid Ernvik, *Folkminnen från Glaskogen* [«Memoria popular de Glaskogen»], Lundequistska Bokhandeln, Uppsala, 1966 y 1968, vols. 1-2.
- Carlos Linneo, *Lapplandsresan* [«Viaje a Laponia»], Mimer Bokförlag, Gotemburgo, 2016.
- Christel Kvant, *Trädets tid* [«La era del árbol»], Norstedts, Estocolmo, 2017.
- Christian Gierløff, *Skogen og folket* [«El bosque y la gente»], Aschehoug, Oslo, 1925.
- Dag Olav Hessen, *Carl von Linné*, Gyldendal, Oslo, 2007.
- , *Natur – hva skal vi med den?* [«Naturaleza. ¿Qué hacemos con ella?»], Gyldendal, Oslo, 2008.
- Daniel Yergin, *The Prize: The Epic Quest for Oil, Money & Power*, Free Press, Nueva York, 2008.
- Edward O. Wilson, *Biophilia*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1984. [Hay trad. cast.: *Biofilia*, FCE, México, 1989.]
- Erik Pontoppidan, *Det første Forsøg paa Norges naturlige Historie* («Primer

- intento de escribir una historia natural de Noruega»), 1752. [Hay trad. ingl.: *The Natural History of Norway*, Londres, 1755.]
- Ewald Ährling (ed.), *Carl von Linnés ungdomsskrifter* [«Escritos de juventud de Carlos Linneo»], P. A. Norstedt & Söner Förlag, Estocolmo, 1889.
- Florence Williams, *The Nature Fix*, Norton, Nueva York, 2017.
- Gro Steinsland, «Vikingtidens verdensbilde» [«La visión del mundo en la época vikinga»], en *Nytt Norsk Tidsskrift*, 1992.
- , «Tuntre og verdenstre» [«Árboles guardianes y árboles cósmicos»], en *Klassekampen*, 2013. De este artículo se ha empleado en particular la información introductoria del capítulo 15.
- Gunnar Brusewitz, «Älgens europeiska historia» [«Historia del alce europeo»], prefacio a la edición sueca del *Tractatus de magno animali sive bestia* de Apolonio Menabeno (1581), 1996.
- Henry David Thoreau, *Walden; or, Life in the Woods*, Ticknor & Fields, Boston, 1854. [Hay trad. cast.: *Walden o la vida en los bosques*, Libros de la Frontera, Málaga, 2002.]
- Ingjald Reichborn-Kjennerud, «Folkemedisin og lagevitenskap» [«Medicina popular y ciencia médica»], en *Norsk kulturhistorie* [«Historia de la cultura noruega»], Cappelen, vol. 5, Oslo, 1942.
- Jared Diamond, *Collapse. How Societies Choose to Fail or Succeed*, Viking Press, Nueva York 2005. [Hay trad. cast.: *Colapso. Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, Debate, Barcelona, 2006.]
- John Perlin, *A Forest Journey: The Story of Wood and Civilization*, The Countryman Press, Nueva York, 1989.
- Knut Olav Åmås, *Ludwig Wittgenstein*, Gyldendal, Oslo, 2000.
- Keith Thomas, *Man and the Natural World*, Allen Lane, Londres, 1983.
- Kerstin Ekman, *Herrarna i skogen* [«Los señores del bosque»], Albert Bonniers Forlag, Estocolmo, 2007.

- Klaus Høiland, «Mystisk organisme på 8 meter kan vare sopp» [«El misterioso organismo de ocho metros de altura podría ser una seta»], en *Titan*, 29 de mayo de 2017.
- Knut Mykland (ed.), *Norges historie* [«Historia de Noruega»], Cappelen, vol. 3, Oslo, 1992.
- Mary Wollstonecraft, *Letters Written During a Short Residence in Sweden, Norway and Denmark*, Londres, 1796. [Hay trad. cast.: *Cartas escritas durante una corta estancia en Suecia, Noruega y Dinamarca*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2003.]
- Nina Witoszek, *Norske naturmytologier* [«Mitología noruega sobre la naturaleza»], Pax Forlag, Oslo, 1998.
- Ola Magno, *Historia om de nordiska folken*, Gidlunds Förlag, Möklinta 2010. [Hay trad. cast.: *Historia de las gentes septentrionales*, Madrid, Tecnos, 1989.]
- Olav Skard, *Trær med røtter i kulturhistorien* [«Árboles con raíces en la historia cultural»], Landbruksforlaget, Oslo, 2002.
- Ove Arbo Høeg, *Planter og tradisjon* [«Plantas y tradición»], O. A., Universitetsforlaget, Oslo, 1976.
- Peter Englund, *Fortidens landskap* [«El presagio del futuro»], Universitetsforlaget, Oslo, 1992.
- Peter J. Bowler, *The Earth Encompassed*, W. W. Norton & Company, Nueva York, 2000.
- Rachel y Stephen Kaplan, *The Experience of Nature*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989.
- Robert Pogue Harrison, *Forests: The Shadow of Civilization*, University of Chicago Press, Chicago, 1992.
- Simon Schama, *Landscape and Memory*, A. A. Knopf, Nueva York, 1996.
- Sten Selander, *Svensk mark* [«Naturaleza sueca»], Albert Bonniers Förlag,

Estocolmo, 1934.

Svein Syversen, *Fjella i Østfold* [«Las montañas de Østfold», Svein Syversen, vol. 1, 2016.

Trond Berg Eriksen, *Reisen gjennom helvete. Dantes inferno* [«El viaje a través del infierno. El infierno de Dante»], Universitetsforlaget, Oslo, 2000. De esta obra me he ceñido a la información sobre Dante y su visión del bosque en la Edad Media.

Ørnulf Hodne, «Naturopfatning i norske folkeeventyr» [«El concepto de la naturaleza en las fábulas populares noruegas»], en *Norveg – Tidsskrift for etnologi og folkloristikk* [revista de etnología y folclore], 1 (1993).

SOBRE LA HISTORIA RECIENTE Y ACTUAL DE LOS BOSQUES

Agnar Barth, «Norges skoger med stormskridt mot undergangen» [«Los bosques noruegos, a paso de gigante hacia la ruina»], en *Tidsskrift for skogbruk* [revista de silvicultura], 1916.

Aksel Granhus *et al.*, *Skogen i Norge. Statistikk over skogforhold og skogressurser i Norge registrert i perioden 2005-2009* [«El bosque en Noruega. Estadísticas de las condiciones y los recursos forestales en Noruega registradas en el período 2005-2009»], Instituto Noruego para los Bosques y el Paisaje, 2012.

Alan Mitchell, *Trær i skog og hage* [«Árboles en los bosques y de jardín»], Tiden, Oslo, 1977.

Anders Bryn, «Skogen er på fjelltur» [«El bosque va a la montaña»], en *Aftenposten*, 13 de marzo de 2017.

Bredo Berntsen y Sigmund Hågvar (eds.), *Norsk natur – farvel?* [«Naturaleza noruega: ¿un adiós?»], Unipub, Oslo, 2010.

- (ed.), *Norsk urskog og gammelskog* [«Bosques vírgenes y maduros noruegos»], Unipub, Oslo, 2011.
- David George Haskell, *The Forest Unseen*, Penguin, Londres, 2012.
- Emily Beech *et al.*, «GlobalTreeSearch: The First Complete Global Database of Tree Species and Country Distribution», en *Journal of Sustainable Forestry*, 2017.
- FAO, *State of the World's Forests: Food and Agriculture Organization of the United Nations*, Roma, 2011. Véase: <<http://www.fao.org/3/a-i2000e.pdf>>.
- FAO, *State of the World's Forests: Food and Agriculture Organization of the United Nations*, Roma, 2012. Véase: <<http://www.fao.org/3/a-i3010e.pdf>>.
- Gjermund Andersen, *De siste eventyrskogene* [«Los últimos bosques de los cuentos»], Cappelen Damm, Oslo, 2014.
- Gro Hysten *et al.*, *Arealrepresentativ overvåking av skogvernområder gjennom Landsskogtakseringen* [«Supervisión de la zona representativa de las áreas de protección de los bosques a través del Landsskogtakseringen»], Nibio, 2017. Evaluación efectuada durante el quinquenio 2012-2016.
- Gunnar Olofsson *et al.*, *Skog 22 – Nasjonal strategi for skogog trenæringen* [«Bosque 22 – Estrategia nacional para la industria forestal y de los árboles»], Regjeringen.no, 2015.
- Ken Olaf Storaunet y Jørund Rolstad, *Mengde og utvikling av død ved i produktiv skog i Norge. Med basis i data fra Landsskogtakseringens 7. (1994-1998) og 10. Takst (2010-2013)* [«Cantidad y evolución de la madera muerta en los bosques productivos de Noruega. Sobre la base de las evaluaciones VII (1994-1998) y X (2010- 2013) del

- Landsskogtakseringen»], Instituto Noruego para los Bosques y el Paisaje, 2015.
- Leif Ryvarden, «Ulvelav» [«El liquen de lobo»]. Anuario de la Asociación Noruega para el Trekking en Femundsmarka, 1987.
- , *Norges nasjonalparker* [«Parques nacionales noruegos»], Cappelen Damm, Oslo, 2011.
- , *Nordmarka*, Dreyers Forlag, Oslo, 2013.
- Martin Bråthen, *En brannhistorisk undersøkelse på Varaldskogen* [«Estudio histórico de los incendios en Varaldskogen»], trabajo de fin de máster, NMBU, 2016.
- Michael Williams, *Deforesting the Earth: From Prehistory to Global Crisis*, University of Chicago Press, Chicago, 2003.
- Murray Morgan, *The Last Wilderness*, Washington Papers, Washington, 1976.
- Ola Børset, *Skogskjøtsel* [«Silvicultura»], Landbruksforlaget, Oslo, 1985.
- Per Roger Lauritzen y Leif Ryvarden, *SkogNorge* [«La Noruega de los bosques»], Gyldendal, vols. 1-3, Oslo, 2009.
- Peter Wohlleben, *Das geheime Leben der Bäume*, Ludwig, 2015. [Hay trad. cast.: *La vida secreta de los árboles*, Obelisco, Barcelona, 2018.]
- Sigmund Hågvar, Espen Bratlie y Helga Gunnarsdottir (eds.), *En hyllest til Østmarka* [«Homenaje a Østmarka»], Ostmarkas venner, 2016.
- Sigurd Senje, *Østmarka*, Topografisk Forlag, 2003.
- Stortingsmelding 6, *Verdier i vekst – Konkurransedyktig skogog trenæring* [«Valores en desarrollo – Silvicultura competitiva»], Ministerio de Agricultura y Política Alimentaria, 2016-2017.
- Tom Wessels, *Forest Forensics: A Field Guide to Reading the Forested Landscape*, W.W. Norton & Company, Nueva York, 2010.
- Vegard Gundersen y Lars Helge Frivold, «Naturally Dead and Downed

Wood in Norwegian Boreal Forests: Public Preferences and the Effect of Information», en *Scandinavian Journal of Forest Research*, 26 (2011).

SOBRE LOS ANIMALES Y SOBRE LOS LOBOS

Aldo Leopold, *A Sand County Almanac*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York 1949. [Hay trad. cast. de un capítulo: *Una ética de la Tierra*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2017.]

Apolonio Menabeno, *Tractatus de magno animali sive bestia*, 1584.

Arne J. Mortensen (ed.), *På sporet av de fire store* [«Tras el rastro de los cuatro magníficos»], Hoyskoleforlaget, Oslo, 2008.

Astor Furseth, *Drept av bjørn og ulv* [«La muerte de los osos y los lobos»], Vigmostad & Bjorke, Oslo, 2005.

Barry Lopez, *Of Wolves and Men*, Scribner, Nueva York, 1978.

Erling J. Solberg *et al.*, *Elgens genetiske struktur i Norge* [«La estructura genética de los alces en Noruega»], informe del Instituto Noruego para la Investigación en Ciencias Naturales, 467, 2000.

Finn Audun Grøndahl, «Klima, vegetasjons-, og faunahistorie i Sorost-Norge» [«Historia del clima, de la vegetación y de la fauna de la Noruega suroriental»], en prensa.

—, Anne Karin Hufthammer, Svein Olaf Dahl y Jørgen Rosvold, «A preboreal elk (*Alces alces* L. 1758) antler from south-eastern Norway», en *Fauna norvegica*, 30, 9-12 (2010).

—, y B. Bakkelund, «Jakt og fangst av bjorn og ulv på Romerike i tiden 1733-1845» [«Caza y captura de los osos y de los lobos en el distrito de Romerike entre los años 1733-1845»], en Jan E. Horgen, *Romerike mens*

- nasjonen våkner 1750-1850* [«El distrito de Romerike y el despertar de la nación, 1750-1850»], Romerike Historielag, anuario XXII, 2009.
- Georgina Ferry (ed.), *The Understanding of Animals*, Basil Blackwell & New Scientist, Oxford, 1984.
- Gustaf Schröder, *Jakt, fiske och vildmarksliv* [«Caza, pesca y vida salvaje»], G. Asplunds Bokförlag, Estocolmo, 1985.
- Hans Haagenrud, *Elgjakt* [«La caza del alce»], Aschehoug, Oslo, 1995.
- Helge Ingstad, *Nunamiut. Blant Alaskas innlandseskimoer* [«Nunamiut. Entre los esquimales del interior de Alaska»], Gyldendal, Oslo, 1951.
- Jan Økland, *Vann og vassdrag* [«Lagos y cursos de agua»], Forlaget Vett & Viten, vol. 4, 1999. Volumen consultado para la información relativa a los animales y a las plantas, así como para la inmigración y la distribución geográfica.
- John D. C. Linnell, *The Fear of Wolves: A Review of Wolf Attacks on Humans*, informe del Instituto Noruego para la Investigación en Ciencias Naturales, Trondheim, 2002.
- John Unsgård y Nils Petter Vigerstøl, *Ulv i Norge* [«Los lobos en Noruega»], Landsbruksforlaget, 1998.
- Jørund Rolstad, Mats Finne y Per Wegge, *Hønsehauken I skog og kulturlandskap* [«El azor en los bosques y en el paisaje cultural»], NIBIO, 2017.
- Kerry A. Gunther, «Bears and Menstruating Women», National Park Service, Yellowstone, febrero de 2016.
- Ketil Skogen *et al.*, *Ulvekonflikten. En sosiologisk studie*, Akademika Forlag, 2013. [Hay trad. ingl.: *Wolf Conflicts: A Sociological Study*, Berghahn Books, Nueva York y Oxford, 2017.]
- Kjetil Bevanger, *Norske rovdyr* [«Los depredadores noruegos»], Cappelen Damm, Oslo, 2012.

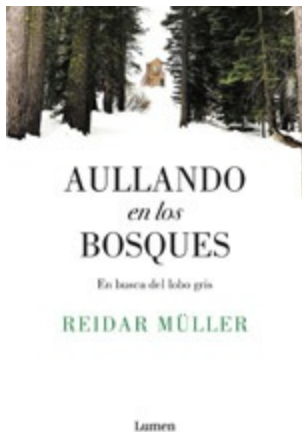
- L. David Mech, *The Wolf: The Ecology and Behaviour of an Endangered Species*, University of Minnesota Press, Mineápolis, 1970.
- , y Luigi Boitani (eds.), *Wolves*, University of Chicago Press, Chicago, 2007. Es la obra que mejor describe al lobo.
- Miljødirektoratet (Agencia Gubernamental Noruega para el Medio Ambiente), *Er bjørnen farlig?* [«¿Es peligroso el oso?»], 2013.
- Muriel Gardiner, *The Wolf-Man and Sigmund Freud*, Taylor & Francis Ltd., Londres, 1972.
- Ole Kristian Gloersen, *Dyreliv i Norge* [«La vida de los animales en Noruega»], Cappelen, Oslo, 1894.
- Petra Ahne, *Wölfe: Ein Portrait*, Matthes & Seitz Verlag, Berlín, 2016.
- Petter Wabakken, «Glimt fra forskningen på store rovdyr 1972-2014» [«Consideraciones sobre la investigación de los grandes depredadores, 1972-2014»], en Torstein Storaas y Kjell Langdal (eds.), *Ikkje berre ulv og bly – glimt frå forskinga på Evenstad* [«No solo lobos y plomo. Consideraciones sobre la investigación en Edenstad»], Oplandske Bokforlag, Vallset, 2014.
- Ragnhild Rein Bore, *Ulven – den siste unionist?* [«El lobo: ¿el último unionista?»], SSB.no, 2005.
- Robert Collett, *Norges pattedyr* [«Los mamíferos noruegos»], Aschehoug, Oslo, 1911.
- Stortingsmelding 21, *Ulv i norsk natur* [«El lobo en la naturaleza noruega»], Ministerio de Clima y Medio Ambiente, 2015-2016.
- Torstein Kvamme, «Mange og over alt – maur i Norge» [«Abundantes y omnipresentes: las hormigas en Noruega»], en Torstein Kvamme y Åse Wetås (eds.), *Maurens kulturhistorie* [«Historia de las hormigas»], Novus, Oslo, 2015.

Por lo demás, he utilizado una serie de informes y artículos relativos al proyecto Skandulv (véase <<https://www.slu.se/institutioner/ekologi/forskning/teman1/rovdjur-och-vilt/skandulv/>>); en esta web hay una amplia base de datos con informes sobre el estado actual de la cuestión e investigaciones sobre el lobo. Rovbase.no y Skandobs son dos páginas web imprescindibles para cualquiera que quiera estar al día con respecto a lo que pasa con la población de lobos en Noruega.

Tras el fenómeno de *El libro de la madera*, llega la nueva estrella noruega del *Nature Writting*.

«Reidar Müller parece estar poseído por la riqueza del bosque y por su oscuro misterio. Ha escrito un libro fascinante.»

Arne Dvergsal, *Dagbladet*



En las profundidades del bosque húmedo y espeso, Reidar Müller, un hombre habitualmente reservado, aúlla. ¿Cómo ha acabado ahí, desgañitándose como un hombre lobo?

Esta es la historia de un naturalista que quería investigar los árboles, su importancia como hábitat de plantas y animales, y el lugar que ocupan en la imaginación del ser humano, pero que termina obsesionado con los lobos, de modo que aprende de la mano de leñadores experimentados a rastrear en la espesura a esos misteriosos depredadores que normalmente solo habitan nuestro imaginario, y mientras espera el ansiado encuentro, reflexiona sobre el futuro del bosque, un ecosistema de 385 millones de años que ha sobrevivido a asteroides, volcanes en erupción y bombas nucleares y se enfrenta hoy al impacto del hombre.

La crítica ha dicho...

«Reidar Müller parece estar poseído por la riqueza del bosque y por su oscuro misterio. Ha escrito un libro fascinante y conmovedor en el que palabras como "bautismo" y "abstinencia" dan buena cuenta de su profunda fascinación por el bosque y de la dependencia que crea la búsqueda del lobo.»

Arne Dvergsal, *Dagbladet*

«Destacan su fascinación por el lobo, los mitos que lo rodean, o cómo se ha convertido en objeto casi incomprensible de odio. [...] Es difícil de encontrar una recomendación mejor.»

Prof. Dag Hessen

«Reidar Müller amplifica en este libro los misterios del bosque.»

Aftenposten

«Aullando en los bosques, de Reidar Müller, se ha vendido a cinco idiomas en la Feria del Libro de Frankfurt de este año.»

Norwegian Arts

«El sueño del autor de conocer a los lobos se convirtió en una experiencia que lo dejó marcado para siempre y le enseñó a establecer una relación consciente con la naturaleza: ese entorno que compartimos los hombres y los animales.»

Arne Dvergsal, *Dagbladet*

Reidar Müller, nacido en 1971, es doctor en Geología y trabaja como investigador asociado en la Universidad de Oslo. Como periodista, escribe regularmente sobre ciencias naturales en el diario *Aftenposten*.

Su libro *Det som ble Norge (Lo que se convirtió en Noruega, 2014)*, suscitó el entusiasmo de críticos y lectores. *Aullando en los bosques. En busca del lobo gris* es su último libro, un elogio de la vida en la naturaleza y una crítica al capitalismo y a la deshumanización en las ciudades, que será publicado en varios países.

Título original: *Skogens historie. Og den besvaerlige trangten til å spore ulv*

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© Reidar Müller

First published by H. Aschenhoug & Co. (W. Nygaard) AS, 2018

Published in agreement with Oslo Literary Agency

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Lotte Katrine Tollefsen, por la traducción

Esta traducción ha sido publicada con la ayuda económica de



Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Cielo De La Paz / EyeEm

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0700-9

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Notas

1. HÁGASE EL BOSQUE

[1] La relación entre *hyle*, *materia* y la madera ha sido señalada por Perlin, 1989.

[2] Según la página web Rovdata.no, en 2017 la población de los linces era de trescientos treinta ejemplares, un animal que prácticamente había desaparecido en la década de los años treinta del siglo pasado. Al igual que el lobo, se considera gravemente amenazado, pero aun así todos los años se establecen cupos para su caza. En 2017 se pudieron cazar cincuenta y dos ejemplares.

[3] El hallazgo de esporas en Argentina ha servido para documentar que plantas similares a los musgos se establecieron hace cuatrocientos setenta millones de años. Es probable que se establecieran hace ya más de quinientos millones, en pleno período Cámbrico (*Kambrium*) (véase Morris y otros, 2018). Las hepaticofitas, que se distinguen claramente del resto de los musgos, surgieron primero, mientras que las briofitas (o de hoja) se desarrollaron algo más tarde.

[4] También en Noruega existen fósiles de plantas primitivas terrestres de más de cuatrocientos millones de años de antigüedad, como en Røringen, junto a Rorøs, psilotáceas, en Hyen, en Nordland (*Hyenia*) y *Hyenia Nathorst* en Svalbard.

[5] Las *Archaeopteris* producían esporas, no semillas, las que llamamos progymnospermophyta, un antepasado de los árboles. En el pasado se creía que eran similares a los helechos y las hierbas medicinales, y se definían como *Archaeopteris* según su forma, porque las hojas recordaban a las de los helechos, y también como *Callixylon*, que era un tronco de aspecto leñoso que recuerda a las coníferas de hoy. Solo tras el hallazgo de un fósil en Marruecos se documentó que *Archaeopteris* era el mismo árbol, lo que ilustra las dificultades que conlleva reconstruir esa clase de árboles extintos.

[6] Hay grandes vacíos en la estratificación de fósiles cuando se abordan los primeros

vertebrados. Al igual que en el caso de los insectos, se supone que aparecieron hace cuatrocientos setenta y nueve millones de años, según los estudios moleculares y análisis filogenéticos, pero el fósil más antiguo de un insecto no cuenta con más de cuatrocientos once millones de años. Esto significa que tenemos una laguna temporal de setenta millones de años, lo cual se debe, principalmente, a que la conservación de insectos es, por decirlo sin exagerar, deficiente en la estratificación geológica pues se requieren circunstancias muy especiales para que se conserven. En otras palabras, nos fiamos demasiado de los relojes moleculares.

[7] El hallazgo, en un primer momento, fue datado hace cuatrocientos veintisiete millones de años, pero nuevas dataciones de las capas rocosas en las que se encontró indican que podría ser más reciente.

[8] Hace un par de años, en una cantera polaca se hizo un hallazgo sumamente interesante de una serie de pisadas de tetrápodos, cuatro patas, cuya antigüedad fue estimada en trescientos noventa y siete millones de años. Esto podría anticipar la presencia de los vertebrados en tierra antes, pero hasta la fecha no se ha descubierto ningún fósil de esa forma de transición de época tan lejana. La estratificación de fósiles esconde todavía muchos secretos.

2. UN INVIERNO DE LOBOS

[1] El número de árboles ha sido estimado por el Landsskogstakseringen, que se ocupa de valorar el estado de los bosques en Noruega (2012-2016), y comprende todos los árboles que miden más de cinco centímetros de diámetro a la altura del pecho. Por otro lado, se calcula que hay tres mil billones de árboles en el mundo.

[2] La temperatura media de verano en junio, julio, agosto y septiembre, también llamada *tetraterm*. Varía según las distintas especies de árboles y es el calor necesario a fin de que los árboles puedan crecer de manera natural. Por ejemplo, el haya y el roble necesitan 13,4 y 12,6 grados centígrados, respectivamente, mientras que el pino y el abeto 8,4 grados. El abedul precisa 7,5 grados.

[3] Estas cifras del número de lobos en el mundo son muy dudosas y cambian sin cesar, también según las fuentes.

[4] Las patas delanteras de un lobo miden entre nueve y once centímetros de ancho y entre nueve y medio y doce de largo, un indicio importante a la hora de distinguir las huellas de los lobos de las de los perros.

[5] De las distintas subespecies de lobo, las de mayor tamaño se encuentran en América del Norte, donde un macho puede pesar hasta ochenta kilos y medir un metro ochenta de largo, mientras que el lobo en Escandinavia es más pequeño y pesa unos cincuenta kilos. Una hembra de lobo en Escandinavia pesa más o menos un 20 por ciento menos. El tamaño de los lobos sigue la regla de Bergman, es decir, que la corpulencia es mayor cuanto más al norte, lo que les hace ahorrar energía (Bevanger, 2012).

[6] El efecto «cuello de botella» se relaciona con acontecimientos críticos en el desarrollo de una población, en que el número de individuos queda fuertemente reducido en un corto período. En el caso del castor en Escandinavia, la caza excesiva llevada a cabo por el ser humano fue una circunstancia crítica. Los supervivientes podrán transmitir una variedad genética que será limitada respecto a la original. Es decir, una parte del material genético original de la especie ha desaparecido y, por tanto, la herencia genética de la especie se ve reducida.

[7] En los bosques noruegos hay unos ciento cincuenta mil venados (Wikipedia).

[8] En Noruega, en 2016 había ciento veinticinco osos pardos. Resulta interesante que a mediados de 1800 en Escandinavia hubiera entre cuatro mil setecientos y cuatro mil ochocientos osos pardos, de los cuales tres mil cien, es decir, el 65 por ciento, vivían en Noruega, mientras que mil seiscientos cincuenta en Suecia (Rovdata.no Naturvårdverket, el organismo sueco para la protección ambiental).

[9] Un verano desenterré fósiles de *Calamites* de trescientos millones de años de antigüedad, en Semsvann, Asker. Descubrí un *Equisetum avense*, una planta de aspecto pajoso y articulado que me llegaba a la pantorrilla y se usaba como planta medicinal contra las infecciones de vías urinarias, para fortalecer el cabello y las uñas y contra llagas bucales. Las *Calamites* también se extinguieron, al igual que las *Lycopodium annotinum*, y de esta antiquísima familia las que han quedado son estas plantitas. Hoy solo sobreviven quince especies de *Calamites*.

[10] El carbón se halla presente en todas las eras geológicas desde el Devónico hasta hoy. Todavía se discute por qué tanto carbón procede precisamente del Carbonífero. La explicación más aceptada es que el clima era cálido y húmedo, y que sencillamente había muchos bosques. Además, y esto es importante, estos bosques crecieron junto a grandes deltas y zonas pantanosas que se hundieron y fueron preservadas en la estratificación geológica. Otra teoría es que los hongos que favorecen la descomposición no se habían desarrollado, y por tanto la celulosa no se descomponía de manera tan eficiente como hoy.

[11] Las raíces de mayor tamaño aceleraron la descomposición mecánica y química. Esto

sucede porque las raíces desprenden dióxido de carbono y la materia orgánica se descompone, por tanto aumentan los niveles de ácido carbónico en el sustrato rocoso. El ácido carbónico disuelve los minerales y tanto el ácido carbónico como los elementos liberados, el calcio, el sodio, el magnesio, etcétera, son arrastrados hasta el mar. Allí se elimina más cantidad de carbono porque, en reacción con el calcio, se forma el carbonato cálcico. La erosión es, por tanto, un importante elemento autorregulador de los niveles de dióxido de carbono en la atmósfera en una escala temporal de varios millones de años.

3. EL BOSQUE DEL MIEDO

[1] La semilla, con su cáscara, está protegida de la sequía, una cualidad importante en lo que respecta a su adaptación al terreno. Para poder reproducirse, *Calamites*, helechos y *lycophyta* dependían de un ambiente húmedo.

[2] Otros grupos pertenecientes a las gimnospermas, o plantas de semilla desnuda, son las cícadas y ginkgos. Hoy en día, las coníferas son las gimnospermas de mayor edad y tamaño, con cerca de seiscientos quince especies que se dividen en seis u ocho familias y más o menos setenta subgéneros. Esto incluye, entre otras, las pináceas (con alerces, pinos y abetos), los cipreses (incluida la *Metasequoia*), los taxus y la familia de las araucariáceas.

[3] Los dinosaurios dependían por completo de los bosques. Los de cuello largo se especializaron en las plantas a distintas alturas y estratos del bosque. Por otra parte, también se especializaron en masticar de manera prolongada, y tenían una dentadura compuesta por centenares de dientes.

[4] La muestra de heces que encontramos luego fue sometida a un análisis de ADN, y se confirmó, con el misterioso nombre de UI404129 G143-14 V504, que pertenecía al ejemplar de Hobøl, una hembra.

[5] La convicción de que la familia de lobos del sur de Escandinavia desciende de solo cinco lobos podría cambiar. Hay varios migrantes nuevos de la familia ruso-sueca que tal vez criaran la temporada pasada. Desde el restablecimiento de 1983 se han identificado por su ADN veinticuatro migrantes ruso-finlandeses en Escandinavia. La mayoría de estos ejemplares han terminado su marcha en Nordkalotten, el casquete nórdico, pero algunos han seguido hasta las zonas propiedad de los criadores de renos (extraído de una entrevista personal con Øystein Flagstad del NINA, Instituto Noruego para la Investigación en las Ciencias Naturales, 29 de abril de 2018).

[6] A través del análisis de tejidos y excrementos de osos en la parte sur de su hábitat se

ha establecido que su mtADN (ADN mitocondrial) es similar al de colonias de osos de los Pirineos de España y Francia. Es probable que osos de esas familias se expandieran por el sur de Escandinavia tras la última glaciación. En los núcleos de población nórdicos el mtADN de los osos es similar al de las colonias de Rusia y Finlandia. Puede que sus antepasados sobrevivieran a la glaciación en las zonas sin hielo al oeste de los Urales y de allí pasaran a Suecia. La frontera que separa esas dos poblaciones en Suecia va de este a oeste y más o menos a la altura del lago Storsjøen. El origen de los osos de Pasvik y del sur de Jämtland, en Suecia, y de Trøndelag Norte, en Noruega, proviene del este, mientras que los de Dalarna, Härjedalen (en Suecia) y Hedmark (en Noruega) tienen su origen en osos procedentes del sur. Esto está basado en los análisis de mtADN (extraído de la web de Scandinavian Brown Bear Project).

[7] Un lobo puede cazar castores, tejones y liebres si se da la ocasión. En Europa del sur, los venados, muflones y jabalíes son importantes para su alimentación. Erik Pontoppidan, en «Primer intento de escribir una historia natural de Noruega» (1752), señala que un lobo que parecía pesado y cansado fue abatido y luego le abrieron la tripa: la tenía llena de musgo y brotes de haya. No se sabe si esto es cierto o está basado en un rumor.

[8] Un lobo necesita la carne de unos siete a trece alces al año, según el proyecto de investigación Skandulv. El número de alces cazados varía según la manada. Algunas de estas cazan más de los que se comen.

[9] Un alce de gran tamaño no suele temer al lobo y por lo general se salva: se queda parado y engaña así al lobo.

[10] Una manada de lobos mató a la niña en diciembre de 1800 y es el último caso documentado del ataque de un lobo a un ser humano en Noruega. Anne y su hermana mayor, que residían en Sørum, en Akershus, iban a hacer una visita navideña. Por el camino se toparon con una manada de lobos. Gritaron e intentaron asustar a los lobos. El lobo más grande se llevó con él a la niña pequeña. La hermana mayor volvió corriendo a la granja en busca de sus padres. Obligaron al lobo a soltar a su presa. La niña estaba muerta, cubierta de nieve y sangre. La prensa no escatimó detalles al describir el suceso: estaba «horriblemente mordida la cara» y «tenía profundos agujeros bajo las mejillas, delante de las orejas, como si el animal hubiera metido toda la cabeza entre las fauces».

[11] «Los habitantes de nuestras regiones han escogido establecerse aquí porque desean tener acceso a las actividades al aire libre en la naturaleza de Østfold. Muchos residentes consideran que la presencia del lobo es un gran inconveniente. El miedo al lobo, justificado o no, es un temor real que, según el médico de cabecera de Våler y el servicio de salud

escolar de Spydeberg, ha dado lugar a un nuevo grupo de pacientes» (extraído del artículo «Exigen que se acabe con la manada de Moss», del periódico *Moss Avis*, 2002).

[12] A pesar de que las primeras plantas con flor, a partir de los descubrimientos hechos sobre el polen, aparecieron hace unos ciento cuarenta millones de años, el reloj molecular indica que estaban ya hace ciento ochenta millones de años. Pero algunos investigadores afirman, según los hallazgos sobre el polen, que sus «raíces» se remontan hasta doscientos veinte millones de años, pero esto es motivo de controversia. Es una problemática que se discute a lo largo de este libro: las primeras apariciones de plantas y animales se datan de forma diferente dependiendo de los métodos elegidos y los hallazgos a que se ha atribuido mayor valor. El fósil más antiguo conocido hasta ahora de una planta con flor es *Montsechia vidalii*, que tiene ciento treinta millones de años. Se parece a nuestra *Ceratophyllum demersum*, que puede encontrarse a veces en aguas con alto contenido de nutrientes.

[13] En una carta de 1879, Darwin llamó a esta explosión en la variedad de las especies entre las plantas con flor un «abominable mystery». Darwin estaba molesto por lo que consideraba un origen muy repentino y una difusión muy rápida de plantas con flor en pleno Cretácico. Por eso especuló con la posibilidad de que hubiera habido un largo, paulatino y no descubierto período de plantas con flor anterior al Cretácico en alguna isla o continente perdidos. Se sigue discutiendo si las plantas con flor se diversificaron muy deprisa, lo que se llama «equilibrio puntuado», o si la estratificación fósil está incompleta.

[14] Además de crear nuevas especies a partir de las preexistentes, el mayor número de mutaciones genéticas genera más variedad, lo que hace que las especies se hallen en condiciones de adaptarse con mayor celeridad a condiciones de vida modificadas.

[15] El fruto de las plantas con flor, angiospermas, podía ser transportado eficazmente por animales, viento y agua. Además de xilemas, el tejido del tronco de las plantas con flor contiene vasos liberianos, sus aberturas eran mayores y podían llevar más agua con eficiencia. Entre las plantas con flor están también las betuláceas (abedul, álamo, avellano), cuyo polen dispersa el viento. No tienen grandes flores que puedan atraer a los insectos.

[16] Un buen ejemplo de «coevolución» es el siguiente: ¿por qué es tan rápido el guepardo? Porque los antílopes a los que persigue son rápidos. Y ¿por qué son los antílopes tan rápidos? Porque el guepardo que los persigue lo es (Tunstad, 2014).

[17] El fósil más antiguo de una abeja hallado hasta ahora apareció en Birmania (de la web Livescience.com).

4. LOS SONIDOS DEL BOSQUE

[1] Sin combustibles de origen fósil los japoneses no lograban mantener su poderosa flota en activo, ni siquiera el que era entonces el mayor acorazado del mundo, el *Yamato*. Proyectaron mandar una misión kamikaze a las playas de Okinawa, ya que no disponían de combustible para el viaje de regreso. Pero antes de llegar a su destino, el *Yamato* fue hundido por las fuerzas aéreas estadounidenses compuestas de cuatrocientos aviones.

[2] El azor suele estar la mayor parte del tiempo en los bosques más antiguos sobre los que ha actuado el ser humano o en otros con muchas ramas. Su permanencia en bosques jóvenes es mucho menor.

[3] Los estudios a largo plazo realizados sobre aves del bosque y caza menor en Varaldskogen han sido dirigidos por Per Wegge, de la NMBU (Universidad Noruega de Biología).

[4] El abeto germinó hacia el año 980 y murió más o menos en 1840. Este abeto de ochocientos sesenta años es el más viejo de Noruega hasta la fecha (extraído a partir de una entrevista personal con Ken Olaf Storaunet, del NIBIO, Instituto Noruego de Bioeconomía).

[5] Un factor que lo complica todo es la elevación del terreno. Noruega asciende y en algunos lugares la tierra se ha alzado doscientos metros en los últimos once mil quinientos años. Por eso, el límite de altura en que crecen los árboles, basado en el hallazgo de pinos, debe calibrarse para que se ajuste en función de tal ascenso. La subida fue más rápida tras la glaciación y, por tanto, tiene más importancia en el caso de los hallazgos más antiguos.

[6] El clima en la Tierra, junto con su composición atmosférica, se ve influido por las modificaciones astronómicas en las radiaciones solares. El serbio Milutin Milanković destacó tres factores fundamentales: la trayectoria del globo terráqueo, su inclinación y las variaciones orbitales, es decir, el planeta oscila un poco en su viaje alrededor del Sol. Esto implicaba que el hemisferio norte, tras la glaciación, estaba más cerca del astro en verano y más alejado en invierno, lo que generaba veranos más calurosos que los de hoy pero, a la vez, inviernos más fríos.

[7] La historia de los incendios en Varaldskogen está descrita en el trabajo de fin de máster de Martin Bråthen (véase en la Bibliografía), dirigido por Jørund Rolstad en NIBIO. Rolstad también ha escrito e investigado sobre incendios forestales en Rollag-Trillemarka, de lo que da gran detalle en Forskning.no en el artículo «Los incendios forestales cuentan

una historia de setecientos años». He consultado el artículo de Gro Hysten sobre especies e incendios de superficie «Skogbrann», del NIBIO, de 2014.

[8] La fiesta de la República de Finnskogen se celebra anualmente durante los días de Finnskogen en Svullrya, en Grue. La escritora Åsta Holth fue durante varios años la presidenta de la República. Véase <<http://finnskogdagane.no/joomla34/index.php/fakta>>.

[9] Las citas están tomadas de Eilert Sundt, *Beretning om Fante og Landstrygerfolket i Norge* («Informe sobre el pueblo de vagabundos en Noruega»), Christiania, 1850, y de «Relation om Norges Riges Tilstand i Aaret 1699» («Informe sobre la situación del Reino de Noruega en 1699»), *Budstikken*, 4 (1823).

[10] Rovbase es un sistema nacional para la vigilancia y localización de depredadores y los daños ocasionados por estos, abierto a todo el mundo.

[11] Olao Magno, en su obra *Historia de las gentes septentrionales*, escribió sobre zorros que pescaban cangrejos de río con la cola, o que si se metían un trozo de musgo en la boca y avanzaban hacia atrás en el agua, todos los piojos iban al musgo.

5. EL HOMBRE DE LOS LOBOS

[1] Una hembra de lobo suele tener entre cuatro y seis cachorros. El récord está en diecisiete. Los lobos recién nacidos son alimentados todo el verano y los van cambiando de sitio en su territorio (Bevanger, 2012). El lobo alcanza la madurez sexual hacia los dos años y es fértil, al menos, durante once. En su caso, sería una edad muy avanzada para un lobo, puesto que su media de vida en libertad son seis, ocho años. En cautividad, el lobo puede vivir hasta veinte.

[2] Por ejemplo, en el siglo xvii para ir de Oslo a Bergen se tardaban unos nueve días, en los que había que esforzarse por recorrer bosques interminables, áridos altiplanos y montañas, un viaje que hoy se hace en siete horas escasas en coche.

[3] La obra de Olao Magno llevaba el prolijo subtítulo *Deras olika Förhollanden och Villkor, Plägseder, Religiösa och Vidskepliga Bruk, Färdigheter och Idrotter, Samhällsskick, och Lednadssätt, Krig, Byggnader och Redskap, Grufvor og Bergverk, og underbare ting samt om nästan alla djur, som lefva i Norden och deras natur* («Sobre las diversas condiciones y relaciones, usos y costumbres religiosas y científicas, capacidades y juegos, estratos sociales y modos de vida, guerras, edificios e instrumentos, yacimientos y otras cosas maravillosas junto a casi todos los animales del Norte y sobre su naturaleza»). El subtítulo indica la amplitud temática de la obra. Olao Magno vivió entre 1490 y 1557.

[4] Mucho puede decirse de Linneo. Su vida y obra están descritas «hasta el último botón de su calzoncillo», como lo expresó un biógrafo sueco. Linneo publicó su propia autobiografía en cuatro tomos, *Vita*, en que habla de sí mismo en tercera persona. No fue un buen estudiante y sus profesores le aconsejaron que eligiera una profesión manual.

[5] Desde la *Historia animalium (Investigación sobre los animales)*, de 350 a. C., de Aristóteles, hasta mediados del siglo XIX, la visión de la naturaleza fue casi estática: las especies, entre ellas las personas, estaban creadas y eran inmutables. Ese era también un elemento central en la visión de la naturaleza de Carlos Linneo, que supuso que con su *Systema naturae* había creado un sistema para la eternidad. La visión estática de la naturaleza fue cuestionada, entre otros, por Charles Darwin en *El origen de las especies*, de 1859: las especies no eran inmutables, sino que se habían desarrollado a lo largo del tiempo de seres más simples a organismos más avanzados.

[6] El último lobo de Glaskogen fue cazado en 1861.

[7] Estas cifras cambian continuamente; pueden verse actualizadas aquí: <<https://www.naturvardsverket.se/Sa-mar-miljon/Vaxter-ochdjur/Rovdjur/Fakta-om-varg/>>.

[8] La cita está traducida de una versión inglesa de Pontoppidan. Esta superstición también se manifestaba en que se utilizaban garras de oso para aliviar los dolores del parto, que se pasaban por la barriga de la parturienta. Por eso se han hallado garras de oso tanto en iglesias como en hospitales. También había leyendas sobre el hecho de que los lobos preferían comerse a las mujeres embarazadas. Olao Magno escribió: «Los viajeros deben ir armados para mantenerse a salvo, sobre todo si viajan mujeres en estado de embarazo avanzado, deben protegerlas de los lobos, que detectan su cercanía, y atacan con más afán. Por eso una mujer nunca debe viajar, si no va acompañada de un guardián armado».

[9] Tras la muerte de dos mujeres por ataques de osos grizzly el 13 de agosto de 1967, se especuló acerca de que la agresión la hubiera provocado cierto olor que emanaba de las víctimas. Esos son los antecedentes de un extenso estudio sobre el tema publicado en la página web del Parque Nacional de Yellowstone, «Bears and Menstruating women», del biólogo Kerry A. Gunther. La razón por la que los investigadores aconsejan el uso de tampones antes que compresas podría estribar en que estas desprenden un olor más intenso durante su uso. <<https://www.nps.gov/Yell/nature/grizzlybearnmenstrual-odor.htm>>.

6. FÉNIR

[1] Se estima que hay sesenta mil sesenta y cinco especies de árboles en el mundo. La mayor variedad se da en Brasil, con ocho mil setecientos quince especies (Beech *et al.*, 2017).

[2] Elizabeth Kolbert (2015) compara la diversidad de todo el cinturón de coníferas en América del Norte con una pequeña parcela de bosque tropical y afirma que la diversidad de especies es cincuenta veces mayor en los trópicos.

[3] El aumento del número de especies al aproximarnos al ecuador terrestre se denomina *latitudal diversity gradient*, o LDG. Además de las teorías a las que ya he hecho alusión, podemos comentar lo siguiente: la selva tropical es un gran bioma, y a mayor bioma, mayor variedad de especies. La menor diversidad fuera de los trópicos también puede deberse a que hay más árboles de polinización por aire, lo que impide el aislamiento genético y la formación de nuevas especies (extraído de una entrevista personal con Aage Paus y de Wikipedia).

[4] El número de ocasiones en que el abedul es mencionado en los poemas de Hans Børli se especifica en su web <<http://www.borli.org/>>.

[5] Las áreas pantanosas son el grandioso archivo de la naturaleza. En los estratos de turba se han acumulado añadas de polen. Al analizarlos, los investigadores, con la ayuda de diagramas de polen, pueden saber qué árboles y plantas crecieron en ellas y, no menos importante, las condiciones en que lo hicieron. ¿Era un clima húmedo o seco? ¿Hacía frío o calor? Es con la ayuda de esos diagramas de polen como los especialistas han reconstruido la historia del bosque.

[6] El bosque de alerces llegó pronto a Rusia. En especial dos variantes de abeto se establecieron en América del Norte: *Picea mariana* y *Picea glauca*.

[7] Las ramas y hojas de tilos y olmos se transformaron en pienso para los animales, y en un par de zonas de Sogn siguen haciendo honor a esa tradición. El olmo no solo se empleaba como forraje del ganado, sino también como alimento de los humanos. Junto con el pino se ha utilizado para hacer pan de corteza en períodos de carestía: la corteza se machacaba y se mezclaba con la harina.

[8] Para profundizar un poco sobre la fauna en nuestro país en la época cálida: en la ciudad costera de Saugbrug, cerca de Halden, en Østfold, los arqueólogos desenterraron cuatro asentamientos de la Edad de Piedra, de siete mil seiscientos a cinco mil quinientos años, durante la década de los ochenta del siglo pasado. Encontraron abundantes restos de jabalíes, venados y nutrias. Esto muestra que el jabalí era habitual a principios de la Edad de Piedra en la fauna noruega, antes de desaparecer, hace cinco mil años. En Saugbrug la

ausencia de restos óseos de alces resulta llamativa. Una observación interesante es que en los asentamientos de la Edad de Piedra en la costa de Vestfold, como Auve, cerca de Sandefjord, se han hallado gran cantidad de huesos de mamíferos marinos, como marsopas y focas. Sin embargo, apenas había huesos de mamíferos marinos en Saugbrug, en Østfold. Es decir, la población de Østfold y la de Vestfold tenían dietas distintas en la Edad de Piedra. Si vamos a los asentamientos de la Edad de Piedra en el interior, como Rødsmoen en el municipio de Åmot, en Hedmark, los restos son en su mayoría de alce y de castor, mientras que no se han encontrado espinas de pescado. Entonces, como ahora, el alce solía mantenerse alejado de la costa, y los humanos de la Edad de Piedra tenían una dieta muy variada, que dependía del lugar en que vivieran. En esos asentamientos de la Edad de Piedra no se han hallado, como es natural, muchos huesos de lobos, ya que no formaban parte de la dieta de los humanos de la Edad de Piedra.

[9] Durante la época vikinga el bosque de hoja caduca noble prosiguió su retroceso. En aquel tiempo el roble era un material codiciado para construir naves. La deforestación continuó durante los siglos XVI y XVII, cuando la sed de roble noruego era infinita en una Europa talada, y los bosques costeros casi desaparecieron.

[10] Una breve historia del lobo de Østmarka: en la primavera de 2013 Fénrir y Frøya tuvieron tres cachorros. Cuando Frøya desapareció Fénrir se apareó con una de sus hijas, que tuvo tres cachorros sanos en la primavera de 2015. Más tarde Fénrir fue sacrificado debido a la sarna, mientras que la hembra, su hija, fue abatida cuando atacó al perro de un cazador de alces. Quedaron los cachorros, de los cuales uno migró y dos permanecieron. Durante mucho tiempo vagaron por Østmarka. Desde entonces han entrado en ese territorio varios lobos, la última vez fue uno procedente de la manada de Slettås, que fue padre de una nueva camada. Después de que el macho de la manada de Slettås desapareciera en el otoño de 2017, la hembra se apareó con uno de sus hijos, y en junio de 2018 nacieron cinco cachorros.

7. LICANTROPÍA

[1] Para los que quieran ver películas de miedo con temática boscosa, hay mucho donde elegir. Por mencionar solo unos cuantos: *La matanza de Texas*, *La laguna de los muertos*, *El ritual* y *Villmark*.

[2] *Dire wolf* (*Canis dirus*). Existió una raza así en América del Norte, pero se extinguió

poco después de la última glaciación. Otros nombres eran «lobo monstruoso» y «megalobo». Este lobo prehistórico podía pesar hasta cien kilos.

[3] Allí donde el hielo era más espeso la tierra se ha elevado más. La tierra de la zona interior de la bahía de Botnia se alza nueve milímetros al año, el doble que en Østlandet. Alrededor de Oslo el mar estaba doscientos veintidós metros más alto que hoy, mientras que la elevación del terreno ha sido mucho menor en las zonas costeras.

[4] Se han podido desarrollar una serie de llamativas especies, como los llamados peces de *Mjøsa Storsjøen* (*rutilus*, *osmerus*, *alburno*), que llegaron pronto al interior. Después siguieron los peces de Øyeren (*Blicca*, *Squalius cephalus*, *Sander lucioperca*, *Scardinius*). Debido a la elevación del terreno, por ejemplo, el *Sander lucioperca* no llegó mucho más al este que Øyeren. El *Myoxocephalus quadricornis* se da en dos lugares de Noruega, en los lagos Store Le y Mjøsa, pero también en varios lagos de la zona de Arvika. Se quedaron atrapados en los límites del hielo y se han adaptado a la vida en agua dulce. Durante mucho tiempo estas especies fueron desconocidas para los científicos, y en Mjøsa descubrieron el *Myoxocephalus quadricornis* en 1978. Su localización natural tanto en Suecia como en Noruega siempre es por debajo del nivel más alto del mar después de la glaciación, o en la frontera marítima. Cuando la tierra ascendió, también una parte de los salmones quedaron aislados del mar. En Noruega existen dos familias de salmones de los llamados «reliquia», uno en Byglandsfjorden, en Aust-Agder, *bleke* (*salmo salar*), y otra en Namsen, en Trøndelag, *småblank*. El *bleke* desova en el río Otra. Cuando el mar estaba más alto, podía subir el salto de agua de Vigelandfossen, mientras que ahora constituye una barrera para el pez. Lo mismo ocurre en la parte alta de Namsen, en Trøndelag, donde la colonia de salmones se quedó aislada del mar hace ocho mil años, con el salto de agua de Fiskemfossen. Tanto el *bleke* como el *småblank* son más pequeños que otros salmones por haberse adaptado a vivir en agua dulce.

[5] Por ejemplo, diez personas fueron ejecutadas en la zona de Jura, en Francia, en 1597-1598, y en el sur de Alemania quince fueron condenadas y quemadas en 1629-1630 (extraído del artículo «El hombre lobo infestaba Europa», revista *Historie*, 2010).

[6] La historia procede de las *Metamorfosis*, I, 165-250, de Ovidio.

[7] Se trata de una paráfrasis del poema de Lars Saabye Christensen «Jonatans Blues».

[8] De hecho, los alces de la población del norte de Noruega pesan algo más que los del sur. Se han dicho muchas cosas interesantes sobre el alce en estos dos artículos: Solberg *et al.*, 2000, Grøndahl *et al.*, 2010.

[*] Julio César, *La guerra de las Galias*, libro VI, XXVII, Orbis, Barcelona, 1986, trad.

de José Goya Muniáin y Manuel Balbuena. (*N. de la T.*)

[9] Algunas de estas historias y citas sobre los alces están tomadas de Kerstin Ekman, *Herrarna i skogen*. La obra de Menabeo está disponible en sueco.

[10] Erik Pontoppidan habla mucho de las cualidades sanadoras del alce en su famosa obra ya citada *Det første Forsøg paa Norges naturlige Historie* («Primer intento de escribir una historia natural de Noruega»), de 1752.

[11] La cifra de alces abatidos es de 2015-2016.

[12] Wegener utilizó otros tres fósiles y su localización para apoyar su hipótesis sobre el desplazamiento de los continentes, los de los reptiles *Cynoognathus*, *Mesosaurus* y *Lystrosaurus*.

[13] Tanto las cartas como los diarios de los participantes en las expediciones muestran su respeto por las ciencias naturales. En una carta a su esposa Kathleen, Robert Scott escribe: «Si puedes, haz que el muchacho se interese por las ciencias naturales; es mejor que los juegos».

[14] Antes se creía que los continentes y los mares habían estado situados en el mismo lugar a lo largo de la historia del mundo. En 1915 Wegener afirmó, anticipándose a su tiempo, que los continentes se movían. La teoría de la deriva continental fue la precursora de la teoría actual de las placas tectónicas. En cuanto a los fósiles *Glossopteris*, el geólogo austríaco Eduard Suess señaló ya a finales del siglo XIX, basándose en los hallazgos de fósiles de estos árboles, que los continentes del hemisferio sur podrían haber estado unidos, y llamó a esta tierra Gondwana. Se lanzaron unas cuantas teorías muy creativas para explicar por qué determinadas plantas fósiles aparecían tanto en Europa como en Estados Unidos. El paleobotánico Franz Unger, por ejemplo, en 1861 propuso la teoría de que entre Europa y Estados Unidos existió un continente, Atlantis.

[15] El 96 por ciento de todas las especies marinas y el 70 por ciento de todas las que viven en la superficie terrestre se extinguieron en masa en el tránsito del Pérmico al Triásico. Se discute si determinadas especies de *Glossopteris* sobrevivieron en el Triásico.

8. EL BOSQUE ES UNA DROGA

[1] La base de la evolución por la que los árboles dejan caer sus hojas se ha discutido mucho. Se ha destacado que determinados tipos de árboles ya estaban predispuestos a ello por la sequía o por un período sin luz (por ejemplo, las *Glossopteris* podrían haber perdido las hojas). Un estudio de Edwards *et al.*, 2017, alega que perder las hojas es parte de un

proceso paulatino de adaptación a un clima globalmente más frío y que se incrementó en el Mioceno (hace 235,3 millones de años).

[2] Si el agua de las agujas de las coníferas se evapora, el árbol se seca, porque las raíces no tienen posibilidad de tomar agua del terreno helado.

[3] La zona del lobo, *ulvesonen*, es un área geográfica delimitada que incluye parte de Hedmark, Østfold, Akershus y Oslo. Sus fronteras se han modificado por completo desde que el Congreso de los Diputados, en 1997, se marcara la meta de que el lobo se reprodujera en Noruega. Véase el Informe Parlamentario n.º 35 (1996-1997) *Om rovviltforvaltning* («Sobre la gestión de los depredadores») y el proyecto de ley n.º 301 (1996-1997).

[4] Nina Witoszek ha comentado este aspecto de los personajes de las novelas de Hamsun en *Norske naturmytologier* («Mitologías naturales noruegas»), y escribe que es un «nivel significativo más profundo, en el que para los noruegos la naturaleza es el hogar».

[5] Los tranquilizantes que se le suministraron al lobo surtieron efecto por un breve período y no dieron el mismo resultado que entrenar al lobo durante un largo período para que se acostumbrara a las personas. Este caso está extraído de Mech, 1970.

9. INTACTO

[1] Actualmente, un tercio de Europa está cubierta de bosques, excepto Rusia (FAO, 2012: *Forests and the Evolution of the Modern World*). Parece ser que las legiones romanas dudaban antes de perseguir a los germanos dentro del bosque y preferían talarlo. Para los antiguos romanos el paisaje cultural, explanadas y campos cultivados, era seguro y hermoso. El bosque era sinónimo de tierras salvajes, de miedo y peligro.

[2] La reserva natural de Østmarka tiene dieciocho kilómetros cuadrados, preservados de la tala.

[3] Por definición, este no es un bosque virgen, aunque lo parezca, sino más bien un bosque natural. Se suele distinguir entre bosque primario, bosque antiguo (de más de ciento sesenta años), bosque natural y bosque cultural. Mientras que el bosque primario se define como libre de intervención humana, el cultural está en gran medida influido por la acción por las personas. El bosque natural no ha estado sometido de manera sistemática a la cultura del bosque, selección de especies, cavado de zanjas ni fertilizantes (Ministerio de Medio Ambiente noruego).

[4] Para esta sección, he empleado varias fuentes. Según Storaunet y Rolstad, 2015, el 75

por ciento del bosque natural se ha eliminado y ha sido sustituido por el bosque cultural. Según el Informe sobre el Bosque, de 2016, el 30 por ciento del bosque natural ha sido talado desde 1996. También he tomado estadísticas de Granhus *et al.*, 2012. Y asimismo de Berntsen y Hågvar (eds.), 2010.

[5] En total se han protegido cuatro mil ochocientos noventa y un kilómetros cuadrados, lo que equivale al 4 por ciento del total de la superficie boscosa de Noruega. Cerca del 3 por ciento (2,9 por ciento) de bosque productivo en Noruega está protegido, mientras que cerca del 7 por ciento (6,7 por ciento) del bosque no productivo está protegido (Hysten *et al.*, 2017).

[6] Los datos referentes a las especies amenazadas en los bosques se han extraído de la página web de Artsdatabanken y de páginas específicas sobre bosques (<https://artsdatabanken.no/rodliste/statuskog>).

[7] La biodiversidad del mundo relacionada con los bosques cambia según la fuente consultada, pero esta cifra está tomada de <<https://worldwildlife.org/habitats/forest-habitat>>.

[8] Las cifras son de la lista roja de 2015 e incluye una valoración de veintiuna mil cuatrocientas dos especies y doscientas setenta y ocho subespecies y variedades de *Tracheophyta*. En la lista roja hay cuatro mil cuatrocientas treinta y ocho especies, pero en Noruega son dos mil trescientas cincuenta y cinco las que se consideran amenazadas. Se supone que existen más especies en Noruega, pero no están registradas todavía (<<http://data.artsdatabanken.no/rodliste/statusSkog>>).

[9] La cifra de cuántos bichitos así hay en el bosque varía según el tipo de bosque. Esta cifra está tomada de Ryvarden, 2013.

[10] Entre los estudiosos hay una gran inseguridad en cuanto al número de especies de escarabajos («Numbers of Living Species in Australia and the World», *Biological Resources*).

[11] En cuanto al número de especies de insectos en Noruega, la cifra oscila entre diecisiete mil y veintiuna mil según las fuentes (Artsdatabanken).

[12] En Noruega hay unas quinientas familias de micetofílicos y más de dos mil en todo el mundo.

[13] Una colonia de hormigas puede tener varias reinas, no solo una. Pueden hacerse viejas: una reina *Lasius niger* llegó a cumplir veintinueve años en un laboratorio de Inglaterra. En la naturaleza no se hacen tan mayores. Hay más especies al sur, donde hace más calor (datos tomados de Kvamme, 2015, y de Artsdatabanken).

[14] Un experimento llevado a cabo por el biólogo Edward O. Wilson, que dedicó mucho tiempo a las hormigas, mostró esto: sobre una hoja de papel en blanco colocó un trocito de pan en un extremo, cerca del hormiguero, y en poco tiempo, las hormigas lo rodearon. Después puso un trocito en el otro extremo de la hoja. Ninguna de las hormigas detectó su presencia. Luego Wilson echó un poco de líquido, o sustancias olorosas extraídas del trasero de una de las hormigas obreras, y lo esparció en línea hacia otras hormigas; entonces se volvieron hacia el otro extremo de la hoja.

[15] En Noruega no se da este problema, porque el número de venados se controla con la caza. Pero no podemos negar que el comportamiento y el aspecto del reno, el bisonte, el buey almizclero, el alce y otra serie de cérvidos se hayan adaptado y hayan evolucionado a partir de la presencia del lobo.

[16] Mary Wollstonecraft viajó a Suecia, Noruega y Dinamarca para recuperar una nave que había sido robada a su amante, Gilbert Imlay. Con la esperanza de que su viaje sirviera para insuflar nueva vida a su relación en crisis, marchó llena de entusiasmo. El libro *Cartas escritas durante una corta estancia en Suecia, Noruega y Dinamarca* está basado en las cartas que envió a su amado en Inglaterra.

[17] La cita está tomada de la descripción de Linneo de su viaje a Laponia en 1732.

[18] El científico Georges-Louis Leclerc Buffon vivió de 1707 a 1788.

[19] Los sentimientos mostrados por Henrik Steffens por un árbol están tomados de Witoszek, 1998.

[20] A pesar de que Pan era un dios adorado, también provocaba miedo y angustia al producir un sonido alto y agudo que cruzaba el bosque. La palabra «pánico» tiene su origen precisamente en ese mito.

[21] La comisión afirmó que el bosque, en el plazo de unos veinte años, «sería talado sin duda». Para controlar la tala se redujo de manera significativa el número de sierras, una medida que también tenía connotaciones políticas, puesto que la burguesía obtuvo un mayor control sobre los aserraderos.

[22] El uso de los cascos metálicos en la construcción de naves en el siglo XVIII alteró el futuro que Jean-Baptiste Colbert había previsto.

[23] El bosque Zofin en Chequia fue el primero en ser protegido, en 1838, y Epping Forest y New Forest en Inglaterra también fueron protegidos muy pronto por razones estéticas.

[24] La Yosemite Bill se firmó en 1864, y la zona fue protegida. Esa es la base por la que

Yellowstone más tarde fue establecido como el primer parque nacional del mundo, en 1872.

[25] La familia de las magnolias está compuesta por doscientas diez especies y es una de las primeras especies con flor que aparecieron en nuestro planeta. Puesto que se desarrolló antes que muchos de los grandes grupos de insectos polinizadores, como las abejas y las mariposas, es un árbol que curiosamente depende de los coleópteros para polinizarse.

10. SHINRIN-YOKU

[1] Se trata de un vídeo muy recomendable, <<http://www.expressen.se/noje/mathias-26-har-sex-med-skogen-i-kanal-5/>>. En fecha reciente se ha profundizado sobre las ventajas para la salud de salir a la naturaleza (Williams, 2017).

[2] Las afirmaciones de Wohlleben no son muy diferentes de las que se hicieron en otro libro «misterioso», el best seller *La vida secreta de las plantas*, de Peter Tompkins y Christopher Bird, de 1989. También atribuían a las plantas cualidades espirituales, y el subtítulo lo dice todo: «Un relato fascinante sobre la relación física, sentimental y espiritual entre las plantas y las personas».

[3] Diamond menciona una mayor densidad de población, menos precipitaciones y peor calidad de la tierra en Haití como otros motivos para que el bosque se degradara antes allí que en República Dominicana.

[4] Los nazis también estaban muy avanzados en garantizar el bienestar animal y, en abril de 1933, se introdujo el *Tierschutzgesetz*, una ley contra el maltrato a los animales. «En el nuevo reino el maltrato animal no estará permitido», proclamó Adolf Hitler, que también fue vegetariano durante los últimos años de su vida, al igual que lo fueron por temporadas Rudolf Hess, Joseph Goebbels y Heinrich Himmler. Hay que decir que el «perfil verde» de los nazis, mencionado, entre otros, por Schama, todavía es motivo de controversia.

[5] La ballena gris (*Eschrichtius robustus*) y el águila marina de cabeza blanca (*Haliaeetus leucocephalus*) fueron algunos de los primeros animales que se protegieron.

[6] La expresión está traducida de «det vore nog bäst, om vi fingo vargarna åter», del libro *Jakt, fiske och vildmarksliv* de Gustav Schröder.

11. SÍNDROME DE ABSTINENCIA DE LOS LOBOS

[1] Por ese motivo los suecos llaman al cuervo *korpe*, término también utilizado en Noruega, como en Telemark.

[2] Otra explicación de su origen es la siguiente: el nombre Wolfram se utilizó en el siglo XVI para el mineral wolframita. Cuando aparecía junto al mineral casiterita, la obtención de estaño se complicaba y aumentaba la formación de escoria (*Rahm*, «espuma»). Los picapedreros sajones lo describían literalmente: el mineral «se comía el estaño», igual que el lobo (*wolf*) se comía al cordero (extraído del *Store norske leksikon*, «La gran enciclopedia noruega»).

[3] En Suecia hay en total trece especies de anfibios, mientras que en Noruega solo hay seis (sin contar con la rana híbrida, que fue introducida por el hombre).

[4] El número de especies de avispas probablemente aumentará, según se vayan encontrando y registrando. El banco de datos de las especies, Artsdatabanken, estima que puede haber hasta ocho mil especies de avispas en Noruega (estas cifras son del 1 de mayo de 2018 y están tomadas de fuentes como *Store norske leksikon* y Artsdatabanken).

[5] Con frecuencia en inglés se cita el libro de Darwin como *Worms*, en lugar de como *The Formation of Vegetable Mould through the Action of Worms, with Observations on their Habits*.

[6] El odio de los samis hacia los lobos tenía sus buenos motivos. Cuando las manadas de lobos bajaban de las montañas, eran tan grandes que las llamaban «avalanchas», y las manadas de renos sufrían las consecuencias. Aquello era muy serio, pues los lobos podían llevarse por delante la base de la existencia de los samis. Un sami rico, de la montaña, con muchos renos, podía perderlo todo en una noche. Por eso, en pocos lugares la caza del lobo era tan intensa como en Finnmark. En el período entre 1881 y 1906, se abatieron ochocientos cuarenta y cuatro lobos en la región, frente a los mil ciento sesenta y cuatro en total en toda Noruega. Las cifras sobre el número de lobos cazados en Noruega están tomadas de Collett, 1911.

[7] Los Shōgun gobernaron en Japón desde el 710 hasta 1867. Tras perder el poder, consultaron a asesores occidentales para modernizar la agricultura. Entonces aumentó la caza del lobo en la isla y dos subespecies de lobo, el lobo de Hokkaido y el lobo japonés, fueron exterminadas de manera definitiva (Mech y Boitani, 2007).

[8] La expresión fue empleada por el filósofo Thomas Hobbes para describir la tendencia de distintas sociedades a actuar de manera violenta entre ellas.

12. VERGÜENZA PARA LOS QUE SE RINDEN

[1] El proceso está gobernado por la importantísima enzima rubisco, que surgió hace unos dos mil setecientos millones de años y que fue englobada en las células de las plantas.

[*] Vidar Helgesen fue ministro de Medio Ambiente. Tomó una decisión muy polémica al impedir temporalmente la caza del lobo, de ahí que se aluda a él como su «perro callejero». (*N. de la T.*)

[2] La rafia de olmo se utilizaba en las empalizadas en Hardanger, y según decía la leyenda las vallas revestidas de este material mantenían alejados a los troles.

13. LA FIESTA

[1] La cantidad de agua que los árboles devuelven a la atmósfera, también llamada «transpiración», varía de árbol a árbol. Un manzano joven, pequeño, puede utilizar siete mil litros en un verano, un abedul de tamaño normal, unos diecisiete mil, mientras que un árbol frondoso de gran tamaño puede consumir hasta cuarenta mil (Thomas, 2014).

[2] La comparación de una seta con un pene es de Jahren, 2017.

[3] El doctor Sopp, como él prefería que lo llamaran, escribió un artículo en *Nyt Tidsskrift* en 1897, en el que afirmaba que las setas no eran ni plantas ni animales, sino que constituían un reino propio, «el tercer reino». No procedió de un modo científicamente correcto y por ello sus afirmaciones tuvieron poca repercusión en el ámbito científico.

[4] El reino protista incluye seres unicelulares, eucariotas, como algas unicelulares y colonias de algas, protozoos y algunas setas (extraído del *Store norske leksikon*).

[5] La historia de esta enorme *Armillaria mellea* está tomada del artículo publicado en la página web de la BBC «The Biggest Organism in the World», <<http://www.bbc.com/earth/story/20141114the-biggest-organism-in-the-world>>.

[6] En Suecia y Escocia han sido hallados fósiles de filamentos de la seta *Tortotubus* de hace cuatrocientos cuarenta millones de años. Sobre la base del hallazgo de esporas es posible que las setas aparecieran ya en el Cámbrico, antes que otras plantas terrestres, pero no puede confirmarse dado que las setas se conservan mal en los estratos fósiles.

[7] Se ha discutido mucho si los *Prototaxites* en verdad eran setas, pero sus delgadas células filamentosas, huecas y entrecruzadas recuerdan mucho más a una seta que a una planta. Hifas unidas, sin más. La explicación más común hoy es que se trata de una seta monstruosa. «El misterioso organismo de ocho metros de altura podría ser una seta», según Høiland, 2017.

[8] La situación fue especialmente terrible en el valle del Loira, en Francia, donde los

ataques de lobos dieron lugar a la creación de la leyenda del «monstruo de Gévaudan». El lobo, o probablemente un híbrido, cruce de lobo y perro, habría matado a ciento trece personas. Tras una intensa persecución fue abatido en 1767, al parecer con una bala de plata disparada por el cazador Jean Chastel.

[9] Al final, las autoridades tuvieron que mandar al ejército para acabar con los lobos de Turku. En enero de 1882 un lobo macho fue envenenado y una hembra abatida por un disparo de fusil. Después no hubo más ataques.

[10] Algunos investigadores sostienen, aunque es una hipótesis terrible, que algunos padres no cuidan muy bien a sus hijos a pesar del peligro porque las compensaciones que pagan las autoridades indias por los niños muertos por ataques de lobos son muy generosas.

[11] La enfermedad de la rabia, erradicada en los países nórdicos, anula la capacidad de discernir del lobo y puede llevarlo a atacar a personas.

[12] Karl Ove Knausgård hizo esta declaración en una entrevista con la revista *Kunst*, en relación con la exposición *Mot skogen* en el museo Munch de Oslo.

[13] Para los que hayan olvidado, Bård Bjerkeland es un exfutbolista profesional que jugó en el equipo Lillestrøm en los años ochenta y noventa del siglo pasado.

[14] Estas cifras cambian sin cesar, pero desde julio de 2015 hasta febrero de 2017, el ADN recogido en Rovdata.no muestra que quince de los dieciocho lobos que fueron abatidos fuera de la zona reservada para lobos procedían del territorio de la frontera o de reservas suecas. Uno procedía de Finlandia-Rusia (extraído del artículo «De fleste ulver som felles i Norge, kommer fra Sverige» [«La mayoría de los lobos cazados en Noruega proceden de Suecia»], Rovdata.no, 1 de febrero de 2017). Un lobo que fue abatido ilegalmente en Trysil también había hecho un largo recorrido desde territorio rusofinlandés. Datos anteriores, que recogen las cifras de lobos abatidos/sacrificados fuera de la zona protegida antes de 2015 muestran que solo uno de treinta y seis ha nacido, con toda certeza, en Noruega. El estudio de cachorros con radiotransmisores se realizó sobre catorce individuos (Proyecto Skandulv).

[15] Los ataques a ovejas han contribuido a propagar el odio al lobo en la Noruega rural. La gente de ciudad, como yo, es tachada de «inocente y tonta». Es fácil comprender que más de dos millones de ovejas indefensas, en los pastos de verano de la naturaleza noruega, son una tentación para los lobos y otros depredadores en busca de comida. Una pregunta muy polémica es cuántas ovejas han sido víctimas de los lobos. Si miramos solo la punta del iceberg: en Oppland la SNO concluyó que, en 2016, doscientas veintitrés ovejas fueron atacadas por depredadores, de las quinientas noventa y tres ovejas muertas de las que se

informó. Las menos, solo treinta y seis, habían sido víctimas del lobo, el resto de glotón, lince y oso. Las demás habían muerto por accidente o por ataques de animales que no están en la lista de especies protegidas, como el zorro. Al hacer el informe anual, habían desaparecido cinco mil cuatrocientas ovejas de los pastos de Oppland. A pesar de que el número de datos no registrados puede ser significativo, los propietarios de las ovejas solicitaron compensación por ataque de depredadores por casi la totalidad de estas ovejas perdidas. Las cifras cambian de año en año, claro. En 2017 fueron más elevadas a consecuencia de los ataques del lobo de Hadeland. Casi trescientas fueron víctimas de los lobos, que fueron responsables, en comparación con otros depredadores, del mayor número de pérdidas de ovejas en 2017. En cifras globales, desde principios de siglo, el mayor asesino de ovejas en Oppland ha sido el glotón. (Estas informaciones están basadas en una declaración del gobernador del condado de Oppland).

[16] Otras subespecies de lobo, el *Canis lupus*, son el lobo común (*Canis lupus lupus*) en Escandinavia, en Finlandia y en Rusia, y subespecies variantes europeas euroasiáticas como el lobo blanco, el lobo asiático, el lobo ibérico, etcétera. En América del Norte se encuentra el lobo gris del valle de Mackenzie, el lobo gris de las grandes llanuras, el lobo ártico, así como otros.

[17] La cuestión del perro y el lobo merece una mayor profundización. En un estudio publicado en la revista *Science* en 2016 se afirmaba que el lobo había sido domesticado dos veces, una vez en Asia y otra en Europa o en Oriente Próximo. La rama europea de la raza canina ha desaparecido en gran parte. En Sciencemag.org se señala que «los perros podrían haber sido domesticados más de una vez». En fecha reciente se ha encontrado en Siberia una costilla de lobo de hace treinta y cinco mil años, a raíz de cuya composición genética se ha supuesto que el perro y el lobo tienen un ancestro común, pero que no están emparentados por línea directa. Esto puede explicarse de dos maneras: o bien el perro fue domesticado con anterioridad a que se desarrollaran las subespecies de lobo gris que conocemos hoy, o el ancestro común del perro y el lobo se extinguió. Lo más interesante del hallazgo ha sido la revelación, mediante los análisis genéticos del hueso, de que el antepasado del perro fue domesticado hace entre veintisiete mil y cuarenta mil años, por tanto, mucho antes de lo que se había supuesto hasta ahora («Ancient Wolf Genome Pushes Back Dawn of the Dog», Nature.com, 2015).

[18] En Alemania hace poco que unos arqueólogos encontraron a un perro enterrado junto a un hombre y a una mujer, que según la datación tenían catorce mil doscientos años. Como se concluye en el artículo: «La más antigua tumba de un perro sugiere la idea de que

a los hombres primitivos les gustaba tener perros como animales domésticos» (*New Scientist*, 2018).

[19] Probablemente en Vassfaret se topó con una osa que estaba devorando a un animal, y la osa lo atacó de tal manera que murió a consecuencia de una fractura de cráneo un mes después («¿Es peligroso el oso?», en Miljodirektoratet.no)

[20] Como ya he comentado, el *Bristlecone pine* puede llegar a tener unos cinco mil años.

14. HIBAKUJUMOKU

[1] Lo más relevante fue la incendiaria defensa del bosque hecha por Agnar Barth en «Norges skoger med stormskridt mot undergangen» («Los bosques noruegos, a paso de gigante hacia la ruina»), en 1916.

[2] A pesar de que la mayoría ya lo sabe, por medio de la fotosíntesis el dióxido de carbono adopta la forma de madera, celulosa o glucosa, y de esa manera se extrae de la atmósfera, molécula a molécula. Pero cuando el árbol muere, la madera se descompone de nuevo y el dióxido de carbono retorna a la atmósfera. Dicho de manera simplificada: un bosque sin nuevas aportaciones contribuye de manera limitada a eliminar el dióxido de carbono, pero si el bosque se elimina de manera definitiva, el nivel de dióxido de carbono de la atmósfera aumenta. Una de las ventajas de los bosques boreales de Escandinavia, América del Norte y Rusia es que, en general, suelen volver a crecer cuando los talan; sin embargo, cuando se talan los bosques tropicales, la tierra se empobrece muy deprisa y no necesariamente vuelven a nacer los árboles.

[3] El límite de mayor altura para el crecimiento de árboles registrado en Noruega es de mil trescientos ochenta y dos metros sobre el mar, apenas ciento ochenta y seis metros por encima de la medición anterior de más altura en 1918 (Jotunheimen). Las causas son variadas, pero que el abedul de montaña escale por colinas escarpadas y terrenos difícilmente accesibles se debe, probablemente, al aumento de las temperaturas, sobre todo en verano. Los cambios no son unívocos. En algunos lugares el límite para árboles y bosques está más bajo que hace cien años; en esas zonas, los veranos secos, los ataques de insectos, el pastoreo al aire libre en aumento, los inviernos tormentosos, las avalanchas de nieve y otros desórdenes han hecho descender los límites (véase, entre otros, Bryn, 2016). En cierto modo todavía estamos en la era boreal, la época inmediatamente posterior a la

última glaciación, en que los veranos eran dos grados más calurosos que hoy, los glaciares desaparecían de las montañas y el bosque cubría el altiplano. La frontera en altitud de los árboles seguirá ascendiendo y Noruega se irá cerrando, cubierta de espesa vegetación: el diario VG informa de que el paisaje noruego desaparece «perdido en el bosque».

[4] En 1947 había treinta y seis mil trabajadores forestales en Noruega, mientras que hoy solo quedan cien de los llamados contratistas forestales.

[5] En la actualidad son unos diez millones de metros cúbicos de maderamen los que acaban entre las garras de la maquinaria forestal en Noruega, lo que es mucho menos que lo que crece. El empresariado vinculado con los bosques afirma que podría talarse mucho más si hubiera demanda en los próximos años. La cantidad de metros cúbicos talados varía de año en año (cifras tomadas del Instituto Noruego de Estadística, SSB, para 2017). Hoy, entre otras, la empresa Borregaard fabrica vanilina, un sustituto de la vainilla, a partir de la lignina.

[6] Desde 1990, la deforestación ha variado anualmente entre el 0,08 y el 0,18 por ciento de la superficie arbolada total.

[7] Qué parte del total de las emisiones de dióxido de carbono es consecuencia de la deforestación y el número de gigatoneladas de dióxido de carbono que se despiden varía según los estudios y los distintos métodos utilizados. Algunas estimaciones llegan hasta el 17 por ciento.

[8] Es importante tener claro que no solo los árboles absorben y retienen los gases climáticos, sino también el suelo, puesto que acumula gran cantidad de materia orgánica (FAO, 2011).

[9] El bosque cubría el 80 por ciento de Europa al principio de nuestra era, pero hoy en día ocupa más o menos un tercio. Las cifras sobre la deforestación están tomadas del informe de la FAO, *State of the World's Forests*, 2011.

[10] La cita es de Ahne, 2016.

15. ¿DÓNDE ESTÁ EL LOBO?

[1] Hoy, si dejamos un árbol con vida, es más por una cuestión de estética que de superstición, como pasa con el majestuoso y anciano roble de Krøderen, que fue protegido en 1914.

[2] Ekirch, 2005, escribe con maestría sobre nuestra visión de la noche a través de la

historia. El filósofo irlandés Edmund Burke escribió: «La oscuridad es terrible para la propia naturaleza».

[3] La luz de la larva se produce por una compleja reacción química, principalmente por la oxidación de la sustancia luciferina junto a una enzima, luciferasa. Para desencadenar la reacción también hacen falta iones de magnesio, oxígeno y energía, sustancias producidas por el cuerpo en glándulas especiales. Por lo visto los indios las recogían para utilizarlas como fuente lumínica de noche (Wikipedia).

16. EL DISPARO

[1] Paleógeno deriva del griego: *paleo* («viejo») y *gen* («nacimiento»).

[2] Como ya he comentado: con el aumento de la erosión se retiene dióxido de carbono, así como se libera más calcio, que se emite junto al hidrobiocarbonato y crea carbonatos en los mares, lo que hace que se retire dióxido de carbono de la atmósfera.

[3] Entre los animales prehistóricos que caminaban en posición erecta no podemos olvidar a muchos dinosaurios, con el *Tyrannosaurus rex* como magnífico ejemplo.

[4] «El año de 1854 fue especialmente malo en cuanto a los lobos, los depredadores hicieron grandes estragos en el ganado grande y pequeño en Mangenskogen, por lo que organicé una cacería formal de gran despliegue», declaró el propio Christian Haneborg.

[5] La caza del lobo se hacía tanto dentro como fuera de la zona acotada. Como se ha alcanzado la meta de entre cuatro y seis camadas, la comisión que gestiona la caza, el Viltnemnda, tomó la decisión de que se cazaran cuarenta y dos lobos. Se ha producido cierta confusión en los datos desde que se publicó esa cifra: porque, aparentemente, iban a cazar la mitad de la población de lobos de Noruega, algo que las organizaciones ecologistas denunciaron. El actor estadounidense Leonardo DiCaprio se quejó de que el 90 por ciento (!) de la población de lobos de Noruega iba a ser exterminada. No es tan sencillo. Porque una parte de ese cupo es aplicable fuera de la zona de protección del lobo, donde no había muchos lobos que pudieran sacrificarse para alcanzar semejante cifra; por tanto, al final, solo se abatieron veintiocho de los animales del cupo inicial.

[6] En Escandinavia los suecos introdujeron una recompensa por cada lobo abatido en 1647, mientras que en Noruega un sistema semejante se implementó noventa años después, con la promulgación de un decreto sobre la caza del 8 de mayo de 1733. Se iba a combatir la presencia de mamíferos y aves depredadoras y la vida salvaje que servía de alimento, como el alce, fue protegida por tres años. En 1845 se promulgó en Noruega una ley

específica para la caza del alce en sí (información extraída de Ragnhild Rein Bore, «Ulven – den siste unionist» [«El lobo: ¿el último unionista?»], SSB.no.). Hoy la convención de Berna, que entró en vigor en 1979, marca las reglas para la protección de las especies europeas, entre ellas la de los lobos, del que no se permite la caza libre, como tampoco de glotones y osos.

[7] La institución Predator And Rodent Control (PARC), fue creada en 1915. En Estados Unidos se introdujo la recompensa a la caza ya en 1630 en la colonia Plymouth, en Massachusetts. Tras la llegada de los primeros animales domésticos a Jamestown, en Virginia, en 1609 los colonos europeos iniciaron una persecución sin cuartel del lobo.

[8] A pesar de que la caza en la Unión Soviética estaba extendida, quedaba suficiente territorio virgen al norte del país para que la población de lobos pudiera vivir en paz y regenerarse una y otra vez, lo que ha contribuido a que el lobo pata gris vuelva a pasearse por los bosques europeos.

[9] Para profundizar sobre estos métodos de caza que se emplean con el lobo: un sistema común era cavar fosas para lobos o enterramientos. La fosa se cubría con ramas de abeto y ramitas y otro animal, un perro o un cerdo, al que ataban a una estaca dentro de la fosa, servía de cebo. La caza desde un puesto se hacía así: se colocaba un cebo y el cazador se quedaba apostado, muchas veces en su propia granja, y esperaba. La caza del lobo con águila está descrita en Finlandia y Kirguistán. El experimentado cazador y escritor Friedrich Remmler ha relatado cómo cazó lobos con águilas en Finlandia, una tradición a la que hoy se hace honor en Kirguistán. A las águilas se las entrenaba para la caza mediante niños a los que vestían con pieles de oso con trozos de carne fijados a la espalda.

[10] El liquen de lobo se usó desde muy pronto; se trata de un tipo de liquen que con frecuencia se asocia a los bosques primarios y bosques viejos, es venenoso y contiene un ácido. Linneo ya lo sabía, por supuesto, cuando le puso el nombre latino *Letharia vulpina*. Lete era la Fuente del Olvido para los griegos y se utiliza en «letal», o sea, «mortal». En latín la familia del zorro se conoce como *Vulpes* porque eran los zorros los que se envenenaban con mayor frecuencia. Por eso, en sentido estricto, este liquen podría llamarse «liquen de zorro». El liquen de lobo se machacaba y se metía dentro de un pedazo de carne junto con una rama tensa de enebro y vidrios. Cuando el lobo ya se había tragado el cebo, la rama de enebro se abría y el cristal hería el estómago. El veneno penetraba en las heridas y los órganos respiratorios quedaban paralizados. Cuando un conocido mío da charlas sobre esto, hay gente que niega con la cabeza, indignada ante la idea de que el ser humano sea tan

malvado (información extraída de Ryvarde, 1987, y de un encuentro personal con Finn Audun Grøndahl).

Índice

Aullando en los bosques

1. Hágase el bosque
2. Un invierno de lobos
3. El bosque del miedo
4. Los sonidos del bosque
5. El Hombre de los Lobos
6. Fénrir
7. Licantropía
8. El bosque es una droga
9. Intacto
10. Shinrin-yoku
11. Síndrome de abstinencia de los lobos
12. Vergüenza para los que se rinden
13. La fiesta
14. Hibakujumoku
15. ¿Dónde está el lobo?
16. El disparo

Agradecimientos

Fuentes y lecturas recomendadas

Sobre este libro

Sobre Reidar Müller

Créditos

Notas